JOSÉ ÁNGEL MAÑAS

BERENGUELA

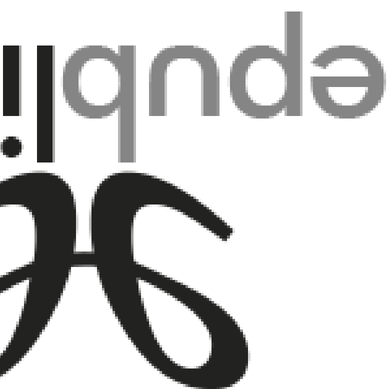


La reina que unió Castilla y León para siempre

Berenguela la Grande fue reina de Castilla un único día antes de abdicar en su hijo Fernando III el Santo. Hija de Alfonso VIII, el vencedor de las Navas de Tolosa, y madre del conquistador de Andalucía. Así ha pasado a la historia, pero en la realidad fue la hacedora que consiguió la unión definitiva de Castilla y León, la cogobernante durante treinta años de estos dos reinos y la encargada de suministrar hombres y dinero a su hijo mientras este tomaba Córdoba y, en la práctica, expulsaba a los musulmanes de la península.

Su rol en un momento crucial hace de ella la reina más importante de España después de Isabel la Católica. ¿Cómo es posible entonces que apenas la conozcamos? ¿Por qué ha quedado relegada en la historia en favor de su padre y de su hijo?

Estas son las incógnitas a las que José Ángel Mañas responde en esta espléndida novela con la que, después de *¡Pelayo!* y *¡Fernán González!*, cierra su trilogía novelada sobre la Reconquista.



José Ángel Mañas

Berenguela

ePub r1.0

Titivillus 09.04.2024

José Ángel Mañas, 2023

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Para mis dos bisabuelos castellanos viejos: Martín Martínez López-Salazar

(1871-1952),

natural de Torme, en Burgos, que emigró, trabajó, casó y murió en Ciudad Real; y Mateo Hernández Pérez

(1879-1954),

natural de San Pelayo, en Valladolid, maestro, que trabajó en diversos pueblos de Castilla la Vieja y en Portugalete, donde los alumnos pusieron su nombre a una plaza. Escribir esta novela me ayuda a entenderlos mejor.

Brevísima introducción histórica

En las sangrientas postrimerías de la decimosegunda centuria, los cristianos de la península se enfrentan con el cada vez más fanatizado imperio almohade.

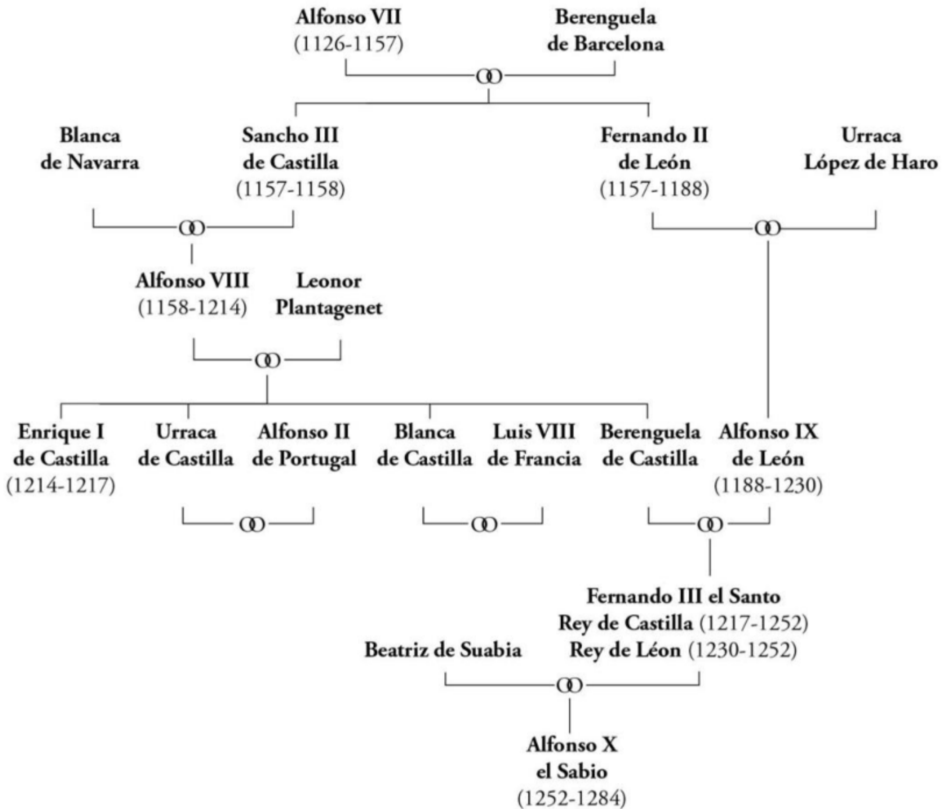
El otrora condado de Castilla es hoy reino por derecho propio. Tras las guerras civiles que marcaron su minoría de edad, Alfonso VIII ha logrado asentarse en el trono y anhela liderar la ofensiva definitiva contra los herederos del califato de Córdoba.

Su primacía es tal que el joven Alfonso IX de León, una vez coronado y acuciado por las conspiraciones, se ha visto obligado a jurarle fidelidad y besarle la mano, gesto que lamentará al ver frustrada su intención de matrimoniar con Berenguela, hija mayor del castellano.

Dolido, el de León ha preferido acercarse al rey de Portugal y desposar a su hija Teresa, matrimonio que, sin embargo, es anulado por el papa.

Así están las cosas cuando, en 1195, Alfonso VIII, impaciente por la tardanza de sus aliados, se ha lanzado en solitario contra los almohades, en los arriscados alrededores de Alarcos.

GENEALOGÍA


Alfonso VII
(1126-1157)
Berenguela
de Barcelona
Blanca
de Navarra
Sancho III
de Castilla
(1157-1158)
Fernando II
de León
(1157-1188)
Urraca
López de Haro
Alfonso VIII
(1158-1214)
Leonor
Plantagenet
Enrique I
de Castilla
(1214-1217)
Urraca
de Castilla
Alfonso II
de Portugal
Blanca
de Castilla
Luis VIII
de Francia
Berenguela
de Castilla
Alfonso IX
de León
(1188-1230)
Fernando III el Santo
Rey de Castilla (1217-1252)
Rey de Léon (1230-1252)
Beatriz de Suabia
Alfonso X
el Sabio
(1252-1284)



LA ESPAÑA DE LOS CINCO REINOS A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIII

Prólogo

Los dos Alfonsos

1

La ciudad de Toledo, arrumada por la principal vena acuífera de la meseta, parecía despertar de la apacible siesta en la que llevaba más de un siglo instalada.

La antigua metrópolis de Leovigildo y Recaredo, la que desde su reintegración en la cristiandad fuera sede del primado del papa, vivía su momento de mayor agitación en los últimos ciento diez años y recibía con inquietud al primer visitante regio tras la derrota de Alarcos.

Era la primera vez que Alfonso IX entraba en Toledo, y al cruzar por el puente de Alcántara no pudo evitar mirar a izquierda y derecha: un profundo despeñadero los separaba del agua arremolinada abajo, en la garganta granítica. Todavía fluía menguado el Tajo, y, aun así, la verdura ribereña, entre norias y huertas, contrastaba con los agostados campos de trigo y cebada que había orillado su pequeña comitiva según bajaba desde Talavera por una antigua calzada romana.

Montado a lomos de un caballo oscuro y nervioso, traspasó el umbral de las puertas. Avanzó por el barrio del Alficén al frente de su séquito en medio del repicar de campanas de Santa María y no apartó la vista de la gente congregada. Había demasiado personaje oscuro vestido con chilaba y zapato de punta vuelta, demasiada mujer velada, demasiado judío con kipá, pensó, y no suficiente cristiano viejo. Se notaba que era de las últimas ciudades arrebatadas al islam, y aunque ya hacía un siglo que estaba en manos castellanas, su pasado pesaba.

Su humor sombrío debió de traducirse en su porte y aquellas gentes convocadas por los pregoneros lo miraron sin alegría y sin vítores ni vivas, como solían cuando llegaba un aliado. Todos sabían de las desavenencias que tenía con el rey de Castilla.

Respirando con fuerza y acariciando la cabeza de su montura, Alfonso IX continuó avanzando por la empinada cuesta. Los cascos de los caballos resonaron en el empedrado mientras alzaba la vista hacia las ventanas resguardadas con celosías alineadas por lo alto. Mucho tiempo había estado este caserío en manos infieles. Tanto que eran indistinguibles, en muchos casos, las moradas de cristianos y musulmanes.

Consciente de la mirada de la multitud, Alfonso IX permaneció digno sobre su montura, sin apenas sonreír. No quería parecer ni débil ni traidor, y mantuvo en tensión la musculatura de su cuerpo grande y fornido, y con tan frondosa melena que había quien lo comparaba con un león: eso cuadraba bien al hombre cuya insignia portaba en alto el alférez real a su vera, mostrando el animal de sus blasones.

2

El cielo estaba cada vez más claro, despejado.

El sol caía a plomo sobre la plazuela de Santiago, donde los recibió en el patio del alcázar el arzobispo de Toledo. Ahora repicaban las campanas de Santa Leocadia. Detrás del prelado, una treintena de acólitos con albas y roquetes entonaron salmos latinos. Pronto sonaron trompetas y una nube de caballerizos ayudó a descabalgar a los leoneses.

—El rey don Alfonso os espera —dijo Martín López de Pisuerga, con su acento palentino, muy reconocible para los recién llegados. El arzobispo, que ayudaba a su señor a dirigir sus ejércitos, tenía también su parte de responsabilidad en la derrota y procuraba suavizar con sus exquisitos modales el ánimo arisco del soberano de León.

Alfonso IX asintió y enseguida siguió a la casulla dorada y la sobrepelliz alba, ya acompañado únicamente por media docena de

sus nobles: avanzó entre porteros y mozos de cámara por los pasillos del alcázar, con el ruido amenazador de espuelas golpeando el suelo. Su presencia impresionaba tanto a caballo como cuando caminaba, marcando con cada paso el terreno.

Las reverencias se multiplicaron al cruzar las últimas puertas, las que daban a la sala del trono. Los corrillos de cortesanos se apartaron para formar un pasillo por la estancia alfombrada. Al fondo aguardaba Alfonso VIII, instalado en un imponente sillón de roble. A su lado, y vacío, se veía el trono que solía ocupar Leonor Plantagenet.

—Dichosos los ojos, primo —dijo con voz quebrada.

La respuesta de Alfonso IX fue una inclinación de cabeza tan ligera que ni siquiera lo pareció y todos pudieron observar cómo Alfonso VIII retiraba la mano que acababa de tender con la palma hacia abajo para que se la besara. Tampoco escapó a los leoneses la pierna inmovilizada del castellano, posiblemente a causa de algún percance en la batalla.

El leonés percibió la incomodidad de su primo y comprendió que, si no se levantaba, era por no evidenciar sus heridas. El rostro de Alfonso VIII mostraba cortes bajo la barba, y en el fondo de sus ojos pardos anidaba el orgullo herido que la dignidad de su porte escondía.

Todo en la actitud del gigante leonés dejó transparentar que ya no era aquel jovenzuelo que ocho años atrás se había presentado en la villa de Carrión para besar la mano a su poderoso vecino y ser armado caballero; y eso empezaba a inquietar a los castellanos, que ahora callaban, como también lo hacían los leoneses. Muchos dirían más tarde que el momento fue violento, definitorio.

3

—Veo que ya no doblas la rodilla como la última vez que te recibí, tocayo. ¿Debo interpretarlo como un signo de hostilidad?

—No doblo la rodilla, Alfonso, porque ya no soy aquel muchacho inexperto que necesitaba valedor. Y, sobre todo, vos no sois el mismo poderoso monarca a quien mis consejeros

consideraron prudente que rindiera vasallaje… Las noticias vuelan y la derrota de Alarcos lo cambia todo, primo. Fuisteis impaciente. Quisisteis ganar la gloria por vuestros medios, sin esperar a nadie. Pero hoy vuestros vencedores os han arrebatado Alarcos y Calatrava, y pronto llegarán a Toledo.

—La culpa es de quienes con falsas promesas de ayuda me lanzaron contra los moros y me desampararon cuando llegó el peligro… —murmuró, cada vez más irritado, el castellano.

—Cuando os lanzasteis a la batalla yo estaba de camino. Igual que el rey de Navarra, que, aprovecho para anunciaros, ahora mismo regresa a Pamplona. Vuestra derrota perjudica gravemente a los cinco reinos. Los almohades del Miramamolín andan crecidos. Han caído en sus manos territorios que todos considerábamos seguros, y pronto llegarán a Toledo, donde solo quedan los despojos de vuestro ejército… Y, por supuesto, la cristiandad entera está ya al tanto de cómo Alfonso de Castilla ha sido puesto en desbandada y ha huido acompañado apenas de veinte caballeros.

Alfonso VIII asintió amargamente: estaba viviendo los momentos más duros de su reinado. Hacía días que los cadáveres de los caballeros caídos en Alarcos llegaban en carretas a sus familias, en muchos casos previo pago de un rescate, y sus más próximos recibían sepultura en la Nave de los Caballeros en Santa María la Real de Las Huelgas, entre llantos y rezos de las monjas del monasterio.

4

El rey de León no se mordía la lengua.

—Entenderéis que quien ha sufrido de manera temeraria semejante derrota no puede dirigir los designios de los cinco reinos —dijo—. En las cortes de Aragón y Navarra, en la de Portugal, y desde luego en León, nadie confía en vos para encabezar la guerra contra el infiel. El propio papa, desde Roma, hará ver que Castilla no es ya su hija predilecta.

Alfonso VIII no se movió. Su rostro permaneció crispado. Las ojeras violáceas sombreaban sus ojos. El silencio que se hizo fue

absoluto. El rey castellano no acababa de ver qué venía a proponer su primo. ¿Acaudillar la próxima campaña? No tenía los medios para hacerlo. ¿Entonces…?

Tras un incómodo silencio, masculló:

—León hace tiempo que dejó de ser el primero entre los reinos cristianos. Vos mismo, os lo recuerdo, acudisteis a mí en busca de mi apoyo para conservar el trono…

—No vengo a hablar del pasado. Solo quiero preveniros de caballero a caballero que los ánimos de mis súbditos están caldeados. Y muchos reniegan de los acuerdos sobre nuestras fronteras que se firmaron en otras circunstancias y que, ahora que Castilla no es garantía de protección, deben revisarse.

—No veo adónde queréis llegar. Pero hablad. Estoy escuchando.

—Digo sencillamente que es hora de que vuelvan a manos leonesas los castillos que ocupasteis tras la muerte de mi padre, y traigo redactado por mi cancillería el próximo tratado que hemos de firmar…

A Alfonso VIII le costó contener su indignación.

—¡O sea que con eso venís! —exclamó—. ¡Exigencias y amenazas! ¡Exigencias que parecían satisfechas ayer mismo, cuando firmamos la paz ante el legado del papa, y que, aprovechando mi debilidad, volvéis a poner sobre la mesa! Primo —procuró bajar el tono—, me temo que esto no dice mucho de vos. La jugada que traéis pensada, aunque quizá os resulte favorable a corto plazo, a medio plazo se volverá contra vos y vuestro reino…

—No estáis en situación de permitiros ni siquiera esa indignación, Alfonso —contestó el leonés, sin alzar la voz—. Reflexionad y comprenderéis que lo que propongo es de justicia. Me quedaré unos días en vuestra corte. El tiempo de discutir el nuevo tratado…, uno que volverá a afianzar la relación entre leoneses y castellanos.

—Os estáis equivocando, primo. En León, vuestros consejeros os envenenan los oídos. Si porfiáis en ese camino, reanimaréis las ascuas de tantos años de enfrentamientos entre nuestros reinos. Eso solo ha traído muerte y desolación y ha de parar. Recordad que nuestros reinos fueron uno bajo la égida de nuestro abuelo Alfonso, el Emperador…

—Y así quedó menoscabado el poder de León. Solo reclamo lo

justo, Alfonso. Pero ya hemos hablado lo suficiente. Ahora me gustaría retirarme. Si os parece, nuestros cancilleres ultimarán los detalles del acuerdo durante los próximos días.

En ese momento, don Martín, el arzobispo, se acercó a Alfonso VIII para susurrarle algo al oído. Y ya inclinaba la cabeza en signo de despedida el de León, y enfilaba la puerta, cuando el castellano se alzó trabajosamente.

5

—¡Esperad, primo!

Alfonso IX medio giró la cabeza.

—Quiero que consideréis un nuevo elemento en la cuestión…

—¿Cuál?

—Quería plantear la posibilidad de un matrimonio con mi hija.

Los ojos de Alfonso IX brillaron. Una de las causas de su desafecto a Castilla fue que, cuando llegó a Carrión a rendir vasallaje, el pacto incluía su casamiento con una infanta y Alfonso VIII le impuso a Urraca, de apenas dos años. Entretanto hubo de presenciar cómo la corte de su primo preparaba los esponsales de Berenguela con el hijo del emperador de Alemania.

Aquel enlace valía su peso en oro. Berenguela era la primogénita de Alfonso VIII. Al no tener este por entonces hijos varones, había sido jurada heredera. Pero un año después la reina Leonor alumbró un varón y, desvanecidas las expectativas de sentar a un hijo suyo en el trono castellano, el emperador de los alemanes canceló el compromiso.

—¿De cuál hija me habláis? —preguntó con un ápice de desconfianza. Ya se había sentido engañado una vez. Él venía decidido a hacer la guerra a la debilitada Castilla. Pero algo en el tono de Alfonso VIII le retuvo.

—Os hablo de Berenguela.

Alfonso IX permaneció en silencio. Con el nacimiento del varón heredero, el interés del matrimonio perdía enteros. No obstante, si un día moría Fernando, Berenguela volvería a ser la heredera… Y eso era siempre una posibilidad muy real.

—Considerad mi propuesta, primo —murmuró Alfonso VIII. Se volvió a sentar con gesto dolorido. Con el movimiento la pierna le hacía sufrir—. No hagáis caso a lenguas maliciosas. Sabéis cuánto amo a mi hija, que es la más preciada de mis vástagos… y será, si lo queréis, una gran reina para León.

—Me hacéis un honor con vuestra propuesta, señor. Pero he de meditarlo y escuchar a mis consejeros. Ahora, permitidme que me retire —dijo Alfonso IX.

Y retomó el camino de la puerta en medio de los murmullos de quienes se apartaban para dejarle paso.

PRIMERA PARTE

DEL DESASTRE A LA VICTORIA

«En los siglos VIII al X, el islamismo parecía tan enormemente superior en poder y en cultura al poder y la cultura occidentales que maravilla fue el no haber sucumbido España a tanta grandeza, como sucumbieron, arabizándose, Siria y Egipto, a pesar de su cultura helenística más adelantada; como se arabizaron la Libia, el África y la Mauritania. Lo que dio a España su excepcional fuerza de resistencia colectiva, prolongada durante tres largos siglos de gran peligro, fue el haber fundido en un solo ideal la recuperación de las tierras godas para la patria».

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

Capítulo uno

Una infanta heredera

> «Muy buena tierra es España y sus reyes son dulces, amados, generosos, buenos y de cortés compañía; y hay otros barones muy nobles y amables en juicio y en conocimiento. Me apesadumbra que los reyes de España quieran la guerra entre sí. Sería mejor que les pluguiera que entre ellos hubiera paz, justicia y fe…».
>
> PEIRE VIDAL, trovador provenzal

1

Pero empecemos por el principio.

Era Alfonso VIII alguien que desde chico hubo de asumir grandes responsabilidades. Su infancia fue triste. Su madre, Blanca de Navarra, falleció antes de su año de vida; su padre, Sancho de Castilla, entregó su alma dos años más tarde.

De los tres a los catorce anduvo por villas y ciudades sometido a rivalidades y enfrentamientos entre los linajes que se disputaban su tutela y que, con su guerra civil, enturbiaron su infancia. Su padre entregó la regencia a los Lara, la tutoría a los Castro. Y como resultado del conflicto, esta última familia fue expulsada del reino.

Con catorce años se le coronó en Burgos. A la hora de buscarle esposa, los doctos se fijaron en la hija de Enrique de Inglaterra y Leonor de Aquitania, que era muy espabilada y hermosa. El proyecto agradó en la corte inglesa y pronto se recibió en Castilla a Leonor, la hermana pequeña de Ricardo Corazón de León, que trajo en sus venas la sangre levantisca de los Plantagenet y la parla occitana materna.

A la prometida la acompañó Leonor de Aquitania, que a sus cuarenta y tantos años era la mujer más poderosa de la cristiandad. Llegaron con ella nobles normandos, ingleses, y trovadores como Guillem de Berguedà. Juntos bajaron los tortuosos caminos que llevaban a Tarazona, localidad fronteriza con Aragón, donde

Alfonso la recibió junto con los embajadores enviados para recogerla. De paso, su cancillería aprovechó los esponsales para firmar con el rey aragonés un pacto de ayuda mutua y una paz que iba a resultar duradera.

—Fíate del instinto de tu madre. Será un buen esposo. Pero no olvides que en ti se unen la estirpe de los duques de Poitiers y los Plantagenet. Eres una mujer superior. Y ahora, despidámonos sin lágrimas. *Adieu, pichòta!* —le dijo Leonor de Aquitania a su hija.

2

Tenía Leonor menos de diez años y hubo de aprender una nueva lengua y recibir la educación que le faltaba mientras se preparaba para la maternidad. Afortunadamente, había en Castilla hombres educados en Bolonia y París como el canciller García de Campos, que hablaba seis idiomas. Con él pudo conversar en francés y occitano.

Por su parte, Alfonso VIII avanzaba en el conocimiento del francés. Y mientras uno y otro crecían hubieron de esperar para hacer vida marital. Con lo cual no fue hasta los quince años cuando la reina pudo anunciar que estaba encinta, con la alegría consiguiente en la corte que se tornó en tristeza al morir el primer fruto de aquel joven matrimonio.

—No tengáis preocupación, señor. La reina es hija de Leonor de Aquitania, que ha parido diez veces. Es seguro que tendrá más retoños —dijo el médico del rey.

Tuvo razón: dos años después nacía otra niña, que murió también a los pocos meses, y a renglón seguido en el año del Señor de 1179 llegó por fin la primera hija llamada a alcanzar la edad adulta: Berenguela de Castilla.

3

Se dice que el modo en el que uno llega a la vida condiciona su

desarrollo.

Berenguela llegó tras un embarazo a término y lanzando un vagido vigoroso, entre los muchos cojines del lecho. Eso alegró los oídos de las presentes.

Una de las parteras, tras comprobar su sexo y cortar el cordón umbilical, viendo cómo se encaramaba al pecho hinchado de la madre, murmuró:

—Tiene carácter la criatura.

Varias mujeres retiraban sábanas y paños manchados de sangre. Sus risas se contagiaron a Leonor cuando le pusieron la niña en brazos. Al poco, la partera mayor salió a dar la buena nueva al rey, que esperaba, acompañado por el canciller y su mayordomo. La decepción de Alfonso VIII contrastó con la felicidad que había iluminado la cara de Leonor al posar los ojos en la niña, cuando en su occitano nativo le dijo:

—*Siás fòrça bèla, fòrça bèla. Un dia regnaràs tanben que't*

.

Así, recibida amorosamente por su madre y arropada por el respeto de la corte, llegó al mundo Berenguela.

—Otros vendrán, pero esta niña tiene tanta fuerza de carácter como un varón —le dijeron al rey los primeros preceptores.

La infanta fue bautizada por el arzobispo de Toledo y se le impuso su nombre en memoria de la abuela paterna de Alfonso VIII.

4

Durante sus primeros años, exceptuando los meses de vida de Sancho, Berenguela fue la heredera y educada como tal. Había un tratado firmado en Sahagún por el cual León y Castilla pactaron que, en ausencia de varón entre los descendientes del vecino, cualquiera de los dos tendría derecho al trono contrario, y Alfonso VIII estaba decidido a obviarlo. No existía en tierra castellana ley que impidiera reinar a una hembra. Ya lo había hecho en León, aunque con dificultades, Urraca la Temeraria, madre de Alfonso VII el Emperador y bisabuelo de Berenguela, de cuyos

hechos hablaba a la niña su nodriza.

—Fue una gran reina entre hombres.

La Temeraria pronto encontró lugar en los juegos de Berenguela, que le dio su nombre a su muñeca favorita. El ama de la familia en la que se crio se complacía en hacerlo notar. «Id a buscar a la Temeraria», decía cada vez que la infanta lo demandaba. A su vez, los oficiales de la Casa del Rey la trataban con la ceremonia y respeto debido a la heredera. Y Alfonso VIII, viendo que Leonor solo paría niñas, pensó que Dios le castigaba por algún pecado.

Leonor, en cambio, se veía reflejada en sus hijas y sobre todo en Berenguela, que tenía el cabello rubio y los ojos azules de los Plantagenet, y no dejaba de trasladarle el favor que ella misma no tuvo, pues era notorio que Leonor de Aquitania siempre favoreció entre sus vástagos a Ricardo.

Estimulada por ese amor, Berenguela empezó a acompañar a la corte itinerante de sus padres. Su figura esbelta destacaba entre las jóvenes de su edad, y muy pronto iba a poder mirar al rey a los ojos sin levantar los suyos e igualando en altura a muchos hombres, para orgullo sobre todo de Leonor, que siempre lo consideró atributo de nobleza.

—Las mujeres de la Casa de Poitiers somos altas —dijo. Y aunque para muchos la hermosura femenina estaba en las proporciones pequeñas y delicadas, ella pensaba lo contrario y la enseñó a erguir el porte—. Nunca bajes la cabeza, Berenguela. Es bueno que una reina mire de frente a todos, sin levantar la mirada. Ya habrás de bajarla ante tu marido. Procura que sea el único.

5

Leonor manifestaba una preferencia clara por la ciudad burgalesa. Pero no por su inhóspito castillo en lo alto del cerro de San Miguel, sino por los huertos y pastizales en el entorno del palacio real de Las Huelgas. Allí decidió construir su monasterio y creció el proyecto en paralelo al hospital de peregrinos. Ver canteros moviendo piedras en uno y otro edificio fue uno de los recuerdos infantiles de Berenguela.

A Leonor le incomodaba el excesivo predominio eclesial masculino castellano y fundó su monasterio siguiendo el modelo de la abadía de Fontevrault, donde las mujeres eran la autoridad. Dotó a Santa María de un importante patrimonio y consiguió que el papa le otorgase un tal régimen que nadie por debajo de los reyes podía entrometerse.

En los traslados por la árida Castilla, Leonor hablaba de los paisajes de Aquitania o de la corte de Poitou o de Burdeos y del condado de Gascuña, la parte de su dote enclavada en la zona francesa del reino de su padre: era la que más preciaba su familia. Durante esos años, la niña Berenguela aprendió música y canto y escritura en un ambiente de profunda religiosidad. Aprendió a leer y a rezar en su salterio y a discutir de la doctrina con los capellanes reales.

6

La primera vez que oyó mencionar a los almohades fue de boca del canciller Diego García de Campos. Este, pariente lejano de Alfonso VIII, había sido clérigo en Toledo antes de ampliar estudios de Teología en París y a su regreso fue deán en la catedral, y desde hacía unos años era canciller del rey.

Como cualquiera en Castilla, Berenguela había oído hablar de los mahometanos del sur. Ella sabía que había en Sevilla y Córdoba gente con otra fe con la que a ratos se combatía y otros se pactaban treguas. De ellos siempre se dijo que habían invadido el reino godo que correspondía recuperar.

Un día, estando en la antecámara de la reina, oyó a García de Campos hablar con su madre.

—Esto es diferente, señora. El Miramamolín llega desde África. Las taifas se le han rendido. Cada vez más mozárabes las abandonan asustados por sus atrocidades. Dicen que nunca se vio tal enconamiento desde tiempos de Almanzor. Son miles de familias con sus acémilas y carretas las que cruzan la frontera.

—¿Quién es Almanzor? —preguntó Berenguela.

—Un caudillo despiadado. Asoló los reinos cristianos. Llegó a

profanar Santiago. Se llevó sus campanas, infanta —dijo García de Campos—. Eso cuando Castilla era condado, después de que venciésemos al gran Abderramán en Simancas. A Almanzor hubo de venir el mismo Dios a castigarle. Él sometió a todo Al-Ándalus. Nunca tuvieron los musulmanes tanto poder. Por suerte, desde entonces las cosas han cambiado.

—¿Y cómo?

—El califato se deshizo en pequeños reinos ricos pero débiles en la guerra, que necesitan nuestra ayuda —dijo la reina—. Esas taifas nos pagan tributos, Berenguela. Y ahora las conquistan los almohades. Pero deja que García de Campos cuente…

—Los almohades, infanta, son gente fanática. Se han hecho con el poder en el norte de África. Llegan con una actitud tan belicosa que es casi seguro que pronto habrá guerra.

Berenguela escuchaba todo con la mayor atención.

7

Si con Almanzor el califato había alcanzado su apogeo, su decadencia comenzó la mañana misma de su muerte. En ese momento, a su regreso de una de sus campañas, la península estaba dividida en dos mundos opuestos, y el musulmán era el más brillante.

Tras la invasión árabe se hundió el reino visigodo. Toda la península cayó en las manos de los invasores. Los pocos rebeldes que se refugiaban en las montañas del norte nunca fueron suficientes para inquietar a los califas de Córdoba. Durante dos siglos, el islam prosperó en torno al Guadalquivir y se estrecharon las relaciones con el mundo árabe, de donde llegaron dos nuevas olas de invasores: primero los almorávides y finalmente los almohades, unos y otros con celos de reforma religiosa.

Durante siglos, Córdoba fue el foco de una civilización sin rival. Antes de que las tensiones interiores lo destruyeran, el califato poseía una organización muy superior a cualquiera de los cinco reinos. Los mozárabes, en su territorio, no solo gozaron de la tolerancia del califato, previo pago del impuesto correspondiente,

por supuesto, sino que habían podido guardar su organización bajo la autoridad de sus propios obispos, con concilios libres a los que se dirigían los califas cada vez que necesitaban la condena de los cristianos más exaltados, aquellos que perseguían el martirio insultando la religión de Mahoma.

Muerto Almanzor, se dieron tales luchas fratricidas que en apenas treinta años se hundió el califato, y de sus ruinas salieron los pequeños reinos taifas a los que hoy sometían los almohades.

Pero el islam no declinó. Todavía una ciudad como Almería —y no digamos Sevilla o Córdoba— podía contar con cinco mil fabricantes de tejas, un millar de casas de huéspedes e infinidad de baños públicos. La biblioteca del rey de Almería era famosa por reunir muchos miles de volúmenes. Y la lengua literaria en todo el sur era el árabe. Como explicó en la corte castellana uno de los mozárabes que llegó buscando refugio:

—Los nuestros también leen los poemas y obras de imaginación de los árabes. Estudian escritos teológicos, pero no para refutarlos, sino para tener una dicción árabe correcta, elegante. Hoy día cualquier cristiano que destaque por su talento no conoce sino la literatura árabe, y la lee y estudia con ardor. Aunque parezca increíble, los cristianos han olvidado su lengua religiosa. De cada mil no encontraréis más de uno que sepa escribir una carta en latín. Pero tratándose del árabe, hay multitud capaz de expresarse convenientemente en ese idioma. Algunos incluso mejor y con más elegancia que los infieles mismos.

8

Pero más que a las taifas en Castilla se temía a León.

Desde que se dividieron ambos reinos los desacuerdos sobre la frontera provocaban numerosos enfrentamientos. El propio Fernando II de León, tío de Alfonso VIII, aprovechó la minoría de edad de su sobrino y las luchas entre clanes para invadir Castilla y llegó a tomar Toledo. El conflicto resurgió cuando, con Alfonso VIII ya en la treintena y bien asentado en el trono, murió su tío Fernando de León. Algo que coincidió con el acuerdo matrimonial

entre el hijo del emperador de Alemania y Berenguela.

—Castilla empieza a ser grande, Berenguela —dijo Leonor—. Y mi dote, Gascuña, queda al otro lado de los Pirineos. La alianza servirá para protegernos de los francos.

Una misión viajó hasta la pluviosa Seligenstadt, donde se pactaron los territorios que recibiría Berenguela en concepto de arras, y una dote de cuarenta y dos mil maravedíes.

Y mientras se acordaba que Conrado llegaría en la primavera, falleció en sus altas tierras leonesas el rey Fernando, tras treinta años de reinado. Y le sucedió Alfonso IX, de dieciséis años, hijo del primer matrimonio del leonés cuya posición estaba amenazada por su madrastra la reina viuda Urraca López de Haro, miembro de esa gran familia castellana, que ambicionaba el trono para su propio hijo.

La circunstancia convenció a los consejeros del heredero de que convenía arrimarse a Castilla.

9

30 de marzo de 1188

De Leonor, duquesa de Aquitania y reina de Inglaterra, a su amadísima hija Leonor Plantagenet reina de Castilla.

Mi querida hija,

Me llegan cada vez más noticias del futuro matrimonio de tu Berenguela con Conrado de Alemania. Puedo asegurarte que aquí en Poitou se habla mucho del osado movimiento de tu esposo. Nadie pensaba que fuera a dar semejante golpe sobre la mesa, y la inquietud en París en el entorno de Felipe es tan grande que hasta me escriben de su corte para que medie con vosotros. Ya ves que Castilla empieza a ser tenida en cuenta en los grandes reinos de la cristiandad.

Sé lo preocupante que es para ti que no acabe de llegar el varón. Pero paciencia: concebiste antes uno y eres hija mía. La fertilidad la llevas en la sangre. El varón llegará. Entretanto, no descuides a Berenguela. Los informes que tengo son excelentes. Mis embajadores

cuentan que es alta, rubia, de porte dignísimo, tan hermosa como tú y yo, y que además maneja el latín con tanta soltura como los oficiales de vuestra cancillería. No me extraña: también tú y yo tenemos buena cabeza. Y carácter estate segura que no le faltará. Por sus venas corre la sangre de los duques de Poitiers.

Haces bien en no dar nada por hecho. Esmérate en su educación. Que aprenda música y latín. Y también algo de matemáticas y astronomía: todo le será útil. Pero sin descuidar las gracias sociales indispensables para cumplir con sus funciones y las buenas maneras necesarias a una joven de su linaje. Que coma los bocados uno por uno y no pida nunca alimento antes de que se la sirva. Que tenga moderación en la bebida y sepa hablar con el tono adecuado, ni más alto ni más bajo del necesario, sin interrumpir a nadie.

Sé que, so pretexto de pedir el consentimiento de la curia para el matrimonio, Alfonso ha conseguido que los nobles y magnates del reino, y también los representantes de los concejos, la reconozcan y juren lealtad. No es mala jugada. De esta forma asegura la sucesión para el caso de que, Dios no lo quiera, no llegue el varón.

La maniobra confirma la sabiduría de tu Alfonso y de paso la mía, pues no olvides que fui yo quien lo eligió para ti. Nadie puede saber lo que el futuro deparará a esta hija tuya, pero todo apunta a que sabrá cumplir con las altas expectativas depositadas en ella.

Leonor de Aquitania

Capítulo dos

Un nuevo rey en León

«El joven príncipe y futuro Alfonso IX, desprovisto de madre y de madrastra, fue entregado a los cuidados de una nodriza, María Ibáñez, con la que compartió infancia a partir de 1175 en Salamanca y en las propiedades que doña María tenía en Palacios. También él, como su primo castellano, supo lo que era ser huérfano, aunque él solo lo fuese de madre».

SALVADOR MARTÍNEZ,
Berenguela la Grande y su época

1

Hay hombres que parecen nacer con todo en contra.

En 1187 Fernando II de León se casó con su amante de larga data, Urraca López de Haro, de la que tuvo un hijo, Sancho. Era su tercer matrimonio, su segundo vástago. El primogénito Alfonso IX había nacido de su enlace con la hija del rey de Portugal, su tío materno. El matrimonio fue anulado por Roma y la madre hubo de retirarse a un monasterio. Alfonso tenía cuatro años cuando desapareció de su vida. Y quedó al cuidado de su nodriza y, luego, de los tutores que se ocuparon de su educación, primero en Zamora, más tarde en tierras gallegas.

Cuando se desposó su padre con la de Haro, tenía dieciséis años y ya participaba como heredero en la corte. Por desgracia para él, a sabiendas de que el final del rey estaba cerca, la de Haro conspiró para apartarlo del trono, y con tal determinación que sus consejeros temieron por su vida.

—Hoy cualquier cosa puede pasar, señor. Vuestra madrastra desea sentar a su hijo Sancho en el trono y ha colocado a sus parientes en posiciones de poder, favoreciendo a muchos que sentirían en peligro su situación con vos. Con el rey enfermo y teniendo en cuenta que los Haro cuentan con apoyos en Castilla,

quizá os convenga buscar amparo en Portugal —le dijo su mayordomo, que era persona de entendimiento cabal.

La muerte del rey cogió al heredero de camino a Portugal, cerca de la frontera. Allí le alcanzaron los mensajeros y entre ellos algunos hombres principales que, temerosos de las maquinaciones de la de Haro, llegaban con un cuerpo de guardas bien armados para escoltar al heredero de regreso a León.

Durante el viaje, la comitiva fue creciendo a medida que se le añadían partidarios y la madrastra, viendo llegar a su hijastro con tanto hombre de guerra, no logró impedir que ocupase trono. Ya en León, Alfonso IX se dedicó a los oficios del entierro de su padre e hizo trasladar su cuerpo a Santiago de Compostela, como fue su voluntad.

Mientras tanto, Alfonso VIII, rompiendo los acuerdos, atacó las fronteras y ocupó Valencia y otras poblaciones estratégicas en Tierra de Campos: algunas, en manos de partidarios de la de Haro, se le entregaron sin resistencia.

Para responder a la situación, con las arcas del reino vacías y los partidarios de la reina viuda al acecho, los consejeros de Alfonso IX consideraron que no estaba en condiciones de contraatacar y aconsejaron acercarse a su primo castellano.

—Proponedle una reunión sin intermediarios en la frontera. Haced que os apadrine. Pedidle que os reconozca públicamente como rey legítimo. Comunicadle que a cambio recibiréis de él las armas de caballero. Eso supondrá besarle la mano. Pero si con ello conseguimos que os apoye frente a los partidarios de la de Haro y que deje nuestras fronteras en paz, está claro, señor, que el acuerdo os será ventajoso.

2

Un mes y medio después, el rey de León se presentaba en la localidad de Carrión de los Condes. Decididos a jugar su baza, la comitiva leonesa llegó a media mañana y quedó sorprendida con la buena acogida que les brindaban los castellanos. Algunos donceles de la Casa del Rey, prevenidos de su llegada, los escoltaron hasta el

monasterio de San Zoilo.

—No cabe mejor recepción —murmuró el alférez del reino.

Era Carrión una respetable fortaleza a orillas de las claras aguas del río del mismo nombre que se extendía desde el influyente monasterio cluniacense de San Zoilo a la emblemática iglesia de Santiago, en la otra margen del río, y al hermoso y recogido templo de Santa María, apoyado en las murallas de la villa por el lindero opuesto. Por entonces arrancaba el verano y sus pobladores se regocijaron con la presencia del flamante rey leonés: un síntoma más del buen momento que vivía Alfonso VIII. Para la ocasión, se convocó al arzobispo de Toledo y al resto de los prelados castellanos, condes y caballeros de villas principales. Eso sin olvidar notables leoneses a los que se agasajó —entre ellos, señores de los castillos y partidarios de la de Haro recién cambiados de bando—, y, por supuesto, miembros destacados de las prestigiosas órdenes militares de Santiago y Calatrava.

Todos aguardaban en las bancadas de San Zoilo aquel 24 de junio, el día más largo y luminoso del año, cuando, con gran pompa litúrgica, un majestuoso Alfonso VIII rodeado de sus mozos de armas recibió en el interior del templo a Alfonso IX, que había pasado la noche velando las suyas ante el altar de Santiago. Muy pronto, la voz del rey de Castilla resonó con fuerza en la iglesia.

—¿Estáis dispuesto a recibir de mi mano las armas de caballero, Alfonso, rey de León?

Era la pregunta litúrgica de rigor.

—Lo estoy, señor.

El rostro del leonés permaneció oculto bajo el casco. Solo la sobrevesta sobre la loriga con emblemas de su reino dejaba adivinar quién era.

3

Alfonso VIII le ayudó a calzarse las espuelas, le ciñó el cíngulo militar. Con la espada desenvainada y tras quitarse el casco, Alfonso IX volvió su rostro descubierto hacia el altar presidido por la cruz. Allí pronunció el triple juramento que exigía la tradición:

estar dispuesto a morir por defender la fe de Cristo, a su señor natural, a su tierra. Con la espada envainada y rodilla en suelo besó la mano del rey de Castilla, que le dio la pescozada ritual. En señal de paz, los dos se besaron ligeramente en la boca, el ósculo entre iguales que simbolizaba la amistad y paz entre sus reinos.

—¡Viva el rey de Castilla! ¡Viva el rey de León! —exclamaron los presentes.

Durante el banquete, todos compartieron mesa y el vino de Burdeos enviado por Leonor de Aquitania, y confraternizaron en una celebración en la que los leoneses mantuvieron una actitud reservada y comedida, mostrando inusitada sobriedad.

Los norteños tenían sus propios reposteros y ocupaban la menor de las mesas que formaban un cuadrilátero, dejando espacio en su centro para las actuaciones de los trovadores occitanos, tan del gusto de los castellanos, y que entonaron canciones en honor de sus anfitriones y asombraron a todos con las habilidades de sus perros y las gracias de una decena de monos que no dejaban de brincar por encima de las mesas, pese a la soga que los retenía.

El buen vino tinto que servían los coperos y enrojecía las caras de los nobles castellanos los de León apenas lo tocaron. Dieron poco trabajo a sus oficiales de mesa.

En la cabecera de la mesa principal, junto al rey anfitrión, estuvo Diego López de Haro, haciendo patente su influencia. Él tenía su propio oficial del cuchillo que le cortaba, como se le hacía a Alfonso VIII a su lado, la carne que llegaba. El oficial de escudilla real servía también al señor de Vizcaya, que cogía con tres dedos, como era de buen gusto entonces, una pata de pollo o un trozo de queso. Y tanto las miradas que dirigía hacia donde se encontraba sentado el rey de León, como las caras con las que bromeaba con sus pares o con Alfonso VIII, demostraban lo acertado de la decisión del entorno del leonés.

—Ese hombre os odia como se odia a quien es un peligro para su familia. Pero, bajo las órdenes de Alfonso VIII, se ha negado a enviar las tropas que su hermana le reclamaba —le dijo al oído uno de sus fieles.

Fue al caer la noche cuando Alfonso IX, ya desembarazado de las armas, decidió ir a buscar a su primo en el monasterio de San Zoilo. Dos porteros a la entrada del claustro lo retuvieron hasta que se dieron cuenta de quién era.

Alfonso VIII, avisado de su presencia, apareció acompañado por García de Campos y por sus monteros de Espinosa cargados con velas. El castellano lo saludó con suficiencia. Alfonso IX reprimió su antipatía profunda. Esbozó una sonrisa forzada que su tocayo leyó como la incomodidad de un joven poco hecho.

—Disculpadme por presentarme sin prevenir, pero debo comentaros algo importante… —dijo. Y soportó malamente que su primo le cogiese del brazo para encaminarlo al claustro. La iluminación, ahora que los monteros de Espinosa se alejaban, provenía de unas teas sujetas con argollas a los muros que alumbraban con luz vacilante los soportales. En el centro del patio, el agua una fuente daba frescor a la noche—. Se trata de un asunto que ya trataron nuestros embajadores…

—Hablad sin cuidado. Os escucho.

—Se discutió entonces mi matrimonio con una infanta de Castilla. Urraca cuenta apenas dos años, y Blanca acaba de nacer. Imaginaréis que cuando se habló de una alianza entre nosotros, mis pensamientos y los de mis consejeros estaban puestos en Berenguela… Y debéis saber que siguen puestos en ella…

El leonés calló, y el castellano, desde la altura de su experiencia, sonrió paternalmente hizo señas a su canciller y al resto de su séquito de que se alejasen un momento.

5

—Sabéis que Urraca crecerá, primo, y ese matrimonio consolidará nuestra amistad. En mi cancillería el asunto se discutió mucho. Se concluyó que Urraca será una excelente esposa, una buena reina para León. Sed paciente y lo comprobaréis. Firmados esos esponsales, veréis como vuestra señora madrastra, a quien he escrito para prevenir de que os acompañarán mis tropas de regreso a San Isidoro, recapacita… Además, Berenguela está comprometida.

El contrato con Conrado se ha firmado… Ya solo queda haceros con el gobierno de vuestro reino… Yo os apoyaré en estos momentos difíciles, primo. Y ahora, reposad. Ha sido un día largo. Mañana habrá nuevos festejos. Os conviene descansar.

El silencio todavía envolvía como un manto sombrío al leonés conforme completaban la vuelta al claustro. Alfonso VIII se detuvo ante la puerta donde esperaban sus gentes, e hizo ver que la entrevista había acabado.

6

Todo Carrión se preparaba para la llegada de la misión alemana que debía celebrar los desposorios del príncipe Conrado con Berenguela, la infanta rubia de ocho años a la que Alfonso había entrevisto fugazmente paseando por el prado o acompañando con gesto serio al séquito de la reina, con el cabello suelto como lo llevaban las mozas no casadas. Solo una vez, cuando se cruzaron en el puente, la comitiva leonesa y el séquito de Leonor, rodeada de sus damas, volvió la cabeza la niña al darse cuenta de que aquel rey de gesto adusto la miraba.

Tanto preparativo incomodó profundamente a Alfonso IX, quien, de repente, sintió muy hondo la humillación de lo sucedido. Alfonso VIII pretendía armar también caballero a Conrado en una ceremonia parecida, en medio de una curia extraordinaria en la que los representantes del reino darían su consentimiento al matrimonio, y quería, por supuesto, que participara. Pero tanto fasto no hacía más que ennegrecer el ánimo del leonés, a quien cada nuevo vítor se le clavaba como un alfiler en el alma.

—¡Viva la infanta Berenguela! ¡Viva el emperador de Alemania! ¡Viva el rey de Castilla!

—Aguantad, señor, que pronto habrá terminado todo —le susurró su mayordomo al oído—. Y no olvidéis que en las relaciones entre reinos, quien hoy está arriba mañana puede estar muy abajo.

Pero Alfonso IX, advirtiendo el poco airoso papel que realizaba, decidió, pese a los consejos, anticipar su partida. Según cabalgaba con el castellano y sus monteros, una mañana en la que salían

ambos a cazar con sus azores, le hizo ver a su tocayo que el tiempo volaba, que le reclamaban asuntos urgentes en León. Debía partir.

—Haced como consideréis —repuso Alfonso VIII, con una expresión neutra. Llevaba debajo del tabardo una túnica hendida que dejaba ver las lujosas calzas y que en la parte superior estaba abotonada con varias joyas, y su guante de cetrería tenía el puño decorado ostentosamente—. Nada os retiene aquí salvo el placer que me causa vuestra compañía, primo.

Y así fue como, a la mañana siguiente, la comitiva leonesa fue despedida con los mismos honores con los que se la había recibido, reafirmándose la complicada alianza.

7

San Isidoro, 31 de junio de 1188

De Alfonso IX, rey de León y Galicia, a su respetadísima señora madre doña Urraca Alfonso de Portugal.

Madre querida,

No sé cómo expresar lo que pienso tras conocer que no estáis muerta. Eso me dijeron cuando partisteis, teniendo yo cuatro años, quizá para evitar las preguntas que sin duda hubiera formulado. Hoy sé que me engañaron. ¡No podéis imaginar mi alegría cuando supe que estáis en vuestras tierras de Zamora, donde vivís enclaustrada desde que abandonasteis la corte! Os juro que en cuanto pueda acudiré a esa hermosa villa a orillas del Duero para encontrarme con vos.

No sé si estáis al tanto de los últimos sucesos que alborotan el reino. Si es así, sabréis que, a la muerte de mi padre, su última esposa ha conspirado para arrebatarme el trono. Afortunadamente, fracasó. Hoy soy rey de León. Pero no ha sido fácil, y mis consejeros consideraron prudente, por la precariedad de la situación, asegurarme el reconocimiento público de Castilla. Alfonso VIII puso un precio. Y hoy regreso de Carrión, donde he permitido que me invista caballero delante de sus gentes. Y encima arrodillarme y besarle la mano. ¡Yo, un rey de León! Eso amén del compromiso de desposar a su hija Urraca, de dos

años. ¡Qué deshonor más grande, madre! ¡Solo Dios sabe cuánto ha sufrido mi orgullo!

Si acepté fue por asegurar la paz en las fronteras, y por evitar el riesgo de una guerra con los partidarios de la de Haro. Por suerte, eso se ha conseguido. Ahora, según os escribo, por fin puedo descansar y sentirme seguro en el trono, sí. Pero ¡cuánto sufrimiento ha costado a mi amor propio, madre! No dejo de pensar que mi primo se ha aprovechado de la situación. El precio ha sido excesivo.

Todo el mundo sabe que traigo conmigo a la infanta Urraca. Pero no pienso casarme con esa niña, madre, ni con nadie de su sangre. León no tendrá ningún heredero castellano. Y así, pese a que he aceptado ser su custodio, mi deseo es acercarme al rey de Portugal, vuestro hermano, con quien siempre me he sentido a gusto. Sé que la maniobra es peligrosa, pero tengo la intención de pedirle en matrimonio a su hija Teresa, a quien conozco bien. Os aseguro que no descansaré hasta haber limpiado mi honor de la mancha castellana.

Alfonso de León

Capítulo tres

La boda en Valladolid

> «Con este hombre, ya tan experto en lides militares, políticas y sociales, tuvo que medir su cuerpo y su alma la infanta de Castilla doña Berenguela, más preparada para actuar como reina que como esposa de un rey, y de un tal rey. Alfonso IX, además…, añadía un sutil placer de venganza, en sustitución de la fea posición vivida en Carrión hacía nueve años, cuando le mostraron la presa, pero no para él, sino para un príncipe extranjero».
>
> FRAY VALENTÍN DE LA CRUZ,
> *Berenguela la Grande y Enrique I el Chico*

1

El 29 de noviembre de 1189, la reina Leonor desbarató todas las previsiones diplomáticas al alumbrar a un varón, de nombre Fernando. La consecuencia fue inmediata: Berenguela dejó de ser heredera. Además, al conocer la noticia, el príncipe Conrado perdió interés en el matrimonio y regresó a Alemania, donde pronto se supo que se había enrolado en la cruzada de su padre y se pudieron iniciar los trámites para anular los esponsales.

Berenguela parecía condenada a un papel segundón. Ella misma notó cómo a su paso los cortesanos la miraban con la misma pena que a la niña Urraca, recién retornada de León. Y es que ese mismo año Alfonso IX había contraído matrimonio con Teresa de Portugal, una alianza que tuvo desde el principio en contra a Castilla.

Pero como la rueda de la fortuna es caprichosa, ocurrió que, poco tiempo después, tras la nefasta derrota de Alarcos, todo se volvió en contra del propio Alfonso VIII, que tan hábil se había mostrado en Carrión y tan victorioso pareció hasta entonces.

Alarcos fue una catástrofe absoluta. Tras años preparando la contienda, hablando de los almohades, del peligro que suponían para la cristiandad… y de la gloria de batirlos, Alfonso VIII salió a

su encuentro con las tropas reunidas bajo su mando en Toledo. Su idea era dar batalla si rebasaban los lindes de Castilla. No esperó ni a los navarros ni a Alfonso IX, que estaba en Talavera con sus mesnadas, ni a los refuerzos que enviaba la Casa de Lara, por mucho que su alférez, el señor de Vizcaya, lo desaconsejase.

—La victoria no depende del número, sino de la fuerza que nos da el cielo —dijo cuando supo que el Miramamolín cruzaba la raya de su reino, y se dirigió hacia el castillo de Alarcos.

Como los almohades no se arredraban y montaban cerca su campamento, Alfonso VIII mandó a los suyos armarse, bajar a la llanura y formar para la lucha. Pero los almohades descansaron de su larga marcha. Sabían que a sus enemigos les agotaría la espera. Al atardecer, Alfonso VIII regresó a su campamento en lo alto del cerro, convencido de que no habría combate. El Miramamolín aprovechó la noche para moverse al amparo de un altozano levantado entre su campamento y la fortaleza cristiana. Al rayar el alba apareció en el llano desocupado por los castellanos en posiciones muy sólidas. Eso produjo estupor y temor entre unos hombres que ya no esperaban combatir.

Alfonso VIII optó aun así por lanzar al ataque el grueso de su caballería pesada. Había nobles castellanos y caballeros calatravos y de la orden de Santiago. Pero los musulmanes resistieron. La caballería ligera almohade se echó a un lado, aunque solo para realizar un movimiento envolvente aprovechando la ventaja de los llanos a sus espaldas para su habitual *tornafuye*, la fingida retirada. Con el movimiento, los jinetes cristianos quedaron atrapados. Viéndolos a punto de ser aniquilados, Alfonso VIII cargó al frente del resto de la caballería para abrir brecha por un flanco y evitar el desastre: no fue posible.

Encabritando a su caballo y herido bajo su loriga, con las trabadas arandelas de acero llenas de magulladuras, Alfonso VIII quiso morir luchando: no soportaba la afrenta de huir. Pero sus hombres le convencieron de lo contrario. El propio señor de Vizcaya le rogó que abandonase el castillo mientras él retenía a las tropas del Miramamolín. Él mismo negoció la rendición con el último representante de los antaño influyentes Castro, Pedro el Castellano, el cual, desde su expulsión, se refugiaba en la corte del Miramamolín.

Mientras tanto, Alfonso VIII escapó por una poterna auxiliar que daba sobre el Guadiana. Lo acompañaron veinte caballeros. Tras la huida, y con el ánimo roto, permaneció en Toledo en espera del ataque almohade. Allí había recibido a Alfonso IX, que aprovechó para resarcirse de las humillaciones sufridas. Y ya sabemos lo que sucedió.

—Berenguela… —musitó Alfonso IX, deteniéndose en mitad de la sala del trono.

Sentía que la oferta de su primo era desesperada. Su propia actitud no dejaba claro si la consideraba o no, pues tardó dos días enteros en dar respuesta. Durante este tiempo discutió con sus nobles y prelados, mientras paseaban por las inmediaciones de una ciudad donde crecía la inquietud, pues el Miramamolín avanzaba al frente de sus huestes.

—Los almohades vienen enardecidos, dispuestos a asediarnos. Han destrozado nuestras cosechas. No habrá cuartel. Si León no da tregua, no podremos luchar en dos frentes y sucumbiremos —le dijo el canciller García de Campos al arzobispo. Ellos fueron dos de los veinte caballeros que regresaron con vida de Alarcos.

Por fin, a la mañana de la tercera jornada, mientras el rey de Castilla y el leonés paseaban juntos a orillas del Tajo en señal de reconciliación, Alfonso IX comunicó la aceptación del matrimonio.

2

Los Alfonsos todavía tardaron dos largos años en acordar las condiciones del enlace.

Durante ese tiempo, con las fronteras con León medio pacificadas y aprovechando que el Miramamolín tenía problemas en África, Alfonso VIII pudo pactar una tregua con el señor de la Media Luna, el vencedor de Alarcos, para alivio de la cristiandad entera. El papa mismo lo dijo en Roma:

—Detrás de Castilla están Portugal, León, Navarra y Aragón. Son la vanguardia de nuestra fe. Si cae Castilla, será un desastre parecido a la pérdida de Jerusalén.

Pero los problemas en el Magreb salvaron a Alfonso VIII. La

inesperada tregua permitió recuperar fuerzas y, de paso, repeler las tropas navarras que rondaban por sus fronteras orientales. Para entonces, los embajadores habían hecho su trabajo. Con el documento matrimonial aprobado, Alfonso IX arribó de nuevo a Castilla, esta vez a Valladolid.

Por el camino el leonés no dejó de mirar con desdén las eras y campos brumosos que se sucedían a orillas del Pisuerga. En la grisura invernal, el paisaje era llano. Los leoneses llegaban con el ánimo muy alto y cruzaron el puente Mayor con espíritu vencedor. Desde Alarcos, consideraban a Castilla acabada.

El sol aún alto se escondía detrás de las nubes que actuaban como cendal. Las orillas del río estaban heladas en muchos tramos, sin que la deprimente niebla les afectase al ánimo.

—Mirad ese puente. No hay dos arcos que sean igual de tamaño… Va a ser verdad lo que se dice de que lo hizo el diablo… —se burló el leonés.

3

Al otro lado de las murallas esperaban los vallisoletanos…, y no con alegría. Los leoneses eran vistos con recelo. No en balde muchos recordaban que no hacía tanto todavía atacaban las fronteras en alianza con los almohades. Como había llovido, las calles estaban embarradas. Los caballos levantaban con sus cascos pegotes de barro. Los donceles y los miembros de la cámara del rey junto a los guardas y ballesteros de Alfonso IX procuraban evitar salpicones y pronto cruzaron el barrio de San Miguel, y después el ramal norte del Esgueva.

Berenguela esperaba junto a sus augustos padres y sus hermanos en la plaza a la que asomaba la colegiata de Santa María, y donde se congregó bajo un cielo de nubes bajas la corte al completo, engalanada y solemne.

Allí estaba el señor de Vizcaya, quien había perdido la oreja izquierda en Alarcos, defendiendo la fortaleza antes de rendirla, algunos decían que de mala manera. Y no lejos los Núñez de Lara, que siempre encontraban la manera de estar juntos, «como una

manada de hienas», en palabras el arzobispo de Toledo. Los tres hermanos Lara tampoco podían faltar en las grandes ocasiones.

—Fijaos en ellos. Son los miembros más destacados de una casa que mandó siempre mucho en Castilla… Y cuidado con el señor de Vizcaya. Mirad cómo compadrean. Se odian, pero él está casado con una Lara y se vio obligado a salvar a sus cuñados *in extremis* durante la negociación de Alarcos. Dos de los Lara están igualmente casados con mujeres de la familia Haro, sin que eso haya apaciguado las aguas de los enfrentamientos.

Cuando descabalgaron Alfonso IX y sus hombres de confianza, sus guardas, algunos oficiales y la gente que los seguía, al ver que los dueños de los reinos rivales se abrazaban y besaban fraternalmente, ya sí hubo vítores en la plaza que coincidieron con los repiques de campanas de la colegiata, a la que pronto siguieron todas las demás iglesias.

4

—Os echaré de menos, padre —dijo Berenguela, llegado el momento de despedirse.

—Yo también, hija mía. Yo también.

La jornada había pasado rápido, entre ceremonias y actos. El rey llevaba la capa púrpura y la hija una túnica bermeja bordada en oro que resaltaba la blancura de su piel y el color de sus cabellos. Resultaba entrañable verlos juntos. En la colegiata de Santa María, ante el altar, el rey de Castilla había dado su mano al de León. Al final de la misa nupcial, dos de los acólitos habían cubierto con un velo los hombros del leonés y la cabeza de Berenguela, quienes escucharon las admoniciones, se intercambiaron anillos dorados y tras recibir la bendición del arzobispo don Martín se levantaron y abandonaron el templo.

—No olvides lo que te hemos enseñado a lo largo de estos años —dijo Leonor. Y apretó la mano a su hija. Su cara, lisa y hermosa, enmarcada en las tocas bajo la corona, reflejaba su emoción—. Ahora tu destino espera. Que Dios te ayude a cumplirlo, pues con tu matrimonio traes paz a estas tierras.

Berenguela se volvió hacia Alfonso IX, que aguardaba con los suyos a distancia. El carácter áspero del leonés se traslucía en su actitud impaciente. Ni siquiera en su momento de triunfo, cuando finalmente desposaba a la que se le negó en Carrión, desfruncía el ceño. Su actitud no podía sino inquietar a la joven. Los leoneses, en sintonía con su señor, se mantenían en silencio. Durante el día había llovido a intervalos. Ahora volvía a hacerlo. Una de sus damas se acercó a Berenguela y le puso sobre los hombros un manto de armiño. El agua salpicaba al caer sobre el terreno embarrado por donde Berenguela y su camarera mayor pasaron hasta llegar a los caballos sujetos por un paje.

—¡Adiós! —exclamó, volviendo la cabeza.

Después de la jornada llena de solemnes ceremonias, llegaba el momento de partir. Los caballerizos ayudaron a Berenguela a subirse a la yegua. Una vez sobre la grupa, se acercó seguida de su camarera mayor y de las personas de su séquito hasta donde esperaban los leoneses. Formaban parte de la comitiva el arzobispo de Santiago y otros prelados, cargos principales de la corte y grandes señores del reino, cada cual con sus oficiales y criados, todos escoltados por guardas. A un lado del camino esperaban arrieros con las mulas cargadas con impedimentos y avituallamientos para el viaje, y los carros y acémilas que transportaban el bagaje de Berenguela.

—Sois muy alta —murmuró el leonés.

Fue su único comentario. Según se emparejaban él y su joven esposa al frente de la comitiva y se ponían en marcha para iniciar la primera etapa del viaje que había de llevarlos hasta Zamora.

La flamante reina pasó por las calles de Valladolid. Cruzó los dos ramales del Esgueva, cabalgando junto a Alfonso IX. Viéndola cruzar el puente Mayor, el pueblo de Valladolid, siempre devoto de los infantes, la acompañó un buen rato a través de las primeras eras y huertos tapiados, más allá de los arrabales.

5

El padre de la desposada, que no podía librarse de la desazón, se

volvió, algo inquieto, hacia Leonor.

—El leonés no esconde lo mucho que nos odia. Hicimos bien en venir cerca de su frontera. Pero ¿y si el papa no consiente el matrimonio? Roma ya anuló el enlace con la portuguesa. Han tenido que separarse. Con hijos. No han pasado ni tres años. Y ya entonces me acusó de influir en Roma. Y se revolvió contra nosotros y llegó a aliarse con el Miramamolín…

—Y por eso se le excomulgó. Hay que tener confianza, Alfonso. Recuerda tu debilidad tras Alarcos. León estaba dispuesto a aliarse con Navarra y el Miramamolín. Habría sido el fin de Castilla. Además, ha habido demasiados muertos por esta guerra —dijo Leonor—. Ahora mismo, los vientres de las mujeres son más poderosos que las espadas. Y la he educado bien. Está más que preparada. Confía en ella.

—Ojalá estuviese tan seguro… Pero ya no se puede hacer más.

—Rezar. Ahora todo está en manos del Señor. Confiemos en él —concluyó Leonor. Y Alfonso, que era hombre piadoso, no dijo nada. Lo cierto era que tras el desastre de Alarcos había momentos en los que sospechaba que el Señor los había abandonado. Durante algún tiempo su fe se había tambaleado. Pero hizo un esfuerzo por apartar ideas descorazonadoras—. Paso a paso, Alfonso —dijo Leonor, que parecía leerle el pensamiento.

La lluvia arreciaba según regresaban al alcázar, en la parte más elevada de la confluencia del Esgueva con el Pisuerga. Alfonso VIII iba con el ánimo encogido y no dijo ni una palabra.

Aquella fue la última vez que vieron a su hija en cinco largos años durante los cuales, eso sí, los reyes de Castilla no dejaron de recibir noticias del nacimiento, uno tras otro, de los sucesivos hijos de los reyes de León.

6

12 de mayo de 1198

De Berenguela, reina de León y Galicia, a su amadísimo padre don

Alfonso el Noble, rey felicísimo de Castilla y Toledo.

Padre mío,

Aquí no se habla de otra cosa que de Roma y la anulación de mi matrimonio. Sé que vos siempre pensasteis que Letrán acabaría interviniendo y no aceptaría una situación que repetía la de mi esposo con Teresa, y el tiempo os va dando razón.

Mi único consuelo es que la tardanza ha permitido, al menos, detener la guerra. De eso a la paz actual hay un mundo que merece preservarse, y sé mejor que nadie que mi matrimonio es el camino. Además, debo deciros que la vida con mi esposo está siendo feliz y no me faltan satisfacciones en el ejercicio de mis deberes, ayudada por los oficiales que me asignasteis.

Vos bien sabéis de su carácter fuerte, en ocasiones violento. Pero conmigo esa violencia jamás se manifiesta. Apenas tengo queja. Podría decirse que soy un remanso al margen de esos torbellinos huracanados que azotan de cuando en cuando la corte, si sucumbe a sus humores.

Si ya fue una desgracia que el anterior papa hiciera oídos sordos cuando se le pidió dispensar el impedimento para el matrimonio, lo de Inocencio es peor: se ve que es hombre intransigente y ya se advierte que ha encomendado a su legado actuar contra nosotros.

Todos aquí están de acuerdo en las escasas posibilidades de que permita el matrimonio. Pese a ello, en San Isidoro ha sido muy bienvenida vuestra iniciativa de enviar a Roma una comisión. Al menos, ganaremos tiempo y, quizá, si Dios lo quiere, Alfonso y yo podamos entretanto dar al reino un heredero.

Todos somos conscientes de lo mucho que está en juego. Confiemos en que el Señor, que conoce las razones por las cuales se decidió, ayude a nuestros prelados a encontrar palabras adecuadas.

Que Dios os guarde muchos años en salud, padre.

Berenguela

Capítulo cuatro

El viaje a Roma

> «Y la paz firmada entre ellos como entre padre e hijo, cesaron las guerras y las destrucciones entre ellos y sus reinos…».
>
> ALFONSO X EL SABIO

1

Para cualquier creyente, y más para un servidor de Cristo, el viaje a Roma siempre tenía algo de especial y vigorizante. Independientemente de la época del año, era un peregrinaje. Y así se lo tomó el cada vez más anciano pero lúcido Martín López de Pisuerga, arzobispo de Toledo.

Era don Martín una apuesta personal de Alfonso VIII. Las relaciones nunca cesaron de ser óptimas. En sus diplomas, el rey se refería a él como «prudentísimo varón», «amiguísimo mío», «queridísimo», «fidelísimo». A eso se añadían beneficios como el diezmo de toda moneda labrada en las cecas de Toledo salvo la de oro, los cincuenta áureos sobre derechos del portazgo de la Bisagra toledana para mantener encendidas lámparas ante los sepulcros de su padre Sancho III y su abuelo Alfonso VII, enterrados ambos en la catedral, o el diezmo de las bodegas reales de Guadalajara.

Con la enorme presión almohade sobre la frontera, Castilla vivía un clima bélico. Después de Alarcos, muchos campos habían sido arrasados, y centenares de campesinos muertos o esclavizados. La entera comunidad monástica de San Vicente de la Sierra fue degollada. Toledo fue asediada. Y en su interior se pasó tanta hambre que Martín López de Pisuerga se vio obligado a ponerse al frente de sus tropas y a emprender campañas por territorios musulmanes, afortunadamente victoriosas, que hicieron que algunos le llamasen Martín el Magno. El arzobispo consideraba un deber el defenderse con las armas de los enemigos de la fe, y no era el único: en Alarcos habían muerto tres obispos.

López de Pisuerga no dejaba de desempeñar misiones de paz entre los reyes de los cinco reinos y desde el principio lideró el partido de quienes abogaban por la dispensa del matrimonio de Alfonso con Berenguela.

Aunque hubiera más prelados, era sobre sus hombros sobre los que recaía mayor responsabilidad. Sus relaciones con los obispos de Zamora y León, los representantes leoneses, eran buenas. Pero fue sobre todo con García de Campos, que se unió en última instancia a la misión para dejar claro la importancia que Castilla le acordaba, con quien más hablaba.

Las relaciones con el canciller, con quien tuvo algunos roces mientras este era deán en Toledo, se habían normalizado. Y el viaje sirvió para restablecer vínculos.

2

Como la reciente muerte de Ricardo Corazón de León tenía conmocionada a la cristiandad, por el camino se habló mucho de él. También de Leonor de Aquitania, a quien tanto el arzobispo como García de Campos habían conocido durante los esponsales de Alfonso VIII. Ahora se rumoreaba que pronto viajaría a Burgos, para escoger entre sus nietas una esposa para el futuro rey de Francia.

—Lo normal es que sea Urraca. Será una importante victoria diplomática para Castilla —observó García de Campos.

Era el último día de navegación y la sombra de los belicosos Plantagenet parecía acompañarlos. A bordo de la galera se comentó el fracaso de la cuarta cruzada en Jerusalén, y el acuerdo alcanzado con Saladino para que los peregrinos visitasen los Santos Lugares. Fue el último logro de Ricardo Corazón de León, hijo bravo y díscolo de Leonor de Aquitania, que había dado su último suspiro semanas atrás: una muerte sin gloria. Un incidente absurdo.

Mientras Ricardo dirigía el asedio de una fortaleza rebelde en el Lemosín, un muchacho le apuntó con su ballesta desde un torreón. Ricardo no llevaba su cota de malla y se rio con sus acompañantes. El muchacho disparó. Le hirió en el hombro. La herida se gangrenó y, al cabo de unos días, Ricardo murió. «Así ha muerto un monarca

bravo, asesinado por una hormiga», se lamentó Leonor de Aquitania, tras enterrar a su hijo favorito.

A ese respecto se recordaba la conquista de Chipre, donde Ricardo llegó con su flota camino de Tierra Santa, su victoria de Arsuf contra el hasta entonces invencible Saladino, la conquista de Jaffa. Y cómo, cuando quiso finalmente regresar, lo hizo cruzando el territorio de Austria disfrazados él y sus criados de peregrinos. Allí fue apresado por hombres de su primo el duque Leopoldo, pero solo tras pedir pollo asado para comer, algo impropio de un simple peregrino. Eso lo descubrió.

—El rescate lo pagó la madre —dijo García de Campos, que, gracias a su cercanía con Leonor, se hallaba muy informado sobre los Plantagenet—. La de Aquitania siempre tuvo debilidad por él. También era pelirrojo. Dicen que cuando Ricardo y sus hermanos se levantaron contra el rey Enrique, lo hicieron alentados por su resentimiento a causa de las infidelidades del inglés.

—Una familia turbulenta. Espero de verdad que nuestra Berenguela no haya heredado ese rasgo de su carácter —observó el obispo de León.

—No hay tal. Don Martín y yo la conocemos bien, y ni es pelirroja, ni tiene el carácter díscolo de sus tíos.

El agua rodeaba la galera catalana. La empujaba la fuerza de los remeros. Decenas de esclavos de tez oscura y tensos músculos brillantes de sudor laboraban encadenados al remo. Los viajeros habían salido a cubierta para mirar la superficie plateada que se rompía en escamas donde se reflejaban los últimos rayos del sol.

3

A la mañana siguiente, arribados en Ostia, los estibadores se precipitaron a ayudar con los bagajes y hubo que ahuyentarlos como a moscas. La idea era no hacer noche en el puerto sino en Roma, aprovechando que tenían el día por delante. «¡Quitad!, que no tenemos sueldos ni os entendemos si no habláis latín como gente civilizada», exclamó López de Pisuerga, que tenía dejes de mando militar y parecía cualquier cosa menos un anciano bondadoso. Su

carácter era más bien de alférez.

Resultaba extraordinaria la actividad de un puerto lleno de gente de tantísimas nacionalidades. ¡Qué provinciana, en comparación, parecía la península! Pero los viajeros fingieron una señorial indiferencia mientras avanzaban, una vez se hicieron con las monturas, por la vieja calzada romana.

En un principio los distrajo la contemplación del paisaje más allá de los álamos que escoltaban la calzada: hacia el norte se sucedían campos cultivados, espigas crecidas agitándose con el viento, un paisaje no muy diferente del castellano; hacia el sur las manchas boscosas de encinares debían de ser lugares excelentes para la caza. Pero pronto, a medida que el repiqueteo de los cascos de sus caballos sobre la piedra desgastada se volvía monótono, se concentraron en lo que los traía.

—La consanguinidad entre Alfonso y Berenguela está tan clara como en el anterior matrimonio con Teresa —dijo el arzobispo—. El padre de Teresa, emérito rey de Portugal, era hermano de la madre del de León. Él y Teresa son primos carnales. Es relación incluso más prohibida que la que obligó a separarse a Fernando de la madre del propio Alfonso IX, como nietos de dos hermanas. También entonces la esposa, obedeciendo a Roma, retornó a Portugal. La verdad es que tiene inri que los avatares de la política hagan que quien era entonces infante se haya encontrado, ya adulto, en la misma situación del padre. Y dos veces…

—Ya cuando casó Alfonso con doña Teresa, hubo quien se opuso a la boda —dijo el obispo de León—. Pero nuestro Alfonso, para frenar al rey portugués, que amenazaba nuestras fronteras, tomó su decisión. Yo mismo estuve presente en la boda, en Guimarães, donde don Alfonso y doña Teresa pasaron parte de su juventud… Una juventud que en el caso de ella fue desde luego temperada. Doña Teresa siempre ha mostrado gran inclinación por la vida espiritual.

—Os puedo decir que en Castilla esa boda nunca gustó, y en la corte se celebró la sentencia de Roma —dijo García de Campos—. Ya entonces el Santo Padre dejó clara su posición e hizo caso omiso de los partidarios de la unión, que desde el principio quisieron hacer prevalecer la paz conseguida.

—Igual que hoy con el matrimonio de don Alfonso y doña

Berenguela —asintió el obispo de Zamora, buscando que su caballo se pegara al grupo de cabeza. La calzada no daba para que cupieran todos. Se sentía frustrado cada vez que se rezagaba y perdía la conversación—. ¿Y qué pensáis que ocurrirá con sus hijos? Porque para cuando Alfonso aceptó la sentencia del papa y se separó de Teresa, ya habían nacido tres vástagos…

—Es la gran cuestión —dijo el obispo de León—, porque entonces los embajadores consiguieron que el papa reconociese la legitimidad de los infantes. Yo conozco bien a la primogénita, Sancha, que quedó un tiempo en León. Los otros marcharon con su madre a Portugal. Y pasado algún tiempo, doña Teresa ingresó en un monasterio donde vive, efectivamente, en loor de santidad… —concluyó, mientras un sol anaranjado se ponía en el horizonte.

4

El sol mataba la hermosa tarde primaveral entre destellos violáceos a sus espaldas cuando avistaron Roma, ¡la gran Roma!, capital durante siglos del imperio y hoy de la cristiandad.

La vía Ostiense pasaba entre el monte Aventino y el río Tíber y alcanzaba las murallas servianas y la antiquísima puerta Trigemina. Igual Roma ya no era capital del mundo, pero no dejaba de ser un espectáculo ver aparecer en el horizonte aquellas murallas milenarias a cuyas espaldas asomaban las cúpulas de tantísimas iglesias. Resultaba difícil no sentir mariposas en el estómago.

En las puertas de la Urbe una nube de muchachos harapientos les ofreció sus servicios, pero don Martín los apartó. Sorteó a la chusma con gestos a ratos desabridos, abriendo el camino hacia el palacio en el que se les alojaría.

—Vamos a Letrán, excelencias, a la misma casa del santo padre.

¡Letrán! Aquel palacio, corazón mismo de la cristiandad, se había construido sobre terrenos y edificios que el emperador Constantino cedió en su día a la Santa Sede. Junto a la residencia papal se levantaba la basílica de San Juan, madre y cabeza de todas las iglesias. El arzobispo de Toledo y García de Campos ya habían estado en varias ocasiones, pero no por ello dejaban de sentirse

conmovidos.

—Mil años —dijo López de Pisuerga—. Y ya vemos cómo ha progresado la Iglesia de Cristo, desde las catacumbas hasta esta magnificencia…

—Magnificencia a veces alejada de las enseñanzas de los Evangelios —observó el obispo de Zamora, que quizá por el entredicho de León era el más crítico con Roma. Él ya había mostrado en sus comentarios por el camino simpatía con los vientos de reforma que nacían en los monasterios cistercienses y preconizaban la vuelta a los ideales primigenios.

—Os aconsejo, señores, que pensemos solo en lo que nos trae aquí —dijo García de Campos—. La situación es lo bastante compleja, como para encima andar con disensiones.

Todos miraron alrededor. Las casi dos semanas del viaje, con las penurias soportadas por tierra y mar, quedaban compensadas porque el esplendor de Roma era superior al de cualquier ciudad. Los obispos se sentían preocupados. En todas las cortes se decía que Inocencio III llegaba al trono de San Pedro en el peor momento de la cristiandad en doscientos años.

—Lo último —dijo López de Pisuerga— es que pretende llamar a la cristianad a la cuarta cruzada y liberar Jerusalén. El problema es que los germanos no admiten su autoridad, y que francos e ingleses están enfrentados. Sin el apoyo de esos reinos, Inocencio no dispondrá de una flota ni encontrará los recursos necesarios para pertrecharse y llegar a Tierra Santa. Eso por no hablar de la amenaza que supone en nuestras tierras la presencia del Miramamolín.

—Y no olvidemos la herejía albigense, que se propaga al otro lado de los Alpes, en la mismísima Francia del rey Felipe, donde lleva décadas arraigando —añadió García de Campos—. Yo mismo comprobé en París, hace ya años, cómo las ideas que pronto iban a enraizarse en el sur se extendían, sin que el rey de los francos tuviera, a mi parecer, excesivo interés en impedirlo…

La de los albigenses era una teoría muy atractiva. Los hijos del amor puro predicaban que solo Dios lo podía dar, que todo en esta tierra era corrupción. Los cátaros o perfectos eran seres superiores. La nueva corriente llegaba hasta ver con buenos ojos el suicidio como manera suprema de despreciar la corrupta vida terrenal.

Desde hacía algunos años, el credo no dejaba de ganar adeptos, sobre todo en la Provenza y entre los cultísimos trovadores.

—Hay que confiar en el Señor —insistió el arzobispo. A él no le interesaba el catarismo—. Inocencio es un papa joven. Quizá le falte experiencia, pero su magisterio requiere de gran energía, y él la tiene… Estoy convencido de que restablecerá la autoridad de San Pedro en los territorios donde hoy prospera la herejía.

5

Nada más descabalgar, los criados los acompañaron a sus aposentos. Tras tomar un refrigerio en una alargada mesa común junto a otros visitantes, en su mayoría clérigos y prelados venidos de distintas partes de la cristiandad, los hispanos se retiraron. Al día siguiente, una mañana clara y soleada los sorprendió esperando en los soportales del palacio durante una hora larga antes de que aparecieran dos guardas para acompañarlos hasta la sala donde los recibió el papa.

En una estancia con suelo y paredes revestidas de mármol que reverberaba la magnífica luz matutina esperaba un hombre con un rostro enérgico de rasgos aquilinos. Vestía una túnica talar de seda roja cubierta por otra blanca más corta adornada con encajes, y sobre los hombros una muceta también bermeja rematada con armiño blanco. Por debajo asomaban unos botines lujosos.

Inocencio se levantó para recibirlos y se dirigió al cincuentón García de Campos con grandes muestras de afecto.

—¿Cómo está mi querido amigo Hispano? —Le dio un abrazo. Los dos se conocían de sus tiempos de estudiantes, cuando el santo padre no era todavía más que Lotario de Segni y al castellano lo motejaban Hispano.

—Tan bien como se puede en las circunstancias actuales, santidad.

El santo padre, que se mostraba en su plenitud, dirigió una mirada de reconocimiento al arzobispo de Toledo, aunque en su caso sin tanta familiaridad. Se notaban las tensiones tenidas, puesto que López de Pisuerga, cada vez que había litigio entre Roma y el

rey de Castilla, se ponía del lado de este último. El toledano mantuvo la compostura en tanto que los demás obispos pasaban ante el papa para besar su anillo.

El rostro de Inocencio reflejaba un carácter fuerte. Lo acompañaban dos clérigos que le servían de secretarios y que permanecieron silenciosos a sus espaldas durante las salutaciones. Al cabo, los presentes se sentaron en torno a la gran mesa en el centro de la estancia.

6

Instado por el papa, el arzobispo comentó la delicada situación de la orden de Calatrava. A raíz de la derrota de Alarcos, la orden había perdido sus castillos en el Guadiana, así como la mayoría de sus caballeros. Por suerte, el comendador mayor pudo reconstruir sus efectivos hasta disponer actualmente de mil hombres, dijo, entre caballeros e infantes. Con ellos penetró en su antiguo territorio y reconquistó la fortaleza, en plena tierra de moros, donde se afincaban ahora haciéndose llamar freires de Salvatierra. También mencionó los mozárabes a los que los almohades expulsaban o mataban, a los que él mismo procuró proteger durante sus campañas.

—Hay que seguir luchando por la fe, el Señor nos lo demanda —asintió Inocencio, que como buen papa tenía en gran estima a las órdenes militares y en especial a las de Calatrava y Santiago, asentadas en Castilla y en León respectivamente. Ambas las formaban monjes guerreros que alternaban rezo y guerra. Eran la vanguardia cristiana en la frontera occidental con el islam—. Pero creo que habéis venido a hablar de otro asunto, el que se refiere a la unión de ese poco piadoso Alfonso de León con la hija del ilustre rey de Castilla, contra quienes nos hemos visto obligados a dictar sentencia de excomunión… El mismo que ya antes se unió incestuosamente a la hija del rey de Portugal, su prima, y por ello también fue excomulgado por nuestro predecesor… Y que más tarde volvió a serlo, y su reino puesto en entredicho, cuando se alió con los almohades para atacar las fronteras de la cristianísima

Castilla… A ese hombre es al que el noble Alfonso ha entregado a su hija.

—La península ibérica es un territorio complicado, santidad —intervino García de Campos—. Proliferan desencuentros entre quienes debieran ser hermanos y que demasiadas veces olvidan que el enemigo común está al sur. Entre Castilla y León ha habido mucha guerra desde que Castilla se desgajó de León. Tras decenios de discordia, con el matrimonio de Berenguela, se hizo milagrosamente la paz. Y eso, santidad, es tan gran bien que la dispensa del impedimento matrimonial es deseada por todos. Por eso, las curias de Castilla y León han querido formar esta comisión que hoy veis aquí para exponeros las razones que llevan al matrimonio y rogaros nuevamente que concedáis la dispensa que asegurará el mantenimiento de la paz. Causa verdadera tristeza pensar en que pueda reanudarse una nueva guerra entre cristianos. Si eso sucede, los pueblos de la frontera serán arrasados… Es posible que hasta se vuelva a acosar a los peregrinos jacobeos.

—Ya veo… —murmuró Inocencio.

Los obispos respiraron viendo que el papa asentía lentamente. El de Zamora, haciendo oficio de secretario, tomaba nota. El papa escuchó las palabras de su antiguo compañero de andanzas estudiantiles. Una vez calló el canciller, los obispos dejaron que fuera el toledano quien dirigiera la conversación.

—Como sin duda sabéis por vuestro legado, santidad —dijo López de Pisuerga—, la antigua animosidad entre castellanos y leoneses ha desaparecido desde que Alfonso matrimonió con Berenguela. Y desde entonces comprende este rey la iniquidad que cometió al aceptar la ayuda del Miramamolín para atacar Castilla…

Inocencio, con las manos entrelazadas sobre la mesa, les dirigió una sonrisa beatífica.

—Eso que nos contáis está muy bien —dijo en un latín tan perfecto o más que el de López de Pisuerga—, y sé lo mucho que los prohombres de León y Castilla, incluido vos mismo, Martín, como arzobispo de Toledo, habéis laborado para la paz. Sé también que los demás prelados de ambos reinos, con contadas excepciones, hacen prevalecer el argumento de la paz frente al argumento de la ley de la Iglesia. Pero habéis sido atrevidos, poco previsores… Y por eso os habéis hecho cómplices de esta iniquidad.

7

López de Pisuerga volvió a insistir, aunque con menos convencimiento. Tanto él como los restantes miembros de la comitiva sabían que las esperanzas de obtener la dispensa eran mínimas. Desde que el nuevo papa ocupaba la silla de San Pedro se iba conociendo que profesaba el ideal romano de justicia: *Fiat jus, et pereat mundus*, «Hágase justicia y perezca el mundo». Pero esperaba, al menos, ganar tiempo para que pudiera nacer un heredero.

—Tened en cuenta, santidad —intervino el obispo de Zamora—, que Berenguela, desde su llegada, no hace sino derramar bienes sobre su pueblo. Se ocupa en mejorar las condiciones de los necesitados y apoya a instituciones religiosas y monasterios, sin contar los grandes beneficios otorgados a la Orden de Santiago. Aquí traemos documentos que acreditan las donaciones. La reina en su vida privada es de una religiosidad profunda y una prudencia y modestia sin tacha. No podéis imaginaros el dolor que la excomunión le causa. Ella es la más inocente de cuantos se implicaron en su matrimonio. Y hoy se ve atrapada entre la ley de la Iglesia y el interés de Castilla y León…

—Entendemos lo que nos decís. Nadie cuestiona la bondad de sentimientos ni la piedad de doña Berenguela. Pero el problema no es ese… Nos también conocemos el caso de otra mujer hermosa, joven y llena de bondad: Teresa de Portugal. Ella también amó al rey de León. Y le dio retoños tan sanos como la infanta que acaba de alumbrar doña Berenguela, y que hoy se crían lejos de San Isidoro y han quedado apartados de la sucesión del reino… Eso tres años antes de la unión actual. Ya entonces mi predecesor dejó clara cuál es la posición del papado, ¿o acaso me equivoco?

—Por supuesto que no os equivocáis, santidad. Sois infalible —intervino, una vez más, García de Campos—. Pero vuestro predecesor era vuestro predecesor, y vos, santidad, sois vos. En nuestros reinos pensamos que Inocencio puede tener en cuenta circunstancias que no consideró Celestino. Pues aunque el impedimento es el mismo, el enconamiento entre Castilla y León y los desastres que la guerra ha traído a esos territorios son mayores, y por ello más necesaria la solución —insistió, para apaciguar la

impaciencia que empezaba a denotar la actitud del pontífice. Todos tenían en mente que el papa elegido no era ni presbítero y que había tenido que recibir los grados hasta el episcopado para asumir plenamente su encomienda. Señalar su juventud podía jugar en contra suya, como posiblemente fue el caso, dado que Inocencio se envaró bastante.

—Evidentemente, a partir del momento en el que Nos asumimos el papado, asumimos igualmente nuestra obligación pastoral con los cinco reinos cristianos de España, teniendo en cuenta sus circunstancias. Por eso, desde el primer día hemos buscado acabar con el estado de suspicacia y confrontación armada entre Castilla y León, que es aún más nefasta cuando tienen al sur la belicosa vecindad de los almohades, dueños de casi la mitad de vuestro suelo, con fuerzas peligrosísimas. Con la ayuda de nuestro venerable legado, hemos estudiado con detalle esto que os trae hasta aquí. De manera que creemos estar en condiciones de tomar decisiones de amplitud sobre la cuestión.

8

—Lo respetamos, santidad —retomó las riendas López de Pisuerga —. Sabemos que a través de vuestro legado disteis mandato al rey de Castilla, como padre de doña Berenguela, y al de León, de revocar el contrato matrimonial y disolver cualquier lazo nacido de la unión. Así nos lo ha hecho saber a los prelados castellanos y leoneses en unas conversaciones en las que se planteó que vuestra santidad concediera la dispensa del impedimento…

—Petición que nuestro buen legado nos transmitió y que negamos entonces… Y conociendo que no habría dispensa, el rey de León y Berenguela han elegido desoír nuestro mandato y siguen conviviendo como si nada hubiera ocurrido. Y por eso nuestro legado se ha visto obligado a decretar la excomunión de uno y otra y a decretar el entredicho en el reino de León —dijo Inocencio con suavidad.

—Pero la sentencia de un papa puede ser apelada a ese mismo papa mejor informado. Es por ello por lo que está aquí esta

comisión, que habla en nombre de los reyes de dos territorios tan principales… —Martín López de Pisuerga señaló con un gesto de la mano a quienes se sentaban a su lado de la mesa mientras continuaba con una voz en la que se anunciaban, como pájaros de mal agüero, los primeros temblores—. Hemos venido a Roma a buscar una solución. Os hemos presentado las razones que aconsejaron el matrimonio. Solo nos queda apelar a vuestra clemencia, y que por ella aceptéis otorgar la dispensa del impedimento.

—Habláis, excelencias, de soluciones. Esas soluciones las ha buscado con el rey de León nuestro venerable legado. Si no recuerdo mal, lo citó para que acudiera a una reunión con él fijando lugar y fecha. Y el rey de León ni siquiera acudió. Y con el apoyo de algunos obispos, se desentiende de la excomunión. Una situación en la que este soberano montaraz y agreste tiene experiencia, pues a causa de su matrimonio ilícito con Teresa y sus alianzas impías con los almohades, son ya dos veces antes, no una, las que ha merecido la excomunión. Ahora va camino, si persiste en su contumacia, de que desliguemos a sus súbditos del deber de obediencia. Y agrava su caso ofreciendo dineros a esta sede apostólica, como si se tratara de un vulgar asunto pecuniario —continuó Inocencio, que fue elevando la voz en medio del silencio sepulcral de los hispanos.

—Excusad la torpeza del leonés, santidad —dijo García de Campos—. Mirad que la importancia de los dineros que irreflexivamente os ofreció es muestra del gran amor que profesa a Berenguela… —Y tras pasear la mirada como buscando nuevos apoyos entre rostros cabizbajos volvió a posar la vista en el santo padre—. No puede ser que el papa y los reyes de los cinco reinos vayan por caminos diferentes. Tanto esposo como esposa acatarán la decisión. Pero sabed que todos en Castilla y León esperan que vuestra santidad aprecie la importancia de los argumentos expuestos, y que dictéis una resolución favorable.

—Nos hemos escuchado con la máxima atención las muy variadas razones que me exponéis, Hispano, arzobispo, obispos. Pero hoy el problema debemos verlo desde la altura de nuestra absoluta responsabilidad como vicario de Cristo en la tierra. Y ahora podéis retiraros. Reflexionaremos sobre el asunto. Dormiremos sobre él y os comunicaremos en breve nuestra

decisión.

9

El mero hecho de que el santo padre se diese tiempo para reflexionar les hizo pensar que sus argumentos habían hecho mella, y que Inocencio podría reconsiderar su posición. Pero, al cabo de unos días, el papa les comunicó su decisión en un documento que hizo llegar a sus alojamientos y que todos leyeron con avidez.

—No solo no suaviza su postura, sino que la endurece —murmuró García de Campos—. Declara ilegítimos a los hijos. Los excluye de la herencia paterna. Les priva de derechos de sucesión. En el caso del matrimonio con Teresa de Portugal se negó la dispensa, pero se reconoció la legitimidad de los hijos. Y hay un varón de ese matrimonio que reclamará sus derechos…

—Es un no rotundo, categórico. Inocencio empieza a mostrar su carácter —concluyó López de Pisuerga, todavía con la vista fija en el documento extendido sobre la mesa—. Y en cuanto a la cuestión de los castillos entregados en arras a Berenguela, todos sabemos que el Alfonso castellano no querrá devolverlos. Esas plazas llevan años en litigio entre ambos reinos. Y puesto que Castilla jamás cederá, eso significa que tenemos una nueva guerra a la vista… Dios quiera que no se arrepienta el santo padre de la decisión que acaba de tomar.

10

28 de junio de 1199

De García de Campos, canciller de Castilla, a la insigne y bravísima doña Berenguela, reina de León y Galicia y prudentísima hija de don Alfonso el Noble, rey de Castilla.

Señora, estoy de regreso en Burgos, donde hay mucha preocupación.

Al llegar con el resto de la comitiva, vuestro padre recibió a todos en una gran estancia con muchos manuscritos sobre una larga mesa.

Don Alfonso se mostró resignado desde el principio, pero cuando se mencionaron los castillos, cerró el códice que tenía a mano, uno con ilustraciones muy hermosas sobre el fin del mundo, y levantando la vista hacia los dos obispos de pie en la sala dijo:

—En este asunto al papa le costará imponer su voluntad. Además, tengo la sensación de que la bula no causa impresión en la corte de León, donde mi yerno sigue firmando documentos. Todos sabemos que estas excomuniones, igual que Roma las da, las quita. Y no veo que sus donaciones a órdenes y monasterios las rechace nadie, ni que se dejen de celebrar oficios divinos en su reino. Mi impresión es que la situación contenta a todos, y por lo tanto prefiero esperar… Berenguela aguarda su segundo hijo y ¡ojalá que el Señor nos conceda un varón!… A veces, con el tiempo, las cosas se calman solas, sin necesidad de que las agitemos reyes y papas.

Debo añadir que durante la audiencia se levantaron algunas tímidas voces contra el papa, que vuestro padre, con buen criterio, hizo callar. Hay algo injusto y trágico en este litigio. Es muy triste que vuestro matrimonio, señora, vaya a ser sacrificado, y con él la paz entre Castilla y León, por la intransigencia de Roma.

Recibid las salutaciones de vuestro padre y de vuestro siempre fiel servidor,

Diego García de Campos

Capítulo cinco

Las Huelgas

> «Con la fuerza del juicio divino, te mandamos que desenredes todos los lazos de iniquidad y reclames a tu hija para que, abandonando los abrazos incestuosos, puedas unirla con pacto matrimonial legítimo en el Señor. De lo contrario, no solo requeriré con mis manos tu alma, sino también la de tu hija y la de su rey, y procederé como me pareciere contra ti y contra tu reino y a esta admonición seguirá una venganza mucho más acre de lo que te puedas imaginar». «Con la fuerza del juicio divino, te mandamos que desenredes todos los lazos de iniquidad y reclames a tu hija para que, abandonando los abrazos incestuosos, puedas unirla con pacto matrimonial legítimo en el Señor. De lo contrario, no solo requeriré con mis manos tu alma, sino también la de tu hija y la de su rey, y procederé como me pareciere contra ti y contra tu reino y a esta admonición seguirá una venganza mucho más acre de lo que te puedas imaginar».
>
> Carta de INOCENCIO III a Alfonso VIII, junio de 1203

1

La excitación en Burgos cuando se supo que regresaba Berenguela fue máxima. La desobediencia al papa se había prolongado cinco años durante los cuales los consortes siguieron haciendo vida común y los hijos continuaron llegando, y entre ellos el heredero que todos esperaban, nacido el 24 de junio de 1201. Y todavía aguantaron los esposos juntos un par de años más.

El sentimiento del pueblo castellano estuvo desde un principio teñido de ambigüedad. Por una parte, se alegraban del regreso de la infanta más querida; por otra, hubo inquietud por ver qué podía suceder, de aquí en adelante, con León. Ya se iban acostumbrando a la paz. Volver a tomar las armas y defender la frontera, nadie lo deseaba.

El sentir general era contrario a la decisión del papa, que se

entendía dictada desde un desconocimiento absoluto de las cosas de la península y, sobre todo, de la personalidad de la hija de Alfonso VIII. «No la conocen en Roma… —decían las mujeres, cuando se juntaban para lavar la ropa en el río—. Pero si es una santa. ¿Cómo se han podido atrever a excomulgarla?».

El papa se había dirigido directamente a Alfonso VIII en una carta en la que le ordenaba reclamar de una vez por todas a su hija para que abandonase a Alfonso IX y la recibiera con su prole.

En esa misiva, escrita en términos durísimos, acusaba a Alfonso VIII de ser el verdadero culpable de que se mantuviera la unión incestuosa de su hija con el rey de León, por su interés en conservar bajo su control los treinta castillos dados por su primo en arras a Berenguela, y le amenazaba con todas las penas del infierno si su mandato no se cumplía.

Cuando el contenido de la carta se hizo público, la gran mayoría de los castellanos se indignó. Y algunos se manifestaron dispuestos a vivir de espaldas a Roma, como hacían en León, sin que pasase por ello, en el fondo, gran cosa. ¿O no seguían oficiando los prelados y clérigos en todo el reino con total normalidad?

Pero la sangre no llegó al río y por fin se pudo ver a Berenguela orillando el Arlanzón, de regreso a Las Huelgas. La todavía reina llevaba el rostro medio cubierto por un barboquejo fino que le sujetaba la cofia de redecillas. Vestía un ciclatón de seda adornado en los bordes con una banda recamada en oro como el de su madre en las grandes ocasiones, solo que en tonos verdes, más de su agrado, y desde luego con bordados representando el león heráldico del reino leonés en lugar de los tres leopardos coronados de los Plantagenet.

Siete años después de salir de la casa paterna, la sensación era que la resistencia contra el mandato de Roma la había amargado más de lo que nadie suponía.

Durante ese tiempo, Berenguela había seguido a su esposo de villa en villa, manteniéndose lealmente a su lado, ganándose el afecto de los leoneses. Pero la lucha, a ella, tan religiosa, le había hecho más mella que a su esposo o a su padre…, que hasta que recibió la carta de Inocencio en la que le amenazaba con arrancarle el alma con sus propias manos, lo llevaba con enorme tranquilidad.

Otra que no fuera Berenguela igual hubiera reaccionado más

vivamente a los vítores con que la recibían los burgaleses, según llegó a Las Huelgas… Ella se mantuvo tan erguida sobre su hermosa yegua de raza árabe como si volviese victoriosa de una batalla. Era un día de abril cubierto, indeciso, grisáceo, y tan extraño como el ánimo que traía la reina de León.

2

Para Berenguela el camino hacia el exilio había sido triste y estuvo lleno de pensamientos negros. Pero el cariño que le demostraban los castellanos, a ella y a los tres hijos que traía consigo, mitigaba su pena. Finalmente llegó a las puertas del palacio de Las Huelgas, desde donde Alfonso VIII abrió el camino junto a ella, a caballo, hasta el monasterio donde su hija quería alojarse.

—Resignación, Berenguela. Las cosas con Roma son así. No podemos hacer más que someternos a la ley de la Iglesia… —dijo Alfonso VIII. A él, Inocencio le había escrito con un estilo tan lacerante que en última instancia había logrado lo que no logró ninguna de las conminaciones anteriores. Pero aún quedaban arduas negociaciones para resolver la cuestión de los castillos—. Ya hablaremos del asunto. Por el momento, nos espera tu madre… —Al poco vieron cómo, en el patio de entrada de Santa María, las monjas del Císter se alineaban ante la puerta detrás de Leonor y sus hijos mayores Urraca y Fernando, y los muchos mozos y mozas de la cámara real que se ocupaban de todos—. Ya sabrás que durante la primavera creció nuestra familia —añadió, constatando que Leonor se adelantaba. Y permitió que los caballerizos la ayudasen a descabalgar, como a su hija, delante de la reina.

—¡Cuánto siento todo lo que ha sucedido, Berenguela!

Las dos reinas altas se abrazaron.

Resultaba difícil saber quién era más hermosa. Una era espejo de la otra con veinte años menos. Pese a ser una mujer madura, Leonor, que cumpliría los cuarenta y cuatro en el otoño, había recuperado por enésima vez las hechuras de su cuerpo tras el último parto, ya el décimo. Estaba claro que había heredado la vitalidad de su madre.

3

A Berenguela le dispusieron habitaciones en un monasterio ya totalmente acabado y que complementaba el palacio vecino formando un conjunto palatino cada vez más imponente en Las Huelgas. Junto a su alcoba liberaron varias estancias para sus damas de compañía y otros miembros de su cámara, que llegaban tras ella con una ristra de acémilas, y, por supuesto, sus hijos.

En la austera estancia que le servía de dormitorio, alguien había dejado sobre el lecho, entre cojines, su vieja muñeca de madera con la ropa y el pelo ajados por el uso. Ver a la compañera de sus juegos infantiles le resultó emocionante.

—Saldremos de esta, Temeraria —murmuró, apretándola contra su pecho. Ella también había sido reina de León y maltratada.

Berenguela respiró profundamente. Luego dejó que sus damas la cambiaran en su nueva antecámara. Allí la lavaron y perfumaron encarada con el crucifijo que se había colgado en la pared desnuda, siguiendo sus indicaciones. Tras hacer sus necesidades en el bacín, bajó con los demás. Por el claustro había apostados reposteros de su cámara.

No mucho más tarde, en el refectorio de palacio, se esperaba a los viajeros. Atardecía y pronto sonaría la llamada a vísperas en las iglesias cuando en el pasillo apareció la nodriza llevando en brazos a su hermano Enrique.

—Nació el 14 de abril, precisamente en miércoles, igual que tu hermano Fernando —dijo la reina madre, apareciendo junto con sus camareras—. *totjorn portat fortuna los dimecres*

M’an

.

Con el niño en brazos, Berenguela experimentó un sentimiento ambivalente: no era un infante necesario para el reino. La sucesión estaba asegurada con la existencia de su hermano Fernando, que, con quince años acompañaba cada vez más al rey. Y postergaba al otro Fernando, su propio hijo, que por el momento quedaba en León con su padre y que todos en Castilla esperaban fuese nombrado en breve heredero de Alfonso IX… Era lo poco que mitigaba su tristeza.

—Paciencia, Berenguela. Pronto volverás a verlo. Así lo habéis

pactado, y tu Alfonso cumplirá. *Arribarà* —murmuró Leonor—. Pero primero es bueno que lo nombre heredero. Para eso se pensó tu matrimonio.

Berenguela tenía demasiadas cosas en mente. Observó el rostro arrugadito y rojizo de Enrique envuelto en paños de lino. Acarició sin mucha gana la pelusa negra que le cubría la cabeza al infante. Luego se lo entregó a su madre, que lo cogió amorosamente.

—Gracias…

Le costaba ver a su madre con un recién nacido. Pero Leonor aún estaba en edad. Y pese a la sorpresa de la postrera preñez, no había habido sobresaltos en el embarazo. Hasta antes del parto viajó con Alfonso VIII en todos los desplazamientos habituales antes de arribar a Las Huelgas, en espera del nacimiento. Desde entonces, el pequeño Enrique ocupaba el segundo puesto en la línea de sucesión.

—Tu abuela se habría alegrado, Berenguela. Supongo que te llegó, antes de tu partida, la carta que te escribí. Estaba muy bien para su edad, pero por fin Dios la ha acogido en su seno —murmuró la reina. Y devolvió a Enrique a los brazos de la nodriza—. A todos nos llega la hora, tarde o temprano.

Toda la cristiandad sabía del fallecimiento de la gran dama, ocurrido en la abadía de Fontevrault. La infatigable Leonor de Aquitania por fin se había resignado, con ochenta y dos años, a entregar su alma, y a Berenguela le dio por pensar que ojalá llegase ella a esa edad… pero no tenía claro que ella hubiese heredado la vitalidad de la duquesa de Poitiers.

4

Una campanilla anunció que se servía la comida. Mientras se dirigían al refectorio, apareció también su hermana Urraca, la que todos pensaron destinada a ser esposa del Delfín de Francia y a quien algún prejuicio o extraña intención de última hora de la duquesa de Aquitania habían cambiado bruscamente el destino.

Después de estar a punto de ser reina dos veces, con casi dieciocho años, Urraca seguía en Las Huelgas, educándose en el

monasterio, sin recuperarse aún del desaire de su abuela. Desde entonces guardaba en su corazón cierto resentimiento hacia su hermana Blanca y sus padres, a quienes en su fuero interno reprochaba haber permitido el desafuero.

—Bienvenida de nuevo, hermana… —Se besaron en medio del grupo creciente de gente que llegaba. Miró por el rabillo del ojo a Enrique, que ya empezaba a llorar y a quien la nodriza daba el pecho para apaciguarlo—. Pues ya conoces al recién llegado. La familia no deja de crecer. La alegría del reino son los varones, ya lo ves. Muy especialmente nuestro hermano Fernando… A Fernando todos le admiran, ¡ah! Es clemente, fuerte, hermoso, sabio, generoso… Monta a caballo como nadie. Le encantan los perros y las azores. Es el ideal de caballero que se quiere en Castilla…

A Berenguela la incomodó el tono de Urraca y la observó con interés. Era cierto que Urraca nunca tuvo los rasgos tan armoniosos como Blanca. Tampoco era tan rubia ni alta como Berenguela o su madre. Era menos agraciada. Quienes la conocían decían que había salido a su padre. ¿Fue por eso por lo que Leonor de Aquitania no la escogió? ¿O acaso había percibido algún fallo en su personalidad?

Berenguela se guardó sus pensamientos para sí y reflexionó que ella también, de alguna manera, había usurpado su puesto. A fin de cuentas, Urraca estuvo destinada a ser reina de León antes que ella… Pero le faltó tiempo para cavilaciones, porque en ese momento salió del refectorio un repostero de mesa para anunciar que la comida esperaba.

5

No había nadie en Las Huelgas que no estuviera al tanto de lo sucedido en su día con Urraca y Blanca. Pero cuando las respectivas camareras llamaron a las niñas, hacía de aquello cuatro años, ninguna tenía la más mínima idea de lo que las esperaba.

—Vais a ver a vuestra abuela —secreteó el aya que las acompañó a la sala capitular del monasterio. Iban vestidas con sus mejores prendas. Sonaron las campanadas que marcaban la hora tercia. Era enero. Hacía un frío horrible. Las numerosas huertas que

rodeaban el monasterio estaban cubiertas de escarcha. Urraca y Blanca se calentaron las manos, soplando entre los dedos—. Entrad.

—¿Tú no entras?

—No, yo no… Solo vosotras.

La mujer las empujó por las puertas abiertas. Fuera quedaron también las camareras. Era raro que las dejasen a solas con la visitante y a las infantas les sorprendió ver a su madre esperando al fondo junto a un brasero, y no sola.

En la cabecera de la sala capitular, sobre el estrado, allí donde se solía situar la abadesa cuando convocaba a las monjas, aguardaba aquel día un grupo de mujeres abrigadas todas con pieles y capas de buen paño que les parecieron, a las niñas, altísimas. La principal estaba claro quién era. Estaba en el centro mismo del grupo: una mujer ya anciana, de aire señorial, llena de energía. Alta y de porte erguido a pesar de la edad, y aunque con el cabello casi totalmente nevado a esas alturas, todavía quedaban trazas de la exuberante melena pelirroja tan cantada por los más osados trovadores. La ropa, colorida, elegante, resaltaba la majestad de Leonor de Aquitania, que seguía siendo de las mandatarias más notables de la época. Decenios tardaría en aparecer otra mujer que la hiciera sombra, y ella era muy consciente de su aura.

Según se acercaron Blanca y Urraca, la anciana intercambió algunas palabras con la reina de Castilla, que con una expresión severa se volvió hacia las niñas. A las dos les sorprendió su actitud, tan diferente de la que ellas conocían. En vez de acogerlas con espontaneidad y la sonrisa habitual, su madre mantenía una expresión seria. Dio un paso atrás haciendo señas de que saludaran.

—*Sarratz-vos aicí* —dijo la anciana.

Las infantas se le acercaron. Aunque se llevaban poco más de un año, Urraca, con trece años recién cumplidos, tenía hechuras de mujer, mientras que Blanca, que la igualaba en altura, era todavía una niña. «No me gusta esta señora», pensó Blanca. Pero comprendió que no tenía que demostrarle miedo. De manera intuitiva, le plantó cara.

—*Aicí, aicí* —insistió la de Aquitania.

Las mujeres que acompañaban a la reina de Inglaterra posaron en las infantas miradas llenas de curiosidad, pero ellas ni se dieron cuenta. Subidas sobre el estrado, parecían todas inmensas. Hasta su

madre parecía haber desaparecido.

En ese momento, en la penumbra de la sala capitular, lo único que contaba eran aquellos ojos claros y penetrantes fijos en ellas. La cara de la anciana, si bien arrugada por la edad, todavía conservaba cierta belleza. Uno podía adivinar que en su día aquella piel manchada de pecas había sido blanca y tersa, que, junto con su melena pelirroja y su cuerpo escultural, habían hecho de ella una belleza deslumbrante. Aunque lejos de la juventud, el rastro de la hermosura quedaba como un residuo en el fondo de una vasija o como las ruinas de una hermosa ciudad, ecos de un lejano resplandor.

—Tu es Blanca y tu es Urraca, supausi. parlat força de vosautres dos. Sabètz qual soi ieu?
M'an
—dijo en la lengua en la que a ratos les hablaba su madre. Las niñas asintieron con la cabeza—. Me llaman Leonor de Aquitania. Soy vuestra abuela. Hay quien me admira y quien me odia —continuó en la misma lengua—. Muchos me tienen miedo. ¿Me tenéis miedo vosotras?

Blanca negó con la cabeza. Urraca no contestó.

—¿Tú me tienes miedo, Urraca?

—Un poco —contestó en occitano la niña.

Y miró hacia su madre, que permanecía a un lado, y que sin responder a su mirada le dio a entender, con su actitud, que no debía volver los ojos.

—Olvídate de tu madre. Te estoy hablando a ti, Urraca. Escuchad. Os voy a hacer unas preguntas. Me vais a contestar lo más sinceramente que podáis. En mi corte hay ocasiones en las que con estas mujeres que me acompañan enjuiciamos litigios amorosos. Determinamos si un caballero o una dama se comportan bien o si merecen algún castigo… Una mujer ha de saber mucho sobre la vida, y más si aspira a ser reina, ¿no os parece? En espera de que podáis algún día ayudarnos, me gustaría saber qué pensáis una y otra del casamiento. ¿Cuáles pensáis que deben ser las virtudes de una buena esposa?

Las niñas dudaron un momento. De pronto, a Urraca los nervios le ganaron. Sin poder controlarse, se echó a reír. Su risa infantil y tonta no se contagió a nadie en la sala capitular, y menos a la vieja

señora, que según se hacía el silencio posó en Urraca unos ojos inquisidores a la vez que su sonrisa se ampliaba con gelidez.

6

El mayor consuelo de Berenguela era que su hijo Fernando se quedaba con su padre. Alfonso IX se había comprometido a hacerlo su heredero. Eso daba sentido a su disuelto matrimonio, a la rebeldía con Roma; era para lo que se la envió a León. Ella siempre fue consciente de su misión y había cumplido con creces, dio a León un heredero y además un repuesto… Así llamaban algunos a Alfonso, el segundo varón de Berenguela, todavía muy pequeño.

Sin embargo, el tira y afloja que empezaban otra vez los dos Alfonsos por los castillos fronterizos estaba logrando cambiar todo hasta tal punto que, al cabo de unos meses, hacia finales del otoño, el señor de León comunicó que enviaba de regreso a Las Huelgas a aquel niño de cuatro años que hasta entonces permanecía en la casa de sus tutores, como se acostumbraba en los cinco reinos.

La excusa fue que no sanaba de un catarro persistente. Que el aire seco de Burgos le sentaría mejor que la humedad de Galicia. Pero la corte castellana recibió la noticia como lo que era: una tremenda bofetada a Alfonso VIII.

Que su nieto había dejado de ser considerado heredero estaba más claro que el agua. Con esa sensación agridulce, su madre recibió al pequeño en medio del reducido grupo de guardas reales de Alfonso IX que escoltaron por el camino desde tierras gallegas a los mozos que portaban en andas al infante. «Es igualito que su tío. ¡Igualito!», exclamó una de sus damas, saliendo con Berenguela al patio de Las Huelgas.

El niño, bajando de su lecho, ayudado por un médico judío, parecía desconcertado. Era la primera vez que abandonaba la casa de sus tutores. Para más inri, no le acompañaba ningún ayo, ni siquiera su camarero, como constató Berenguela, quien procuró esconder sus sentimientos.

Si regresar a Burgos era difícil, la humillación de ver aparecer así a su hijo la redoblaba. No resultaba sencillo reincorporarse a la

corte de Castilla. Y menos tras aquellos años en los que, como soberana de León, se había ocupado de los asuntos del reino, siempre auxiliada por su pequeño grupo de consejeros, y desplazándose incesantemente por todos los rincones del territorio junto a su esposo.

Ahora arrancaba una nueva vida cada vez más alejada de las luminarias del poder, que, se daba cuenta, echaba profundamente de menos. Su única compañía eran su madre y Urraca, con quien estrechó la relación. Y, por supuesto, Fernando, ahora que él y el resto de su prole corretearían por los claustros del monasterio de Santa María y por los pasillos y patios del palacio de Las Huelgas.

—Tu hijo aún no entiende lo sucedido… Ya se irá dando cuenta —observó Urraca, que se sentía vagamente identificada con la nueva injusticia. Ella acompañaba a su hermana junto con sus propias damas.

La única cosa positiva era que la absolución de Roma la devolvía al seno de la Iglesia y que podía escuchar sin cargo de conciencia las homilías. A Berenguela la reconfortaba participar en las ceremonias y sentarse en su asiento de madera oscura en el coro juntando su hermosa voz grave con las de las monjas, su madre y sus hermanas, y dejarse llevar por los cánticos que inundaban el templo y el suave olor del incienso tan habitual en ese edificio al que las mujeres de su familia tenían apego.

No había nada más cercano a lo divino que la música.

7

En el vacío en que se asentaba su situación actual, Berenguela contó con el apoyo inquebrantable de los reyes de Castilla y con la simpatía de Urraca; ella también sabía algo de sinsabores e injusticias. Por lo demás, su hermana Mafalda había muerto a principios de aquel año. Con Leonor y Constanza tenía menos trato. Las dos pasaban el tiempo entre ayas en casa de sus tutores; de todas formas, eran demasiado jóvenes para entender lo que sucedía.

Luego estaba Fernando, el actual heredero, a quien sacaba nueve años y que a su vez sacaba casi doce a su propio hijo: él, cuando se

cruzaban por el palacio, se mostraba frío. Berenguela tenía la sensación de que la soslayaba…, que hasta miraba con menosprecio a su tocayo infantil.

Berenguela quiso hablarlo con su padre una mañana que lo acompañó junto con su séquito en un corto desplazamiento hasta el palacio de la huerta, cerca de San Lorenzo. Iban al frente de la comitiva que cruzó la villa, pues ni siquiera en Burgos acababa de asentarse en un único palacio. El de la huerta era preferible al castillo de San Miguel, que por su localización en lo alto del cerro y su construcción puramente militar resultaba incómodo.

—Es normal, Berenguela. Fernando se empieza a dar cuenta. No es fácil tener cerca a una hermana que te sobrepasa tanto en experiencia. Tú ya sabes lo que es reinar… Él es consciente de que siempre te he considerado la más inteligente de mis hijos. Teme las comparaciones. Y a tu Fernando lo ve como un competidor en mis afectos… No pierdas de vista que si un día llega a ser rey de León podría convertirse en su enemigo… No es fácil discernir lo que ocurrirá en adelante, ni para él ni para ti ni para nadie. En todo caso, tu hermano tiene muchas cosas a que atender. Pero se acostumbrará a veros ocupar vuestro sitio, verás…

8

Pronto sucedió que Alfonso VIII y su corte hubieron de abandonar Burgos, y con él partió su heredero, pero no las mujeres, que prefirieron no desplazarse. En Las Huelgas se quedaron Leonor con sus hijas y Enrique, de pocos meses, y Berenguela, con cuatro retoños, entre ellos Fernando, que no acababa de sanar.

—Los leoneses quieren que, si muere, lo haga en mis brazos —se lamentó Berenguela. Sentada a su lado, Leonor bordaba una de esas telas que luego regalaba a las iglesias. Estaban en la antecámara de la reina. Les habían retirado la mesa en que habían comido. Urraca tocaba en la cítara una melodía que no acababa de salirle—. El pobre no deja de toser. No come ni duerme. Se está quedando sin carnes. Pero conmigo sanará. Y regresará en cuanto haya recuperado la salud. Juro que no descansaré hasta lograrlo… Es su

derecho.

—Lo es, hija, y sé lo tenaz que eres cuando te propones algo. A mí también me parece que has de enviarlo de vuelta cuanto antes. Para tener una oportunidad de ser rey de León debe educarse allí, o los magnates y el pueblo lo considerarán siempre un extranjero. La pena es que tu esposo tenga ese otro hijo portugués, que, siendo primogénito y declarado legítimo por el papa, tiene mejor derecho ahora mismo. Por eso se ha permitido enviarte a vuestro hijo. Y si prospera esa alternativa, volveremos a entrar en guerra. Según las últimas noticias, nuestros ejércitos rondan por la frontera. Incluso ha habido algún choque… Solo gracias a la intervención del santo padre, se ha podido evitar una batalla campal.

—Decís que Roma evita una batalla. Si llega la guerra, será a causa de su intransigencia, madre. Siempre hubo matrimonios con algún grado de consanguinidad. Y se les concede la dispensa. Al menos se toleran. El papa anterior pudo impedir mis esponsales. No lo hizo. Pero Inocencio intervino desde el principio sin reparar en nada. Y pese a que nos separamos, ilegitima a mis hijos y me apremia para que restituya los castillos de mis arras, cuando ellos estuvieron siempre en la raíz de las guerras en la frontera.

—Cálmate, Berenguela. Concéntrate en tu hijo. Deja eso en manos de tu padre. En la cancillería tenemos los mejores juristas. Llevan años estudiando el asunto y están convencidos de que el papa se mete en cuestiones que exceden su autoridad. Ellos aclararán con Roma lo que sea, que bastante injerencia soportamos.

—Está en la Biblia, madre: al césar lo que es del césar… —dijo Urraca. Y habiendo completado la melodía que se le resistía, se levantó y salió.

—Ufff —suspiró Leonor.

9

A finales del otoño llegaron noticias de que Alfonso VIII, que recorría la región del Alto Duero, al llegar a Fuentidueña de Sepúlveda había enfermado gravemente: otra vez tenía esas fiebres que no acababan de desaparecer desde la batalla de Alarcos.

Después llegó un segundo mensajero para comunicar que estaba moribundo y dictaba testamento. Leonor hubo de partir, dejando a Berenguela y a Urraca a cargo de los asuntos de palacio.

Una semana más tarde ambas pudieron conocer de boca del mayordomo real las disposiciones testamentarias: Alfonso VIII entregaba el trono a su hijo primogénito, que quedaría bajo la tutela de Leonor. Nombraba albaceas a la propia Leonor y el arzobispo de Toledo, a quienes encargaba las reparaciones necesarias. Ordenaba la liberación de presos, la distribución de dineros entre los pobres y donaciones a las instituciones de la Iglesia, entre ellas el monasterio de Las Huelgas.

Pero sobre todo se ocupaba del hijo de Berenguela: no solo lo reconocía como nieto legítimo, sino que le dejaba buen número de villas y castillos… entre ellos, justamente aquellos en litigio con León, los de las arras, los ocupados por Castilla en el principio del reinado de Alfonso IX.

—No entiendo qué pretende con esa disposición —dijo Urraca, según lo comentaron a última hora paseando por el prado con sus respectivas escoltas.

—Es muy sencillo. —Berenguela respiró con profundidad—. Está incitando a mi esposo a convertir a mi Fernando en su heredero… si es que quiere recuperar sus castillos. En adelante, o mucho me equivoco, o verás que su padre vuelve a reclamar su presencia y a preocuparse por su salud.

10

La recaída de Alfonso VIII quedó en un susto. Afortunadamente, se recuperó y pocas semanas después viajaba con su corte a Valladolid, donde permaneció el resto del invierno, y todos se olvidaron de sus disposiciones testamentarias… Todos menos Berenguela y Alfonso IX, por supuesto.

Además, con el rey recuperado, quien empeoró gravemente en Las Huelgas fue Fernando, el hijo de Berenguela. La noticia afectó mucho a la corte. Y de León llegaron mensajeros ofreciéndose a llevárselo de regreso, para que lo tratasen los médicos personales de

Alfonso IX.

Berenguela agradeció el interés, pero dijo que no lo enviaría todavía. Al menos, no mientras el infante, del que se ocupaba personalmente, no curase de sus males. Al adentrarse el invierno, y viéndolo tan delgadito, resultó que a Fernando se lo comían por dentro los gusanos: que eran muchos y cada vez más grandes, o así se lo parecía a ella. Y como los físicos no acababan de encontrar el remedio, decidió hacerle caso a Urraca, quien le hablaba de los prodigios que obraba la Virgen de la Peña en el monasterio benedictino de Oña. Hacia allá marchó sin tardanza.

La reina de León recorrió con un pequeño séquito de soldados las diez leguas hacia el noreste que separaban Las Huelgas del santuario de Oña. Las gentes de los pueblos la vieron pasar por los caminos helados, azotados por un viento gélido. Berenguela cabalgó junto a la quincena de porteadores que llevaban las andas en las que iba tendido y bajo pieles su hijo, que lividecía con cada legua. Llegados a Oña, lo primero que hizo fue hincarse de rodillas ante la imagen tallada de la Madre de Dios, cuyo manto era de un añil profundo.

—Señora, vos que sabéis, como yo, lo que es ver morir a un hijo, libradme de pasar de nuevo por ese trance… No permitáis que Fernando muera… no con mi único varón… Si lo salváis, puede hacer grandes cosas… Sabéis lo que está en juego… Llevaos al otro, si acaso… A él no, por favor…

Un par de semanas permaneció con los benedictinos tonsurados que la acompañaban día tras día. Ellos se ocuparon de atender sus necesidades mientras la reina de León hacía sus votos. Y finalmente ocurrió que, entre sus rezos y el buen aire de los montes aledaños y la carne de los rebaños del monasterio, junto con las verduras y frutas de la huerta abacial, Fernando el Montesino, como se le llamaba, porque había nacido en un monte cerca de Zamora, recuperó la salud.

—¡Gracias, Señora! —murmuró Berenguela.

Dos grandes lágrimas le resbalaban por la mejilla.

A su regreso a Las Huelgas le esperaba otra buena noticia.

—Acabo de recibir una carta de nuestra madre —dijo Urraca—. Padre está negociando con el rey de Portugal mi matrimonio con su hijo y heredero Alfonso… Y por lo que me dice nuestra madre, parece que esta vez todo saldrá bien. Yo también voy a ser reina, hermana.

Las dos hermanas se abrazaron y Berenguela se alegró. Pensó que Urraca se lo merecía y que la vida la había tratado con aspereza. Urraca le había contado cuánto la humilló que su abuela Leonor eligiera a Blanca para casarla con el Delfín de los francos: en Castilla se habían hecho los preparativos y hasta dispuesto el ajuar de novia pensando en ella. Y se había sentido postergada y dolida por la atención especial que Berenguela, como hermana mayor, recibía de padres y tutores, por el papel especial que se le reservaba en la corte, y lo mucho que todos ensalzaban su inteligencia. Pero con quien más resentida estaba era con su padre, que ya desde niña tenía a Berenguela junto a él cuando se reunía con los altos oficiales de la Casa del Rey, como su heredera, incluso después de nacer Fernando…

—Yo sé que no soy tan hermosa como Blanca ni tan inteligente como tú. Y ha sido doloroso ver cómo el tiempo pasaba y no se encontraba un pretendiente adecuado. Pero ahora, por fin, ha llegado mi momento —dijo.

12

29 de marzo de 1206

De Berenguela, reina de León y Galicia, a mi muy amada hermana Urraca, infanta de Castilla y futura reina de Portugal.

Desde que partiste, hermana, la posible muerte de nuestro padre inquieta en esta corte donde todos le instan a resolver las cuestiones pendientes con León, que son principalmente los castillos de mi dote. Bien sabes que a padre jamás le gustó ceder, y menos en cuestiones territoriales. Para bien o para mal, esos castillos se han convertido para

él, llegado este punto, en una cuestión de honor.

Vinculados con ellos están igualmente los derechos de sucesión de mi hijo Fernando, cuestionados por el propio santo padre y por muchos leoneses que empiezan a mirar hacia la descendencia portuguesa de mi marido. Sabrás que cada vez más plazas y villas de frontera sufren ataques, aunque hasta el momento, gracias a Dios, no han resultado desastres mayores.

Lógicamente, aquí siempre hemos tratado de trabajar para encontrar una solución, y con ese ánimo, nuestro padre, es posible que acuciado por los amagos de la muerte, emplazó a los leoneses a negociar. Y, finalmente, después de muchas idas y venidas, la reunión se ha celebrado en esta modesta villa de Cabreros a la que nos hemos desplazado las dos cortes al completo y desde donde te escribo.

¡No te puedes imaginar la impresión que me ha causado volver a ver a mi esposo! Estábamos con nuestras respectivas gentes en la cámara donde se negocia. Me costó controlar la emoción, pero no creo que nadie se diera cuenta. Por suerte, no hubo de repetirse ese cara a cara, pues las negociaciones las están llevando nuestro padre y el canciller García de Campos. Aun así, el reencuentro no ha sido fácil.

En cuanto al tratado, lo han redactado García de Campos y el notario de la cancillería de León en lengua romance. Los negociadores han trabajado duro para encontrar una solución que consiga a la vez apaciguar al papa y escapar a su sentencia y aplacar los ánimos territoriales de los leoneses. Todos han estado de acuerdo en que la única salida es transmitir a mi hijo todos los castillos que el papa quiere que se devuelvan a León. Los que se me entregaron en arras en su día, más aquellos ocupados por nuestro padre, y otros más que León añadirá. A cambio, Castilla ha exigido su reconocimiento expreso como sucesor y heredero del trono leonés.

Las negociaciones han sido tensas y, en algún momento, hermana, llegué a temer que se rompiesen. Pero, por fin, mi esposo ha firmado el pasado Domingo de Ramos un acuerdo que, si Dios lo quiere, será definitivo. En él acepta nuestra solución y, sobre todo, ha añadido una cláusula inédita hasta hoy: «Et demás, otórgalle el rei de León, suo padre, después sue morte, todo suo reyno». Así ha quedado dicho y firmado por todos.

Sí, Urraca. Has leído bien. Fernando es heredero legítimo de León. ¡Qué victoria, hermana! El tratado despeja cualquier duda al respecto.

¡Te puedes imaginar mi emoción, cuando he visto a mis dos Alfonsos comprometerse solemnemente y jurar sobre los sacrosantos Evangelios que respetarán el acuerdo mientras vivan!

Mi satisfacción es absoluta. López de Pisuerga me asegura que el papa aceptará el tratado, porque no quiere más discordia entre cristianos. Y yo podré centrarme en la educación de mis hijos y sobre todo de Fernando. Pero ¡cuán difícil ha sido, Urraca! ¡Y cuánto he sufrido para mantener la promesa que hice a Nuestra Señora si vivía Fernando!

Berenguela

Capítulo seis

Toledo

> «Laberinto de razas, escuela de traductores, ciudad de iglesias, mezquitas y sinagogas, ciudad de sabios y guerreros, isla de sed y piedra calcinada, capital de una poderosa taifa y terrón de una Castilla que empezaba a soñarse dominadora, Toledo fue durante la Edad Media la plaza mayor de la cultura hispana. Desde comienzos del siglo XII, todas las ramas del conocimiento atraerían el interés de la Escuela de Traductores toledana, frecuentemente visitada por los intelectuales europeos, que descubren la obra de los sabios musulmanes, así como las de los griegos, hindúes y persas, traducidas previamente al árabe y al castellano».
>
> FERNANDO GARCÍA DE CORTÁZAR

1

Toledo era un sueño atávico para quienes se enorgullecían de llevar la misma sangre goda de aquellos que se rebelaron en las montañas del norte, esperando convertirla un día otra vez en capital de toda Hispania. Tras la rendición musulmana, Alfonso VI la ocupó y adoptó del título que su cancillería empleó durante su reinado y que los soberanos de las diferentes taifas aceptaron: «Emperador de las dos religiones».

Desde entonces era el orgullo de los castellanos y la sede del primado de Roma, y, por supuesto, debía ser ocupada por una persona de la máxima confianza real. Por eso a nadie le sorprendió cuando, al llegar noticias del delicado estado de salud de Martín López de Pisuerga, todos en la corte se activaron para encontrarle sustituto.

El nombre que más sonaba era el de Rodrigo Jiménez de Rada, entonces obispo de Osma, un navarro que, siendo privado del rey de Navarra, Sancho VII, llamado el Fuerte por su descomunal tamaño, se había hecho cargo de las negociaciones de paz con Castilla.

Hacía años que se fraguaba esa paz, pese a que la relación entre Sancho y Alfonso era complicada: los dos eran de la misma edad y rivales. Pero la necesidad era grande.

Para ello tuvo Jiménez de Rada que viajar mucho entre Pamplona y Burgos, y ese trasiego le llevó a tratar a menudo con Alfonso VIII. Eso y su habilidad para resolver con mucha mano izquierda cualquier problema de la negociación hicieron que se le ofreciera pasarse a Castilla como consejero real, lo que aceptó. Y a todos les sorprendió saber que el rey le llamó a sus aposentos privados. Mientras su médico personal le trataba de un nuevo ataque de fiebres, haciéndole respirar vapores de unas hierbas, Alfonso VIII se quitó los paños calientes que le cubrían la cabeza. Sentado en una silla junto al brasero, dijo que tenía noticias de Toledo.

—López de Pisuerga acaba de morir. Leonor y yo hemos pensado proponeros al papa como nuevo arzobispo. ¿Qué diríais a la propuesta?

El navarro se arrodilló delante de aquel rey que lo miraba con ojos llenos de inteligencia. Al terminar la audiencia, Leonor entró en la antecámara. Tanto ella como su esposo observaron al prelado mientras este se dirigía a la puerta guardada por los reposteros de cama.

—¿Crees que hemos acertado? —preguntó Alfonso.

—*Je crois qu'il fera l'affaire* —contestó ella en francés.

2

El flamante arzobispo había nacido en el Desolado de Rada, una mole montañosa que dominaba las colinas aragonesas y navarras, atalaya y defensa de la rica comarca ribereña que fue arrasada hasta sus cimientos por el merino de Tudela durante la última guerra civil navarra.

Su blasón familiar era la cruz verde flordelisada, y un castillo de oro en campo de sinople. Pero el sello que iba a aparecer en la casulla del arzobispo sería la Madre de Dios con el Niño Jesús en brazos.

Como la madre era soriana, tenía un tío obispo de Sigüenza con quien se educó y con quien se formó antes de cursar estudios en Bolonia y en París, donde adquirió conocimientos de derecho, filosofía y teología, y un extraordinario dominio de idiomas.

De regreso a Navarra, entró al servicio del rey Sancho, a quien todavía escocían las últimas tierras arrebatadas por Castilla en la frontera. Resultaba difícil la reconciliación, además, porque el castellano mantenía excelentes relaciones con el de Aragón, su enemigo tradicional.

El artífice de tan delicadas conversaciones fue Rodrigo Jiménez de Rada.

El de Rada era grato a los castellanos por su parentesco con los Muñoz de Finajosa, un apellido que pesaba, y mucho, en la corte. Y así, con treinta y ocho años recién cumplidos, acababa de ser designado para ocupar la dignidad más elevada de la Iglesia castellana.

3

A todo esto, el problema con los almohades no había cesado desde el desastre de Alarcos, que tanto marcó la vida de Alfonso VIII. Y es que ¡qué diferente el clima presente comparado con tiempos anteriores, y en especial con el arranque de su matrimonio, cuando el rey Noble se sentía mimado por la Providencia!

—Il fera l'affaire…

La frase le retrotraía a los desposorios en Tarazona. En espera de que llegase la comitiva ultramontana, su corte se concentraba en los preparativos. Allí estuvieron altos oficiales de la Casa del Rey y prelados principales, además de representantes de los Lara y los Haro, gentes que de día cazaban por los alrededores los ciervos y jabalíes que se asarían durante los festejos. También los pescadores se afanaron en ríos cercanos. Al lugar seguían llegando sastres, zapateros, carpinteros, aguadores, vinateros, cocineros, horneros, trinchadores y un largo etcétera de gente.

La excitación general era tremenda. No tardaron los cuernos y bocinas en anunciar la llegada de la comitiva. La encabezaban la

prometida y la duquesa de Aquitania, acompañadas por los embajadores que las escoltaban desde Burdeos. El arzobispo de Toledo y el conde Nuño Pérez de Lara, otrora regente, flanquearon a la prometida mientras un pueblo estimulado por los dineros reales vitoreaba a la novia y a la dama alta y hermosísima y con un cabello que parecía una espada flamígera cortando el aire. La duquesa lo llevaba cubierto con una redecilla tan fina que parecía suelto: una provocación que ninguna mujer casada se hubiera permitido, solo Leonor de Aquitania.

—¡Viva Leonor Plantagenet! ¡Viva Leonor de Aquitania! ¡Vivan los señores de Poitou! ¡Vivan los Plantagenet!

Aquella belleza pelirroja, con mejillas sonrosadas y sonrisa en la enorme boca, cruzó las puertas a lomos de un caballo blanco y saludó a quienes colgaban banderas en los balcones y le lanzaban flores silvestres. Con ella llegaban personajes ataviados con mil colores y una niña delicada, cubierta por una capa bordada con los leopardos del blasón de los Plantagenet. La cabellera de la muchacha tenía el color rubio de sus antepasados ingleses. Su expresión revelaba una seriedad que no se correspondía con sus pocos años. Era patente que estaba acostumbrada a ser vista en público y recibía los vítores con naturalidad.

—Sonríe a estas gentes, que pronto serán tus súbditos, *pichòta* —dijo la madre.

Para la duquesa, la vida era un escenario, y el papel protagonista era el suyo. No le preocupaba sobre quién proyectaba sombra. En cambio, a Leonor Plantagenet la vida le parecía, ya a su tierna edad, una cosa seria, como le decían sus capellanes, en la que había que cumplir con los deberes que llevaba aparejada la privilegiada posición que Dios le asignaba en el mundo.

—Este día es para ti. Procura disfrutarlo, *filla*.

En los festejos brillaron los trovadores. Más tarde, en Burgos, tendrían lugar las solemnes bodas, con representantes de Aquitania, Normandía e Inglaterra, y el arzobispo consagraría la unión de aquella niña de casi diez años con el joven Alfonso VIII. Pero antes, mientras entraba a Tarazona, la duquesa de Aquitania había mirado de arriba abajo a su joven anfitrión, como sopesándole, y dijo a las damas que la acompañaban y en el francés que se hablaba en la corte normanda y en la de su marido:

—Il fera l'affaire!

4

Con el respaldo del tratado firmado, Berenguela sintió que todo volvía a cobrar sentido y se volcó en la crianza de Fernando. Ahora tenía un heredero. Su voluntad, en lo que concernía a su hijo, era férrea. Sintiendo el futuro afianzado, lo educó con toda la severidad de que era capaz, que era mucha, y exigió a sus ayos, a quienes supervisaba de cerca, que se aplicase tanto en el *quadrivium* y el *trivium* como en el ejercicio físico y la educación religiosa.

—Es el heredero de León, y un heredero ha de ser perfecto.

Muy diferente era la actitud que tenía hacia Alfonso, su hijo más pequeño, y por supuesto hacia las niñas. Huelga decir que, durante todo aquel tiempo, anduvo como el resto de la corte de un lado para otro, pero llevando consigo a quien se había convertido tras los acuerdos de Cabreros en un peón clave del tablero político. Así lo consideraban Alfonso VIII y Leonor, que no le escatimaban atención.

Ninguno contó con la susceptibilidad de Alfonso IX. Y Berenguela no ayudó al quedarse con Fernando por más de lo que parecía necesario, sin siquiera entregarlo a una familia noble como era norma. Habiéndose firmado Cabreros, no dio importancia a que las cartas de su esposo se espaciasen cada vez más y que contuvieran cada vez menos detalles o fueran sensiblemente más cortas; y tampoco a que, paulatinamente, dejase de reclamar el envío del heredero.

Berenguela quería que su hijo fuera modélico y, por supuesto, que estuviera antes que nada perfectamente sano. Alguna vez Alfonso IX le había dicho que, siendo niño, en tiempos de su madrasta, no era inhabitual que cada vez que visitaba San Isidoro enfermase… Intuitivamente, el que Fernando hubiese enfermado tanto en tierras leonesas no es que se lo achacase a nadie —¡cómo iba a acusar a sus tutores!—, pero es cierto que desde su regreso, y una vez pasado el momento en el que tuvo que rogar por su vida a la Virgen, el infante se había recuperado.

Sería eso o el egoísmo materno, facilitado por el hecho de que el padre dejase de reclamárselo y que los reyes castellanos, habiéndose firmado Cabreros con el respaldo de Roma, sentían la cuestión zanjada; pero lo cierto es que el hijo de Berenguela no abandonó la corte. Y así estaba todavía en ella cuando llegaron noticias del enorme contingente que congregaba el Miramamolín en la frontera.

5

Dos años después de que se le nombrase arzobispo, Jiménez de Rada volvió a ver al rey en el alcázar de Madrid.

—Bien veis cómo evoluciona todo —dijo Alfonso VIII, mientras cruzaban el boscoso terreno más allá de la puerta de la Vega. Ambos bajaban al Manzanares. Era octubre. Los árboles empezaban a pelarse. Por los lindes del sendero se veía la hojarasca de los chopos de la ribera. Los perros que los acompañaban jugaban, haciendo ruido con sus pisadas. Los guardas se mantenían alejados unos pasos. La reina también andaba por allí, como cada mañana, con sus camareras—. Os he mandado llamar porque desde Roma llevan tiempo presionándonos para que los lazos que tejemos los cinco reinos con nuestros tratados sirvan de base para una gran cruzada. Es la misión que Inocencio os encomendó como sucesor de López de Pisuerga. Aquella a la que mi esposa y yo os pedimos dedicar vuestras energías —dijo, saludando a Leonor, que ahora se volvía hacia ellos desde un sendero más abajo. El flamante arzobispo hizo una reverencia cortés—. Este mismo año concluirán las treguas firmadas tras Alarcos, y os podéis imaginar que siempre he guardado en el alma un deseo de desquite…

»A estas alturas, los almohades se han hecho con todas las taifas. Han sofocado cualquier intento de rebelión y masacrado a muchos mozárabes: si ya no llegan más cristianos a nuestras tierras es porque no quedan. Además, el Miramamolín llama a los suyos a la guerra santa y lleva todo el verano trasladando contingentes armados. Según mis espías, no hay día que no cruce el Estrecho al menos un barco con nuevos muyahidines. Desde agosto, sus gentes inundan las tierras del alfoz de Salvatierra y han subido como una

marea hasta la mismísima fortaleza de los monjes calatravos, a quienes odia, y con razón: tener una plaza enclavada tan cerca del paso en la Sierra Morena que da acceso a sus tierras, es para él una afrenta. La guerra es inevitable, una vez rota la tregua. La riada de infieles que nos llega es poderosísima. Y solo uniéndonos todos los cristianos podremos vencer. Esa fue la lección de Alarcos. Y a conseguirla nos hemos de dedicar con vuestra ayuda y la de Roma.

—Es una sabia decisión, señor. Me honráis con vuestra confianza.

Jiménez de Rada sabía que hacía tiempo que la cancillería castellana trabajaba en la preparación de la inminente guerra bajo las órdenes de Alfonso VIII y su heredero. Y ¡qué nobleza y buen juicio mostraba cada día el joven Fernando a sus veintidós años! ¡Y qué placer experimentaba Alfonso al tenerlo trabajando en la futura campaña, o saliendo juntos a cazar! Fernando, con su melena ensortijada y brillantes ojos azules llenos de inteligencia, satisfacía todas las exigencias paternas. Y el arzobispo era el primero en elogiar su habilidad para manejarse entre los magnates. Lo mismo podía vérsele con el señor de Vizcaya que con los Lara, hombres complicados donde los hubiera, que también se preparaban con sus huestes para la inminente campaña.

—Hasta hace nada, Calatrava aguantaba el envite. Ni los alfaques ni el cerco lograban doblegarlos. Resistían en espera de los refuerzos que me reclamaban y que yo he retrasado por que no volviese a suceder como en Alarcos. Iré al choque cuando estemos preparados, no antes. Es por eso que, tras una serie de tanteos en la frontera, he enviado a mi hijo Fernando a una incursión en tierras de Trujillo hacia el oeste. La idea era atraer a los moros y aliviar la presión sobre Salvatierra… —Jiménez de Rada sabía lo que vendría a continuación, pero aun así esperó a que concluyese Alfonso VIII —. Desgraciadamente, el Miramamolín ni pica el anzuelo ni suelta la presa y ha continuado con el asedio hasta que, después de cincuenta y cinco días durísimos, acabo de autorizar la capitulación de Salvatierra… Hoy la guerra es inminente. Necesitamos todos los apoyos. En primavera se decidirá por fin quién mandará en esta península, si el Miramamolín o nosotros. Espero que seáis consciente de la importancia de vuestra misión.

—Lo soy, señor. Y os reitero mi agradecimiento por esta

confianza que depositáis en mí.

6

Berenguela y sus hijos también fueron convocados y llegaron por la calzada que bajaba desde la sierra, cruzando la puerta de Santo Domingo. Las campanas de San Miguel de la Sagra, de San Juan, San Nicolás y Santa María sonaban llamando a misa cuando entraron en aquel alcázar donde los esperaban Leonor y Alfonso. Arrancaba octubre, y todavía con muy poco frío pudieron aguardar el regreso del heredero. A Fernando se le recibió con todos los honores. Bajó por la calle Mayor, con todo el mundo asomado a los balcones. Y, al fondo, en la explanada de delante del alcázar y San Miguel de la Sagra, le esperaba la familia real.

—¡Mírale! ¡Es tu tío, el futuro rey de Castilla! —le señaló Berenguela a su hijo—. Algún día tú serás recibido igual en León.

Por primera vez en mucho tiempo, la familia real estaba reunida al completo. Y en Madrid aconteció que una fiebre repentina acometió al heredero, y con tal fuerza que hubo de encamarse primero y, a los pocos días, falleció. Nadie podía creer que el joven que todos habían visto cabalgando alegremente por la calle Mayor pudiera yacer ahora frío, muerto. Aquella muerte fulminó como un rayo a Alfonso VIII. Pero lo más estremecedor fue el impacto que tuvo sobre Leonor. Berenguela estaba con ella, en el repostero, cuando supo la noticia.

—¡No, eso no es posible! ¡Fernando no!

Con un gemido largo corrió por los pasillos. Berenguela la siguió. Ella también compartía el espanto general: nadie entendía que la Providencia hubiese permitido la muerte de su hermano, el espejo más lustroso de sus padres, la esperanza del reino en la lucha contra el islam. Las dos entraron en la cámara mortuoria. El heredero yacía tieso bajo el pendón de Castilla. A Berenguela le partió el corazón ver a su madre echándose sobre el cadáver como si quisiera traspasarle su calor. «Mi Fernando, mi Fernando…». Ponía su boca sobre él. Y juntaba sus manos a las de aquel cuerpo irremediablemente sin vida.

—Dejadlo, madre —murmuró, cogiéndola por los hombros.

Resultó imposible apartarla. La angustia y desesperación se contagió a los presentes, y después al alcázar y a la villa amurallada. Y desde la puerta del Sol y la de Atocha hasta la plaza de la Paja y el arco de Santa María, desde la puerta de Moros y La Latina hasta el postigo de San Martín, no hubo en todo Madrid rincón adonde no llegara la negrura que se había apropiado de la corte.

Aquella muerte hizo pensar a muchos que algo terrible, a lo mejor incluso el propio fin de Castilla, estaba a punto de acontecer.

7

—Dios no puede ser tan cruel —murmuró Alfonso cuando se le acercó su alférez Álvaro de Lara. Su mirada se volvió al infante Enrique, que a sus siete años permanecía encogido junto a su tía Berenguela y su primo Fernando. A ambos los traía Berenguela para que entendieran que la muerte no es algo que se pueda esconder, y menos la de un heredero. «Aprended que antes o después nos llega la hora —había dicho gravemente—. Pero si seguimos los mandamientos de la ley divina, como enseña la Iglesia, tras la muerte, los ángeles del Señor bajan del cielo y llevan nuestra alma al encuentro de Dios. Allí nos reuniremos con aquellos que nos preceden».

—¡Amén!

Enrique no entendía nada más allá del dolor que veía y que se le contagiaba. A su lado, el hijo de Berenguela seguía con la vista puesta en el rostro dormido de su tío muerto, de su mismo nombre. Su tocayo mostraba la palidez de la muerte. El hijo de Berenguela tenía la sensación extraña de que ese cuerpo inerte ya no era la persona que había cruzado a caballo el campo del Rey tan lleno de energía.

Fernando se encogía en su rincón junto con Enrique. ¡Pobre Enrique! A su corta edad, no se daba cuenta de todo lo que esa muerte implicaba para él. El niño se atemorizó cuando Alfonso VIII, controlando su dolor, lo llamó a su lado. En una voz apagada, que

pugnaba por domesticar los temblores, el rey dijo:

—Sabes lo que significa esto, ¿verdad? Esto significa que, a partir de ahora, todas las atenciones del reino se dirigirán hacia ti. Y que tendrás que ser fuerte y crecer muy rápido, hijo mío. ¿Lo entiendes?

—Sí, padre —dijo Enrique, luchando por controlar las lágrimas.

8

Las noticias volaron hasta los rincones más alejados de los cinco reinos y al rey de León le alcanzaron llegando al monasterio de Santa María de Lorvão, próximo a Coímbra, adonde iba a visitar a su primera esposa.

El encuentro, después de tanto tiempo, no fue fácil. Había amanecido un día otoñal, despejado. Ambos salieron a pasear por la huerta del monasterio. Teresa con los hábitos blancos y negros del Císter, la cara enmarcada por la toca blanca, un velo negro sobre la cabeza. Mirándola por el rabillo del ojo, a Alfonso se le hacía difícil pensar que hubieran mantenido en su día una relación carnal. Cuando lo comentó, Teresa le cogió la mano un instante antes de soltarla de nuevo.

—Tuvimos los hijos que Dios nos envió, Alfonso. Y obedecimos al santo padre. No hay nada que reprocharse.

—Pero hubo paz entre León y Portugal. No estoy seguro de que en esas cuestiones, cuando un matrimonio trae tantos bienes, corresponda al papa decidir nada…

Al leonés le costaba a esas alturas hablar el romance galaico en el que se había expresado con tanta fluidez en su juventud. Al pasar a los asuntos que quería tratar, le sorprendió gratamente comprobar que Teresa se mantenía tan informada. La portuguesa estaba al tanto de la situación que vivía la familia real castellana a la que ahora estaba emparentada por la boda de Urraca —la niña de dos años que él repudió en su día— con su hermano Alfonso de Portugal, que, por si no hubiera pocos Alfonsos, compartía nombre con el rey de León y el de Castilla. Su carácter, aunque de otra manera, también era complicado.

—Para mi primo ha sido un golpe terrible —continuó Alfonso IX —. No debe de ser fácil perder a tu heredero de forma tan súbita. Y menos con una guerra a la vuelta de la esquina. Me dicen que ha reunido a sus magnates. Ha dado órdenes para que lleven sus mesnadas a Toledo. Allí se juntarán los cruzados. A mí también me piden que acuda a defender Castilla… Y no lo haré.

—Pero, Alfonso, pensé que habías firmado la paz. Este resentimiento no puede durar para siempre. Me escribiste que el odio estaba enterrado.

—El odio nunca se entierra del todo, Teresa. El Tratado de Cabreros fue un engaño, otro más… Los castillos que ocupó el castellano con fuerza a la muerte de mi padre siguen en su poder. Pensé que los recuperaría a través del matrimonio con su hija, pero para ello tuve que dar en arras otros tantos castillos, incluso más, que aún no me ha devuelto. Y me repugna su argucia: usar a mi hijo como cebo en el último tratado… Por eso necesito que hablemos.

9

El rey de León y su primera esposa se sentaron en un poyete orientado al mediodía. El sol de la mañana les dio en la cara. Más allá estaban las viñas del monasterio. Las monjas y algunos campesinos trabajaban en ellas. Teresa hizo un gesto a una religiosa. Señaló al hombre que se acuclillaba a pocos metros. La monja se le acercó a decirle algo. El hombre joven, con la cabeza descubierta y pantalones remangados, al oír lo que le susurraban, asintió y se acercó a la pareja. Según llegaba, Alfonso IX observó complacido la expresión tranquila del rostro del mozo, las proporciones armoniosas de su cuerpo.

—Fernando, saluda a tu padre —dijo Teresa.

—Salud, señor.

Alfonso IX se puso en pie. Al hacerlo, constató que el joven le igualaba en estatura. «Es mi vivo retrato», pensó.

—Eres fuerte, pero he de decir que no me agrada ese aspecto de rústico. Ningún hombre noble debería dedicarse a limpiar sarmientos. ¿Sabes luchar? ¿Has combatido alguna vez?

—Aquí nadie me enseña, señor, aunque ganas no faltan. Pero soy lo que mi señora madre ha dispuesto para mí: me preparo para consagrarme al ministerio divino. Ahora, si me lo permitís, debo continuar con mi tarea.

Claramente, al joven le había incomodado la observación. Es posible que se sintiese resentido con su padre desde que sabía, puesto que se lo había dicho su madre, que no era ya el heredero.

—No tengas prisa, Fernando… —intervino Teresa. Ella también se puso en pie—. Estás hablando con tu padre, el rey de León.

—No importa. Déjale ir —dijo Alfonso IX. Y permaneció inmóvil, aunque sin apartar la vista de su hijo según se alejaba. Las espaldas que se le marcaban debajo de la camisa eran imponentes —. Es fuerte. Y tiene orgullo… Me recuerda a mí mismo, cuando tenía sus años.

10

Teresa de Portugal había sido reina durante cinco años, antes de que el matrimonio fuese anulado; ella siempre supo que por la insistencia con que los embajadores de Alfonso VIII protestaron ante el santo padre. La boda la había propuesto Alfonso IX para protegerse de la cada vez más poderosa Castilla. Y no sirvió de nada, puesto que, a instancias de la influyente diplomacia castellana, Teresa hubo de dejar la corte, recién parida por segunda vez y con su hija pequeña en brazos, prácticamente, con los senos hinchados, y regresar a la casa de su padre en Braga, y después a Larvão, el convento que ella misma fundó para enterrarse, pensó entonces, en vida.

Pero, durante aquellos años en los que procuró expurgar los pensamientos negativos y centrarse únicamente en criar a sus hijos en la fe cristiana, hubo una idea que nunca consiguió extirpar de su cerebro: la posibilidad de que uno de ellos reinara. A fin de cuentas, Roma los había legitimado. Con calma y resignación, vio desde lejos la evolución de su rival Berenguela. Con tranquila satisfacción recibió la noticia de que el papa anulaba ese matrimonio, y no fue sin una sensación de justicia restablecida que supo de que Inocencio

declaraba ilegítimos a los hijos de la castellana. Hasta Cabreros, su hijo había sido reconocido en muchos documentos como heredero del reino. Su disgusto y el de todo su entorno con Cabreros fue absoluto. Y ahora tenía otra vez a Alfonso de regreso.

Teniendo al rey de León a su lado, le cogió la mano de nuevo en un gesto instintivo, fraterno. El sol les daba de frente, obligándolos a entrecerrar los ojos. A sus espaldas quedaba el monasterio y, del otro lado, el guarda mayor, los caballeros, donceles y ballesteros que acompañaban al rey desde Zamora.

—Sabéis, Teresa, que a mi otro hijo, al que he designado heredero, apenas le he visto desde que se fue a Castilla con su madre. Hace años… Hoy no conoce otra cosa que la corte castellana y sus costumbres. Debo confesar que dudo de que sea la educación que conviene más a un rey leonés… Pero llevo un tiempo pensando que quizá no sea tarde para arreglar ciertas cosas y que todo vuelva a su curso lógico.

—Me temo que olvidas dos pequeños detalles, como de costumbre.

—…

—Roma y Castilla.

—¡Bah! —exclamó el rey de León—. El papa me amenaza de nuevo con la excomunión si no acudo a Toledo. Yo me río de sus amenazas. Y habrá que ver cómo lidia Castilla ante el empuje almohade… Primero Salvatierra, ahora su heredero… No parece que Dios esté muy contento con mi primo —añadió. Se le notaba escocido. Desde que empezó su relación con el rey de Castilla, Alfonso IX tenía la impresión de estar cediendo todo el rato, de no tener nunca lo que en derecho le correspondía y de que con cada nuevo tratado le forzaban un poco más la mano.

—No está bien que te regodees, Alfonso. Pero mira quién viene…

Dos jóvenes vestidas a la moda de Braga, con cofias de la edad, de redecilla, atadas con barboquejo, se acercaron. Ambas sonreían con curiosidad al soberano. Eran las hijas tenidas con Teresa, a las que no veía desde su separación, hacía ya una eternidad. Una y otra tenían mofletes rosados y se habían quitado las pieles para disfrutar de la buena temperatura y acudían a la llamada de su madre. Alfonso IX se volvió para encararse con las dos mujercitas. Se le

notó orgulloso de lo que veía.

—Tú eres Dulce, y tú —posó la mirada en la mayor—, Sancha. ¡Cómo habéis cambiado las dos desde la última vez que os vi!, ¿os acordáis?

—Las dos se acuerdan perfectamente —dijo Teresa, complacida.

11

La corte itinerante de Castilla era una maquinaria humana que seguía al rey durante sus incesantes desplazamientos. Más de dos centenares de personas. Dentro de ella, la propia Casa del Rey, solo para su impedimenta, movilizaba un centenar largo de acémilas, oficiales reales, capellanes, mayordomos, cancilleres, notarios, físicos, escribanos, adelantados, merinos, alguaciles, caballeros de la mesnada, alcaides, donceles, oficiales de la criazón, etcétera. Era aquello una caravana de gente variopinta, donde cada cual conocía su cometido y donde todos se coordinaban para que funcionase la administración del reino.

Siempre había castas y los más importantes eran el mayordomo del rey, el canciller, el alférez, el camarero mayor y el capellán de Alfonso VIII. García de Campos era importante, por supuesto. Pero más lo era el mayordomo, la máxima autoridad de la Casa del Rey, por encima del secretario real o del tesorero. Y ese cargo estaba en manos de la familia Ruiz Girón, una de las más fieles a Alfonso VIII.

Con el Miramamolín amenazando sus fronteras, Alfonso VIII llevó a todos los miembros de su corte a Toledo. Con él partió en pocos días la mayor parte de su familia… Todos salvo Berenguela, que viajó en dirección contraria, hacia el norte, al frente de un cortejo fúnebre para acompañar el cuerpo de su hermano muerto, entre llantos de plañideras, hasta el monasterio de Las Huelgas. Allí se le enterró solemnemente.

Y todavía tardó Berenguela unos días en poder reunirse de nuevo con la corte en Toledo, que fue donde, pese a las dramáticas circunstancias, se volcaron ella y el resto de la familia real y los oficiales de la Casa del Rey en el duro trabajo de preparar la cruzada.

Durante el invierno se movieron para conseguir el máximo apoyo. Comprendiendo la situación, el papa Inocencio se dirigió a los obispos de toda la cristiandad. Les pidió que acudiesen a Toledo cuantos pudieran, en el mes de mayo, para proteger a Castilla. A su vez, Jiménez de Rada se trasladó a Francia para entrevistarse con el rey Felipe y recabar su ayuda y la de otros señores del norte, pese a que finalmente solo se comprometió el obispo de Nantes. Del rey de los francos, enredado en su propia cruzada contra los albigenses, se escribió más tarde que «ni una sola palabra de aliento salió de su boca al ser requerido». Más suerte hubo en el sur, con los arzobispos de Burdeos y Narbona.

En cuanto a los cinco reinos, Alfonso VIII contó desde un principio con Pedro II de Aragón, el Católico. Y a última hora también con el rey de Navarra, el Fuerte, a quien el arzobispo logró hacerle entender que el peligro de Castilla era su propio peligro.

En el caso de León, de nada sirvieron ni las exhortaciones de Jiménez de Rada ni los buenos oficios del obispo de León.

Dolido con Roma, Alfonso IX ignoró todos los llamamientos y, aconsejado por los suyos, condicionó su participación a la devolución inmediata de los castillos en litigio con Castilla, cosa que sabía imposible.

—Tu esposo tiene un carácter endemoniado. Nunca ha sabido perder —murmuró Alfonso VIII.

El tercer Alfonso, el de Portugal, pese a la presencia de Urraca a su lado, excusó su participación aludiendo que no se atrevía a desamparar su reino por temor a que Alfonso IX aprovechase para lanzar una acometida contra sus fronteras, ahora que Braga se mostraba afín a los castellanos.

—Y razón no le falta. Nuestros espías advierten de que Alfonso IX organiza un ejército para sus propios fines esta primavera —dijo Ruiz Girón—. Si envía a Sancho Fernández al frente de unos pocos caballeros, es como ayuda testimonial. Por no enfrentarse al papa. Y porque, siendo el hijo de su madrastra, no llorará si muere en combate.

Sancho era el niño al que su madrastra quiso entronizar en su día. Pero el tiempo había pasado. El infante, integrado en la corte de su hermano mayor, le mostraba una enorme fidelidad y había pedido partir a la cruzada en compañía de su madre y su tío el

señor de Vizcaya, y Alfonso IX lo había permitido.

—Eso y nada es lo mismo —concluyó Leonor, con el laconismo que mostraba desde la muerte de su hijo.

12

En mayo, los caminos del norte y los Pirineos se convirtieron en una torrentera. Por allí fluyeron nobles, villanos, obispos y soldados navarros y aragoneses, pero también ultramontanos francos y, por supuesto, aquellos súbditos ingleses de la larga franja occidental sobre la que mandaban los Plantagenet; amén de cruzados italianos, instados por el papa.

Las gentes de los pueblos y villas se asombraron viéndolos marchar por las calzadas. Las tropas armadas, convencidas de la victoria, entonaban entusiastas cánticos y loas a la cruz.

Las banderas del rey se enarbolan:
resplandece el misterio de la cruz,
en la cual la vida padeció muerte,
y la muerte nos dio vida.
Vida que, traspasada con el cruel hierro de la lanza,
manó agua y sangre
para lavarnos de las manchas
de nuestros pecados…

Por el camino se les iban uniendo castellanos de todas las merindades. Y vascongados de sus montañas y valles. Y los primeros contingentes leoneses y portugueses, aunque estos en menor cuantía. Y hacia el final, gentes de los fronterizos señoríos de la Extremadura castellana.

En espera de su llegada, la corte de Alfonso VIII no se movió de Toledo, de ese alcázar en los altos barrancos graníticos en el que se trabajó hasta que se pudo acoger a tan belicosa multitud.

Semejante muchedumbre de procedencia variopinta se fue congregando en los alrededores de la villa imperial, donde, como se pactó, Castilla hubo de pagar y alimentarla.

Y de la organización necesaria para el aprovisionamiento se hizo cargo Berenguela, que, tras la muerte de su hermano Fernando y

siendo Enrique aún niño, se había convertido en el apoyo principal de sus padres.

13

15 de mayo de 1212

De Berenguela de Castilla, reina, a su respetado esposo don Alfonso, señor de León y Galicia.

No entiendo, marido mío, cómo te has atrevido tú, el hombre con el que conviví y al que di cinco hijos, a ignorar la llamada de mi cristianísimo padre, ahora que se acerca la confrontación definitiva con los almohades. ¿No te das cuenta de que, si Castilla cae, detrás caerán el resto de los cinco reinos y, con ellos, León? ¿Acaso crees que el papa no se dará cuenta de que vuelves a aliarte con el Miramamolín, y que no te excomulgará de manera definitiva? ¿En tan poca estima tienes a tu alma y a tu esposa, que están hoy más que nunca en peligro?

¿Cómo pudiste escuchar a aquellos que te aconsejaban poner precio a tu ayuda, y exigir a mi padre la devolución de los mismos castillos que no hace tanto aceptaste ceder a nuestro hijo? ¿Es posible que estés dispuesto a robárselos a tu hijo Fernando —porque a él se los cediste en Cabreros—, aprovechando que marchamos con nuestras fuerzas hacia el sur? ¿Tan poco respeto tienes a tu palabra que llamas a tu vera al hijo de Teresa y le haces figurar en los diplomas como tu «primogénito», preparando el camino para hacerle tu heredero contra todo lo que hemos podido acordar? ¿Te crees que no observo desde lo lejos tus torpes maniobras?

Cuando me dicen que tratas con el Miramamolín, te aseguro que siento vergüenza de haber compartido mi lecho contigo. Pero esa deriva solo tú puedes corregirla. Decídete si eres alguien capaz de pactar con los enemigos de la cruz y romper el acuerdo firmado ante los hombres principales de Castilla y León y de la Santa Sede; o si eres ese caballero cristiano, hosco pero valiente y generoso, que yo conocí. Que Dios te ilumine en tus decisiones y que su paz descienda sobre ti, pues yo no deseo otra cosa sino tu bien.

Capítulo siete

La más gloriosa batalla que vieron los tiempos

> «Es de saber que uno de los acontecimientos más grandes que acontecieron en el mundo desde que fue criado hasta aquella sazón fue la batalla que dicen de Úbeda, e hízola don Alfonso VIII, muy noble rey de Castilla, y la venció en Las Navas que llaman de Tolosa, en el puerto que dicen del Muradal».
>
> ALFONSO X, Primera crónica general

1

Alfonso IX no había cumplido diecisiete años cuando, sin apenas apoyos, a la muerte de su padre, se vio obligado a convocar una curia extraordinaria en el claustro de la colegiata de San Isidoro.

Esa mañana de abril, sus cortesanos lo vieron atravesar la arcada. Apareció majestuoso, con manto de armiño con vuelta púrpura, ceñida la corona, cetro en mano. Una silla curial esperaba en medio del patio.

Quedó el estandarte de León a sus espaldas y a uno y otro lado el arzobispo de Santiago y su alférez, con la espada simbólicamente envainada. Delante, los nobles, el clero, artesanos y hombres buenos de los concejos. Era primavera, y ese joven alto y fuerte de voz ronca y potente había escrito una carta diciéndoles: «Puesto que a todos compete, que todos sean llamados», y sus palabras sacudieron el reino.

Alfonso IX buscaba el apoyo de los hombres adinerados de las ciudades. Los necesitaba para llenar las arcas que Fernando II dejó vacías y conjurar así las aspiraciones de la reina viuda. La de Haro había llegado a la vida del rey hacía apenas seis años convirtiéndose en su amante pública, hasta el punto de que Fernando le donó unos señoríos, «por los buenos servicios que habéis hecho con vuestro cuerpo…».

Ella ambicionaba la corona para su hijo Sancho, de poco más de

un año, nacido ilegítimo pero legitimado por el matrimonio posterior. Y cuando la muerte sorprendió al rey en Benavente, lo hizo trasladar a León en secreto y se ordenó depositar su cadáver en el panteón sin siquiera informar al primogénito, mientras buscaba apoyos para coronar a su hijo Sancho.

Pero Alfonso IX había regresado rodeado de hombres armados. Y, sin perder más tiempo, citó en el claustro de San Isidoro a los que rara vez se convocaba: artesanos, hombres buenos y extranjeros pudientes de todas sus villas. A todos los juntó con eclesiásticos y nobles, consciente del ultraje que eso suponía.

Y así empezó aquella curia extraordinaria en la que, contra el dinero exigido, quedaron fijados el respeto a las costumbres establecidas, la prohibición de ocupar propiedad ajena, garantía de que no habría juicios bajo falsa acusación y que quien la levantara sería penado, la libre circulación por los caminos del reino, que cualquier ciudadano podría acceder a la justicia… Y la promesa tremendamente simbólica de que nunca haría guerra ni paz ni pacto sin escuchar antes a la curia.

Por primera vez, la curia asumía poderes en las relaciones con otros reinos. ¿Y qué logró Alfonso IX a cambio? El apoyo de las ciudades para sus empresas. Reforzar su posición frente a los ricoshombres. Y así había comenzado su reinado quien más tarde se haría célebre por ser el único rey hispano que no participaría en la batalla decisiva contra los almohades.

Pero ya volvamos a Toledo. Año 1212.

2

—¿Mi padre está al tanto de esto? —preguntó Berenguela.

—Por supuesto, señora. Pero anda tan volcado en la cruzada que prefiere no verlo. Dice: «Ruiz Girón, los problemas uno por uno». No anticipa, y yo ya os lo advertí en su día: «Habrá problemas cuando lleguen los ultramontanos».

¡Vaya si los había! Los ultramontanos no dejaron de llegar, y en tal cantidad que las tiendas de su campamento desbordaban en mucho la Huerta del Rey a orillas del Tajo. Todo era un problema.

El principal, pagar a tantos la soldada prometida, y eso pese a que la Casa de la Moneda trabajaba a destajo fabricando sueldos. Pero también la cohabitación. Exaltados en plena cruzada albigense, y acostumbrados a castigar a sangre y fuego al hereje y a despojarlo de sus posesiones (no en balde se acusaba a cierto arzobispo de haber dicho: «Matadlos a todos, Dios sabrá distinguir a los suyos»), a los ultramontanos les costaba tolerar la presencia de judíos en Toledo, y a punto había estado de ocurrir una masacre. Por suerte, tras cuatro semanas de complicada convivencia ya levantaban el campamento y Berenguela suspiró aliviada al mirar por el rabillo del ojo hacia la tronera lateral. Por allí entraba la luz matutina.

En el interior del alcázar habían retirado las alfombras. El suelo de piedra brillaba bajo los primeros rayos de sol. Con el calor que hacía en junio fuera, se estaba bien dentro. Seguían sentados a una mesa ella y el mayordomo real, Ruiz Girón, con quien tenía costumbre de debatir, puesto que la reina y el propio rey delegaban cada vez más en ella. La muerte de Fernando y la corta edad de Enrique la volvían a colocar en primera línea. Por la tronera, al otro lado de la celosía, se podía oír a los hombres del rey de Aragón, el Católico, que acampaba en los jardines del alcázar con su corto séquito. Don Pedro era pobre y a él también había habido que pagarle, pese a que Alfonso VIII lo hacía con gusto: era un aliado de larga fecha.

—¿De cuánto exactamente estamos hablando?

—Según las estimaciones que baraja el tesorero, han acudido algo menos de veinte mil hombres, entre caballeros e infantes, y si a los primeros se les pagan veinte sueldos y cinco a los segundos, gastamos diariamente cerca de doscientos mil sueldos —dijo el mayordomo, que era un hombre metódico y más práctico que García de Campos, menos amigo de disquisiciones filosóficas. Los dos, pese a no ser excesivamente afines, se complementaban en sus labores y eran apreciados por igual en la Casa del Rey—. Eso sin contar mujeres, niños y pobres o incapacitados que acuden para ganar la indulgencia. A ellos también hay que alimentarlos. Y si incluimos avituallamiento de caballos, armas, municiones, carpinteros, herreros, cerrajeros y las muchas miles de acémilas con tiendas, carros y víveres que los seguirán desde Toledo una vez el ejército deje la ciudad, nos puede salir la broma a casi medio millón

de sueldos diarios. Una cantidad semejante solo se paga con la ayuda del clero castellano, que hace donación a la cruzada de la mitad de sus ingresos anuales, y, aun así, no cubrirá el coste total. No sé cuánto durará la cruzada, señora, pero va a ser la ruina absoluta de Castilla.

—¿Y dices que mi padre no quiere ni oír hablar de esto?

—Vuestro padre considera que es una necesidad total. Sigue tan centrado en ganar la batalla que está dispuesto a los mayores sacrificios…

—Vuestro padre el rey de Castilla —dijo a sus espaldas una voz cansada, rasposa, todavía firme— sabe que Dios no nos abandonará, y que Roma confía en nosotros, y que está en juego la salvación de los cristianos. Y, sobre todo, hija mía, el rey de Castilla sabe mejor que nadie que si el Miramamolín nos vence, caerán uno tras otro los cinco reinos en manos de los infieles… No nos queda otra.

El mayordomo, Ruiz Girón, se puso en pie de inmediato. Recogió los papeles que había sobre la mesa. Se volvió hacia la figura que aparecía en el vano de la puerta. El guarda real le había permitido pasar. Cerró a sus espaldas para dejarlos solos. Era, por supuesto, Alfonso VIII de Castilla. Berenguela también se alzó.

3

—Padre, no os ofendáis. Con vuestra partida, quedaremos la reina y yo al tanto de la intendencia. Y como sabéis lo dispersa que está vuestra esposa desde la muerte de Fernando, prefiero saber a qué atenerme. Ruiz Girón me está ayudando.

—Como siempre ha hecho y como siempre hará. Su padre ya fue mayordomo mío en su tiempo. En esta casa sabemos escoger a nuestros servidores. No hace falta que te excuses, Berenguela… —Al rey de Castilla se le notaba cada vez más cansado, respiraba con dificultad. El esfuerzo intenso de los últimos meses estaba haciendo mella en él. En un año había envejecido de manera increíble—. Y vos, Ruiz Girón, amigo mío, dejadnos solos un momento… Bajad al patio, donde nos esperan.

Ruiz Girón no necesitaba que se lo dijesen dos veces. Salió de

inmediato. En cuanto el guarda hubo cerrado de nuevo la puerta, don Alfonso se encaró con Berenguela.

—Sé perfectamente la situación en la que nos hallamos, hija, y sé mejor que nadie que gestionarás la intendencia en nombre de tu madre con la mayor habilidad… Tienes buena cabeza y te criamos para gobernar… Pero no es eso lo que me preocupa… Hablas de la salud de tu madre, mi esposa, la dulce Leonor, pero la mía es aún más delicada… Las fiebres no me abandonan, y cada cierto tiempo acosan mi cuerpo sin que logre controlarlo… Tengo la premonición, hija mía, de que no duraré… Pero sé que debo luchar esta batalla definitiva… Llevo años esperando y nadie podrá arrebatármela…

—Dios no nos abandonará, padre. Ya lo veis. —Berenguela señaló hacia la puerta entornada. Al otro lado se oía la gente que pasaba por el pasillo, y a otra que se iba congregando abajo, en el patio de armas—. Vienen apoyos de toda la cristiandad.

—Cierto… Y creeré en la victoria hasta el final… Pero si el caso se diera… —a Alfonso VIII le costaba decirlo—, de que no regresase… Sabes que, visto el estado de tu madre, es posible que te toque ocuparte de la regencia… Tu madre os educó a ti y a Fernando, y carece de energía para ocuparse de Enrique… ¿Te encargarás tú, Berenguela?

—Por supuesto, padre. Sabes que puedes contar conmigo. Soy tu hija mayor.

Berenguela mantuvo la mirada de Alfonso VIII. Por primera vez se dio cuenta de lo prematuramente que había envejecido. Desde la muerte de Fernando, su cabello, siempre tupido, estaba prácticamente blanco. Hasta las cejas habían encanecido.

4

Ese día se convocó en el alcázar al conjunto de señores y prelados peninsulares. Era la última jornada en Toledo y los quiso recibir el propio Alfonso VIII, quien, acompañado de Jiménez de Rada, subió al estrado en el patio de armas. Desde allí, y flanqueado por los principales capitanes que dirigirían el ejército —el señor de Vizcaya, los tres hermanos Lara, Sancho Fernández el medio

hermano del rey de León, los maestres de las cuatro órdenes militares, Temple, Calatrava, Santiago, Hospital, y los obispos de las principales diócesis de Castilla y de Aragón—, se dirigió a los presentes.

—El momento, señores, es crucial. Todos sabéis que hace un año el Miramamolín llamó a los mahometanos a la guerra santa y cruzó el Estrecho con un ejército grande como no se ha visto desde los días de Almanzor. El pasado verano puso cerco a Salvatierra. Después de dos meses de asedio, con las torres de la fortaleza arrasadas, hube de autorizar su capitulación. Desde entonces, el infiel sabe que nos preparamos y se mantiene quieto, en espera de nuestro avance…

»Mientras tanto, nuestra cancillería no ha dejado de trabajar, y hoy nos hallamos preparados. Sabéis que, en los meses pasados, con el respaldo de Roma, el arzobispo de Toledo ha recorrido las cortes ultramontanas. Y por eso, desde hace cuatro semanas, acampan en Toledo miles de caballeros e infantes, algo que hace un año habríamos tildado de milagroso.

»También están las mesnadas del rey de Aragón, que desde el primer día respondió a mi llamada. Y pronto se unirá a nosotros el rey de Navarra. Es verdad que los de León y Portugal no lo harán. Pero sí lo han hecho muy nobles señores de aquellos territorios que están aquí con sus gentes. Y de Castilla, además de mis mesnadas y las de los grandes del reino, han llegado las milicias de muchos concejos atendiendo el edicto que manda a todo el que pueda montar a caballo o coger un arma se sume a la cruzada. Juntos sumamos fuerzas suficientes para enfrentarnos la Miramamolín, y mañana mismo nos pondremos en marcha.

»Nuestro objetivo, como bien sabéis, es Úbeda, una plaza que muchos consideran inexpugnable. Pero antes ocuparemos los castillos y fortalezas que hallemos a nuestro paso. Y en algún punto del camino nos encontraremos con el ejército musulmán y, si Dios lo quiere, venceremos de una vez por todas a los infieles.

Al cabo de tan larga espera y entre el repicar entusiasta de campanas de todas las iglesias de Toledo —San Lucas, San Pablo, San Andrés, San Marcos, San Cipriano, Santa Úrsula, el Salvador, etcétera, etcétera—, se puso en marcha el ejército cristiano que, de entrada, cruzó el Tajo.

En vanguardia iban los belicosos ultramontanos, sobre los que mandaba, provisionalmente, el señor de Vizcaya. Formaban su cuerpo central los aragoneses de Pedro el Católico, cuyo entusiasmo por la causa suplía la falta de medios. Su relación con Castilla, en cualquier caso, era buenísima. Pedro tenía diez años menos. Siendo rival directo de Navarra, la lógica de «el enemigo de tu enemigo es mi amigo» se aplicaba. El aragonés había estado presente cuando Alfonso se casó con Leonor. Y, desde entonces, la relación era fluida. Su llegada había sido la primera en saberse.

Por supuesto, Alfonso VIII lideraba a los castellanos en la retaguardia. La flor y nata de la nobleza del reino y muchos caballeros de Francia, la Provenza y Lombardía acudían a militar bajo el pendón bermejo de Castilla. Y, una vez más, se oyeron cánticos en diversas lenguas que elevaban el ánimo de todos.

Bajo el sol vi una espada brillar.
A lo lejos, en el horizonte,
la batalla contra los infieles vuelve a comenzar…

Arriba en lo alto, rezándole a Dios,
escuchan los gritos de muerte y dolor.
Resuenan hoy en la batalla, en un duelo de honor.
La sangre ha teñido de rojo el lugar.
Los cantos de guerra han dejado de hablar.
Ondean las banderas, cruzadas por la libertad…

La longitud del ejército, grande como rara vez, pues llegaría a ser casi de una jornada, era motivo de alegría.

Y era de ver el orgullo con que Berenguela y su madre acompañaban a Alfonso VIII. Los rodeaban sus respectivas guardas, donceles y doncellas y parte de la Casa Real, al frente de quienes marchaban a caballo o a pie seguidos por sus acémilas y carros cargados con pertrechos, camino del sur y dejando a la derecha los puntiagudos montes de Toledo.

A Berenguela le admiraban los caballeros de las órdenes

militares, bien pertrechados, con sus insignias y blasones, sus lanzas de fresno, los escudos con forma de lágrima relucientes y todavía sin abolladura ninguno, cada cual liderada por un gran maestre. Cerraban la marcha las milicias concejiles, peones que cada vez cobraban mayor conciencia de su importancia. Y a todos embriagaba la exaltación que producía participar en tan gran empresa.

Cuando se despidieron la reina y Berenguela, al atardecer, Alfonso tenía una mirada alegre y mostró en público gran confianza. Leonor también esbozó una sonrisa tranquila. La escena arrancó muchos vítores. Pero según regresaban las dos mujeres y su séquito de guardas y damas, la reina de Castilla confesó a su hija sus sensaciones verdaderas.

—Pienso que vamos al desastre, Berenguela. Es el mismo camino que emprendió siete años atrás, cuando Alarcos. El mismo que habría emprendido junto a tu hermano… Él tendría que haber liderado este ejército, no el padre. El padre ya está viejo para esto…

6

La primera parada de la cruzada fue la torre de Malagón, la posición almohade más avanzada. Allí llegó la vanguardia cristiana, que ardía en ganas de estrenar armas, cosa que hicieron sin siquiera montar las tiendas.

Un día y parte de la noche duró el asalto. La fortaleza tenía en sus cuatro esquinas torres con parapetos poderosísimos. Los cristianos ardían en ganas de desmocharlas. Al cabo, los ultramontanos, que ya viajaban con un par de jornadas de ventaja con respecto a los demás, la tomaron. Enardecidos como estaban, y con menos miramientos que los locales por las vidas de los vencidos, pasaron a la guarnición entera a cuchillo.

Cuando llegó Alfonso VIII y vio tanto cadáver al pie de la muralla siendo pasto de los buitres, y a los ultramontanos limpiando la sangre de sus armas o arreglando las abolladuras de sus escudos, se quejó a los capitanes francos. Dijo que no eran los usos de los castellanos. Y los ultramontanos, cada vez más quejosos

por el calor y la falta de víveres, amenazaron con retirarse, que no habría sido la primera vez. Resultaba habitual que los de allende los Pirineos los cruzasen para ayudar a guerrear contra los infieles y las relaciones siempre era complicadas.

—De estos no vamos a poder fiarnos, señor —dijo Álvaro de Lara, que empezaba a cogerles ojeriza.

Unos días más tarde se puso cerco a la villa de Calatrava, no lejos de la Sierra Morena. La nueva plaza fuerte, con uno de sus lados guardado por el Guadiana, estaba protegida por una muralla, fosos profundos, altas torres y una guarnición importante, bien pertrechada. Tras varias jornadas de asedio, los moros de la alcazaba decidieron rendirse si se les permitía salvar la vida. El rey de Castilla accedió. Esa noche escribió a Toledo lo poco que eso complació a los ultramontanos, y eso pese a las muchas armas y víveres capturados y a que se distribuyó generosamente el botín entre aragoneses y ultramontanos, no reservándose Castilla sino la villa fortificada, que fue restituida a sus legítimos propietarios entre vítores a Calatrava.

De modo, esposa mía, que vigilad la cadena de avituallamiento…

Los ultramontanos dieron nuevamente muestras de querer volver a sus tierras. Y aunque en un principio se logró sosegarlos, no fue posible impedir que, al cabo, la mayoría, agobiados por la escasez de víveres y el creciente calor, con un poderoso sol cayendo a plomo sobre sus cabezas, decidiese retirarse, como así hicieron.

A principios de julio no quedaron sino el arzobispo de Narbona con sus milicias y algún caballero de la provincia de Poitou, que sumaban apenas ciento cincuenta jinetes. De los infantes, ninguno.

La desolación que provocó la partida de los extranjeros fue compensada en parte por la llegada del rey de Navarra, Sancho el Fuerte. Aunque con retraso, se presentó con doscientos caballeros vigorosos y reciamente armados, con lorigas relucientes y sin estrenar, y sus respectivas comparsas. Y a todos resultó reconfortante ver aparecer aquella figura de más de dos metros, que llevaba su reconocible *arrano beltz*, el águila negra, en mitad de la sobrevesta, en lo alto de un caballo inmenso.

La relación con Navarra seguía siendo complicada desde que Alfonso VIII le arrebató ciertos territorios en la frontera. Su relación nunca se distendió del todo, y si el gigante navarro se había unido a ellos, se debía únicamente a las incesantes amenazas de excomunión que le llegaban desde Roma: ya conocemos el carácter de Inocencio. Lo mínimo que podía decirse era que llegaba sin gana ninguna. Aun así, el abrazo que le dio Alfonso VIII, cuando se hallaron por fin frente a frente, fue sincero.

—Os repito, señor —dijo, al poco, el arzobispo Jiménez de Rada, que cabalgaba junto a Alfonso VIII revestido con su loriga y su sobrevesta ya polvorienta, y por encima una enorme cruz de madera que le pendía del cuello—, que más valen pocos y valientes que muchos y mal avenidos. A partir de ahora, ya no tendremos problemas con los víveres.

7

En Toledo, las cosas tampoco estaban resultando fáciles.

Como Leonor se mostraba tan introvertida, corrían los primeros rumores de que había muerto. Eso produjo algunos conatos de rebelión, especialmente en los barrios judíos: eran quienes más habían sufrido la presencia de los ultramontanos. Ante la fuerza que cogían los rumores, García de Campos aconsejó a la reina mostrarse en público. Y ya por la mañana, antes de que arreciera el calor, salieron Leonor y Berenguela, junto con el heredero Enrique, a dar una vuelta por la plaza del mercado, y luego por los barrios de la judería, lindando estos con la muralla que da al río.

Desde San Salvador y Santo Tomé cruzaron delante de los baños públicos. Pasaron a caballo junto a la sinagoga. Las estrechas calles se llenaron a su paso de hombres con kipá y mujeres que permanecían discretamente en segundo plano o madres que apartaban a sus hijos pequeños, sin mostrar alegría. A todos se les notaba preocupados. A alguno se le vio cruzado de brazos ante las cruces marcadas en sus puertas, que todavía no habían limpiado.

—¿Qué les pasa a esos hombres, señora? —preguntó Enrique.

—Pasa que señalan las marcas que hicieron los ultramontanos

antes de partir, cuando quisieron pasarlos a cuchillo —contestó Berenguela, a quien le parecía innecesaria la frialdad con que Leonor trataba a Enrique—. Se sienten ofendidos. Ellos también son súbditos, Enrique. Pagan sus impuestos como cualquier otro, y el rey es responsable de su seguridad.

El rabí de la sinagoga saludó a la reina según pasaba. Pero Leonor apenas se inmutó. Su presencia fue acogida con murmullos: no era habitual que los reyes pasearan por la judería. Alguno dio algún viva tibio, y no hubo tumultos ni protestas. Todo parecía razonablemente tranquilo, hasta que de pronto hubo alboroto, ya cerca otra vez de la puerta del Portillo, de regreso a la zona cristiana. Allí los alcanzó un jinete.

—¡Madre!

Su voz coincidió con la del almuédano llamando a rezo desde el minarete de la mezquita de Yabal-al-Barid. Los soldados que acompañaban a la reina se volvieron. Era el hijo de Berenguela. «¡Señora! ¡Madre!», exclamó, cuando la guardia, bajo una indicación de Leonor, le dejó pasar.

—Me envía García de Campos… —A Fernando le costaba recuperar el resuello—. Llegan noticias de León. El rey mi padre está atacando los castillos en la frontera que se supone míos, los que me cedisteis en el tratado… —Berenguela livideció con el anuncio. Las miradas se volvieron hacia ella—. Pero hay más. Están a punto de llegar los ultramontanos que acompañaban a los nuestros. Los han abandonado y, de camino a sus reinos, piden venia para acampar intramuros… El canciller requiere vuestro regreso inmediato para discutir la situación…

—Recibirlos es imposible —murmuró la reina. Fue como si regresase a la vida—. Jamás les abriremos las puertas a esos francos… Provocaría una revuelta en la judería.

—¿Eso se lo vais a escribir a padre? —preguntó Berenguela.

—De ninguna manera. Tu padre está a punto de librar la batalla más importante de su vida y no le preocuparemos con nimiedades… Para eso nos ha dejado aquí a ti y a mí, al cargo del gobierno.

En el paso que más tarde se llamará de Despeñaperros, que era como la puerta de Al-Ándalus, quedaban solo los ejércitos de los tres reyes hispanos que siguieron avanzando hasta alcanzar los primeros riscos del puerto de Muradal, en las estribaciones orientales de la Sierra Morena. Los subieron con mucha dificultad, pues los hombres del Miramamolín se habían apoderado de las cumbres.

Tras las primeras escaramuzas, la avanzadilla cristiana despejó el camino y ocupó los primeros altos rocosos, ya sin turbantes a la vista. Pronto el resto de las tropas pudo sentar sus reales arriba, cerca del angosto paso que sabían defendido por el enemigo. Y cuando avanzaron un poco más, desde lo alto se atisbó a lo lejos el inmenso campamento almohade abajo, como a un par de leguas, bloqueando el camino de descenso. El Miramamolín había salido de Sevilla y después de pasar por Jaén y Úbeda acampó allí, guardando con su gente el paso de La Losa.

Al constatar la magnitud del ejército musulmán —un punteado inacabable de hogueras alumbrando malamente centenares de tiendas—, Alfonso VIII palpó la angustia de los suyos, cayendo la noche, reunió en su tienda un consejo extraordinario. La tienda estaba en medio del campamento. Las hogueras crepitaban en la oscuridad. El olor de la carne que se asaba en grandes lascas de pizarra y de las ollas podridas se esparcía y confundía con las voces apagadas de los cristianos.

Alfonso VIII, que se mostraba ceñudo, quiso escuchar las opiniones de todos.

—Los manantiales y arroyos aquí arriba son escasos y los caminos arriscados y difíciles de transitar con nuestra impedimenta. Además, muchos están tomados por los infieles y causa bajas ocuparlos —indicó el señor de Vizcaya, que, por edad y experiencia, habló el primero—. En este terreno es complicado evitar emboscadas. Ayer envié hombres a explorar el desfiladero que baja a La Losa y se han topado con una avanzadilla mora. Llevan días fortificándose, y nosotros estamos encajonados. No podemos permanecer aquí. Si avanzamos por estos montes, nos atacarán desde las posiciones que ya ocupaban. Todo es muy peligroso, Alfonso —concluyó, posando la mirada en su rey.

—Es lo mínimo que se puede decir, señor —añadió Álvaro de

Lara—. Lo bueno es que hay fuerzas suficientes para desalojar a los moros y forzar el avance. Lo malo es que el paso de La Losa es tan angosto que con tanto enemigo bien fortificado las pérdidas serán enormes. Lo lograremos, pero a costa de mucha lucha y mucho muerto. Con lo que yo pregunto: ¿por qué no cambiar de planes? ¿Por qué no regresar a Toledo? Hemos ganado plazas importantes y botín suficiente. Los hombres han cobrado sus soldadas. Están contentos. No hay desdoro ninguno en volver.

—Señores —dijo el de Haro, sobre quien, tras la derrota de Alarcos, recaían sospechas de cobardía. Se notó que sentía la necesidad de resarcirse, de reivindicarse ante los suyos—. Si retrocedemos ahora, los moros nos atacarán por la espalda. Su ventaja será total. Por mi parte, estoy seguro de que el Miramamolín aprovechará la ocasión y el desastre será completo. Nuestra posición no mejorará dando la espalda al enemigo. Mi consejo es seguir adelante. Si hemos de morir, que sea de frente, atacando.

9

Alfonso VIII miró el brasero en medio de la tienda. A sus cincuenta años se volvía prudente. En Alarcos había pagado cara su temeridad y no estaba dispuesto a caer en idéntica trampa. Tenía, en la misma tienda, la presencia imponente de Sancho VII de Navarra, su rival de siempre, para recordárselo. El castellano se volvió, dubitativo, al arzobispo de Narbona.

—*Què opineu vós, monsignor Arnau?*

—*El mateix que el signor de Vizcaya* —repuso este sin dudarlo.

—Si avanzar es tan complicado, ¿por qué no retroceder y buscar otro paso más fácil? —preguntó don Pedro. El de Aragón era un hombre alto, aunque no tan alto como el rey de Navarra (nadie en la tienda lo era), pero fornido y bravo. Hablaba bien y despacio, midiendo cada palabra. Sabía observar a la gente y sacar las conclusiones adecuadas. Se había quitado la cota de malla y llevaba una capa encima de su túnica. A él le acababa de afeitar su barbero, dejándole solo dos largos bigotes, y tenía la piel roja, irritada allí

donde le rasuraron la barba. A diferencia de Sancho VII, se notaba que hablaba en territorio amigo.

—Porque no ganaríamos nada y porque sería igual de peligroso —replicó el señor de Vizcaya—. Los de las milicias, que son profanos en la guerra, no entenderían que retrocediésemos. Y si nos atacan a partir de ese momento, habrá desbandada. No podremos contenerla. Los hombres del Miramamolín, después de tanto esperar la confrontación, no volverán a casa sin dar batalla. Esta es una guerra santa también para ellos. La lucha será feroz.

Entonces, uno de los caballeros aragoneses se asomó a la tienda. Pidió hablar con el alférez de su rey. Ante una indicación de los monteros de Espinosa, que eran la guardia nocturna del rey de Castilla, el alférez salió de la tienda. Al rato regresó, se acercó al rey Pedro, le dijo algo al oído. El Católico se volvió hacia los demás con ojos brillantes.

—Señores, fuera hay un hombre que dice ser pastor. Un mozárabe que conoce la tierra. Afirma poder guiarnos hasta un paso mucho más ancho y seguro para cruzar al otro lado del puerto que queda hasta el poniente. Era el camino habitual hacia el sur en tiempos antiguos. Asegura que el paso no está vigilado por los moros, que, aunque nos descubrieran, no serían bastantes para impedirnos avanzar. Nos plantaríamos al otro lado de la sierra, frente a la vanguardia del Miramamolín. Dice que conoce estos montes como la palma de su mano de vagar con sus rebaños.

—¿Y a qué estamos esperando? ¡Que entre ese rústico! Oigámosle —exclamó Sancho el Fuerte. Era la primera vez que hablaba. Su voz era tan poderosa como su físico. La tensión que provocaba su presencia en la tienda parecía haberse desvanecido con la noticia del pastor.

Los monteros de Espinosa permitieron que el pastor entrase y este, allí, delante de todos, expuso en mal romance, muy arabizado, lo que sabía.

La propuesta la debatieron los capitanes. Hubo quien se manifestó en contra. Pero pronto fueron cambiando los ánimos, aunque no sin dudas. El propio Alfonso vacilaba, clavó la vista en la alfombra a sus pies, la rojiza pieza turca algo desgastada que recubría el suelo. Al cabo, alzó de nuevo los ojos.

—¿No podría ser esto una trampa, Rodrigo? —preguntó al

arzobispo de Toledo, Jiménez de Rada, que ahora extendía las manos en dirección al brasero.

—Yo solo creo, señor, que no tenemos nada que perder…

10

El señor de Vizcaya, con sus exploradores y algunos jinetes aragoneses, aprovechó que la luna llena iluminaba los riscos para abandonar esa misma noche el campamento. Lo hizo guiado por aquel hombre, quien, sin abrir la boca, los condujo hacia el poniente, a uno de los pasos naturales de la sierra, el que más tarde sería conocido como puerto del Rey, a pocas leguas al oeste del Muradal. La pendiente era suave y ancha. Llevaba a un cerro amesetado. Una vez en él, la avanzadilla montó sus tiendas, y cuando se quisieron dar cuenta, el misterioso pastor había desaparecido.

—Es cosa de la Divina Providencia —murmuró don Diego, impresionado. Y se persignó. Ya nadie lo volvió a ver.

El de Vizcaya regresó para comunicar la buena nueva a Alfonso, que lo esperaba en su tienda sin dormir: acababa de dictar una carta poniendo al tanto a Leonor y Berenguela de todo. Los monteros de Espinosa que guardaban la tienda, dejaron pasar al señor de Vizcaya. Pronto, la noticia se extendió por todo el asentamiento. Una vez enterados, los tres reyes levantaron el campamento el viernes muy de mañana y pronto llegaron con el resto del ejército adonde esperaba la avanzadilla.

—Ahí en lo alto es, señor.

Según acampaban, les llegaron noticias de que sus vigías tenían una primera escaramuza con arqueros turcos por la zona. No hubo más. A la mañana siguiente, reanudaron sin problemas la marcha y muy pronto, efectivamente, se encontraron del otro lado de la sierra, en el achatado cerro que más tarde se llamará la Mesa del Rey.

Desde allí divisaron hacia el sureste, iluminadas por el sol naciente, la totalidad del campamento del Miramamolín: era tan grande que casi desbordaba el valle. Había tiendas a centenares, y

una impedimenta de carros y animales infinita. Coloridos turbantes punteaban las lejanas figuras. Y también se veía a muchas mujeres cubiertas, pues los ejércitos árabes las llevaban. En lo más lejano se alzaba la gran tienda roja del califa africano, en medio de un rectángulo fortificado.

—Ahí está —murmuró Alfonso VIII, sintiendo un repentino escalofrío.

—Ahí está, sí —asintió el señor de Vizcaya.

Al día siguiente fue domingo. Al amanecer, los musulmanes salieron al campo y, en perfecta formación, esperaron a los cristianos al pie de su cerro. Pero Alfonso decidió no dar batalla en el día del Señor: se limitó a apostar ballesteros y honderos por los lindes del campamento manteniendo a distancia a los infieles. No hubo intentos de aproximación. Durante el resto del día, el castellano consensuó con sus aliados la disposición que adoptarían en el terreno. Los tres reyes lo reconocieron discretamente, desde lo alto. Las gentes del Miramamolín, mientras tanto, habían quemado vegetación al pie de la Mesa para facilitar los movimientos de tropas.

Y ya a medianoche se levantaron todos los cristianos, se armaron y a la luz de las velas asistieron arrodillados a la misa de cruzada que ofició en pleno campamento y con gesto grave Jiménez de Rada, ante quien comulgaron, y se encomendaron gravemente a Dios.

—Exsurge domine… kyrie eleison… Christe…

Ese lunes salieron a dar la batalla.

Estaba a punto de amanecer un día espléndido.

11

Lo que siguió es de sobra conocido.

El rey de Castilla dividió su ejército en tres líneas. En el centro de la primera, en vanguardia, dejó al señor de Vizcaya al frente de su mesnada señorial, con los caballeros ultramontanos que no los habían abandonado y los escasos voluntarios portugueses y leoneses, entre ellos Sancho Fernández, medio hermano del rey de

León y sobrino suyo. «Alfonso, confiad en mí», había dicho el señor de Vizcaya la víspera. Tenía ganas de revancha.

A su lado lucharía su hijo y heredero y los acompañaba su hermana Urraca, viuda de Fernando II, que a primera hora apareció a su vera para despedir a los hombres. Ella observaría la batalla, con otras mujeres, desde las tiendas del campamento, a sabiendas de que su suerte la decidiría la contienda. Ella también fue una de las presencias señaladas en el lugar.

La segunda línea la formaban caballeros de las órdenes militares: santiaguistas, templarios, hospitalarios y calatravos. Eran quienes más habían rezado la víspera y alguno pasó la noche en vela, como era su costumbre. Centenares de monjes guerreros habían muerto en la lucha contra el islam y más habían de seguirles.

Algo más retrasada, la caballería pesada castellana ocupaba el centro de la tercera y última fila, la más potente de las tres. En el ala izquierda formaban las tropas del rey de Aragón junto con las mesnadas de señores principales, y en el ala derecha la imponente caballería navarra. Alfonso VIII quedó en el centro de esa tercera línea. Cada uno de los reyes aguardaba con su alférez portaestandarte al frente de la mesnada real, y obispos y clérigos, con sus respectivas milicias e insignias.

El movimiento inicial de tropas levantó gran polvareda. Hubo gran ruido de voces, estruendo de armas y caballos a medida que el sol asomaba sus dedos rosáceos por el horizonte: lo tuvieron en el arranque de la batalla prácticamente de frente.

Pronto sonaron los primeros tambores del mastodóntico ejército que llegaba por segundo día consecutivo a su encuentro. Por delante de los tambores iba una multitud de voluntarios muslimes que acudía a la llamada de la yihad. Aquellas eran las tropas menos preparadas y peor pertrechadas, lo más que llevaban eran unas polainas de cuero para protegerse las piernas. E, inmediatamente detrás, los arqueros y peones armados con jabalinas que serían los encargados de recibir la primera carga cristiana con sus dardos.

—Llegó el momento, arzobispo —murmuró Alfonso, tomando una inspiración y cubriéndose la cara con su morrión. Su estado de ánimo era febril, ya no sabría decir si por la emoción o la incipiente fiebre que le hacía tiritar, algo que escondía a su físico.

Y paseó de nuevo la vista por el enemigo.

Junto con los arqueros musulmanes esperaban los jinetes kurdos, excelentes arqueros que también lanzaban endiablados venablos desde lo alto de sus caballos. Los cuerpos centrales del enemigo los formaban la caballería ligera almohade y árabe y la caballería pesada andalusí, equipada de forma parecida a la cristiana. Por último, en la retaguardia llegaba la hueste califal. Y detrás podía apreciarse el palenque bermejo del Miramamolín, cada vez más visible, protegido por un foso y centenares de picas clavadas dentro, rodeado por su guardia personal: esclavos negros de gran envergadura encadenados por los tobillos para asegurar que, si resultaba necesario, lucharían hasta la muerte por defender a su señor.

—Muerte busca esa gente, pues muerte encontrarán —dijo Diego López de Haro, bajando la visera de su casco, que era de calva plana con facial.

—¡Jesucristo!

—¡Castilla! ¡Castilla!

—¡Santiago!

—¡San Millán!

Galvanizados por los gritos, los del señor de Vizcaya se lanzaron al galope con sus lanzas enristradas. La formación de haces pronto resultó imposible de mantener por lo irregular del terreno.

A ellos los recibió la caballería kurda, ágil y combativa, que se abrió en dos buscando envolver a los cristianos y disparando desde los flancos flechas y lanzas que apenas hicieron mella en los caballeros, bien protegidos por cascos, escudos y cotas de malla bajo sus sobrevestas. Algunos parecían auténticos puercoespines, visto la cantidad de flechas que se enganchaban en sus ropas y las gualdrapas caballunas.

La carga no se desvió. Los cruzados continuaron su cabalgada para encontrarse con los voluntarios musulmanes que, poco preparados para la acometida, cedieron, y según se desbandaban fueron muertos en gran número en tanto que los cristianos proseguían su embestida.

Los peones y lanceros almohades eran otra cosa. Disciplinados y compactos, su formación se mantuvo firme. Con una rodilla en tierra y las lanzas bien sujetas en dirección a los cruzados, las conteras sólidamente clavadas en el suelo, absorbieron con la máxima tensión el ímpetu de la carga del señor de Vizcaya de tal manera que la segunda línea de los cristianos, al avanzar a espaldas suyas, se fundió con la primera, con la confusión consiguiente.

Muchos hubieron de soltar las lanzas, sacar las espadas.

En esa segunda línea empezaron a caer muchos freires calatravos, muy reconocibles por la cruz griega flordelisada en sus escudos y sobrevestas. Ellos fueron quienes sufrieron las mayores bajas en medio de la creciente confusión de la batalla. Ahora luchaban cuesta arriba, asumiendo el máximo riesgo y convirtiéndose en blanco fácil para los arqueros almohades. La lluvia de flechas no cesaba.

Mientras tanto, en los flancos cristianos, caballeros aragoneses y navarros pugnaban por no verse envueltos por los veloces jinetes árabes en las fingidas huidas del *tornafuye*. Ellos también luchaban con una creciente ferocidad en tanto que la tercera línea cristiana permanecía en su posición inicial, a la expectativa.

Desde el centro de la tercera línea los tres reyes hispanos observaron con atención el desarrollo de la lucha y pronto vieron que algunos de los suyos volvían la espalda.

—La vanguardia no aguanta, arzobispo. Se repite lo de Alarcos —murmuró Alfonso, que sentía la boca seca, y también algunos sudores y temblores febriles.

—Esperad —dijo Jiménez de Rada, que era más joven y no había vivido Alarcos. Igual por eso estaba tranquilo. Pronto vieron el oso sobre campo blanco en las insignias de quienes huían—. Los lobos negros aguantan… —Era la insignia del señor de Vizcaya—. ¡Es la milicia de Madrid la que se retira, no don Diego, señor! —exclamó. Su voz temblaba con la emoción.

Por el momento, el señor de Vizcaya, efectivamente, resistía las acometidas de los almohades, que lo rodeaban a él y a todos los que luchaban a su lado en un movimiento envolvente. Viéndolo, Alfonso quiso entrar en la batalla.

—Llevo siete años esperando el momento. Es hora de vencer o morir, arzobispo. ¡Vayamos!

—No quiere Dios que vos muráis. Antes os digo que venceréis a vuestros enemigos, pero aguantad un poco más.

Alfonso VIII finalmente controló su impulso y envió en apoyo de la primera línea a su mesnada al mando de Álvaro de Lara. Este portaba el pendón bermejo con el castillo de oro y las tres torres. Viendo el pendón de gules en vanguardia regresaron a la lucha muchos que volvían la espalda, y se logró contener a los almohades que mientras tanto avanzaban e iban perdiendo algo del orden inicial. Con eso, Alfonso VIII sintió que la esperanza renacía de sus cenizas como el ave Fénix.

—¡Mirad! ¡Los hombres de los concejos de Madrid vuelven sobre sus pasos!

—Esto ya en sí es una victoria, señor.

Los musulmanes fueron frenados de nuevo. Las tropas cristianas se habían salvado. Aunque los almohades retrocedían paso a paso hasta el cerro donde estaba el palenque del Miramamolín, sus filas seguían oponiendo una feroz resistencia. Los cristianos se reorganizaban ya cuando los almohades cometieron el error de abrir la formación de los de a pie, muy compacta hasta aquí, para que su caballería cargase contra el enemigo. Entre eso y el avance previo, perdieron el orden y la consistencia granítica que habían mantenido durante las dos primeras cargas.

En la retaguardia, los tres reyes esperaban impacientes, revestidos de sus armaduras. Por debajo del casco, al de Castilla el sudor le resbalaba por las boscosas cejas blancas. Los sudores hacían que sintiera la túnica pegada al cuerpo. Su armadura era muy pesada. El calor era sofocante. El sol caía a plomo. La tierra se iba empapando de la sangre de los cuerpos destrozados, mientras el aire se llenaba del polvo y los ruidos de la batalla.

13

Siguieron movimientos breves de ataque y contraataque de ambos ejércitos, sin que la batalla se decantara con claridad por ningún bando y, por fin, ni demasiado pronto ni demasiado tarde, bien aconsejado esta vez, Alfonso VIII lanzó al combate la tercera línea,

la más nutrida y la última, aquella donde formaba la mayor parte de la caballería pesada castellana con sus gruesas lanzas e imponentes armaduras y los caballos protegidos por gualdrapas luciendo insignias señoriales.

—¡Santiago! ¡Santiago!

—¡Por Castilla! ¡Por Jesucristo!

—¡Muera el Miramamolín! ¡Mueran los infieles!

La carga castellana fue acompañada por cargas simultáneas de los caballeros aragoneses y navarros en sus respectivas alas, en un frente amplio y con un entusiasmo que se acrecentó al ver que lograban empujar a los almohades hacia atrás. Y ya el empuje cristiano rompió la estabilidad de líneas musulmanas, que iniciaron la retirada.

En mitad de la pelea, el alférez real Álvaro de Lara, que llevaba el estandarte castellano en alto y lucía orgulloso los dos calderos negros de su casa en el escudo y en la sobrevesta, quedó rodeado de enemigos. Alfonso VIII hubo de acudir en su rescate, con grave riesgo para su persona. Poseído por la excitación, no aceptó el consejo que daba alguno de retirarse, sino que hizo que su alférez siguiera adelante con su pendón, y lo mismo hicieron los reyes de Aragón y Navarra. Todos avanzaron precedidos por el de Lara, que arremetió bravamente y sin bajar en ningún momento la insignia de Castilla. Tras él llegó la furia de Alfonso, acompañado por el arzobispo de Toledo y un torrente de caballeros, en un gesto que resultó decisivo para romper el orden enemigo y provocar la desbandada.

—¡Están huyendo! —exclamó el de Lara con una feroz alegría—. ¡Huyen! ¡Victoria! ¡Victoria!

Los cristianos mataron lo que pudieron. Luego subieron desordenadamente al cerro donde se levantaba la tienda del Miramamolín. Allí estaban, rodeando la fosa, los fieros guerreros de piel oscura que protegían con cimitarras y lanzas el palenque y que, con sus armas en alto, los miraron en silencio. Pero, para entonces, el Miramamolín había huido a caballo con unos pocos de los suyos en dirección a Baeza.

—¡Cobarde! —masculló Alfonso VIII, que tenía el rostro salpicado de sangre.

14

28 de julio de 1212

Berenguela, por la gracia de Dios reina de León, a su querida y siempre amada hermana Blanca, esposa de Luis, primogénito del señor rey de los francos, con amor fraterno y deseándole feliz y sincero parabién.

Quiero informarte, con alegre acción de gracias a Dios, de quien procede toda virtud, de cómo el rey, señor y padre nuestro, ha vencido en batalla campal al Miramamolín de África. Es una victoria que acrecienta su honor. Hasta hoy nunca se había oído que un rey de Marruecos fuera derrotado en confrontación campal. Sabe, hermana, que cuando un criado de la casa de nuestro padre me lo anunció, no quise creerlo hasta que no leí su propia carta.

Se estima que murieron en la batalla hasta setenta mil varones y quince mil mujeres infieles. De los nuestros, alrededor de doscientos. Es incalculable el botín hallado en las tiendas de los sarracenos en oro, plata, vestidos y animales; y tantas lanzas y flechas e insignias verdes y blancas que apenas han podido ser transportadas por veinte mil acémilas.

Sabe también, hermana, que nuestro padre no ha querido retener para sí nada de lo que se adquirió como botín, sino que lo repartió entre los reyes de Navarra y Aragón y quienes vinieron a la expedición.

Traslada estas noticias de parte de nuestro señor Enrique, heredero de Castilla, al rey de Francia y a cuantos te parezca deben saberlo. Castilla entera es hoy un surtidor de acción de gracias al Altísimo.

Berenguela

SEGUNDA PARTE

DE LA REGENCIA A LA UNIFICACIÓN

«Berenguela… Ella y solo ella fue la auténtica componedora y muñidora de la unión de León y de Castilla, que llevaba planeando desde hacía muchos años. Con la paciencia y falta de escrúpulos de una araña, fue tejiendo toda una red de intereses para garantizar la entronización de su hijo».

Ramón Chao

Capítulo ocho

Los años del hambre

«Comenzó a decaer el poder de los musulmanes en el Ándalus desde esta derrota… Después del desastre, Alfonso tomó Úbeda, matando a sus habitantes, y así siguió conquistando el Ándalus ciudad tras ciudad, hasta apoderarse de todas las capitales, no quedando en mano de los musulmanes sino muy poco poder…».

IBN ABI ZAR

1

París despertaba con un incesante bullicio popular aquella mañana.

La capital del reino franco, la sede de los reyes de Francia cuando no estaban en campaña, nació en una pequeña isla del Sena con forma de nave y sendos puentes uniéndola a cada una de las orillas. A partir de ahí, se había ido extendiendo por la orilla derecha del río, poblándose de cada vez más miles de personas. Cuando Blanca llegó, contaba con más de ochenta mil habitantes, y salvo tal vez Londres, en la desembocadura del Támesis, era la capital más populosa de la cristiandad. A la infanta castellana la impresionó desde el primer día.

El palacio del Louvre, la residencia a los reyes Capetos, se construyó en la margen derecha del Sena. Desde allí podía verse la imponente catedral dedicada a Nuestra Señora que se iba erigiendo en la isla donde nació la ciudad y cuya construcción se había iniciado bajo el mandato del obispo Mauricio de Sully.

Durante los catorce años que llevaba con su esposo, Blanca nunca dejó de ver en torno a los andamios de la futura catedral a los artesanos que trabajaban en aquella construcción hercúlea que pronto sería el orgullo del reino. Una infinidad de carpinteros, yeseros, canteros, escultores, vidrieros, herreros, y por encima de todo los vociferantes maestros masones, se afanaban en medio de la sudorosa multitud que hormigueaba por la plaza, entre el estrépito,

el polvo y el peligro correspondiente.

Pese a que la construcción aún no había terminado, hacía por lo menos dos décadas que en Nuestra Señora se celebraban oficios religiosos, y Blanca, cada vez que estaba en París, solía asistir acompañada de sus damas. Ella a esas alturas era ya una mujer hecha y derecha, con un dominio magnífico de la lengua *oil*, y que ejercía su autoridad sobre la gente a su servicio, ya fuera en el Louvre o en cualquier otro palacio real si acompañaba a su marido.

Hacía tiempo que la grave infanta castellana ocupaba su lugar en la corte. A esas alturas, con dos hijos varones en vida y sanos, todos reconocían el acierto de escogerla y la familia real se daba por satisfecha con la esposa del Delfín; el cual, desde el arranque del verano, estaba una vez más en campaña contra Juan sin Tierra, tío materno de Blanca y hermano de Leonor Plantagenet, un conflicto que a la hermana de Berenguela la tocaba especialmente.

Ni que decir tiene que la batalla de Las Navas de Tolosa y la inesperada victoria castellana había causado una enorme admiración en París, igual que en el resto de la cristiandad. Pero aquellas noticias con el paso de los meses se fueron cambiando en noticias aciagas que resultaban cada vez más desconcertantes, y era precisamente lo que comentaban nuestros dos personajes aquella calurosa mañana de agosto.

2

—¿Cómo es posible que el Señor nos castigue con tanta desgracia, después de que mi padre consiguiera tan gran victoria contra los enemigos de la cruz? No se puede comprender… —murmuró la futura reina de Francia. Blanca escuchaba lo que le decía aquel joven enjuto y reservado. Hacía un rato que hablaba en voz baja con el clérigo Juan de Soria, recién llegado a estudiar en París y de quien se servía el arzobispo de Toledo para enviar noticias de Castilla.

—Los caminos del Señor son misteriosos, señora —contestó el clérigo en el mismo tono de voz. Sus pasos retumbaban por la nave lateral. Ambos caminaban pausadamente, una vez celebrada la misa

y habiendo comulgado los cortesanos. Algunos se habían alejado, salían del templo. Las puertas estaban abiertas y por ellas entraba de fuera la potente luz de la plaza—. Solo cabe implorar la misericordia divina. La naturaleza tiene sus propias leyes. Para desgracia de nuestro pueblo, durante el invierno que siguió a la batalla, las heladas se prolongaron y les sucedió una primavera sin lluvias. En época de siembra eran una mayoría los hombres que se unieron a los ejércitos de vuestro padre, por lo que muchos campos quedaron sin sembrar. Y lo poco que se pudo sembrar no germinó. Como resultado, el junio pasado los campos castellanos parecían eriales, y lo mismo este. Los campos del reino no han producido ni una sola espiga en dos años, señora. Igual para sobrevivir hubiera sido necesario llegar hasta tierras musulmanas, saquearlas. Pero, como tantos hijos y maridos nunca regresaron de la campaña de Úbeda, la cosa resulta imposible. Y hoy la miseria es la principal protagonista en esa Castilla gloriosa en la que vuestro padre, como el reino, se ha consumido. Tanto que él no acaba de sanar de sus fiebres, y, según me contó el arzobispo antes de que me pusiera en camino, no para de enfermar.

Berenguela había escrito en su última carta que don Alfonso estaba tan gastado que muchos temían otra vez por su vida. Aun así, era el hambre en Castilla lo que acaparaba todas las conversaciones.

—La hambruna, señora, está resultando un enemigo más temible que los almohades —continuó el emisario. Y paró, como hacía Blanca, en una de las naves laterales ya completadas, sin andamios. A él lo atraía la arquitectura de la catedral, tan llamativa como la de Toledo, y a la vez diferente. Se oyeron voces de un grupo de carpinteros que entraba. Las damas de Blanca, a sus espaldas, también los alcanzaban—. Los hay que mueren en plena calle sin que nadie los entierre. El almud de cebada en Toledo, cuando salí, costaba sesenta sueldos. Muchos castellanos ahora comen hasta perros y gatos… La carne de caballo o vaca es inencontrable, y tener animales empieza a ser peligroso en cualquier villa. Casi prefiero no dar ejemplos de la miseria que he visto, por no zaherir vuestra sensibilidad. El rey, vuestro padre, puso tanto empeño en su cruzada que no cuidó el resto. La manta que cubre hoy una parte del cuerpo descubre lo demás.

«¡Para esto ha servido el esfuerzo de la guerra!», pensó Blanca, entristecida. Pero no dijo nada. Si se paraba, era para contemplar el altar en el que se veía una imagen de la Virgen de hermosa talla. Ante aquella figura de la Madre de Dios era donde rezaba cuando venía a la catedral, y la miró como pidiéndole consejo. Sus damas, a escasa distancia, hacían lo mismo. Alguna aprovechaba para arrodillarse y persignarse. No se atrevían a ocupar los bancos de madera. Se oían a su lado los murmullos de sus rezos, el frufrú de sus pellotes al rozar la piedra.

—El único remedio era pactar con los almohades, y eso ha procurado vuestro padre, aprovechando que el Miramamolín murió al poco de Las Navas, como bien sabéis —continuó el joven clérigo. Sabía expresarse y hablar con soltura. A Blanca le sorprendía su aplomo vista su edad—. Fue una suerte. Gracias a la inestabilidad que supone para los africanos, vuestro padre pudo servirse de los buenos oficios de un judío islamizado, Ibrahim al-Fajjar, para negociar una tregua de siete años absolutamente necesaria. Y una vez conseguida, ha vuelto a su itinerancia habitual, para aliviar el dolor de sus gentes con su presencia. Porque exhausto como está, y con un pueblo tan hambriento, no concibe otra guerra. De ahí su política pacificadora. Por eso está previsto que viaje a Plasencia para, como os habrán escrito, entrevistarse con el rey portugués, esposo de vuestra hermana Urraca, y resolver las diferencias que surgieron por el apoyo inesperado de vuestro padre al rey de León en el conflicto que este mantiene con Portugal… —concluyó. Todo aquello por supuesto había sucedido tras pactar Castilla y León una tregua en Coímbra y, posiblemente, como compensación por los castillos aún no devueltos a los leoneses en esa pugna incesante por las plazas fronterizas. Pero la voluntad clara de Alfonso VIII era la paz.

—Es todo tan complicado…, y yo me siento como una hoja empujada por el capricho del viento —murmuró Blanca, que procuraba descifrar desde lejos lo que podía estar pensando su familia.

Ella hacía más de un decenio que no pisaba la tierra paterna. Aunque totalmente integrada en los usos y cultura de su nueva patria, mantenía un contacto incesante con la familia real de Castilla.

Pero era con Berenguela con quien más afinidad sentía. Y, por supuesto, estaba la cuestión de Urraca: Blanca sabía de su resentimiento por no haber sido escogida reina de la flor de lis, y eso enturbiaba las relaciones.

3

Durante todo el verano, con el hambre haciendo estragos en Castilla, Berenguela se quedó con sus hijos en Las Huelgas.

Cada mañana asistía a misa antes de la hora tercia, atendía sus deberes con otros miembros de la curia, y a mediodía, tras la hora sexta, entraba en el refectorio destinado a la familia real, donde la esperaban, entre oficiales de mesa y reposteros, sus hijos sentados a la larga mesa de madera maciza de roble. Entre ellos, Fernando, que con trece años ya no era ningún niño delicado y enfermizo, sino un adolescente con una creciente conciencia de la importancia de su persona, para desesperación de su ayo.

—Esos no son modales, señor. Comer como un rústico no es propio de un príncipe. Los hijos de los reyes deben conservar en todo momento la limpieza y la apostura… —insistió el ayo, que trataba de inculcarle los valores cristianos. Eso implicaba instruirle no solo en las siete artes liberales, también en la observancia de buenas maneras—. Habéis comido lo suficiente. No olvidéis que la virtud está en la moderación, como bien dice Aristóteles.

—No hace falta ser griego para entenderlo. Y conozco vuestros consejos. Pero no me quitan el hambre. ¿Por qué solo hay sopa y garbanzos en esta mesa? ¿Por qué ya no hay pollo o carne?

Su voz había mudado. A muchos aún le sonaba raro oírla tan varonil y grave. Su cuerpo se había desarrollado. Pese a que tenía una cabeza pequeña y delicada, había ensanchado. El vello cubría sus piernas y brazos y asomaba en su pecho, en el labio superior, en sus mejillas. Afloraba ya el hombre que empezaba a ser.

A Berenguela le recordaba al rey de León tanto en la voz como en los rasgos de la cara, aunque todavía no tuviera su talla ni posiblemente llegara a ser tan atlético: era más delgado, como en su familia. El ayo se volvió hacia la puerta. Al ver que el guarda dejaba

pasar a Berenguela, se hizo repentinamente respetuoso.

—Perdonad, señora, no os había visto.

—No os preocupéis. Hacéis muy bien vuestra labor.

Reconfortado, el ayo se volvió hacia su pupilo.

—En ese caso, mi joven señor, aprovecharé la presencia de vuestra madre para repetiros que el caballero se caracteriza igualmente por el buen talante y por ser alegre dentro de la mesura, ni un truhan histriónico ni un pelmazo aburrido.

En la alargada mesa —una mesa cuyo único lujo era el mantel, pues la vajilla, desde que Berenguela mandaba, no difería de la que usaban las monjas en el vecino monasterio— ya servían los diferentes oficiales del comer a Constanza, hija mayor de Berenguela, que a sus catorce años manifestaba su deseo de ser religiosa y cuando tocaba desplazarse con la corte prefería quedarse en Las Huelgas; Alfonso, un año menor que Fernando, que aún no había dado el estirón y empezaba a sufrir el menosprecio materno; y la discretísima Berenguela, la hija más pequeña, que tenía la misma edad que Enrique, heredero del reino.

Enrique, por el momento, también estaba a cargo de Berenguela, y no parecía disgustado con esa tutela informal que ejercía sobre él su hermana en ausencia, muchas veces, de Leonor. Con respecto a todos, Berenguela representaba cada vez más una autoridad protectora.

—Madre —dijo Fernando—. ¿De verdad no hay nada más que comer? Estamos en el palacio del rey de Castilla. Esto es vergonzoso.

Berenguela observó a su hijo con fijeza. Con la salvedad de Fernando, los demás tomaban su sopa en silencio.

4

—En este momento en el que toda Castilla pasa hambre no habrá pollo en esta mesa, Fernando. Tampoco carne de caballo ni de vaca, ni de ningún otro tipo. Y da gracias a Dios por la comida que tienes. Si es necesario, pasarás hambre, como la pasa el pueblo castellano. Y lo harás sin rechistar, como tus hermanas y tu tío. Ahora, come

prestando atención a lo que te dice tu ayo… En caso contrario, tenéis licencia para imponerle un castigo, ayo.

Fernando cogió la cuchara de madera; la metió con el ceño fruncido en su escudilla. Berenguela iba a sentarse a la cabecera de la mesa, como de costumbre, cuando se abrió la puerta y vio que el guarda real dejaba pasar a Tello Téllez, obispo de Palencia, que llegaba buscándola.

Como miembro de una de las familias más fieles a su padre, a don Tello se le había nombrado obispo de Palencia en su día, y era una presencia constante en la corte. No solo estuvo en la batalla de Las Navas, guiando a uno de los cuerpos en la retaguardia junto a Alfonso VIII y al arzobispo de Toledo, sino que desde hacía años estaba al frente del Studium de Palencia con el que Castilla pretendía rivalizar con París y Bolonia.

—Señora, acaba de llegar un mensajero. Pide que le recibáis. Dice que tiene algo urgente que comunicaros de parte de vuestro padre don Alfonso… —explicó don Tello, que parecía más apurado de lo habitual.

—Decidle que ahora mismo salgo.

Don Tello obedeció. Berenguela se acercó a la puerta y el guarda se apartó de nuevo. Fuera, en el pasillo, esperaba un caballero de Calatrava, con su capa y su cruz negra sobre el hombro. El hombre venía sudoroso por el sol del camino. Dentro de palacio hacía fresco. Pero fuera el calor veraniego era infernal. Todos los burgaleses lo rehuían. El calatravo, parado en el corredor, era un hombre de larga barba entrecana, de ojos penetrantes, que la miraba con respeto.

5

—Perdonadme, señora, por irrumpir de esta manera en palacio. Hay noticias de San Isidoro y el rey vuestro padre quiere que se os comunique de inmediato que hace unos días murió el infante don Fernando de León, el portugués, fruto del primer matrimonio de vuestro esposo… Por enfermedad. Todo el reino lo ha llorado: era muy querido en aquella corte donde, por desgracia, a muchos les

hubiera gustado verlo suceder al padre. Lo han llevado al panteón real en Compostela en una multitudinaria procesión, y allí se han celebrado grandes funerales presididos por don Alfonso.

Al oírlo, Berenguela comprendió de inmediato por qué le enviaba Alfonso VIII la noticia: hacía un tiempo que se había consumado el acercamiento de Alfonso IX al hijo de Teresa, quien aparecía cada vez con más frecuencia en los documentos oficiales mencionado como «el primogénito», algo que escamaba mucho en Castilla. Pese a que en ningún momento el rey de León hubiese manifestado que rompía su compromiso contraído en el Tratado de Cabreros, lo cierto era que no dejaba de dar reiteradas muestras públicas de cariño hacia el infante portugués, al que había sacado del monasterio de su madre y al que mantenía en su corte junto a sí en la misma medida en que se distanciaba del otro Fernando, el castellano, que crecía lejos.

Aunque se imaginó el dolor de su esposo, Berenguela se dio cuenta de que se alegraba. Se alegraba mucho. Le costó no exteriorizarlo.

—Muchas gracias. Podéis iros.

Vio alejarse al mensajero y regresó al interior del refectorio, donde sus hijos la miraron desde la mesa con curiosidad.

6

Para Alfonso IX, la muerte de su hijo portugués, su primogénito, supuso un tremendo mazazo. Los funerales fueron emotivos, fastuosos. Muchos nobles y prelados le acompañaron hasta la basílica de Santiago, donde estaba enterrado también su padre, Fernando II (¿Cuánto hacía de ello? ¿Veinticinco años? ¿Veintiséis?, mucho en todo caso), y donde reposaba definitivamente el infante del mismo nombre. Teresa y sus hijas lo acompañaron. Y aunque el rey de León hubo de regresar a su capital, al cabo de un mes sintió la necesidad de visitar de nuevo, esta vez solo, el panteón familiar.

El segundo viaje fue más breve.

Era Santiago de Compostela una ciudad hermosa nacida, como ciertas flores, en el camposanto, y cuya arquitectura, crecida en

torno al palacio episcopal, era una ensoñación pétrea del cristianismo, y su basílica el punto de llegada de los peregrinos que hacían el multiforme camino.

A la localidad acudían creyentes de los cinco reinos, pero también ultramontanos y gentes de otros territorios cristianos: a todos se les distinguía por su capa, la calabaza con el agua, la concha sujeta a menudo al propio bastón. Algunos pasaban por la puerta que llegaba de Lugo, la llamada de los franceses, y por la concurrida plaza del mercado; otros por la que daba al hospital de San Fiz; otros por el mercado de Mazarelos, también muy popular, por donde entraban el vino y los cereales; o por la porta da Mámoa, que llevaba a la señorial rúa Nova; o por la porta Faxeira, por donde venían los peregrinos portugueses, que daba acceso a la rúa do Franco, donde los cambistas, y a la rúa do Vilar. Y por último estaba la porta da Trindade o do Santo Peregrino, que daba acceso a la catedral por la rúa da Hortas. Pero unos y otros acababan juntándose en la basílica, en cuyo interior se detenían impresionados ante el sepulcro del apóstol, uno de los comensales de la última cena de Cristo, y a renglón seguido recibían la bendición de los clérigos antes de arrodillarse fervorosamente en los bancos.

Lo que ninguno podía saber era quién era aquel personaje sentado ese día en un banco de cierta capilla algo retirada, con la cabeza cubierta por la capucha de un capuz ocultándole media cara. En una actitud recogida y poco habitual, el rey de León permanecía meditabundo, lleno de pensamientos luctuosos.

Al cabo, se le acercó un noble con guantes y bonete en mano: venía buscándolo. Caminó por el pasillo del templo hasta llegar al monarca y sentarse a su lado. Rezó un apresurado *pater noster* y, tras un momento de silencio, se volvió hacia el rey de León.

—¿Qué queréis, Gonzalo? —preguntó Alfonso IX en un tono que no podía llamarse cariñoso.

7

—Han llegado noticias de Burgos, señor —dijo en voz baja el recién

llegado. Hablaba romance castellano—. Hace pocos días ha muerto el señor de Vizcaya, Diego López de Haro, padre de mi esposa, como sabéis.

Aquello sorprendió al leonés. La muerte, aunque no imprevisible por la edad, del magnate castellano, no dejaba de causar gran turbación por su enorme prestigio militar, acrecentado tras la victoria de Las Navas de Tolosa, y por su cercanía a Alfonso VIII, a quien había servido durante la mayor parte de su reinado. En Alarcos, al mando de la retaguardia, protegió su retirada y negoció la capitulación de la fortaleza, evitando un desastre mayor. Y en Las Navas, mandaba la vanguardia del ejército vencedor.

—Ha sido un hombre bravo y un militar experto. Que Dios lo acoja en su seno —murmuró, aunque a desgana, Alfonso IX.

Mientras la suerte de la cristiandad se debatía en las faldas de Despeñaperros, él se había dirigido a la frontera con Castilla y atacado algunas de las fortalezas ocupadas por su primo dentro de su territorio. Alfonso IX consideraba la derrota castellana segura y aprovechó para recuperar lo que estimaba suyo. Además, tenía consigo a su primogénito, el infante portugués, con el que cada día se sentía más unido, y cuya presencia le resarcía de la ausencia del otro Fernando, el castellano, que su esposa Berenguela retenía lejos de su lado contrariando su voluntad. Pero, contra todo pronóstico, Castilla alcanzó la victoria en aquella batalla descomunal de Las Navas, y cuando el leonés supo que, tras incendiar Baeza y arrasar la hasta ahora inexpugnable Úbeda, el señor de Vizcaya encaminaba sus tropas al norte, sintió inquietud, pues sus huestes eran inferiores a las castellanas, y se retiró.

Ante su sorpresa, Alfonso VIII, en lugar de atacarle, ofreció la paz; y además le cedió los castillos recién ocupados por él. Y así, al año siguiente, tras unas negociaciones arduas, en las que medió el señor de Vizcaya, Castilla y León se concertaron para luchar contra los moros cada cual por su frontera: Castilla hacia Córdoba, León hacia Sevilla. Pero todo se detuvo a causa de la muerte del hijo de Teresa, muerte que hizo sentir a Alfonso IX el aliento de la Parca. Su único consuelo era que no estaba solo en la desgracia, y que la muerte también golpeaba con fuerza a Castilla.

—La desaparición de don Diego trastoca los planes inmediatos de vuestro primo —continuó Gonzalo de Lara—. En su testamento,

el señor de Vizcaya era su albacea. A él le encomendaba la tutela del infante Enrique… Él era el principal garante de la paz actual.

—Habrás visto que estoy de duelo por mi hijo —mascculló Alfonso IX, sin volverse—. Hoy preferiría que no hablásemos de mi primo… Estoy cansado de saber de él.

—Al contrario, señor. Es justamente el momento. Me llegan noticias, a través de mi hermano Álvaro, de que don Alfonso está moribundo… La muerte de don Pedro de Aragón, su gran amigo y aliado, que, como sabéis, cayó el año pasado en Muret, en territorio ultramontano, y ahora la del señor de Vizcaya, en un momento en que la hambruna asola el reino castellano, lo han afectado grandemente.

Alfonso IX asintió y pensó en que había una canción occitana que los trovadores cantaban en las diferentes cortes cristianas y que recogía la muerte en territorio franco del Católico.

Mot fo grans lo dampnatges e'l dols e'l perdementz,
cant lo reis d'Aragó remás mort e sagnes,
e mot d'autres barós; don fo grans l'aunimens
á tot crestianesme e a trastotas gens [1].

—De ahí —continuó su interlocutor— la voluntad de Alfonso VIII de pacificar las fronteras y su reciente magnificencia con vos. Me escriben que iba camino de Plasencia al encuentro del rey de Portugal y de su hija Urraca, hermana de Berenguela, para asegurar también la paz con vuestro vecino, cuando enfermó gravemente. La comitiva tuvo que detenerse cerca de Ávila. Parece que allí ha dictado su testamento definitivo.

Las últimas palabras surtieron su efecto y Alfonso IX se encaró con el pequeño de los Lara. Los peregrinos seguían desfilando cerca, pero el leonés no los veía. ¡El rey de Castilla se moría! ¡Su gran enemigo! ¡Aquel que se había aprovechado en Carrión de su inexperiencia para intentar someterle tras romper las defensas de su frontera! ¡El que había instigado, estaba convencido de ello, la anulación de su primer matrimonio! ¡El que, una y otra vez, siempre desde su insufrible superioridad moral, encontraba el modo de incumplir los pactos que le obligaban a devolver los castillos usurpados a León, y que a través de Berenguela mantenía a su hijo Fernando lejos, educándolo como a un infante castellano! ¡El

hombre de los tratados tortuosos! Al pensar en todo aquello, sintió que el resentimiento le quemaba el corazón, y que la muerte no era suficiente para apagar aquel fuego.

—¡Volvamos a León! —dijo, poniéndose en pie—. ¡Volvamos a San Isidoro de inmediato!

8

Las noticias que se propagaban eran ciertas.

De camino a Plasencia, Alfonso VIII iba pensando en cómo recomponer su administración y reparar los desastres de aquel año nefasto cuando le alcanzó un mensajero para comunicar la muerte del señor de Vizcaya. La noticia le produjo una enorme tristeza: llovía sobre mojado tras la muerte de su heredero y, más recientemente, la de su gran aliado el rey de Aragón. Otra muerte, esta deseada, la de su enemigo Pedro de Castro, que acabó sus días en tierras del Miramamolín exiliado como enemigo irrenunciable de los castellanos, ni siquiera endulzó el momento. A ello se unía el dolor por la hambruna en que el esfuerzo bélico y las inclemencias del tiempo sumían a Castilla, y la fatiga de su cuerpo de cincuenta y muchos años, castigado por batallas y viajes.

Corría el mes de octubre. De camino hacia Portugal, la corte hubo de detenerse en un pueblo cerca de Arévalo. El rey había caído, por enésima vez, enfermo, atacado por sus fiebres. Lo acompañaba Leonor, y Berenguela no tardó en llegar junto con sus hijos y el heredero Enrique.

También estaban presentes Jiménez de Rada, el obispo de Palencia y el de Plasencia, adonde se dirigían. Y los colaboradores más próximos del rey: el alférez Álvaro de Lara, su canciller, el mayordomo, el secretario real, su médico de cámara, que confirmó que no podía hacerse nada, la guardia real y algunos donceles.

Alfonso VIII desfallecía a ojos vista y los aposentadores le buscaron el mejor acomodo posible. Ya se sabía lo que les venía encima. El ajetreo en torno al moribundo era incesante.

—Dios ha querido que no haya podido disfrutar ni un par de años de mi victoria… —dijo con voz apagada. Su médico personal,

instalado en una butaca a su lado, le retiró uno de los paños húmedos con los que intentaba bajar la fiebre. Los mozos de cámara se agitaban alrededor—. Mi médico dice que poco puede hacer por este cuerpo agotado, así que disponeos a oírme en confesión, arzobispo… No perdamos más tiempo.

9

Rodrigo Jiménez de Rada se volvió hacia Leonor y Berenguela, que conversaban en un grupillo junto a la puerta. Pidió con un gesto que los dejaran a solas. Las dos reinas y todos los presentes salieron. El físico las siguió. Al otro lado de la puerta, esperaron mientras les llegaban los susurros en los que el rey confesaba a su arzobispo los últimos pecados. Pocos serían, pues todos habían sido testigos a lo largo de los años de su cristiana vida, tan apartada de los vicios.

Tras dar la absolución, Jiménez de Rada hizo entrar de nuevo a la familia y la estancia volvió a agitarse con servidores y murmullos. Con toda solemnidad, el arzobispo administró el viático al moribundo. Alfonso VIII, incorporándose trabajosamente, aún tuvo tiempo para disponer con voz firme los últimos detalles del testamento y hacer los ajustes requeridos por la muerte del señor de Vizcaya.

Para ello hizo llamar a Berenguela. Dijo que quería recabar su opinión sobre quienes figuraban como albaceas testamentarios. Y Berenguela, que controlaba sus sentimientos mejor que nadie —al rey le seguía admirando su entereza, algo que veía como un reflejo de su carácter más que de la madre—, supo que llegaba el momento de ser sincera. Lo había discutido con la reina y, con el arzobispo y llevaba un tiempo pensando en ello.

—Disculpadme si disiento, padre. Mi opinión es que corresponde mejor menos alcurnia y más fidelidad en los designados —dijo. Y se dio cuenta de que todos la miraban. Al acercarse se había visto obligada a retener la respiración, pues el moribundo despedía ya un olor acre, a podredumbre. El olor de la enfermedad y la muerte. Empezaba a estar familiarizada.

—Os referís a los Lara. Lo entiendo… Quieres que los quite

como albaceas… —dijo Alfonso VIII, que ya tenía un pie en el otro mundo. Suspiró. Pareció que fuera a decir algo, pero un dolor agudo en el pecho lo distrajo—. Sea… Pero cuidado, Berenguela. No quiero que lleves al reino a la guerra civil… Es lo único que pido…

Unos momentos después, Enrique, que esperaba fuera junto con los hijos de Berenguela, escuchó los sollozos de Leonor entremezclados con los estertores de Alfonso VIII y los rezos del arzobispo, de don Tello y del resto de los presentes, clérigos y seglares.

Al cabo, fue la propia Berenguela quien, saliendo de la estancia, se le acercó para decirle con toda solemnidad:

—Enrique, a partir de hoy eres rey de Castilla por la gracia de Dios. Hasta tu mayoría de edad lo serás bajo la tutela de nuestra madre la reina Leonor, que, desde este día mismo y conforme a la voluntad de nuestro padre, es la regente de Castilla. —Se volvió hacia sus hijos—. Y ahora, vosotros venid y saludad como corresponde al nuevo rey.

10

El regreso a Burgos fue penoso para todos los miembros de la corte. Se anuló el viaje a Plasencia, pues correspondía regresar a Las Huelgas.

A Alfonso VIII le sucedía en el trono un rey niño y, como regente, una mujer debilitada a quien el tiempo, que la había respetado hasta aquí, parecía haber golpeado con fuerza. Profundas ojeras en su cara pálida horadaban sus mejillas con crueldad.

Leonor Plantagenet, reina de Castilla, contestaba con monosílabos cuando se le hablaba. A veces, ni eso. Todos comprendieron que si persistía en esa actitud, era probable que se abriera un periodo peligroso. Y fue Berenguela quien, ante el anonadamiento cada vez más preocupante de su madre, tuvo que coger las riendas.

De entrada, se ocupó, junto con el arzobispo, de que se trajese de Arévalo un ataúd conveniente. Una vez llegado, estuvo presente

mientras sus servidores depositaban en su interior, con cuidado, el cuerpo amortajado de Alfonso VIII. A continuación, ese féretro se instaló en una carreta que durante los próximos días sería transportada abierta, para que quien quisiera pudiera ver dentro al muerto, cuyo rostro reflejaba una paz absoluta. «Parece como si hubiera rejuvenecido, ¿no es cierto?», murmuró Leonor, sin apartar la mirada del pálido semblante.

La muerte lograba que se asemejasen los cadáveres. El barbero había recortado la barba gris del monarca, porque esta seguía creciendo, igual que las uñas. Sus mozos lo vistieron con las ropas escogidas por el moribundo durante sus últimas horas. Llevaba su vestimenta y sus joyas, pero no parecía ya Alfonso VIII.

Y no pararon ahí los problemas: en Valladolid, donde recalaron, fue preciso embalsamarlo durante la escala que hizo la procesión, en su lento viaje mortuorio.

—Todos tienen que comprobar que está muerto o podrían propagarse rumores —apuntó García de Campos. Al decirlo miró por el rabillo del ojo a Álvaro de Lara, que no andaba lejos. La noticia había corrido por todo el reino. Durante el camino no dejaron de salirles al paso gentes que se unían a la comitiva.

De Valladolid a Burgos acompañó al muerto un cortejo impresionante de caballeros y prelados, amén de una muchedumbre creciente de famélicos hombres y mujeres que se iban sumando a la caravana de la corte, con sus carros y acémilas, muchos caballos e infantes. Eso añadió lamentos y lloros al dolor general.

Encabezando el cortejo fúnebre, al frente de su familia, Berenguela asumía cada vez más responsabilidades en nombre de su madre, la cual, nunca muy lejos del cuerpo de su esposo, siempre rodeada de guardas reales, permanecía sumergida en su dolor.

—El pueblo está hambriento y confuso con tanta desgracia. Algunos agoreros dicen que es el fin del mundo —murmuró don Tello al oído de Berenguela.

11

A Burgos llegaron para despedir al rey obispos, abades, clérigos y

magnates, caballeros y hombres buenos de las villas, y gente llana de los campos que también quiso unirse. En Las Huelgas ofició los funerales Jiménez de Rada, acompañado de cuatro obispos y los principales abades de las órdenes religiosas. Ese mismo día se depositó el cuerpo en la sepultura con bella lápida que esperaba en una nave en la que también estaban enterrados los cuatro hijos muertos de Alfonso. Berenguela miró las lápidas de todos y sintió un escalofrío.

Al fondo de la nave colgaba de un muro el tapiz de seda bordada en oro y plata con dibujos geométricos rojizos, el mismo que en la batalla de Las Navas cubrió la entrada de la tienda majestuosa del Miramamolín. En el centro, una estrella de ocho puntas inscrita en un círculo y, en torno, cuatro triángulos metidos en un cuadrado. Las cenefas tenían inscripciones arábicas, seguramente citas coránicas, y a su lado había una multitud de insignias verdes y blancas también capturadas durante la batalla. «Tanta gloria, y para qué», pensó Berenguela. Había algo injusto en esa muerte prematura que impedía a Alfonso VIII disfrutar del momento de gloria merecida.

Berenguela presidió la ceremonia del sepelio en sustitución de su madre enferma, y junto a Enrique, que ahora sí se daba cuenta de lo que la muerte del rey significaba. A su lado, una vez más, los hijos de Berenguela, con Fernando destacado al frente, Alfonso detrás. Y no lejos, también en primera fila, Álvaro de Lara y el hijo del señor de Vizcaya.

Ese día, el coro abacial de las monjas, y entre ellas la infanta Constanza, cantó el llanto para la ocasión.

Ha muerto el rey
y se obscurece la gloria de Castilla.
Alfonso ha sido arrebatado
hacia la gloria del cielo.
Se ha secado una fuente
y ha muerto la abundancia en los regalos.
Camina hacia los cielos
aquel de cuyas manos fluyeron para todos
los mares de generosidad…

Escuchar la hermosa voz de su hermana pequeña emocionó a Berenguela, quien cerró los ojos e inspiró con fuerza para no perder

la grave compostura.

—Hoy es un día desgraciado para Castilla —dijo el arzobispo Jiménez de Rada, mirando a la familia real y después a los demás presentes—. Murió el mejor rey de nuestro tiempo. Señor de Castilla, escudo de la cristiandad. Don Alfonso, el octavo de ese nombre, fue leal y derecho y esforzado, y castigó con saña a quien lo merecía. El Señor sabrá premiarlos a él y a quienes, como él, cuidaron en esta tierra a los suyos. ¡Que Dios misericordioso lo acoja en su seno y le dé la vida eterna!

12

—Me dicen que ya han alzado a Enrique al trono. ¿Qué sabéis de eso? —preguntó Alfonso IX.

Era una mañana típicamente leonesa. El aire tenía esa maravillosa transparencia que adquiere en el otoño cuando las lluvias han posado el polvo del estío en el páramo. El monarca había salido a pasear con su escolta habitual. Llegaba por el camino, entre campos en barbecho y las choperas del río. A uno y otro lado, grupos de labriegos guiaban a parejas de bueyes que hundían la reja en la tierra. Eran tributarios prestando jornadas para llenar graneros eclesiásticos. También llegaban labriegos con los cestos de sus asnos llenos de nabos, cebollas y castañas, que ya se dirigían a la feria, y otros que traían carne, sebo y cecina en sus carretas.

—Así es, señor —contestó el jinete que cabalgaba a su altura—. Mi hermano Álvaro me escribe que la ceremonia fue pobre y precipitada. Se celebró en medio del frío de Burgos, que no desmerece al de León, en la catedral vieja. El trono se colocó en un estrado fuera. Allí llegaron vuestra esposa Berenguela y Enrique, los dos enlutados, seguidos por los miembros de la curia y el arzobispo, que entregó a Enrique el estoque y le colocó la corona. Luego entonó un *Te Deum* con los prelados, al que se unieron los presentes… Y ahora el infante Enrique, es ya rey de Castilla.

Alfonso IX asintió según cruzaban la cerca y penetraban en el mercado al pie de la iglesia de San Martín, no lejos de la única

sinagoga y de la puerta de Cal de Moros. Lo hicieron desafiando el frío. Al orillar algunos puestos fue vitoreado por quienes se alegraban del regreso de la corte. Enseguida unos mercaderes judíos quisieron que mirasen las sedas que traían de la zona musulmana, pero los dos señores a caballo y sus guardas hicieron ver que no tenían tiempo.

Por la explanada había carretas paradas, tiendas y una apiñada muchedumbre gritona, gesticulante. Los colores vivos de las túnicas y mantos destacaban sobre el fondo oscuro de la muralla. Las voces se mezclaban con el sonido de esquilas, mugidos, relinchos. Yendo por medio de la gente, Alfonso IX se volvió hacia Gonzalo de Lara, quien cabalgaba a su lado envuelto en capa gruesa y cubierta la cabeza por un birrete cortesano. Desde hacía días, el menor de los Lara no abandonaba su compañía.

—¿Y quién ha asumido la regencia?

—Alfonso se la encomendó en su testamento a su esposa. Él contaba con el señor de Vizcaya para ejercer la tutela y ocuparse de los asuntos del reino… Pero Haro está muerto, y Leonor, muy enferma. Dicen que sus días están contados. Parece que ha dispuesto que, cuando muera, la regencia pase a doña Berenguela.

—Berenguela, regente de Castilla…

Meneando la cabeza, Alfonso picó los flancos de su caballo para cruzar el arco del Rey, camino de San Isidoro. Al cabo de los años, la mujer con la que había compartido lecho y que le había dado cinco hijos iba a ser ahora la regente de Castilla. Y a él, ¿en qué le aventajaba aquello? En nada, llegados a este punto.

Su rostro se contrajo en un gesto de disgusto al tiempo que paseaba por entre el teso del ganado donde se veían yuntas de novillos, alguna vaca preñada, cuatro asnos, potros y mulas en una cantidad que hubiera parecido insultante en el reino vecino.

Los sueldos cambiaban de mano y al rey le satisfizo comprobar que allí, a diferencia de Castilla, no había hambre. Eso de bueno había tenido no participar en Las Navas de Tolosa.

El último día del mes de octubre, a medianoche, pasó a mejor vida Leonor Plantagenet. La reina había sobrevivido a su esposo tres semanas. Cuarenta años habían pasado juntos aquel castellano y aquella inglesa a quienes el destino uniera.

Al día siguiente, mientras en los monasterios se cantaban salmodias en honor a Todos los Santos, Castilla volvía a llorar y los esposos volvían a estar juntos. Berenguela y Enrique presidieron los ritos funerarios en una réplica casi milimétrica de los oficios de despedida del padre.

Para entonces, Berenguela, instalada en palacio junto a su hermano Enrique, había vuelto a poner en marcha la administración con la ayuda de García de Campos, de Ruiz Girón, del arzobispo y de don Tello. Ellos se habían convertido en su círculo de confianza. Con ellos se veía a diario. Como hombres de Alfonso VIII, eran sus apoyos principales. Todos estaban unidos a su familia y ninguno le falló en esos momentos, quizá los más delicados que había vivido nunca Castilla.

Berenguela aún tardó unos días en encontrar el tiempo necesario para visitar las sepulturas de sus padres en Santa María la Real. Entonces pidió a la abadesa y a su escolta que la dejasen a solas un momento en la nave donde la reina Leonor yacía junto a Alfonso, como correspondía. En la lápida que cubría su sepulcro se destacaban los tres leopardos coronados de la Casa de Plantagenet.

Arrodillándose para acariciar la lápida, Berenguela dejó por primera vez que la emoción la embargara y clavó su vista en la piedra blanca.

—Ya está, madre… Ya lidio con el reino, como siempre quisisteis… Ruiz Girón y García de Campos me ayudan con la ejecución de encomiendas, reparaciones, restituciones, las donaciones del testamento. El arzobispo y don Tello me aconsejan en las cosas de la gobernación. Y en las próximas semanas me ocuparé de la educación de Enrique, que hoy necesita ser más firme que nunca…

Interrumpió el soliloquio. Respiró con fuerza. A Berenguela la muerte de su padre le había dolido, pero su cuerpo ya daba avisos. En cambio, a su madre siempre la vio con buena salud. Nunca creyó que la muerte la alcanzaría tan rápido. Habiendo llegado a octogenaria la duquesa de Aquitania, ella también daba por hecho

su longevidad. Pero la muerte del heredero Fernando, y, tan poco después, la de Alfonso VIII, fueron definitivas… Todos estaban convencidos de que las fiebres cuartanas no eran suficiente para explicar su deceso. La reina, decían, se dejó morir de pena. Leonor se había visto incapaz de continuar su camino, abrumada por la pérdida. Y eso, a Berenguela, le parecía injusto.

—¿Y qué voy a hacer yo, madre? ¿Por qué me has abandonado?

«Te quedas sola… Pero lo harás bien… Eres una Plantagenet… Naciste para reinar… Mi hija… Mi hermosa reina alta…», le había dicho su madre antes de morir. Berenguela no había derramado más lágrimas por ella que por su padre. Pero a la Providencia le reprochaba no haber permitido al rey disfrutar de su victoria, castigando a Castilla con el hambre y enfermedades. Y ahora, a escasos tres años de la gloriosa batalla, estaban los dos, Alfonso y Leonor, muertos…

—Te has ido demasiado pronto, madre… ¿Por qué no pudiste esperar un poco más? —musitó.

Pero la piedra permaneció muda.

14

15 de noviembre de 1215

De Urraca, reina de Portugal, a mi amadísima hermana doña Berenguela, reverendísima regente de Castilla y reina de León y Galicia.

Te escribo, hermana, para decirte que yo también he llorado la muerte de madre. Desde hace meses las cábalas en esta corte en Braga son numerosas. La mayoría piensa que, contigo al frente, Castilla no levantará cabeza. Circulan rumores de que en una primera versión del testamento de padre aparecían los tres hermanos Lara como albaceas, y que desaparecieron por expresa voluntad tuya. Si es así, Berenguela, ten cuidado.

En Portugal tenemos como vecino al leonés y sabemos lo influenciable que puede ser. Hay indicios claros de que los Lara se le acercan y, en particular, Gonzalo de Lara pasa mucho tiempo en su

corte. Cuídate de ellos, pues te consideran su enemiga. Y tampoco olvides que en Portugal tienes una rival importante en Teresa. Aunque no lo manifieste, no te perdona ni tu matrimonio ni que te hayas quedado con el título de reina, ni que convencieras a Alfonso de nombrar heredero a tu hijo Fernando, siendo el de Teresa primogénito.

En Castilla la ignoran, pero no la subestimes. Aunque piadosa, no carece de ambición. Como es hija de reyes, aspira a ser madre de reyes. La muerte de su Fernando la ha afectado mucho, pero como hoy Alfonso la frecuenta tanto y como sus hijas se han integrado en su corte, es seguro que espera que alguna de ellas reine. Y no es un imposible, habiendo en León nobles muy opuestos a tu hijo, como también los hay en Portugal.

En cuanto a mí, no imaginas lo mucho que disfruto en Braga. Durante años me sentí inferior a ti y a Blanca. Las dos erais más hermosas, pero no más inteligentes ni juiciosas. Hoy lo demuestro. Y al llegarme la ocasión en la madurez, disfruto más. Antaño añoré estar en el lugar de Blanca; hoy agradezco la espera.

Que Dios te ayude a sortear las dificultades y a llevar tu regencia a buen puerto, hermana.

Urraca

Capítulo nueve

Berenguela se enfrenta a los Lara

No descendemos de reyes, sino los reyes de nos.

LEMA DE LA CASA DE LARA

1

—¿Y qué más sabes hacer, Guillem?

—¿Queréis que os cuente, infanta, todo lo que debe saber un juglar antes de presentarse en una corte? No es mucho. Ha de saber trovar, saltar, jugar a los dados, hacer malabares con manzanas y cuchillos, tocar las castañuelas, la cítara, saltar por los aros, imitar el canto del ruiseñor, manejar títeres, disfrazarse, hacer saltar al perro y, si puede, amaestrar monos. Contar las historias de Troya, Argos, Jasón, Dédalo, Ulises, Eneas, Rómulo, y las del Antiguo Testamento. Pero, sobre todo, ha de saber más que nadie del amor, y también hablarles de Cupido a las mujeres para que se enternezcan.

—¿Tú sabes hacer todo eso, Guillem?

—Oh, sí, niña. Y *molt mes*… —El trovador acercó su cara barbuda y rubicunda a la niña. Susurró con su aliento cargado de vino—. Os contaré un secreto que todos saben. Yo salí huyendo de mi patria por matar a un hombre… No os asustéis, no fue un vulgar asesinato. Fue un crimen pasional. Por amor, que es por lo único que se ha de matar…

—Yo jamás mataré, Guillem. Madre siempre dice que de todo conflicto nace una negociación.

—Claro. Y por eso tiene en su signo rodado una mano de mujer alzada en señal de paz y en su sello una paloma posada en su brazo izquierdo. Pero no digáis nunca *mai*, infanta. Jamás. *¡Mai!* Pensad que en la vida siempre os encontraréis con circunstancias imprevistas y nadie puede saber cómo va a reaccionar cuando llegue el momento.

Entonces se oyó una voz cercana.

—¿Qué le estáis contando a Berenguela, Guillem?

—Nada aburrido, señora. Solo la historia de Alejandro y Roxana. Es la más bonita historia de amor de la Antigüedad.

—Pues contádmela a mí. Pero con música.

El trovador se alejó unos pasos. Su cítara reposaba sobre la mesa. La cogió con cuidado. Tañó sus cuerdas con suavidad. Comprobó que estaba afinada. Guiñándole un ojo a la niña, empezó a entonar una canción en la hermosa lengua occitana. Cantó la belleza de Roxana, de la que Alejandro, en mitad de su gran conquista, se enamoró locamente con solo verla. Cantó la pasión que embargó al macedonio, las divinas diabluras que cometió, ebrio de vino, para conquistar a la más hermosa de las princesas asiáticas.

Y la niña Berenguela escuchó tan embelesada como su madre, desde donde estaba, con ambas manos extendidas hacia el brasero. De repente, Guillem posó su cítara sin dejar de cantar. Y aprovechando que Leonor entrecerraba los ojos, sacó un cuchillo de debajo de la saya y con una sonrisa siniestra se acercó a la infanta, que al sentir la fría hoja en su garganta soltó un grito aterrador…

2

Berenguela se despertó con un sobresalto. No supo, por unos momentos, dónde estaba.

Llevaba muchas noches inquieta. Las pesadillas la asaltaban desde la muerte de su madre. Todavía tenía la sensación de tocar el manto materno, hecho de seda pesada. El ciclatón era de un rojo llamativo. En una ancha cenefa de plata llevaba bordados los tres leopardos coronados de los Plantagenet. ¡Cuántas veces había sentido el tacto de esa prenda, durante los días de su infancia!

Poco a poco, la sombras que la rodeaban cobraron sentido. Su lujoso lecho tenía las cortinas echadas por los cuatro laterales del pabellón. Estaba en su cámara en el palacio episcopal de Palencia, agarrada a la almohada travesera. No sentía frío, pero no porque hubiera ningún brasero, sino porque la cubrían gruesas mantas en un lecho que antes de acostarse se caldeaba con un calentador de

cobre lleno de brasas.

Ya más tranquila, se incorporó, se deshizo de los cojines con que dormía, y oyó que se abría la puerta y entraban sus camareras y las reposteras de cama. En nada, ya estaban todas aquellas mujeres moviéndose a su alrededor. Una descorrió las cortinas que cubrían el lecho y otra la que escondía el minúsculo vano en el muro, y los primeros y muy pálidos rayos de sol se desperdigaron por las alfombras. Una tercera agarró el orinal de debajo del lecho y pronto se la oyó vaciándolo en el patio, fuera: «¡Agua va!». La cuarta acercó un brasero, y la camarera mayor tomó la camisa y el pañuelo para la noche y el garbín, la cofia con redecilla con la que dormía, y envuelta en una toalla se la dio a una de las mozas.

—Muy cansada debéis de estar, señora, para seguir acostada aún. Hace una buena hora que salió el sol. Las mozas de cámara se preguntaban si pasaba algo.

—Ha sido el cansancio del viaje desde Burgos, nada más.

Se oyó fuera el canto de un mirlo. Dos jóvenes reposteros de cama se acercaron a retirar linzuelos y mantas y a hacer la cama con sábanas nuevas y organizar todo debajo de la vánova.

Al cabo de unos momentos, Berenguela se quedó sola con su camarera mayor, que traía la ropa del día y después de que se hubiese vestido mandó a los reposteros de cama que guardasen la puerta y remplazasen a los monteros de Espinosa, que, llegado el día, daban por concluida su guardia. Una vez que Berenguela se hubo quitado la camisa de la noche, la camarera se la dio envuelta en una toalla al mozo que guardaba la puerta de la antecámara a la que hicieron pasar a la regente.

3

Una moza mató las velas de la noche que aún ardían. Otra acercó un jarro de plata y una toalla para que Berenguela se lavase.

En la antecámara había un bacín de plata, en el que se sentó la regente y que enseguida hizo desaparecer otra mientras a Berenguela la peinaban con todo el cuidado y la calzaban. Salidos el zapatero y la peluquera, la mandataria se acabó de vestir de la

mano de su camarera mayor la ropa preparada la víspera, que era de factura árabe, aunque adaptada al gusto cristiano.

—Es un día importante. El verde os vendrá estupendamente.

—¿A cuántas personas veo hoy?

—¿Antes de la cita con vuestro esposo? Solo al obispo don Tello, con quien oiréis la primera misa. Después os acompañará a Sahagún.

—Además del traje verde, quiero guantes a juego.

—Tenéis gran preferencia por el verde. Vuestra madre tenía gustos más variados.

El traje guardaba parecido, salvo en el color, con el que llevaba Leonor en el sueño. Por un momento, Berenguela volvió a pensar en el trovador catalán, Guillem. De repente se le venían a la cabeza las estrofas en occitano que había compuesto mientras estuvo exiliado, era cierto que a raíz de un asesinato, en la corte de sus padres:

Rei castellans, vas vos mi volv em vir,
car so darautz c'autra poestatz stagna,
e pot vos hom per lo meillor chausir
q'es dal Peiron tro sus en Alamaigna;
car lai etz pros on autre reis s'esmaia,
e valetz mais on hom plus vos assaia,
c'a tot lo mon tenetz donar ubert,
e qui mail val, mais de bes l'en revert[2].

—La reina Leonor era la reina Leonor, y nos somos nos —dijo, adoptando un tono protocolario.

4

La apacible Palencia, a orillas del Carrión, vivía un momento de auge gracias, entre otras cosas, a su cercanía a Burgos. Eran casi ciudades hermanas. Con la Cabeza de Castilla hacia el noreste y Valladolid hacia el sur, a medio camino entre ambas, la tercera ciudad del reino había recibido la cruz de la victoria de manos de Alfonso VIII como recompensa por la participación de su concejo y caballeros en la batalla de Las Navas, y ya la incluía en su blasón junto con la torre dorada sobre gules.

Crecida en una llanura entre los montes Viejo y el Chivo, Palencia cobró impulso gracias a la querencia que siempre le tuvo Alfonso VIII. Allí se formó bajo su mecenazgo el Estudio General, que pretendía replicar las grandes universidades como París o Bolonia, y adonde ya llegaban los hijos de las grandes familias.

Bien querida por Berenguela, era la primera localidad a la que se desplazaba la corte de la nueva regente desde Burgos. Estaban a mediados de enero, en pleno invierno. Aquí gobernaban los fidelísimos Téllez, cuya figura más rutilante era el obispo de Palencia. Don Tello había sido el creador, con el apoyo de Alfonso VIII, del Estudio General, que, por el momento, se ubicaba en el palacio episcopal por cuyos patios deambulaban los estudiantes.

Fue aconsejada por él que Berenguela decidió que la educación de Enrique seguiría allí, supervisada por el fiel obispo y al cuidado de alguien, insistió, que debía ser de la mayor confianza y estar al margen de las luchas de poder, no siendo partidario ni de los Haro ni de los Lara.

Tras reflexionar, don Tello recomendó al caballero García Lorenzo.

—Un gran maestro. Totalmente independiente. Solo vive para los libros. No jura más que por San Isidoro. Es gran conocedor de Aristóteles. Con él, Enrique adquirirá toda la sabiduría necesaria. Y como las grandes familias empiezan a enviarnos a sus vástagos, aquí forjará las amistades y lealtades que le serán necesarias más tarde.

Pero no era la educación de Enrique la única razón por la que la regente llegaba a una ciudad tan cercana a las lindes de Castilla.

5

No lejos de Palencia y ya al otro lado de la raya con el vecino reino de León, el monasterio de San Bernardo de Sahagún era el templo leonés más importante, por detrás únicamente de la colegiata de San Isidoro y, por supuesto, de la basílica de Santiago. Por algo se preocupó Almanzor de arrasarlo en su día: fue la última vez que el lugar sintió el yugo de los moros.

En este monasterio, dos siglos atrás, se había retirado del mundo Alfonso IV el Monje, entonces rey legítimo de León, hombre de temperamento melancólico que tras la muerte de su esposa abdicó en su hermano Ramiro. No lejos se habían enfrentado en su tiempo los ejércitos de Fernán González, conde de Castilla, con los de su señor Ordoño III, contra el que se rebeló. En aquella batalla a orillas del Carrión perdió la vida uno de sus hijos.

La historia pesaba mucho en un lugar cuyo puente iba a ser el escenario del nuevo cara a cara entre Alfonso IX y Berenguela. Desde su separación, a Berenguela le llegaban reiteradas noticias de la turbulenta vida sentimental de Alfonso IX, quien, por otra parte, nunca había vuelto a casarse, con lo cual ella seguía utilizando el título de reina de León, cosa que agradecía.

Todo ese tiempo, Berenguela lo había dedicado a velar por los intereses de su hijo Fernando, al que, pese a las presiones ejercidas por los leoneses, retuvo en Castilla. Y hoy la acompañaba: Fernando era un muchacho espigado, con bozo, delgado, algo enfermizo, pero inteligente.

El encuentro no pudo ser más frío, en concordancia con el paisaje. Los pelados árboles ribereños formaban una maraña de ramaje desnudo en los lindes del agua. Un manto opresivamente gris difuminaba los campos cercanos y cubría con su velo el río Carrión, que corría bajo el puente con buen caudal. El agua, gélida, enfriaba aún más el ambiente.

—Salud, esposa.

A Alfonso IX, cubierto por pieles de lobo, con la revuelta melena entrecana y barba crecida, le salía vaho de la boca. Llevaba las manos enfundadas en guantes, como casi todos en su comitiva y también los castellanos parados en la otra orilla. Solo los esposos avanzaron hasta encontrarse en mitad del puente, y ninguno bajó del caballo.

—Salud os deseo yo también, señor. La vida os trata bien, según veo —dijo Berenguela, mirando con intención la cintura del monarca.

Alfonso IX soltó un gruñido y bajó la vista: su vientre abultaba bajo la pelliza. Era cierto que con los años había ganado en corpulencia. Su tez, curtida por el sol y el frío, había adquirido un tono rojizo en las mejillas, quizá también por el mucho vino que le

calentaba durante los largos viajes por las tierras altas de su reino. Pero aquello no parecía importarle. Sus ojos brillaron según los posó en su esposa.

—Me había olvidado de vuestras ironías. También de lo hermosa que sois…

—Y yo me había olvidado de la infinita torpeza que podéis llegar a exhibir.

Aquella respuesta desabrida hubiera producido resquemor en cualquiera, pero a Alfonso IX le arrancó una sonrisa. El rey de León conocía bien a Berenguela.

6

—Podríais agradecerme que no haya invadido vuestro reino, ahora que está debilitado. Bien sé que no me perdonáis por no haberme presentado en Las Navas. Pero si lo pensáis, os daréis cuenta de que defiendo los intereses de León. Cuando vuestro padre me pidió que me uniera a la cruzada, reuní a mi curia, y esta decidió poner condiciones para participar en la guerra. Por eso pedí la devolución de los castillos que siguen, muchos de ellos, ocupados. Pero vuestro padre no quiso ni negociar. ¿Qué otra cosa creéis que podía hacer?

—Todos y cada uno de esos castillos volverán a León cuando nuestro hijo os haya sucedido. Eso acordamos en Cabreros. Lo único que habéis de hacer es respetar el tratado y no andaros con añagazas de rufián indignas de vos.

Esta vez la pulla dolió. Hurgando lo suficiente, afloraba la susceptibilidad del leonés. Alfonso IX se removió en lo alto de su caballo de pelaje negro, como negra fue en su juventud una barba hoy surcada de vetas de nieve. Los dos caballos se movieron. El de Berenguela era una yegua parda de color claro, a juego con su manto, acorde con la grisalla invernal. La regente acarició su crin, sin dejar de sujetar con la otra mano las riendas. Uno y otro animal resoplaron. El vaho que salió de sus narices inflamó el aire.

El rey de León estimó pertinente cambiar de tema. Su mirada se escapó hasta el río. En la orilla las zarzas arañaban el aire. Luego posó los ojos en su esposa.

—Me dicen que como regente os desenvolvéis mejor de lo que nadie esperaba, pero que habéis contrariado a los tres hermanos de Lara. Solo os advierto una cosa, esposa. Ese linaje se jacta en su lema de que no descienden de reyes, sino los hacen. Los conozco bien, porque crecieron conmigo.

—No hace falta que me digáis cómo son mis súbditos, ni cómo he de cuidarme. A diferencia de vos, sé escoger a mis fieles.

—¿Seguro? Sabéis cómo son los nobles cuando sienten flaquear el poder. Un niño en el trono y una mujer al timón del reino son una enorme tentación. Las familias como la Casa de Lara quieren mantener su rango y, en lo posible, transmitirlo aumentado… Si ayudan a expandir un reino, es solo porque de paso acrecientan lo suyo.

Berenguela sabía que, en el inicio de su reinado, Alfonso IX se había visto obligado a convocar una curia extraordinaria a la que llamó a los representantes de las ciudades y los concejos junto con los magnates y prelados, para conseguir su apoyo en un momento en el que parte de la nobleza tomaba partido por la reina viuda. Desde entonces, desconfiaba de unos y otros.

—Lo sé perfectamente. ¿Es eso lo que habéis venido a decirme?

7

Alfonso IX soltó un prolongado suspiro.

—No, señora —dijo—. He tenido noticia de que, en el testamento de vuestro padre, vos misma considerasteis oportuno apartar a los tres Lara, que en un testamento anterior figuraban entre los albaceas. No digo que no tuvierais razones. Pero todos saben que la maniobra agravió a esta familia, una situación que no ha mejorado con el nombramiento como ayo de vuestro hermano Enrique de un tal García Lorenzo, un total desconocido, sugerido me imagino por don Tello…

—El obispo de Palencia era uno de los hombres de confianza de mi padre. No le falló nunca en vida.

—Sé de buena fuente que los Lara lucharán con todas las armas a su alcance para arrancaros la tutoría de Enrique, como lo hicieron

antes durante la minoría de edad de vuestro propio padre, y que… que, si acaso llegasen a lograrla, entonces tendréis que saber defenderos, señora. Pero supongo que ya habréis pensado en ello. Igual es por eso por lo que estáis hoy aquí conmigo.

—Sé muy bien cómo defenderme, señor. ¿Hay algo más que queráis decirme?

Alfonso IX volvió la cabeza hacia su hijo Fernando. El muchacho andaba al otro extremo del puente, junto con el séquito castellano. Fernando se mantenía sobre su caballo, que abrevaba en un charco. Sonrió cuando vio que su progenitor volvía la cabeza. A su lado estaban el obispo Tello y varios guardas de la regente.

—Veo que se parece a mí…

—Así es. Tiene vuestro rostro, incluso vuestro timbre de voz. ¿Acaso os sorprende? Es vuestro hijo, señor.

—Diez años, señora. Ese tiempo llevo exigiendo que me entreguéis al infante. ¿Me podéis explicar por qué ahora sí y antes no?

—Porque hasta hoy vuestro hijo no estaba preparado. ¡Fernando! Venid a saludar al rey de León… Y ahora he de partir, señor. Quedaos con él. Cuidadlo y educadlo como lo que es: vuestro heredero.

—Volveremos a vernos, Berenguela de Castilla. Volveremos a vernos.

—No lo dudo, Alfonso de León. No lo dudo.

La regente hizo volver grupas a su yegua mientras Fernando, que ya se alejaba del grupo que acompañaba a Berenguela, llegaba a su altura. Fernando tenía algo de vello en la cara juvenil, aunque no lo suficiente para protegerle del frío. Con la cara enrojecida, según se cruzaron madre e hijo, detuvo un momento su montura.

—¿No os despedís de mí, madre?

—Vuestro padre os espera, Fernando. No le hagamos esperar más.

Y Berenguela ni siquiera volvió la cabeza mientras Fernando se juntaba con Alfonso IX. A continuación, padre e hijo se dirigieron hacia el otro estribo del puente, donde aguardaba la comitiva leonesa.

El rey de León no exageraba cuando se refería a los Lara, y Berenguela, a medida que regresaba a Palencia, pensó en las múltiples ocasiones en las que se había encontrado con los tres hermanos: Fernando, Álvaro, Gonzalo. Aquellos nombres ocuparon sus pensamientos según se encaminaba por un sendero, cerca ya de Palencia, que corría próximo al curso del Carrión, helado en algunos tramos.

—Don Tello, vos lo sabéis todo sobre los Lara y los conocéis de más antiguo que yo —dijo, volviéndose hacia el obispo, que permanecía a su derecha, los dos bien arrebujados en sus mantos para protegerse del frío—. Habladme de ellos.

—Hacéis bien, señora, en querer conocer a vuestros enemigos, pues estos lo son. Los tres hermanos pertenecen a la casa que tantos nombres ilustres dio a Castilla. Un primer Gonzalo Núñez brilló como una luminaria hacia el último tercio del siglo XI de la era del Señor y acrecentó su señorío por el oriente de la actual tierra burgalesa. Ese condado era tan poderoso que el de Berceo, en una de sus obras, para describir la silla áurea del cielo, escribió: «No se puede comparar ni con cuánto vale el alfoz de Lara».

—Gonzalo Núñez engendró dos hembras y dos hijos varones, ¿no es así?

—Así es. Y uno, de nombre Pedro, fue en su juventud alférez del rey. Luego se convirtió en amante de la Temeraria, con quien tuvo dos hijos, y a la muerte de ella se opuso a la sucesión de Alfonso el Emperador, heredero legítimo de Urraca. Ese Pedro acostumbró a su casa a luchar contra reyes. Antes ya había luchado contra Alfonso de Aragón, esposo de la Temeraria, cuyas andanzas tanto os place recordar. Seguramente de ahí venga su lema: «Nos no descendemos de reyes, sino los reyes de nos».

—Continuad.

—Don Pedro tuvo tres hijos con su esposa legítima: Manrique el primogénito, Álvaro y Nuño, los tres Lara que durante la minoría de edad de vuestro padre disputaron su tutela a la Casa de Castro. Muerto Manrique, el jefe del linaje, en una batalla con sus adversarios, la regencia y tutela real las heredó su hermano Nuño, que se encargó de vuestro padre hasta su mayoría de edad y que es

el padre de los tres hermanos Lara que hoy pululan como orgullosos astros a vuestro alrededor.

—Ya veo.

—Los Lara, que por esa tradición que os digo consideran que tienen tanto lustre como reyes, siempre han sido personajes difíciles de domeñar. El dicho Nuño de Lara, tutor de vuestro padre, luchó y murió durante el asedio de Cuenca, y su viuda casó con el rey de León Fernando II, padre de vuestro esposo, por lo cual sus hijos crecieron como hijos del rey de León: algo que siempre recuerdan. Por eso son bien recibidos en San Isidoro, donde tienen muchos partidarios. Pero a ellos vos ya los conocéis bien.

—Fernando, Álvaro y Gonzalo.

—El mayor, Fernando de Lara, fue alférez de vuestro padre durante varios años. El más joven, don Gonzalo, hizo carrera en Galicia y León, donde ha llegado a ser muy influyente. Solo en cortas temporadas aparece por Castilla, aunque por estas fechas no es improbable que cabalgue en pos de sus hermanos. Y Álvaro de Lara merece una mención aparte.

9

—Don Álvaro siempre estuvo muy presente en la corte, y vuestro padre le dio cargos todavía más importantes que a su hermano mayor. A él cupo el honor de alzar el pendón de Castilla en la jornada de Las Navas. Habréis oído contar que en lo más recio de la pelea y estando su ejército en gravísimo trance, no aceptó vuestro padre consejo de retirarse, sino que ordenó a su alférez adelantarse en auxilio de la vanguardia donde los castellanos flaqueaban. Hacia allí arremetió don Álvaro, pendón en alto. Y viendo avanzar la enseña real, los cristianos se recompusieron. Aquello decidió la suerte de la batalla. Por eso vuestro padre se mostró sumamente generoso con don Álvaro, le hizo importantes donaciones y lo incluyó junto a sus dos hermanos entre sus albaceas en el primer testamento que dictó en su día. Y también quiso incluirlos en su testamento definitivo, solo que…

—Solo que Berenguela le instó a modificarlo en última instancia,

¿es eso lo que ibais a decir?

—Sabéis lo que pienso al respecto, señora. Don Álvaro sirvió a vuestro padre con arrojo y determinación. Es un gran guerrero. Perdió un ojo durante la batalla en Despeñaperros. Eso y la cicatriz que le cruza la mejilla, además de darle un aspecto siniestro y a la vez imponente, le han ganado el respeto universal, pues es conocida la gloriosa ocasión en la que se ganó las cicatrices. Ellas son, lo cantan los trovadores en sus loas, un blasón más de su linaje. Pero su carácter es el de un perro rabioso. Jamás suelta presa. Es resentido, memorioso. Tiene una idea exigente de la lealtad. Blasona de que nunca olvida un agravio, que quien se la juega la paga. El mundo lo divide entre amigos y enemigos. Y ya imagináis en qué categoría os ha incluido.

—Don Tello, yo mi lealtad se la debo únicamente a mi padre y a Castilla. Con los Lara como albaceas, otros se hubieran sentido agraviados. Las rivalidades y odios que tantos desastres causaron durante la minoría de edad de mi padre se hubieran reavivado. De todas formas, me llega noticia de que no soportan la idea de someterse a la autoridad de una mujer y que piensan que cederé más fácilmente que un hombre.

—Señora, vuestra condición de mujer es para muchos un buen argumento para suplantaros… Pensad que aún está fresco en la memoria el ejemplo de la Temeraria y su complicada gobernación.

—La Temeraria fue una buena gobernante. Amplió los territorios que heredó. Mandó con autoridad.

—Actuó cediendo a sus impulsos y no a argumentos de la razón, lo cual no es siempre prueba de inteligencia. Pero no está en mi ánimo criticar a la Temeraria. En cambio, me permito aconsejaros que tengáis en cuenta el sentir de muchos castellanos y buena parte de los leoneses, que piensan que, dados los azares que nos acechan, Castilla necesita un rey que pueda ganar batallas —dijo el obispo Tello, ya llegando a Palencia.

10

Pasar por los arrabales resultaba desolador. Las tierras estaban

heladas. Como en muchas villas de Castilla, la hambruna continuaba. Más allá se ofrecían a su vista las islas del Carrión, con su vegetación ribereña desguarnecida por los fríos del invierno. A la altura del puente nuevo, se introdujeron en la parte amurallada de la ciudad. Mientras sus guardas apartaban a los mendigos, pararon ante el pórtico de la iglesia de San Antolín, de donde, según explicó don Tello, salió el propio Cid en su día.

—Todo un carácter castellano, Rodrigo Díaz de Vivar. Otra gran familia que acabó emparentada con reyes.

Llegados al patio del palacio episcopal, los caballerizos los ayudaron a desmontar y se llevaron los caballos. No lejos, algunos clérigos y los jóvenes del Studium regresaban de San Antolín junto con Enrique, que por primera vez en tiempo reía. «Es bueno que esté con muchachos de su edad», pensó Berenguela. Una vez en una estancia caldeada por la leña que ardía en una gran chimenea y braseros en cada esquina, se les acercó García Lorenzo, flamante ayo del rey, con una actitud inusualmente nerviosa.

—Dejaos de circunloquios, García Lorenzo —dijo Berenguela—. Hablad con claridad, que no sois un rústico. Abreviad en vez de agitaros como un chiquillo.

El maestro palideció. Era un hombre regordete, con calva incipiente, que lucía en su cara una perilla cortesana. Se cubría la cabeza con un bonete y se retorcía las manos finas y huesudas.

—Señora… Hay algo que quiero deciros, pero os va a contrariar… Os pido perdón de antemano, y ruego me permitáis exponeros mis razones… Después de meditarlo, debo renunciar a la alta responsabilidad que me encomendáis… He estado hablándolo con hombres más sabios. Y no me encuentro con los méritos ni los merecimientos necesarios para ejercer la tutela de don Enrique… Dada la relevancia del cargo para Castilla, creo, señora, que correspondería mejor un gran señor, y he reflexionado que quizá don Álvaro de Lara… sea el más adecuado para la tarea… Él reúne todas las condiciones… Es gran señor y gran guerrero, conoce la corte y tiene experiencia en los asuntos de gobierno… Mientras que yo soy un desconocido, un simple maestro… Se habla mucho a mis espaldas… Empiezo a no sentirme en mi lugar… Soy hombre de letras, señora, no de intrigas…

Berenguela clavó la mirada en el ayo, que con la cabeza gacha

miraba al suelo. Al cabo, dijo:

—Está bien, García. No quiero demoraros más. Marchad.

11

Don Tello se acercó al hogar, donde las brasas chisporroteaban. Cogió un tronco apilado a un lado. Lo colocó encima. Nada más desaparecer el ayo y cerrarse la puerta, se volvió hacia Berenguela.

—Lo lamento mucho. Los Lara han debido de acercarse a él y minar su ánimo con promesas. Ahora que lo pienso, no hace mucho me dijeron que llegó un emisario de don Álvaro… Eso explicaría el cambio. Ayer mismo, este hombre me pidió permiso para ausentarse a unas tierras que tiene y que yo al menos no conocía que las tuviera… Pero, desafortunadamente, lo que está pasando no podemos decir que sea nada nuevo ni sorprendente. La historia se repite…

—Mi padre siempre habló de su minoría de edad como de un periodo desdichado. Fueron los Lara quienes iniciaron la guerra en torno al control de su tutoría, que mi abuelo el rey había encomendado a un miembro de los Castro… Los Lara ya tenían la regencia y le arrebataron la tutoría a los Castro. Ese enfrentamiento trajo muchas desgracias a Castilla y no quiero que algo así se repita —dijo Berenguela.

—Lamentablemente, hay cosas que resulta difícil evitar por mucho empeño que uno ponga, señora.

—Puede. Pero no estoy dispuesta a que los Lara me impongan su voluntad. Aunque quizá haya una salida.

—¿Y cuál?, si se me permite la pregunta.

—Convocaré una curia regia. Expondré a los nobles y prelados del reino mis razones. Pediré su consejo sobre a quién corresponde la tutela del rey. Y después tomaré una decisión… Y los Lara se verán obligados a aceptarla.

—Me parece una iniciativa sabia, señora. Pero no confiéis demasiado en los resultados de esa curia. No olvidéis que la mano de los Lara puede ser muy larga.

12

11 de marzo de 1215

De Berenguela, reina de León y Galicia, a mi queridísimo Fernando, infante de Castilla y heredero del rey don Alfonso IX de León y Galicia.

Te debo, hijo mío, algún tipo de explicación por apartarte de mi lado de forma tan repentina. Dado que no confío en que tu padre se preocupe por ello, procuraré hacerte entender la situación.

Bien sabes que ciertos nobles en Castilla se oponen a mi regencia. Como te habré dicho en más de una ocasión, los Lara se han visto relegados del poder al asumir yo la tutela de mi hermano y la gobernación del reino en su nombre, con el arzobispo y don Tello como únicos consejeros. Son malos enemigos, y en previsión de lo que pueda suceder, he preferido luchar esta batalla con manos libres.

Por eso te envío a León y dejo a tus hermanos en Las Huelgas. Burgos es la ciudad con más partidarios nuestros y, si es necesario, no descarto enviarlos contigo.

Ahora mismo es importante que tu padre conozca a su heredero y que recuperes su afecto. Sé que eres inteligente y lo harás. Eso facilitará tu porvenir y, posiblemente, el mío. Mientras tanto, no dejaré de escribirte para que sigas la marcha de los acontecimientos y tomes conciencia de lo difícil que es gobernar.

Nuestro último contratiempo fue la deserción del ayo previsto para Enrique. Eso me ha dejado en una posición débil frente a los Lara, que exigen cada vez con mayor fuerza la tutela. Yo no quería rechazarlos frontalmente. Por eso exigí el consejo de los prohombres del reino.

Para ello estuve en Burgos, donde convoqué a la curia regia en la vieja catedral. Allí aguardaban todos. Mayordomo, alférez real, el canciller, el merino mayor, el arzobispo y don Tello, el obispo de Burgos, ricoshombres y condes principales. Y entre ellos, por supuesto, los Lara.

Ante la curia pronuncié un discurso bien meditado. Me guardé de expresar abiertamente mi desconfianza o de hacer comentarios negativos sobre don Álvaro, pues después de Las Navas de Tolosa pasa por ser el salvador de Castilla, y tiene no pocos partidarios. Pero transmití mis temores al mencionar los desastres sufridos durante la minoría de edad de mi padre. Y, desde luego, dejé claro que no podía ceder la custodia

de Enrique sin garantías y contrapartidas.

Cuando otros comenzaron a hablar, enseguida vi que todos coincidían en que tener una mujer al frente del reino era «una temeridad» —escogieron bien la palabra— y que lo mejor era que entregase mi hermano a don Álvaro. Entonces supe que lo peor ha acontecido y que los dineros de la Casa de Lara habían circulado, porque nunca he visto semejante unanimidad en curia alguna. El único que se apartó del sentir general fue Lope de Haro, hijo de don Diego y hoy ya señor de Vizcaya. Ni siquiera Jiménez de Rada osó oponerse.

Claramente ha sido una ingenuidad creer que la curia me apoyaría. Aun así, procuré salir como pude de la ratonera en la que me había metido. Habiéndola convocado yo, difícilmente podía ya rechazar su dictamen. De modo que cedí la tutela. Pero he impuesto mis condiciones y he hecho jurar al conde ahí mismo, hincado de hinojos, sobre la cruz y los Santos Evangelios, que será amigo y leal vasallo de Enrique, que lo protegerá y que mientras ejerza la tutoría no quitará ni dará tierras a nadie ni declarará la guerra a ningún reino vecino ni impondrá tributos sin consultarlo conmigo.

Eso ha jurado solemnemente ante Jiménez de Rada, don Tello y el obispo de Burgos, y sobre la cruz y los Evangelios. Pero, aun así, no confío en su palabra, y sigo teniendo noches agitadas. Muy mal pintan las cosas, hijo mío. Y en previsión de males mayores, es posible que en breve me traslade al castillo de Autillo, cuyo alcaide es Ruiz Girón, pues hoy no me siento ya segura en una corte dominada por los Lara.

Por tu parte, sé inteligente. Posiciónate junto a tu padre. Si quieres llegar a rey, habrás de ganarte las voluntades de los principales leoneses. Trata con especial cuidado a Sancha y Dulce, tus hermanas portuguesas, y tenme al corriente de todo.

Tu madre,

Berenguela

Capítulo diez

Arranca la guerra civil

> «No mucho tiempo después, Álvaro Núñez (de Lara) fue hecho conde; luego Gonzalo Núñez (de Lara) fue hecho conde. La situación del reino se deterioraba día a día y todos procuraban no el gobierno del reino, sino más bien su destrucción».
>
> CRÓNICA LATINA DE LOS REYES DE CASTILLA

1

Como ya dijimos, el monasterio de San Benito en Sahagún fue durante sus tres agitados siglos de vida posiblemente el más importante del reino de León y uno de los predominantes en la cristiandad.

Es notorio que en su día Alfonso VI el Bravo, padre de la Temeraria y abuelo del séptimo Alfonso, que fue quien separó Castilla y León donando cada territorio a un hijo, encomendó a los benedictinos de Cluny el edificio, derruido desde los tiempos de Almanzor. Este fue repoblado por monjes ultramontanos. El propio rey pidió a los borgoñeses que lo recuperaran y siempre se manifestó encantado con los religiosos que se le enviaban. Quizá que su esposa fuese borgoñesa ayudó.

Alfonso VI quiso enterrarse allí, y por ello concedió unos fueros extraordinariamente extensos a la abadía que dominaba las tierras adyacentes. Esos fueros se convirtieron en el motor de una villa que no dejaba de repoblarse con francos y castellanos, cada comunidad con su propio merino. Pero las prerrogativas resultaron tan abusivas —los vecinos estaban obligados a hornear en la abadía, y se les prohibía vender vino o comprar pescado antes que los propios monjes— que acabaron sucediéndose las revueltas, y la zona cobró fama de conflictiva.

Igual fue por eso por lo que el abad de San Benito, cuando recibió aquella visita ya entrada la primavera del borrascoso año

1215, se mostró tan precavido.

El abad conocía perfectamente a los tres hermanos de Lara, y no solo por su pasado castellano: los Lara tenían tierras en León y Galicia. Desde tiempos de la Temeraria y antes, el linaje de los dos calderos estaba vinculado al reino del que se desgajó el condado que más tarde llegó a su vez a reino y hoy era rival principalísimo de León.

Nada más sonar las primeras campanadas, el abad se acercó al que sabía era el jefe del linaje, el segundo de los hermanos, Álvaro de Lara. El parche en el ojo, del que tanto se jactaba el que fuera alférez real en la legendaria batalla de Las Navas de Tolosa, lo distinguía. Tenía una barba rala y una cara llena de cicatrices.

—Bienvenido, don Álvaro.

Álvaro de Lara descabalgó, como el resto de su comitiva, y tendió las riendas de su montura a los criados, que enseguida se alejaron con los animales en dirección a las caballerizas. Su actitud no era amistosa sino exigente. Estaba acostumbrado al mando. Más incluso que sus hermanos.

—Estoy sediento —dijo—. Traedme agua.

El sol asomaba tras un invierno que ya quedaba atrás junto con las muchas desgracias acaecidas en la famélica Castilla, entre ellas muertes de grandes personajes que hacían pensar a muchos que algo de lo que sucedía en la corte merecía reproche divino. El nuevo tutor del rey estaba convencido.

El de Lara miró a su alrededor. Los campos de Sahagún revivían, entre viñas y barbechos. El praderío recuperaba su verdor, florecían las primeras amapolas que alegraban la vista.

—Por supuesto —asintió el abad—. Y vino también, si queréis.

Unos acólitos del monasterio salieron en pos de los criados hasta llegar a la cocina y regresaron con botas para el vino hechas con pellejos de cabra para que los recién llegados echaran un trago ahí mismo, sin más demora.

El abad explicó que no había llegado aún la comitiva real. Lo hizo conforme los monjes guiaban a los soldados a una explanada cercana donde podían acampar entre los huertos abaciales y a la sombra de algunos manzanos.

2

Álvaro Núñez de Lara era una personalidad dominante y no perdía el tiempo en protocolos ni cortesías. Su voluntad era obedecida por todos, incluso por sus hermanos. Mientras los mozos y lacayos transportaban a sus nuevos aposentos los pesados arcones llenos de ropa y enseres, los tres Lara se juntaron en una de las estancias previstas para ellos. El héroe de Las Navas había adquirido una estatura casi mítica desde su regreso de la batalla, y con sus hermanos se comportaba despóticamente. Se burló de Gonzalo, el más joven, cuando le preguntó por sus intenciones una vez que Berenguela les entregase la custodia de Enrique.

—Muy fácil. Tener al rey es tener el reino. Controlaremos el gobierno, como ya hicimos cuando nuestro padre arrancó a los Castro la tutoría de Alfonso. Es lo que esa perra ha impedido. Los Lara éramos albaceas testamentarios. Ella pretende gobernar apoyándose en el clero y ha dado todo el poder a los obispos de Palencia y Toledo: eso hay que corregirlo. A la Iglesia la meteremos en cintura… Esa perra quiere acabar con la primacía de nuestra casa comprando el favor de los Haro e ignorando lo mucho que nos deben Castilla y su rey. Yo haré que no lo olviden. Si hace falta, declararé la guerra a los Haro o a quienquiera que se nos oponga. Y buscaré los apoyos pertinentes.

«Esa perra». Así se refería don Álvaro, cuando estaba en confianza, a Berenguela. Su maniobra excluyéndolos del testamento real había disparado el odio del jefe de la Casa de Lara, que se sentía apartado injustamente de la cabecera del reino. Con la regencia de Berenguela, su peso en la corte era prácticamente nulo, y eso su orgullo de casta no lo podía digerir.

Fernando, en un conato de restablecer su autoridad como primogénito, pese a que hacía años que no dirigía la familia, se expresó en contra. Argumentó que, aunque los Lara y los Haro siempre habían rivalizado en el favor de Alfonso VIII, ambas familias pactaron la paz al casarse el mismo Álvaro y su hermano Gonzalo con hijas del señor de Vizcaya. Añadió que la paz del reino se beneficiaba del equilibrio de fuerzas entre ambos linajes tanto como del equilibrio entre nobleza y clero. Los rasgos de Fernando eran más amables que los de Álvaro. Pero su carácter era más débil.

Por eso se había visto sobrepasado su hermano.

—Es cierto —dijo Álvaro—, pero, después de Las Navas, los Haro se han hecho con grandes territorios en el sur y han ganado mucho poder. Por eso, hemos de aprovechar nuestro momento. Si no, nos pasarán por encima.

—Puede ser —dijo Gonzalo, uniéndose a la posición de Fernando. Pese a ser el más joven, era el de mayor estatura y también el menos ambicioso: nunca había pretendido disputar el liderazgo ni al uno ni al otro—. Pero en la curia de Burgos le juraste a Berenguela que no le quitarías su tierra a ningún hombre, ni harías la guerra a nadie sin consultárselo. Lo juraste sobre la cruz y los Santos Evangelios.

—¡Bah! Yo haré que los castellanos se olviden de ese juramento. Pensad que el arzobispo y el canciller viajarán pronto a Letrán. El frente eclesiástico de Berenguela quedará debilitado. No regresarán hasta mediados del otoño. Y aquí quedaremos nosotros con el rey bajo nuestra tutela y una regente aislada y falta de apoyos. Solo tendrá a los Haro. Y estoy cansado de dar argumentos. ¿Qué decís? ¿Estáis conmigo o contra mí?

Fernando y Gonzalo se miraron durante unos momentos. Sabían que cuando Álvaro tomaba una decisión era implacable. Y ahora la había tomado. Conscientes de que no había nada que hacer, se dirigieron una fugaz mirada que lo dijo todo.

—Bien. Entonces estamos de acuerdo… Preparaos. Parece que ya llegan —dijo Álvaro.

Efectivamente, repicaban por lo alto las campanas del monasterio.

3

Cuando apareció Berenguela en el camino que llevaba a San Benito junto con Enrique y sus guardas reales, escuderos y ballesteros, la incomodó constatar que los Lara se hubiesen anticipado. Tenía la sensación de que siempre le sacaban un cuerpo de ventaja y se lo hizo notar a García de Campos con una mirada. Con ellos estaba también, junto con un pequeño séquito de soldados, el señor de

Vizcaya, su partidario más fiel, que tras descabalgar fue el primero en saludar al abad y a los Lara. Los tres hermanos aguardaban junto con los monjes tonsurados en la puerta del monasterio.

Berenguela se demoró unos momentos con Enrique. Le ajustó nerviosamente el bonete.

—Pasará rápido —le susurró al oído. Y clavó en él sus ojos azules—. Cuando cumplas quince años, serás libre de ejercer el poder como quieras… Entretanto yo lucharé por ti… Ahora solo te pido que no dejes de escribirme. No te olvides, Enrique.

Enrique, que se sentía zarandeado de un lado a otro, asintió. La situación política no había hecho más que dar bandazos brutales, muerte tras muerte, hasta convertirlo en rey. Pero él estaba lejos de sentir en sí esa autoridad. Encima, le llegaban informaciones contradictorias desde los diferentes bandos. Hasta de su hermana oía hablar mal. Decían algunas malas lenguas que retrasaba el casarle porque quería seguir siendo la heredera.

—Lo haré, hermana.

—Recuerda: no muestres arrogancia ni desdén. Tampoco confíes en ellos ni en ningún ayo. Me escribirás dos tipos de misivas. Una, que pueda leer todo el mundo. Esa se la entregarás a los Lara, que me la harán llegar. Ahí no contarás nada incómodo. Pero otra la entregarás a un privado mío que se acercará a ti, todavía no sé quién, y ahí lo contarás todo. ¿Lo has entendido, Enrique?

—Sí, Berenguela.

Berenguela contuvo la emoción. No había llorado en los meses transcurridos desde que era regente y no iba a empezar ahora. Respiró con fuerza y se dio la vuelta para encararse con los Lara. La sonrisa que se dibujó en su cara no fue más falsa que la que esbozaban ellos. Una de sus camareras sostuvo la cola de su pellote según avanzaba por el camino. Cuando estuvo junto a los tres nobles, su altura hizo que pudiera mirarlos de frente sin tener que levantar los ojos. Berenguela se complació en erguirse. Desplegó toda su estatura de mujer y reina, y eso irritó a don Álvaro que ya había sufrido mal el que le impusiese el juramento humillante en la catedral de Burgos delante de toda la curia.

—Buenos días, señora. —Sin casi mirarla, se volvió hacia Enrique para hacerle una reverencia cortesana—. Señor.

El abad procuró quitar hierro a la situación e invitó a todos a

pasar a la sala capitular, cosa que hicieron de inmediato.

4

Pero no en todas partes estaban las relaciones tan tensas.

Mientras todo esto sucedía, Alfonso IX llevaba unos días en la ciudad de León, donde enseñaba San Isidoro a su hijo Fernando el Montesino o el Castellano, pues por ambos nombres se le conocía. Era sabido que la ciudad regia, tan hermosa y monumental, nunca había sido de su gusto. En realidad, sus estancias allí eran más bien cortas. Tampoco es que fuera raro, pues los reyes hispanos estaban acostumbrados a la itinerancia, desplazándose de continuo con sus cortes a lo largo y ancho de sus territorios. Pero Fernando se dio cuenta de que había algo más.

—No entiendo por qué tenéis tan poco apego a esta ciudad, padre.

—Porque la encuentro fría y vetusta —murmuró Alfonso. Y viendo la expresión del infante, añadió—: No me gusta, hijo, porque yo crecí en tierras gallegas. Me acomoda más aquel clima húmedo, de temperaturas más dulces. Muchos me llaman el Gallego por eso. Pero sobre todo porque aquí fui víctima de demasiadas intrigas… —Habían salido a las almenas. Desde allí se veía la agitación que reinaba extramuros por aquel costado, el de poniente. Hasta ellos subía el sonido de los martillazos que atizaba un herrero al yunque. El sol se ponía sobre el horizonte. Parecía una hermosa naranja suspendida—. Y mal que me pese, aquí me asaltan imágenes de mi pasado… La vida de un rey puede ser complicada, bien te darás cuenta por ti mismo. Todos tratan de influir en ti, y uno debe luchar por encontrar el camino adecuado… Ahora, entremos. Empieza a refrescar.

En cuanto desaparecía el sol, el frío era consustancial al páramo leonés. Padre e hijo se metieron en el torreón. Este había sido construido en tiempos de la reina Urraca la Temeraria y era como una prolongación del monasterio original. En torno a él se había edificado el conjunto palatino que desde hacía décadas era el orgullo de los reyes leoneses: resultaba más imponente incluso que

Las Huelgas. Desde el interior del torreón, por una abertura en uno de los muros, el soberano y su heredero podían asistir a misa sin ser observados. Dentro del mismo, Fernando se detuvo ante una pesada puerta.

—¿Quieres ver el cáliz?

—Mi madre me ha hablado de él… —dijo Fernando. Y se encaró con su padre. Su voz era también grave, el timbre semejante. Pero en su físico se revelaba su ascendencia materna y en ocasiones, cuando Alfonso IX lo miraba, creía ver en su rostro algo que le recordaba a Alfonso VIII. Eso le perturbaba—. Nunca me lo habéis enseñado.

Alfonso IX decidió satisfacer su curiosidad y llamó al mozo de llaves. Este se acercó con el manojo. Las oxidadas bisagras chirriaron. La cámara, al otro lado, estaba a oscuras. El rey ordenó a otro mozo de cámara, que esperaba en el pasillo, que trajera velas. La estancia estaba cubierta por mullidas alfombras orientales, algo polvorientas, igual que los arcones y la mesa pegada contra el muro. Por todo el lugar las pinturas que cubrían las paredes recreaban escenas cortesanas de tiempos de la reina Urraca. La Temeraria aparecía en más de una rodeada de su corte, con atavíos de su época. Parecía en tensión, como si desconfiara de aquellos que la rodeaban. Fernando se fijó en los personajes representados y en la sobrevesta de uno, el más cercano a la reina, reconoció los dos calderos negros del emblema de la Casa de Lara.

—Esta fue una de las antecámaras de la Temeraria. En la época de nuestro matrimonio, tu madre decidió guardar aquí esto… —dijo Alfonso. Se inclinó sobre el arcón. Lo abrió. Dentro había varios objetos y cogió uno de ellos, envuelto en un paño de terciopelo de color púrpura—. Es un tesoro tan preciado como las reliquias de San Isidoro. Sabrás que San Isidoro hace muchos milagros en León, y algunos tan importantes como los del apóstol Santiago… Dicho esto, yo siempre fui devoto de Santiago… Esta copa se la regaló el imán de Egipto al sultán de Denia. Por enviarle ayuda en tiempos de una hambruna tan importante como la que asola hoy Castilla. El de Denia se la regaló a la señora de Zamora, que era tía de la Temeraria. Dicen los hombres sabios que podría ser el Santo Grial, la copa que usó Cristo en la última cena. Eran sus más íntimos y entre ellos había un traidor. Eso los reyes debemos tenerlo siempre

en mente. Quien te va a traicionar es alguien cercano… ¿Qué te parece?

Fernando contempló el cáliz en silencio. La copa la formaban dos cuencos de ónice, uno revestido de oro y otro, invertido, que servía de peana. Ambos estaban unidos por una estructura en oro que los convertía en una única pieza y a su vez embellecida por filigranas, zafiros, perlas, esmeraldas y aljofares engastados en el metal. Al ver el cáliz, al hijo de Berenguela, a quien su madre había educado mucho y bien, se le erizó la piel solo de pensar que Cristo hubiera podido beber de aquella copa durante la última cena.

—Veo que os interesan las reliquias… —dijo una voz penetrante a sus espaldas—. Cuando murió la señora de Zamora, ese cáliz pasó a ser propiedad de la reina Urraca. La Temeraria le tenía mucho aprecio. Le interesaba la pasión del Cristo. Se identificaba con él. Las mujeres muchas veces entienden el calvario mejor que los hombres.

En la puerta había aparecido la figura austera de un religioso con la cabeza tonsurada, vistiendo los hábitos de un canónigo de la colegiata. Fernando se dio cuenta de que a su padre le incomodaba la presencia de aquel clérigo, cuya actitud, estaba claro, sentía como acusadora y censora de sus hábitos.

—Aquí estás, Lucas… No te esperaba.

—Os buscaba, señor, para el rezo de las vísperas. Y también a vos, don Fernando. Hay que aprovechar el tiempo que estéis en San Isidoro. Tenéis que estudiar más, si queréis avanzar en la ciencia de Dios y de los hombres. No basta solo con saber cazar y blandir la espada para ser un gran rey… ¿No estáis de acuerdo con lo que digo, señor?

—Desde luego. Ve con Lucas, Fernando, nos veremos más tarde —gruñó Alfonso.

Y quedó guardando el cáliz en tanto que Lucas y su hijo salían juntos de la estancia.

5

—Todo esto pasará, señora —dijo García de Campos—. En cuatro

años Enrique habrá llegado a su mayoría de edad. La tutoría de los Lara habrá terminado. Yo también habré regresado y, si lo estimáis, volveré a serviros. Pero no os torturéis más. Habéis hecho lo que creísteis mejor. Es normal que os sepa a derrota y traición lo sucedido en la curia. Pero pensad que habéis perdido una batalla, no la guerra. Don Álvaro sabe que tiene que respetar los límites marcados. Todos se han dado cuenta de que los derechos que os reserváis son los de regalía. Por eso no os perdona el juramento público. Pero está obligado a cumplirlo y, si lo hace, poco daño puede hacer. Las grandes decisiones siguen siendo vuestras.

El ya excanciller de Castilla y Berenguela habían regresado a Palencia. Ambos hablaban en una estancia del palacio episcopal. Quien se iba esta vez, por primera en años, era García de Campos: quería aprovechar para viajar por el reino de los francos y ver a viejos amigos. Su papel en la cancillería había dejado de tener sentido al perder Berenguela las competencias burocráticas de la regencia. Parte de la vieja corte había sido desbaratada y en las próximas semanas se organizaría otra nueva bajo la dirección de los Lara. Pero primero iba a acompañar a Jiménez de Rada y a los obispos españoles que viajarían a Letrán para asistir al concilio que convocaba el papa Inocencio, su amigo de antaño. No llevaba ningún cometido más allá de observar lo que sucediera e informar por escrito a Berenguela.

—El concilio durará pocas semanas. Antes de fin de año, don Rodrigo estará de vuelta —añadió. El arzobispo, Rodrigo Jiménez de Rada, había partido hacía unos días para Toledo: era allí adonde se dirigía García de Campos para encontrarse con él y viajar juntos —. Y el señor de Vizcaya permanecerá a vuestro lado con sus mesnadas si hace falta. Además, don Tello seguirá en la corte de vuestro hermano. Él os mantendrá informado de cualquier movimiento que hagan los Lara.

—Aun así, temo que don Álvaro aproveche vuestra ausencia para cometer algún desmán… —dijo Berenguela, que tenía la sensación de haber perdido, poco a poco, su influencia. Era como agua escurriéndose entre las manos.

—Quitaos temores, señora. Por el momento nos mantendremos informados. Cualquier tropelía que intenten contra vuestros derechos nos encontrará preparados y con apoyo pontificio. Las

relaciones de Castilla con el santo padre son cada vez mejores. Eso es fundamental. Y a don Álvaro no lo perderemos de vista. Hablaré con Inocencio. Tendrá que acatar su juramento… Pero no os pongáis la venda antes de la herida. Primero hay que esperar a que actúe don Álvaro, y cuando lo haga…

—Que lo hará… —dijo Berenguela.

—… No olvidéis que, si la cosa se pone fea, en algún momento la solución puede ser convocar una curia extraordinaria no solo de magnates y prelados, sino con representantes de las ciudades y concejos, que en Castilla tienen mucha fuerza. A falta de ejército propio, que como mujer nunca tuvisteis, esa sería una gran baza. A vuestro esposo fue el apoyo de los hombres buenos de los concejos en una curia extraordinaria lo que le permitió afianzarse en el trono…

—Pero eso sería a costa de ceder poder. Habría que definir muy bien los límites de esas contrapartidas… —dijo Berenguela. Y meneó la cabeza. Lo que la embargaba era una tristeza pesarosa y el pesimismo con respecto al futuro. Murmuró—: ¿De verdad creéis que cambiaría algo?

—Podéis mover los ánimos del pueblo. No olvidéis que a vos os han jurado lealtad y que, a falta de descendencia de vuestro hermano, seguís siendo heredera de Castilla. Vuestro padre se preocupó bien de ello. Y vos habéis hecho jurar fidelidad a don Álvaro sobre la cruz y los Santos Evangelios. Os habéis reservado los poderes regios. Si el Lara falta a su palabra, será tenido por traidor y perjuro. Sus detractores se sumarán a vuestro partido. Y, en todo caso, antes de que se atreva a lo peor habrán llegado los quince años de Enrique y podremos festejarlo.

—¡Que Dios os escuche! —exclamó Berenguela.

Pero su gesto era triste. Si hacía memoria, no recordaba despedidas que le hubieran apenado así desde que se vio obligada a abandonar León, una década atrás. Y, por supuesto, aquel otro viaje, ya muy lejano, cuando dejó Valladolid tras desposarse con Alfonso IX… Habían sido los momentos más difíciles de su vida, junto con el actual…

Salieron juntos al patio.

Tan pronto observó a García de Campos montar a caballo y alejarse seguido por los criados que guiaban las mulas cargadas, por

primera vez en muchos años, Berenguela recordó, con una sonrisa involuntaria, las incidencias de aquel primer viaje como recién casada…

6

La conversación había comenzado al inicio del camino hacia Zamora, según seguían el curso del Duero, con Valladolid a sus espaldas. En un principio guardaron ambos un silencio incómodo. Ya durante los festejos del día, la expresión adusta de Alfonso IX dejó ver que la ceremonia no era de su agrado. Su actitud había ofendido a los castellanos. Pero ahora el día quedaba atrás. Los dos cabalgaban al frente de su comitiva por la calzada que llevaba al oeste. Primero pasarían por Tordesillas, donde harían noche. Luego seguirían hasta Zamora, en cuatro o cinco jornadas, según apresuraran más o menos el paso.

—Llegaremos a Tordesillas antes del anochecer. Allí están los aposentadores de vuestro padre, no tengáis cuidado. Y mañana, a Toro.

—No tengo por qué tener cuidado. Ahora somos marido y mujer —dijo con aplomo Berenguela.

Al rey de León le gustó la compostura de la joven. La apreció más que durante el ceremonial, en Valladolid. Allí era normal: estaba rodeada de los suyos. En cambio, ahora se encontraba entre los ásperos leoneses que acompañaban a Alfonso IX. Sus camareras se habían retrasado un par de cuerpos de caballo.

—¿Y no os inquieta lo que ha de pasar? —preguntó, mirándola por el rabillo del ojo. Los caballos avanzaban indolentemente. El de Alfonso, de pelaje oscuro y brillante, sacudió nerviosamente la cabeza—. Algo os habrán contado sobre mí en vuestra corte.

—No soy tonta. En Castilla corren habladurías sobre vos. Pero yo me formo mis propias opiniones. Sé valorar a un hombre por mí misma… Y sé luchar mis propias batallas.

Alfonso IX alzó las cejas. Durante los festejos le había sorprendido la estatura de Berenguela. Le habían dicho que era alta, pero cuando estuvieron uno frente al otro pudo comprobar que casi

llegaba a la suya, lo que hizo que sus miradas se cruzaran: a eso no estaba acostumbrado. Y hubo de admitir que le gustaba. El carácter que ella demostraba, sin mostrarse ni sumisa ni insolente, también le agradó.

—Decidme cuáles son esas habladurías. ¿Qué habéis oído contar?

—Lo principal: que le tenéis enemistad a mi padre desde que le rendisteis vasallaje. Que por eso, después de Alarcos, atacasteis indignamente a Castilla, aliándoos con los almohades. Y que desde que el papa de Roma anuló vuestro matrimonio con Teresa de Portugal, habéis convivido con varias mujeres —contestó la castellana.

—¿Y sabiendo todo habéis aceptado este matrimonio?

—Lo he aceptado, señor, porque muchos sabios buenos creen que es la única solución para que haya paz y acaben los desastres de la guerra entre nuestros reinos. Mi misión es daros un heredero en el que se unan la herencia castellana y leonesa… En cuanto a vuestras relaciones anteriores, son cosa del pasado. Podéis estar seguro de que nunca hablaré de ellas ni os las reprocharé. Y confío en vuestro honor para que cumpláis las promesas que me hicisteis hoy ante Dios.

—Vaya…

—Hemos de lograr que nuestros pueblos dejen de luchar. Y espero contar con vuestra promesa de que pondréis todo de vuestra parte para ello.

—La tenéis, señora —sonrió el leonés—, la tenéis.

7

Poco a poco, el humor del rey de León había ido cambiando. Le hacía gracia esta joven tan decidida y voluntaria. El paso tranquilo de la comitiva y la bruma que los envolvía y caía sobre el paisaje cada vez más árido animaban a la conversación. Unos momentos después, sin casi darse cuenta, Alfonso IX le habló de su madre recuperada, que estaba en Zamora, ciudad en la que había nacido y a la que tenía especial aprecio.

—La visitaré a nuestro paso por la villa… No tenéis por qué acompañarme para conocerla, si no queréis.

—Al contrario, me complacerá hacerlo —dijo Berenguela.

—Se fue de la corte de mi padre cuando yo tenía cuatro años. No volví a saber de ella hasta hace poco. A mí me criaron en Galicia, os habrán dicho. Y saber que mi madre está viva, después de tantos años en los que me habían hecho pensar lo contrario… Me ha afectado más de lo que esperaba.

—Es natural. A cualquiera le habría afectado.

El ambiente se iba distendiendo. Cuando llegaron a Tordesillas y se aposentaron, Alfonso IX tenía en el rostro una expresión casi amable. Los dos tomaron un refrigerio en el refectorio del castillo en lo alto del cerro. Desde allí podía verse el señorial Duero. Con cada legua que avanzaban, el río ganaba caudal. Hasta ellos llegaba el ruido de sus aguas al golpear sobre las rocas. Al caer la noche, después de asearse cada cual por su cuenta, al entrar en la cámara que les habían preparado, el leonés se encontró con que Berenguela ya esperaba instalada bajo el dosel del lecho. La cortina lateral del pabellón, aquella que miraba hacia la puerta, estaba descorrida. Berenguela se había acomodado entre los varios cojines y almohadas. Había una única vela encendida en una mesita cercana.

Deshaciéndose de sus ropas, Alfonso IX quedó desnudo, de pie delante de ella. Su cuerpo era bien proporcionado. Un vello varonil cubría el torso musculoso, cruzado por alguna cicatriz que no lo afeaba. Las buenas proporciones se mantenían cuando se bajaba la vista. La joven se fijó en el miembro viril que colgaba y que poco a poco fue cogiendo volumen sin necesidad de estímulo. Berenguela le miró a los ojos y le sonrió.

—¿No yacéis conmigo, hombre de las montañas?

—Pensé que tendría que enseñároslo todo…

Alfonso se metió debajo de los linzuelos, las sábanas, aquel invento musulmán, tan higiénico, que poco a poco se había ido adoptando en las cortes de los cinco reinos. Ella, vestida para la noche, le acogió entre sus brazos.

—Mucho tendrás que enseñarme, pero algo ya me han contado mis camareras y mi madre…

Se dieron el primer beso.

Más tarde Alfonso IX siempre diría que Berenguela tenía el

aliento más fresco de cuantas mujeres había besado, y también que se mostró desde el principio como la más apasionada de sus esposas. A pesar de su inexperiencia y de una educación que reprimía la sensualidad, la castellana se entregó a él sin reservas, cumpliendo también en eso con su deber. Todos cuantos la conocían sabían que había sido una mujer valiente en todas las facetas de su vida. Prefería, en cada ocasión, coger el toro por los cuernos. En eso nunca fue a la zaga de su marido.

Y ahora, al cabo de los años, cuando se enzarzaba en ese litigio con los Lara, a los que se había visto obligada a ceder la tutela de su hermano, le tocaba de nuevo demostrar su carácter y mientras se retiraba a sus aposentos fue pensando en el tiempo que quedaba por delante hasta que Enrique alcanzara la mayoría de edad.

Porque Berenguela ya intuía que el enfrentamiento con los tres señores de Lara iba a resultar, tarde o temprano, inevitable.

Lo que nunca pensó es que fuera a ser tan brutal.

8

7 de agosto de 1216

De Enrique rey de Castilla a mi amadísima hermana Berenguela, reina de León y de Galicia.

Hermana querida,

Te escribo por este cauce secreto que convinimos para comunicarte que los Lara han descubierto al caballero calatravo al que enviaste para liberarme: aquel con quien debía escapar para reunirme contigo en Autillo antes de que estalle la guerra que todo el mundo dice que va a estallar, y a quien por eso mismo han apresado y torturado.

Mi terror, cuando don Álvaro me lo anunció, no tuvo límites. Me hubiera gustado poder defenderte de las acusaciones que te hacía en mi presencia. Pero tú misma me has dicho, hermana, que no puedo oponerme frontalmente, sino que debo dejar pasar el tiempo y aguantar hasta que cumpla los quince años.

—Vuestra hermana Berenguela, señor, acaba de romper todas

las amarras. Lleva meses sembrando la discordia, desesperada porque se le escapa el poder. Pero ha dado el paso que mis hermanos y yo esperábamos. Y la prueba es esta carta que os traigo. En ella podéis leer de su propia mano cómo ha encargado a su gran amigo y aliado el señor de Vizcaya que se ocupe de vuestra muerte. ¡Mirad! ¡Comprobadlo vos mismo! —Mientras hablaba, don Álvaro me mostró una carta. Era una carta llena de frases horrendas con tu sello. Luego dijo que todo era porque no soportas que, buscando lo mejor para Castilla, él concertara mi matrimonio con la hermana del rey de Portugal, que eso nunca lo has querido y que por eso has conseguido que el papa lo anule, amedrentando a los portugueses—. Pero lo que no ha podido impedir es que mis hermanos y yo utilicemos nuestras relaciones con el rey de León para acordar vuestro enlace con su primogénita Sancha. A diferencia del portugués, Alfonso no teme al papado y ya os anuncio que juntos llevamos un tiempo trabajando en este matrimonio, que es el que más os conviene.

—Pero, don Álvaro —dije—, si el papa ha anulado mi matrimonio con la infanta portuguesa, ¿no lo hará igualmente con Sancha? ¿Acaso no somos hijos de primos carnales? ¿Y no fue la consanguinidad entre reyes leoneses y castellanos la causa de la anulación del matrimonio de la propia Berenguela?

Ciertamente, señor. Pero vuestra hermana y don Alfonso desoyeron las resoluciones del papa durante más de cinco años, durante los cuales tuvieron cinco hijos, de ellos dos varones, y a los dos los ha acabado legitimando Roma. Lo mismo pasará en vuestro caso. Sois joven. Pero pronto tendréis edad para procrear. Y por eso me hace la guerra vuestra hermana. Porque para ella la prioridad, el bien que quiere proteger a toda costa, nunca habéis sido vos, sino su hijo Fernando. Hasta hoy aún guardaba las formas. Pero hoy se ha quitado la careta. Y lo hace con esta carta en la que propone nada menos que vuestro asesinato, demostrando que a partir de ahora no se detendrá ante nada —exclamó. Yo le miraba sin siquiera pestañear. A él el odio le hacía temblar la voz y su único ojo lo clavó en mí para decir—: A partir de este día, no hay compromiso posible. Son demasiados meses alborotando el reino en mi contra. Vuestra hermana y yo vamos a la guerra con

todos nuestros partidarios. Ya solo puede haber una persona al frente del reino. Y vos, señor, haréis bien en guardaros, en adelante, de comunicar con ella.

Salió dando un portazo y me dejó temblando, hermana. ¿Es cierto lo que dice, Berenguela? ¿Es cierto que vais a luchar en una guerra fratricida? Y si esto es así, ¿dónde quedo yo? Porque a mí me encontrará esa guerra en el bando de los Lara. ¿Me estarás atacando, entonces, Berenguela, a mí? Contéstame, por favor, porque no sé ya qué pensar.

Enrique

Capítulo once

Muerte en Palencia

> «En todo esto, el conde don Álvaro, no sabiendo cómo contener su arrogancia, comenzó a decir a la reina doña Berenguela y a maltratarla de palabra, diciendo que tomase todo lo que le había dado su padre; y aún más, con su gran locura y su gran soberbia, le dijo que se fuese ella misma del reino y que no se quedase en ninguna parte del mismo…».
>
> PRIMERA CRÓNICA GENERAL

1

—¡Cuidado!

A Enrique le alcanzó otro golpe. Era ya el tercero: dos le habían dado en los hombros y este último en el casco, una capelina pequeña que se le cayó dejando al descubierto la cabeza cráneo. Afortunadamente, llevaba por debajo un recubrimiento de cuero, el almófar, y el cuerpo protegido por un gambesón. Pese a ello, cada golpe dolía. Lo mismo daba que fuera con una espada de madera. Enfrente tenía al conde de Lara, que lo miraba con dureza con su único ojo.

—¡No os quejéis, señor! ¡Defendeos! ¡Sois el rey de Castilla! ¡El mundo está esperando que os hagáis un hombre y os pongáis al frente de vuestro ejército como llevamos haciendo ya muchos meses mis hermanos y yo por defenderos!

Un nuevo golpe se abatió sobre su cabeza. Enrique procuró frenarlo con su espada, pero el arma cayó al suelo. Entonces retrocedió un paso y el conde aprovechó para hacerle tropezar. Tendido en el patio, Enrique levantó las manos en señal de rendición.

—¡No os rindáis nunca! ¡Un musulmán jamás os daría clemencia! —El conde le puso la espada en el cuello—. Si yo hubiera pedido clemencia en la batalla de Las Navas, no me la habrían concedido. Ni se recibe ni se da clemencia en la guerra

contra los infieles. Ni siquiera vuestra hermana nos daría cuartel ahora mismo.

—¡Pero esto no es una batalla de verdad! —dijo el joven rey.

—Pero muy pronto podría serlo. La guerra se expande por todo el territorio, señor, y una vez desatada ya no parará hasta que solo quede uno de los bandos. Si queréis llegar a reinar sobre los castellanos, tenéis que convertiros en un hombre y luchar.

Gonzalo de Lara, a quien, como a Álvaro, había hecho conde Enrique no hacía mucho, y que andaba cerca, recordó al rey que había que aguantar los golpes con las plantas bien clavadas en el suelo, y que lo más importante en combate era no caer y resistir. Álvaro, a quien se le veía satisfecho, asintió. Las lecciones que daban eran pertinentes, y más en tiempos de guerra. Aunque Enrique todavía no cogía las armas, algunos de sus compañeros del Estudio General, todos donceles de la Casa del Rey, ya podían hacerlo, y pronto él mismo debería estar en disposición de liderarlos.

—Andad, cambiaos e id a jugar con el resto de vuestros compañeros —dijo don Álvaro—. Y decidle a don Tello que no tardaremos en marchar. Los partidarios de vuestra hermana siguen llegando a Autillo. Debemos afrontarlos de una vez por todas en vuestro nombre antes de que la rebelión llegue demasiado lejos. Vos sois el rey y yo vuestro procurador y tutor legítimo, señor, no lo olvidéis.

Enrique asintió y salió corriendo. Mientras tanto, Gonzalo se acercó a su hermano. Era una mañana de estío. El sol asomaba alegremente por encima de unas nubes bajas. El aire fresco y húmedo del Carrión resultaba vigorizante. Los dos respiraron profundamente. Álvaro recuperaba el resuello. Había una veintena de guardas suyos congregados en el patio.

—Todavía no está preparado para liderar hombres —dijo el segundogénito de los Lara.

—No, y tardará en estarlo —dijo Gonzalo, que era bastante más tranquilo que su hermano—. Pero mejor así. Es hora de hablar con nuestros aliados. Hay que organizar el asedio a ese castillo en el que se refugia esa mujer. No podemos retrasarlo más.

2

A esas alturas estaba declarada la guerra abierta con los partidarios de Berenguela. Por todas partes se sucedían incidentes entre uno y otro bando. Mientras la hermana de Enrique reunía a los suyos en Autillo, los partidarios de los Lara no dejaban de acudir a Palencia, adonde los convocaban los tres condes: la ciudad se había convertido en una suerte de cárcel para Enrique, que vivía en ella aislado de su familia.

De los nobles y oficiales que hubo al inicio de la regencia de Berenguela solo quedaba el obispo Tello, que, por su edad y por el respeto que inspiraba después de tantos años al servicio de la familia real, cumplía una función moderadora en la corte de Enrique. Don Tello hacía llamadas a la paz, igual que el arzobispo don Rodrigo y los obispos del reino. Pero sin éxito: el ambiente estaba exacerbado. Castilla entera parecía querer la guerra. Al propio Tello le acusaban de no ser suficientemente larista.

El resto de la mañana, en tanto que en la sala capitular del palacio episcopal se preparaba la campaña contra Berenguela, Enrique la pasó junto al grupo de donceles, muchos relacionados con los Lara, que crecían en la remodelada corte: nuevos compañeros que en el último año habían sustituido a aquellos que lo acompañaron antes. Enrique se complació en enseñarles a todos el chichón y los moretones que empezaban a verse en su cuerpo a causa de la lucha con don Álvaro.

—¿Creéis de verdad que habrá guerra con los seguidores de mi hermana? —preguntó de pronto.

—Dicen que es seguro —contestó uno de los donceles, que era sobrino de don Tello.

Arrancaba el verano. Enrique y sus compañeros andaban en el patio justo antes de la misa. Había mucha animación en Palencia, a causa de las tropas que seguían acampadas a orillas del Carrión en espera de que los Lara les ordenasen marchar sobre Autillo. Pero en el palacio episcopal, bien guardado por hombres del tutor, solo entraban, si acaso, algunos freires y altos responsables civiles y religiosos de la ciudad. Los demás permanecían a orillas del río. Había mucho movimiento entre palacio y campamento.

3

A los donceles les costaba mantenerse quietos, con los bonetes puestos. Se los quitaban a medida que el sol apretaba. Pronto, olvidando la guerra, se pusieron a jugar con lo que tenían a su alcance. En un lateral del patio, uno retó a los demás a apedrear una paloma aposentada en lo alto del tejado, junto a un canalón.

—Ahí arriba, ¿no la ves?

A la primera piedra siguieron otras. Y tanto erró el mozalbete que, al apuntar a la paloma que zureaba junto al canalón, el proyectil dio en el borde del tejadillo. Con tan mala suerte que una teja suelta se desprendió y cayó, desde una altura de cinco o seis metros, justo sobre Enrique. La teja desprendida le dio de pleno en el cráneo cuando el joven rey se apoyaba en el muro para descansar.

—¡Cloc!

El golpe fue tan fuerte y seco que Enrique perdió el sentido. Quedó tendido en el suelo. Manaba sangre por lo alto de la cabeza. Aquello fue tan rápido que Enrique ni siquiera se dio cuenta de lo sucedido. El patio quedó, súbitamente, mudo. Resultó inenarrable el estupor aterrado de la muchachada y el del propio obispo Tello, al que los donceles llamaron a grandes voces y que llegó corriendo torpemente, con su cuerpo gastado de sesentón, levantándose la sotana, hasta el caído.

—¡Por Dios Santo! —exclamó con voz desgarrada. Su vista se escapó hacia lo alto. Por allí tuvo la sensación de ver huir una sombra.

Durante los últimos meses, don Tello se había visto obligado a acatar la autoridad de los tres condes de Lara, y mal que le pesara, cumplía con su cometido haciendo prueba de la máxima responsabilidad. Y lo mismo Jiménez de Rada, que como arzobispo de Toledo se esforzaba en mantener su neutralidad y que, aunque en un principio se dejó convencer por quienes pensaban que convenía tener a un hombre con experiencia guerrera al frente del reino, después, viendo el comportamiento de don Álvaro, había ido cambiando de parecer. A don Tello le dolía especialmente saber que el tutor había mostrado a Enrique una carta con el sello de Berenguela donde ella, supuestamente, ordenaba al señor de

Vizcaya asesinar por envenenamiento a su propio hermano. No hacía tanto de ello. Hoy lo recordaba porque al ver aquel cuerpo tendido las peores sospechas se apoderaban de él. No hubo tiempo de más: enseguida envió a un criado a avisar al tutor. Unos momentos después, un sirviente visiblemente acongojado entraba en la sala capitular interrumpiendo una reunión de los capitanes de su mesnada con don Álvaro y le instaba a salir al patio.

—Me estáis interrumpiendo en mitad de un consejo.

—Señor, me manda don Tello. Dice que es muy urgente.

Al criado le temblaba tanto la voz que el conde abandonó de inmediato la asamblea. Lo hizo con paso apresurado, seguido por dos miembros de su guardia personal a los que hizo seña. En el patio pudo ver el corrillo formado en torno al cuerpo que yacía acurrucado junto al muro. Entonces él también palideció. En un instante se había ennegrecido el horizonte político de la Casa de Lara.

4

La orden que dio don Álvaro de entrada, como consta en las crónicas, fue guardar silencio. La impresión que le causó ver a Enrique tendido, con el cráneo hundido, fue tremenda. Su semblante se demudó…, y eso que era un hombre curtido en mil batallas.

Tras enviar a por sus hermanos y ordenar al guarda mayor que cerrara el patio y no dejase entrar ni salir a nadie, se encaró con el médico judío que acudía a la llamada del obispo Tello. Y cuando vio que este meneaba la cabeza, dando a entender que poco podía hacerse, fulminó con la mirada al grupo de donceles asustados que aguardaba a un lado.

—Nadie puede entrar ni salir del palacio —dijo a sus guardas—. Queda prohibido hablar de lo ocurrido. Vosotros dos, llevad al rey a su cámara. Acompañadme, don Tello, porque vos y yo hemos de hablar. Y también tú —dijo al físico—, síguenos.

Los guardas se acuclillaron junto a Enrique. Entrambos alzaron sin dificultad su cuerpo. Con el muchacho inerte en brazos, no

tardaron en desaparecer en el interior del edificio. Lo subieron a sus aposentos. Uno llevaba el bonete de Enrique en la mano. En el patio quedó don Álvaro, que, inmóvil en el lugar donde estuvo el cuerpo del rey, sujetaba, como un sonámbulo, la teja ensangrentada. Del palacio episcopal salieron otros guardas para asegurar el cierre de todas las entradas.

—Vosotros quedaréis en el palacio. Está prohibido hablar de esto con nadie, ni siquiera con vuestras familias. ¿Lo habéis entendido? —Y mirando a los maestros que aguardaban a un lado, añadieron—: Vosotros también os quedaréis hasta que el rey mejore.

Unos momentos después, en una de las cámaras privadas del edificio, arriba, Álvaro de Lara se encaró con el médico judío. Le instó a decirle el nombre de los mejores galenos de Palencia, ya fueran moros, cristianos o judíos. Bajo sus indicaciones, los mozos de palacio salieron a buscar a tres médicos, que lo habían sido en la corte de Alfonso VIII, escogidos entre los más fieles a los Lara. No tardaron en aparecer y, tras discutir en murmullos en la antecámara del infante, los hombres de ciencia solicitaron hablar con el tutor del rey. Quien tomó la palabra fue el médico judío.

—Mis colegas creen que la trepanación es la única posibilidad para que el rey salve la vida… Es arriesgado, pero es factible.

—Entonces hacedlo de inmediato. ¡Que traigan a estos hombres todo lo que necesiten, guardas! ¡Y muchas velas, que tienen que ver!

5

Casi tres horas tardaron los físicos en realizar su cirugía. Tres horas que parecieron una eternidad y durante las cuales Álvaro de Lara en ningún momento se movió de la silla que le habían instalado en la esquina más oscura la cámara.

Desde su rincón, envuelto en sombras, el tutor del rey observó los movimientos y murmullos que intercambiaban los galenos en torno a la camilla elevada donde se había tendido a Enrique. Allí procedieron a afeitarle la cabeza cuidadosamente alrededor de la

herida mientras que el que dirigía a los otros —un hombre de mirada brillante, patillas boscosas y tranquila autoridad— cogía el cuchillo de sílice y se preparaba para efectuar la trepanación que había prescrito él mismo, recortando los bordes de la herida, limpiando de esquirlas la parte afectada.

El tiempo parecía haberse detenido. Los médicos murmuraban entre velas. Se afanaban sobre la cabeza del enfermo inconsciente. Cada poco se limpiaban las manos en un aguamanil que les acercaba un asistente que se ocupaba de cambiar el agua. Finalmente, los cirujanos terminaron su intervención y el médico judío dijo a don Álvaro:

—Ya está. Hemos terminado. Hemos podido retirar del cerebro las esquirlas de hueso desprendidas por el golpe.

Oyendo aquello pareció que Álvaro de Lara recuperaba la vida. Levantó de pronto la vista. En su mirada aparecieron los destellos de una esperanza insensata, al tiempo que murmuraba:

—¿El rey está vivo?

Por su mente, mientras procedía la operación, habían pasado todos los pensamientos imaginables y los escenarios más diversos. Ninguno era bueno.

—Por el momento, ha sobrevivido. Mañana podremos decir algo más. Yahvé dispondrá. Seguid limpiándole la herida. Ponedle paños húmedos en la frente para que le baje la temperatura. Poco más se puede hacer… Pero el derrame, al menos, lo hemos detenido.

El físico se puso la kipá, se acarició las largas patillas y se despidió con una última mirada inquieta hacia el doliente: el hombre sabía mejor que nadie lo que estaba en juego. Y ya cuando en el palacio episcopal se supo que el enfermo había superado la operación, no fue únicamente don Álvaro quien respiró, sino toda la corte, pues empezaban a circular rumores cada vez más descabellados.

En los campamentos junto al Carrión, los soldados recibieron con alivio la noticia de que pronto se pondrían en marcha para atacar Autillo. Sonaron las campanas de San Antolín y fue como si la vida tomara otra vez impulso. El propio don Tello, con la expectativa de la marcha de los Lara, sintió que el palacio episcopal, que desde su llegada había sido tomado por la corte, era suyo de nuevo.

Las cosas parecían volver poco a poco a la normalidad, cuando el obispo de Palencia salió de la capilla donde había rezado fervorosamente por la recuperación de Enrique, para dirigirse al refectorio y reunirse con Álvaro de Lara y sus lugartenientes. Pese a ello, la preocupación que sentía era enorme.

6

—¿Y qué se sabe de Enrique? Decís que los físicos han afirmado que salió bien de la operación, pero ¿se recuperará?

—No es seguro, señora. Se dice que tras el accidente el conde ha permanecido junto a vuestro hermano, que agonizaba entre fiebres y delirios, durante días. En todo ese tiempo, a don Álvaro apenas se le ha visto en público. Lo único claro es que su ejército se ha puesto en marcha sin que nadie haya vuelto a ver al rey. Cuando la cancillería rompió su silencio fue para asegurar que Enrique estaba sano y había abandonado Palencia con los físicos que se ocupan de su recuperación, cosa que nadie corrobora todavía.

Quien hablaba así era Ruiz Girón, el mayordomo real hasta que Álvaro de Lara, al expulsar a Berenguela de la corte, lo sustituyó, junto a otros altos oficiales, por hombres de su confianza. Ruiz Girón era uno de los fieles que se mantenía junto a Berenguela en su enfrentamiento con los Lara y era en su castillo palentino de Autillo donde la regente se refugiaba. Como su padre fue mayordomo del rey, se había criado en la corte, que conocía como la palma de su mano, y había sido también mayordomo de Alfonso VIII, luego de Leonor durante los pocos días que duró su regencia, y después de Enrique antes de que reapareciera Álvaro de Lara, con quien colisionó frontalmente. Desde entonces, vivía en el exilio junto con Berenguela. A su lado estaban también García de Campos, que, tras regresar de su largo viaje, volvía a ponerse al servicio de Berenguela; Lope Díaz de Haro, el actual señor de Vizcaya, enemigo de los Lara desde el principio; y Alfonso Téllez, hermano del obispo Tello.

—Son unos malnacidos —dijo Berenguela—. Pero si Enrique ha muerto y no está en Palencia, ¿adónde se han llevado el cuerpo?

—Pensamos que al castillo de Tariego, señora. Es allí adonde fueron los otros dos condes de Lara después de haberse separado de Álvaro y el resto de las tropas. Sin embargo, no se sabe a ciencia cierta. El traslado han debido hacerlo en lo más cerrado de la noche. En todo caso, el secreto que pretendían imponer ha resultado imposible. Hay demasiada gente por medio: donceles, criados, guardas reales, el propio don Tello, que tras la salida de los Lara vuelve a escribirnos y a enviarnos mensajeros. Eso por no hablar de los espías que pululan en cualquier corte. Y hemos sabido que el arzobispo de Toledo, don Rodrigo, ha llegado al campamento de don Álvaro… Si es así, es porque sospecha algo.

—Pero si Jiménez de Rada conociera la muerte de Enrique, nos lo habría comunicado. Él siempre estuvo de mi lado.

—Cierto, señora —dijo Ruiz Girón—. Pero en un momento como el actual también él ha de andarse con ojo. No se sabe quién saldrá vencedor de esta guerra. Enrique sigue siendo el rey, y Álvaro de Lara es su tutor legítimo. Vos misma le cedisteis la tutela, y con ella la gobernación del reino. Es normal que el arzobispo intente mantener una cierta equidistancia. En tanto que don Álvaro no le ataque directamente o se enfrente a Letrán, procurará evitar la confrontación. En cualquier caso, de aquí a pocos días se sabrá en todas las cortes si el rey de Castilla está muerto o no. Es algo que no se puede ocultar mucho tiempo.

—No lo dudo. Pero el secreto va en nuestro favor. Debemos aprovecharlo y actuar antes de que se sepa lo que ha pasado —dijo Berenguela. Ella se había colocado desde el primer momento en la certeza de la muerte y, dándose perfecta cuenta de sus implicaciones, estaba decidida a adelantarse a los acontecimientos. A esas alturas, hacía unos meses que vivía en el castillo de Ruiz Girón, único lugar seguro tras abandonar Palencia, dado que no podía permanecer en la corte, donde temía que la hicieran prisionera, y tampoco marchar demasiado lejos. Los magnates afines y sus tropas se le habían ido acercando, y en esos instantes acampaban extramuros, ladera abajo, protegiendo Autillo, en espera de la batalla inminente y a sabiendas de que se estaba reuniendo el pequeño consejo que formaban sus más cercanos—. Y si, por lo que sea, no hubiera muerto mi hermano…

—En ese caso, señora, habría escasas consecuencias: la guerra

está declarada. Pero si en verdad ha muerto Enrique, entonces —dijo García de Campos, retomando la palabra con su proverbial claridad y sentido común—, en ausencia de otros hijos varones, vos sois ahora reina de Castilla. Pero ello será negado por los Lara, y no faltarán juristas que les den la razón. Podemos estar seguros de que en eso están trabajando ahora mismo.

—¿Y en base a qué fundamentos puede nadie negar mi legitimidad?

7

—Según los juristas —contestó García de Campos—, todo se remite al Tratado de Sahagún firmado entre vuestro abuelo y el padre de vuestro marido, entonces reyes respectivos de Castilla y de León. Dice que si uno de los dos muere sin hijo legítimo entonces corresponde al otro heredar el reino vacante, y vale para los hijos y los nietos. Si Enrique muere, siendo él el último hijo varón de vuestro padre, y aunque según la tradición castellana las hembras pueden heredar el trono, es seguro que vuestro esposo invocará ese tratado y reclamará el trono. En ese caso, los Lara se pondrán de su parte, pues preferirán entregarle el reino a él antes que a vos. Me juego la mano a que es lo que estarán tramando ahora mismo. Aunque tampoco podemos descartar que intenten asesinaros de forma que parezca una muerte accidental. Durante el asedio a este castillo, por ejemplo.

—Y si es el caso, entonces, ¿qué me aconsejáis, señores?

—Hay que presentarse con el heredero. Quien tenga al heredero tiene el futuro del reino. En mi opinión, es necesario obrar con la máxima rapidez y tomar la delantera. Lo más inteligente, ahora mismo, sería traer a Autillo a vuestro hijo Fernando —continuó García de Campos—. Y que se aparte de su padre, pues si Enrique muere, los intereses del rey de León serán contrarios a los vuestros, y vuestro hijo podría convertirse en rehén contra vos. En Castilla, ver a un varón en edad a vuestro lado tranquilizará a quienes piensan que tener a una mujer a la cabeza del reino es una debilidad y quienes no quieren que un leonés los gobierne. Y

abdicar en Fernando, siendo varón y castellano, siempre sería una posibilidad…

Berenguela miró a su canciller, pero acalló las palabras que venían a su boca. Ella se sabía preparada para reinar. Para eso la educaron desde niña. Había estado junto a Alfonso VIII mientras este recibía a embajadores, en las reuniones de la curia, o cuando se tomaban grandes decisiones. Fue reina de León durante los años de su matrimonio. Y, pese a todo, había sido postergada como heredera en tres ocasiones: durante los meses de vida de su hermano Sancho, en favor de su hermano Fernando, y finalmente con Enrique, cuando además se vio obligada a ceder la gobernación del reino a los Lara. Ahora mismo, en ausencia de descendencia, era la heredera al trono. En los últimos meses había defendido sus derechos sucesorios como un gato panza arriba, a la desesperada, consiguiendo incluso anular el primer intento de matrimonio de Enrique. Y había dado sus frutos. Con Enrique muerto, ella era la reina legítima y, si llegaba a ser el caso, no tenía la menor intención de abdicar. Haciendo un esfuerzo, apartó las ideas que bullían en su mente. Delante de aquellos hombres, dijo:

—Fernando sigue en Toro con su padre… —Miró a García de Campos. Su antiguo canciller era ya sexagenario, pero su inteligencia seguía viva y despierta: nunca había dejado de ejercitarla. Su salud era excelente. De vuelta de sus viajes por el reino de los francos, parecía revitalizado y dispuesto a la lucha en su favor. De sus peripecias vitales acabaría dejando constancia en su conocido libro *Planeta*.

—Entonces, hay que traerlo a toda prisa —intervino el joven señor de Vizcaya—. Coincido con el canciller en que conviene que el infante esté a vuestro lado. Todos sabemos que Alfonso IX es imprevisible… Y una vez aquí vuestro hijo, señora, será necesario que os jure fidelidad, aunque sea delante de los presentes, por pocos que seamos.

—Estamos de acuerdo, señora —concluyó García de Campos—. Y si se confirman nuestros temores, luego de proclamaros reina, de manera inmediata se enviarían mensajeros a todas las villas castellanas recordándoles el juramento de lealtad que os hicieron en su día. Pero, entretanto, conviene evitar la batalla con los partidarios de los Lara, como ellos están buscando. Nuestras tropas

quieren luchar. Pero no creo que nos convenga… Hay que ser astutos.

8

—¡Por ahí! ¡Detrás de esos matorrales!

—No, padre. ¡Vienen por allí, a vuestra derecha!

Padre e hijo a caballo permanecían apostados entre retamas y tomillos en una pequeña vaguada a la espera del jabalí que debía aparecer azuzado por los monteros que con sus sabuesos seguían su rastro desde muy temprano. Había llovido recientemente. Los caminos estaban embarrados. Por eso se movían con precaución. Se oía a los perros ladrar nerviosamente en pos del rastro del jabalí. Aquella mañana ya habían cazado alguna presa, incluyendo dos zorros y un lobo, que los monteros desollaron sobre el terreno y cuyas pieles se apilaban sobre una de las monturas.

—¡Fernando, los perros vienen hacia aquí por el otro lado!

Fernando se posicionó como indicaba su padre: no era la primera vez que salían a cazar juntos. Sabía lo exigente que era el rey de León. Al mismo tiempo, y sin dejar de prestar atención, por el rabillo del ojo podía ver a lo lejos, en lo alto del promontorio, las murallas de Toro y el alcázar en el que se alojaban cuando estaban en aquella villa, una de las preferidas de su padre. «Qué hermoso es todo esto», pensó. Cada cual iba armado con una jabalina y un cuchillo. En aquella batida se habían separado padre e hijo cincuenta metros. Ambos habían ido convergiendo hasta aquella vaguada llena de espinos y zarzamoras. Por ella corría uno de los muchos arroyuelos que luego desembocaría en el Duero. En un momento se oyó el aullido lastimero de un lebrel, seguido de un ladrido excitado. Luego se escucharon los gruñidos belicosos de los alanos.

—¡Por ahí vienen! —exclamó Fernando, a quien la caza siempre excitaba los sentidos. Su tez clara se había enrojecido por el esfuerzo. Su cuerpo se veía fuerte, bien musculado. Ya no era un adolescente, sino un hombre completo. Desde que estaba con su padre había dejado crecer su cabello castaño claro, que le llegaba a

los hombros, y una incipiente barba le poblaba el rostro. Los monteros ya aparecían por detrás de los matorrales, cuando les llamó la atención la presencia de un jinete por la ladera que bajaba desde el alcázar. No tardó mucho en llegar hasta ellos.

—¡¿Qué quieres, mensajero?! —preguntó el rey, volviéndose sobre su caballo endrino.

—Señor, ha llegado a la villa una comitiva castellana de Autillo. Dicen que vienen de la parte de vuestra esposa Berenguela con noticias importantes.

Don Alfonso lo miró con el ceño fruncido. A continuación, miró de nuevo a lo lejos, de donde se oía a los monteros azuzando a sus perros.

—¡Se acabó la cacería! —exclamó—. ¡Regresemos al alcázar!

9

—Señor, vuestra esposa nos envía a comunicaros que atraviesa la más penosa de las situaciones y que teme que los Lara y sus partidarios asalten el castillo de Autillo donde se refugia —dijo Lope de Haro, quien, tras la muerte de su padre, tomaba cada vez más protagonismo en la política castellana y era ya la cabeza de la oposición a los condes de Lara.

A pesar de su juventud, al señor de Vizcaya, a quien se apodaba Cabeza Brava por algo, se le reconocía la jerarquía. Nadie ignoraba la enemistad que se tenían él y los Lara. Pese a los sucesivos casamientos entre las dos familias, la inquina persistía. Era cierto que su madre pertenecía al linaje de los dos calderos, pero hacía años que había abandonado a su marido por otro hombre. A ese respecto, se contaba que, en la víspera de la batalla de Las Navas de Tolosa, en la que su padre Diego López de Haro dirigía la vanguardia del ejército cristiano, le dijo: «Padre, solo quiero que por la mañana no me llamen hijo de un traidor». «Podrán llamarte hijo de puta —repuso el mayor de los Haro—, pero nunca hijo de un traidor, eso te lo aseguro, hijo».

—Por eso reclama vuestra ayuda, señor —continuó—. Berenguela sabe que no deseáis intervenir en contra de los Lara en

la contienda por la regencia de Castilla. Es por ello por lo que únicamente requiere la presencia de don Fernando. Con vuestro hijo en Autillo, el conde de Lara no se atreverá a atacarla.

La entrevista se desarrollaba en el alcázar que había mandado construir Alfonso IX en los altos de Toro, continuando la muralla de la ciudad, que miraba hacia el majestuoso Duero, en el codo que hacía este al pie de los grandes cerros que convertían el lugar en una plaza prácticamente inexpugnable. La construcción de las murallas y el alcázar era tan costosa que había quien pensaba que Alfonso IX estaba dispuesto a trasladar su corte allí de manera definitiva. Junto al señor de Vizcaya estaba Ruiz Girón, mayordomo de Berenguela y dueño del castillo en el que se refugiaba, pero nada más empezar la entrevista el de Vizcaya le dijo que le dejara hablar a él. «Alfonso y yo nos conocemos desde la niñez. Sé cómo manejarlo». Y desde el principio Ruiz Girón callaba a su lado.

—Resulta sorprendente —dijo el rey de León, pensativo en medio de la sala caldeada por el fuego de la chimenea. Fernando, a su derecha, ocupaba la silla que en otro tiempo utilizara su madre. Los dos habían cambiado las ropas de caza por otras cortesanas para recibir a los mensajeros de Berenguela. Sus botas de cuero daban fe de la calidad de la artesanía local—. Berenguela me pide ayuda. Y los condes de Lara no dan señales de vida… Muy rápido han cambiado las tornas. Me resulta sospechosa tanta premura.

10

—Señor —dijo el señor de Vizcaya—, la premura se debe a que vuestra esposa y sus partidarios estamos librando una batalla tremenda por la regencia de Castilla. No os pedimos que comprometáis vuestra presencia o que enviéis vuestra mesnada. La presencia de don Fernando —se volvió hacia el heredero y posó en él una mirada amable— junto a su madre daría a entender que estáis de su parte, o por lo menos no contra ella, como intentan hacer creer los Lara. Ellos están preparando el ataque contra vuestra esposa ahora mismo. Llevan tiempo congregando a su gente en Palencia. Sus tropas acampan muy cerca de Autillo. Y si asaltan el

castillo podrían apresar o ultrajar a doña Berenguela, o incluso peor… Podrían urdir un accidente. Ambos sabemos que este tipo de cosas suceden en una guerra como la que se está librando, que pronto puede ser una guerra sin cuartel.

El señor de Vizcaya estaba consiguiendo dar a sus palabras el tinte dramático adecuado para transmitir la urgencia del momento. Y Alfonso IX, que permanecía pensativo en su sillón de roble, aceptó las razones que le daba el enviado, y no receló de que Berenguela reclamara a su hijo en Castilla. Lo había mantenido junto a sí más de un año, tiempo suficiente para comprobar que su carácter y educación eran los que correspondían a un infante, y durante aquel tiempo el afecto entre padre e hijo, como esperaba Berenguela, había crecido grandemente, igual que la confianza.

—Os agradezco las noticias. Decidle a Berenguela que, pese a las diferencias que siempre han existido entre Castilla y León y la querella con su padre por los castillos de Tierra de Campos, ello no obsta para que tenga hacia ella un profundo respeto y admiración, como reina y madre de mis hijos.

La cuestión de esos castillos fronterizos que seguían en manos de los castellanos era algo que el rey de León tenía siempre presente, y el joven señor de Vizcaya había hecho bien orillando el tema.

—Ella tiene sentimientos idénticos hacia vos, señor —concluyó—. Por eso ha confiado en vuestra magnánima benevolencia. Doña Berenguela sabe que, dadas vuestras relaciones con don Álvaro, la presencia de Fernando, vuestro heredero, será un elemento moderador en esta guerra. Y seguramente a Fernando le honrará acompañar a su madre en este trance y ayudarla a reinstaurar su autoridad…

—¿Qué decís, Fernando? —preguntó Alfonso IX.

Fernando miró primero a su padre, después al señor de Vizcaya y a los castellanos que habían venido con él. Junto al rey y su heredero estaban los obispos y los altos oficiales que acompañaban a la corte en Toro. El interés general era grande, pues todo el mundo en León estaba al tanto del enfrentamiento que se daba en Castilla entre el tutor del rey y Berenguela.

Tras un momento de indecisión, Fernando dijo:

—Si vos lo consentís, padre, acudiré en ayuda de mi madre. Autillo está solo a diecisiete leguas. Ir será fácil y volver, cuando lo

dispongáis, también.

11

Pocos días después de la audiencia en el alcázar real de Toro, los tres condes de Lara y los suyos se reunían en una cámara de la torre del homenaje del castillo de Tariego, apenas a dos leguas de Palencia, delante del cadáver expuesto del pequeño Enrique. Los rumores eran tantos que al final don Álvaro no había tenido más remedio que reconocer lo sucedido. Hacía mucho calor ese día. El verano avanzaba.

Entre las muestras de luto de la corte, no dejaron de comentarse las noticias que llegaban desde los diferentes rincones del reino, cada vez más convulsionado por la guerra declarada entre los Lara y los fieles a Berenguela. El propio arzobispo de Toledo, Jiménez de Rada, manteniendo una neutralidad que se le presumía, se había presentado en Tariego y había presidido unas exequias muy tristes por lo que significaba la pérdida del rey y los males que auguraba.

El ambiente era tenso, pues, entre otras cosas, don Álvaro había aprovechado la estancia del arzobispo en Roma para apoderarse de los tercios diezmales de iglesias y monasterios. Pero la reacción del santo padre había sido fulminante: excomulgó al tutor, que poco después se comprometía públicamente a devolver los dineros percibidos y hacía promesa de no reincidir. Hasta hoy lo cumplía. Durante la crisis, algunos ricoshombres se reunieron en consejo en Valladolid y pidieron ayuda a Berenguela, que, atendiendo su petición, envió un mensaje al tutor del rey recordándole su juramento. Como respuesta, don Álvaro le reclamó la entrega de todos los castillos y villas recibidos como dote de su padre y que, bajo la amenaza de las mesnadas larenses, Berenguela entregó, salvo la ciudad de Valladolid. Por si acaso, envió al resto de sus hijos a la corte leonesa, donde todavía permanecían, mientras ella misma se refugiaba en Autillo.

—Si no os lo hicimos saber antes, vuestra excelencia —dijo Álvaro de Lara—, fue porque Enrique luchaba entre la vida y la muerte. Los médicos confiaban en que se recuperaría.

El arzobispo asintió y calló lo que pensaba. De todas formas, lo que pudiera pensar, en los momentos actuales, era lo que menos importaba al de Lara. De pronto, en la cámara donde se encontraban, apareció Gonzalo, el menor de los tres condes, con nuevas frescas.

—Hermano. Traigo malas noticias. Berenguela ha abandonado por sorpresa el castillo de Autillo. En vez de enfrentarse a nosotros, ha marchado sobre Palencia con sus hombres. Y va con ella su hijo Fernando, que llega de Toro y se le acaba de juntar. Me dicen que en Palencia la ha recibido don Tello, que le ha abierto las puertas de la ciudad y la reconoce como reina.

—¡Viejo traidor! ¡Dios sabe si no habrá sido él el responsable de la muerte de Enrique! —dijo don Álvaro, encolerizado por la noticia —. A fin de cuentas, todo ha sucedido bajo su techo.

—Desde Palencia han marchado sobre Dueñas —continuó Gonzalo—. Allí, como el tenente del castillo se negaba a recibirlos, Berenguela ha ordenado el asalto. Pese a la resistencia de nuestros partidarios, tiene ya la plaza bajo su obediencia. Pero se empieza a decir que su objetivo es llegar a Extremadura y allí hacerse proclamar reina ante los representantes de los concejos.

—La perra tiene instinto político —dijo Fernando—. Se nos tira a la yugular. Nos ataca, pero por la espalda.

12

Efectivamente, Berenguela y los suyos avanzaban a marchas forzadas. Pero llegados a Coca, las puertas de la ciudad permanecieron cerradas. Acampados a dos leguas de ella les llegó una carta del concejo de Segovia en la que se les rogaba que no continuaran porque ninguna plaza de la Extremadura castellana les abriría sus puertas hasta que una comisión determinara quién tenía más derecho a la Corona. Además, en la misma carta se les informaba de que el rey de León, conocida la muerte de Enrique y decidido a reclamar el trono, había enviado a su alférez al frente de una mesnada importante que ya entraba en Castilla y avanzaba por la zona meridional del Duero en dirección a Ávila. Enterados de

ello, y por evitar el encuentro con el ejército leonés, Berenguela y los suyos acababan de decidir volver a Valladolid.

Mientras tanto, en Tariego, don Álvaro se lamentó de que Berenguela hubiera esquivado el enfrentamiento armado. Al mismo tiempo, se congratulaba de que León estuviera despertando y discutía con su hermano Gonzalo qué podían hacer ahora que todos sabían que el rey había muerto.

—Lo que decidimos el primer día, Álvaro. Hablar con Alfonso IX. El futuro pasa por aliarnos con él. Siempre lo has dicho. A estas alturas lo conozco bien, sé cómo piensa, y me tiene confianza.

—En mal momento te fuiste a morir, Enrique —murmuró Jiménez de Rada, posando la mirada en el cadáver del niño.

A Enrique lo habían puesto dentro de su caja de pino con una cofia de seda bordada con los calderos heráldicos de los Lara cubriéndole la rubia cabeza para disimular las huellas de la operación. Hacía varios días que su cadáver permanecía expuesto en aquella cámara del castillo adonde lo habían trasladado a hurtadillas desde Palencia, y pese al cuidadoso embalsamiento empezaba a tener mala pinta.

—Si lo queréis, vuestra excelencia puede decirle a la usurpadora que cuando quiera puede llevarse el cuerpo del rey para darle la sepultura que le parezca —dijo don Álvaro—. Hacedle ver que es un gesto de buena voluntad de parte de los condes de Lara.

13

—¡Cuidado, no me salpiquéis!

La chica soltó una risotada. Estaban en los aposentos reales en el interior del alcázar, en una cámara privada. El rey de León había dado orden de que no le interrumpieran. De mala manera, había conseguido meterse con una de las dos chicas en la ancha cubeta de madera llena de agua y ambos se removían con burlas y jugueteos. La otra estaba sentada en el borde, con los pies en el agua. Las dos andaban completamente desnudas y cada vez que se movían desplazaban el agua, que caía a los laterales. Alfonso IX sentía su

excitación cada vez más turgente.

—¡Ay, que me hacéis daño, señor!

La más joven era una chica menudita, vivaracha, con un cabello rizado muy negro que había llamado la atención de Alfonso cuando la vio en los establos. Una muchacha natural de Toro que trabajaba desde hacía un par de años, como tantos lugareños, en el alcázar. Como sirvienta, que el rey se fijara en ella era un honor, y no protestó cuando vino el caballerizo mayor a invitarla a pasar a los aposentos. La otra era una chica mucho más alargada, pero con bonitos pechos. Formaba parte de las campesinas a las que sus hombres localizaban por la zona en ocasionales batidas. Cuando veían una hermosa se las apañaban para convencer a sus progenitores de que la dejaran venir a palacio para ser educada.

—¡Soltadme, señor!

Alfonso IX la agarró por el cuello. Le dio un beso en la boca. El agua seguía templada. Su barba entrecana estaba húmeda. Las lenguas se entremezclaron. El rey le pasó la mano por los pechos, luego buscó el pubis. La chica sintió cómo Alfonso, bajo el agua, empezaba a hurgar con sus dedos. La otra moza empezó a salirse, viendo que no se ocupaban de ella. Y justo entonces oyó que alguien llamaba con firmeza a la puerta. Aquello rompió el encanto del momento.

—¡Señor! —dijo al otro lado de la puerta el guarda mayor—. Llegan noticias de Castilla. La milicia de Ávila ha salido al paso de don Sancho vuestro hermano y su mesnada en tan gran número que los nuestros han tenido que batirse en retirada dejando muertos y prisioneros. Y a Berenguela, que iba con vuestro hijo a la Extremadura castellana en busca de apoyos, le han cerrado las puertas de Coca y retrocede a marchas forzadas hacia Valladolid.

Alfonso IX calló un momento, reflexionando.

—¿Y Segovia? ¿La apoyará Segovia?

—En Segovia se han reunido en asamblea representantes de los concejos para estudiar la situación. Ellos orillan el Tratado de Sahagún. Los más se fijan en que el Alfonso castellano nombró en su voluntad final a Berenguela como regente y albacea primera del testamento, y con la muerte de Enrique se inclinan por ella.

Alfonso IX se removió contrariado. Le enfurecía recordar la manera en que el señor de Vizcaya le había sustraído con engaño a

su hijo Fernando. Ahora entendía que le habían tomado la delantera. Pero todavía quedaba mucha partida por jugar, y él, con el paso de los años, había aprendido a ser paciente.

—¿Y los condes de Lara?

—Justamente, señor. El conde Álvaro Núñez y sus dos hermanos acaban de llegar a Toro y piden audiencia. Dicen que traen informaciones que pudieran interesaros.

—Decidles que los recibiré de inmediato —dijo, poniéndose en pie. Y cogió la toalla que le tendían las dos mujeres.

14

4 de julio de 1217

De Berenguela, reina de León y de Galicia por la gracia de Dios, a su querida y siempre amada hermana Blanca, esposa de Luis, primogénito y heredero del señor rey de los francos.

Te escribo, hermana, para poneros al tanto a ti y a tu esposo de los últimos acontecimientos tras la muerte de nuestro hermano Enrique, a quien Dios tenga en su gloria.

Anteayer domingo amaneció en Valladolid un día tan caluroso como suele en la meseta. Un sol cruel agostaba los campos. La gente andaba a la sombra protegiéndose del ojo de fuego que nos miraba desde lo alto. Los días anteriores habían llegado gentes de toda Castilla deseosas de ver el alzamiento y no cabía un alma más cuando se presentaron en el alcázar los notables de los concejos extremeños, que han estado reuniéndose fuera de las murallas y que me suplicaban me bajara a la plaza del mercado, con mis hijos, para comunicarme el acuerdo alcanzado.

En la plaza, ese día, los hortelanos armaban sus toldos y mostraban en grandes banastas las manzanas, melocotones y peras que empiezan a abundar en los mercados, una vista gozosa después de tanta penuria. Al vernos, todos callaron. La gente nos abrió un pasillo. Hasta el sayón dejó de recaudar cuando, con la corona ciñéndome las sienes, ocho porteadores me llevaron en andas hasta el estrado en medio, con

Fernando cabalgando a mi lado. Nos acompañaban el obispo de Burgos, don Tello y algunos nobles fieles, y me precedía el portaestandarte, que llevaba en alto el pendón bermejo con las tres torres doradas. A esas alturas solo se oían los zureos de las palomas en tejados cercanos mientras, desde el estrado, tu hermana paseó la vista por la multitud expectante.

—Ilustres prelados, ricoshombres, caballeros y hombres buenos de Castilla —empecé—. Hace dos años os convoqué a muchos para decidir si debía o no entregar la tutela de mi hermano Enrique a Álvaro de Lara. Entonces se me explicó que ser mujer era un problema, por las guerras que nos acechan. Se me rogó que confiara en el conde de Lara. Y yo le obligué a jurar que no cometería desafuero alguno y que consultaría conmigo cualquier decisión que supusiera el ejercicio de privilegios reales. Hoy todos sabéis que don Álvaro rompió su juramento y abusó de su poder.

—¡Traidor! ¡Perjuro! —exclamó el señor de Vizcaya, en primera línea entre mis fieles. Su voz fue coreada por muchos.

—Como resultado de sus desafueros, hoy hay guerra en Castilla. Muerto Enrique, el conde persiste en negarse a abandonar los poderes de la regencia que ha usurpado. Pretende sentar en el trono al rey de León. Y a vosotros os corresponde decidir a quién, si a mí o a Alfonso, asiste el mejor derecho. Yo digo que a mí. Muerto sin descendencia el último hijo varón de mi padre, soy la mayor de sus hijas. Así lo dice la ley castellana. Fui proclamada heredera a mi nacimiento. Mis derechos los reconocisteis todos, prelados, nobles y hombres buenos de los concejos, en la curia extraordinaria que se celebró antes de mis esponsales con Conrado. Entonces me jurasteis lealtad y a nadie pareció preocuparle el Tratado de Sahagún.

Por doquier se había hecho un silencio. Al poco, uno de los de Extremadura se destacó al frente del gentío, tomó la palabra y dijo que creía expresar lo que la mayoría pensaba.

—Señora Berenguela. Es verdad que ha habido diversidad de pareceres y que algunos opinan que el nuevo rey debe ser Alfonso según lo pactado en Sahagún. Pero los presentes hemos deliberado estos días y todos reconocemos que Castilla se os debe, y os

saludamos como reina. Pese a ello os tenemos que suplicar, tras discutirlo mucho, que cedáis la corona que es vuestra por derecho a vuestro hijo Fernando. Y os lo suplicamos porque, siendo vos mujer y teniendo enfrente dos enemigos tan poderosos como el rey de León y Álvaro de Lara, os será difícil enfrentaros a ellos, y más ahora que se alían contra vos —concluyó—. Eso os lo pedimos humildemente, y por el bien de Castilla, señora, en este día tan crucial.

Sus palabras las coronó un murmullo aprobativo. Era el momento que temía, pero pese a todo estaba lista. Dije:

—Señores, soy consciente de lo que sucede y es precisamente por lo que hoy he querido tener junto a mí a mi hijo Fernando, mi heredero, que, como veis, es hombre ya hecho. He escuchado y entiendo vuestras razones. De modo que, guiándome por ellas, yo, Berenguela, hija de Alfonso el Noble, el vencedor de Las Navas de Tolosa, y reina legítima, accedo aquí, en presencia de mis buenos súbditos y del obispo de Burgos y el de Palencia, a ceder la corona a quien será en adelante Fernando de Castilla. ¡Viva el rey don Fernando, legítimo soberano de estas tierras!

A Fernando la sangre le coloreó las mejillas. Él y yo ya habíamos hablado sobre la cuestión. Ya quedaba claro que no cabía otra salida. Era o eso o la división en nuestras propias filas. Le indiqué que se acercara. Así lo hizo, con un ligero titubeo. Entonces coloqué sobre sus sienes la corona. La reacción del gentío fue inmediata. Rara vez, hermana, se habrá visto una tal explosión de alegría en las tierras de Castilla.

—¡Viva el rey Fernando!

—¡Viva!

—¡Mueran el tirano don Álvaro y los condes de Lara!

—¡Mueran!

A mí me inundaron sentimientos contrapuestos. Una gran alegría, al ver a mi hijo coronado y aclamado. Y tristeza por renunciar a aquello para lo que se me prepara desde la cuna. Pero Dios lo quiere así, hermana. Algunos me empiezan a llamar la Grande por este gesto de renuncia. Pero la lucha todavía no ha acabado. Recibe un saludo de quien hoy es reina madre de Castilla.

Berenguela

Capítulo doce

Un león en guerra

> «… e allí dio la reyna el reyno a su fijo el infante don Fernando, e tomáronlo todos ally por su rey, e començaron a cantar Te Deum laudamus, e fueron en procesión fasta la iglesia de Santa María, e allí le ficieron rey, e ficiéronle todos jura e pleyto homenaje; de sy tornaron al palacio del rey. E esto fecho, dixeron a la reyna en cómo el rey de León era cerca, por cobrar la reyna doña Berenguela, e el reyno de Castilla».
>
> RODRIGO XIMÉNEZ DE RADA,
> *Historia de las cosas de España*

1

La ciudad de Zamora había vuelto a tomar impulso en el siglo XI de la mano de gentes que seguían la estela victoriosa de las tropas de Alfonso V de León, el soberano que tras la muerte de Almanzor la recuperó definitivamente para los cristianos, restaurando la ciudad que fundara en su momento el asturiano Alfonso III: la historia de la Reconquista está jalonada por muchos Alfonsos, ya lo veis.

Aquellas gentes pronto desbordaron las murallas de la ciudad vieja en la margen septentrional del río y construyeron una segunda línea de murallas para resguardarse de las acometidas musulmanas.

Junto al extremo de poniente, que daba hacia Portugal, entre la puerta de Olivares y la de Santa Coloma, encarada con el Duero que corría aquí con anchura y entre varias islas llenas de frondosa vegetación, se erguía la catedral más antigua de los cinco reinos. La plaza zamorana, que tanto sufrió siempre por su cercanía a la raya con los moros, había sido recompensada con la construcción de aquel templo dedicado al Salvador, como el de Oviedo, uno de los mejores, sin duda alguna, en la península.

—Entonces, señora, vos fuisteis la primera esposa de Fernando de León, el hermano de mi abuelo el rey Sancho de Castilla —dijo una de las dos mujeres que entraban en la augusta catedral ese día

frío de diciembre. Mientras avanzaban envueltas en pieles por el espacioso ábside, la joven Berenguela, que frisaba los veinte años, dirigió su mirada hacia el espectacular cimborrio, rematado por dieciséis ventanas y una hermosa cúpula. Reinaba en el lugar un silencio absoluto y la luz que entraba por lo alto tenía algo, le pareció, de sobrenatural. Berenguela se sentía feliz en los primeros días de su matrimonio. A ella y a la mujer madura con quien departía las acompañaba un hombre cubierto también con pieles que se mantenía a un lado, en silencio. Las dos hablaban en voz baja, como correspondía a un lugar sagrado.

—Éramos esposos, Berenguela. Pero también nietos de dos hermanas, hijas de Alfonso el Bravo. La consanguinidad era clara. Los obispos habían bendecido nuestro enlace, que convenía a la paz entre León y Portugal. Parecía seguro que el papa concedería la dispensa. Pero no fue así. Roma anuló el matrimonio y yo hube de abandonar la corte. Dejé en ella a mi hijo, que no había cumplido los cuatro años. Me dolió enormemente, pero encontré consuelo dedicándome a la vida espiritual como freira de la Orden de San Juan de Jerusalén.

Berenguela miró a su marido por el rabillo del ojo y tuvo la sospecha, por su expresión, de que andaba pensando en su primera esposa Teresa, infanta de Portugal ella también, cuyo matrimonio había sido anulado por ser primos carnales. Y partió pocos meses atrás de regreso al monasterio de Lorvão, del que era dueña. Como es natural, sintió desazón pues su caso era el mismo. La mujer que caminaba a su lado se dio cuenta.

—Pero me dicen —añadió sonriendo— que en Roma están reconsiderando la cuestión de la consanguinidad. Muchos obispos piensan que la Iglesia va demasiado lejos con las anulaciones al no considerar otras circunstancias, y en particular el bien que se pretende en el caso de los matrimonios reales.

—Roma se excede. Y no siempre por las mejores razones. Y abusa del temor que infunde con sus excomuniones y el entredicho —murmuró Alfonso IX, torciendo el gesto—. Los obispos de nuestros reinos deberían tener más que decir en estas cuestiones.

—No estoy tan segura —dijo Berenguela, que había sido educada en la veneración de Letrán. En eso era monolítica, como su madre—. El papa de Roma es el sucesor de Cristo. Los fieles

debemos obedecer su palabra. El santo padre es infalible.

—A Dios lo que es de Dios y al césar lo que es del césar. Últimamente Roma se mezcla demasiado en las cosas de los cinco reinos, me parece a mí…

A Berenguela le sorprendía la amargura de Alfonso IX y se volvió con curiosidad hacia la mujer mayor a su lado: ella ahora se frotaba las manos, arrebujada en sus pieles. Alfonso le había contado que después de abandonar la corte tras su repudio, las ayas y maestros que criaban al infante permitieron que creciera creyéndola muerta, seguramente por evitar sus preguntas. Al conocer la verdad, el rey de León fue a buscarla a Zamora, donde administraba las tenencias recibidas en arras de su padre. En ese momento la reincorporó a la corte hasta que ella, cansada del ajetreo y la itinerancia, regresó a la vida conventual en el monasterio que la Orden de San Juan tenía en las cercanías de Zamora. De allí había salido únicamente para recibirlos a su regreso de Valladolid, con el resto de la corte leonesa.

—En todo caso, me ha alegrado mucho conoceros, señora —dijo la castellana.

—Y yo a vos —dijo la madre de Alfonso IX—. Ha sido estimulante volver a estar rodeada de las gentes de la corte. Se aprende mucho estando en comunión con Dios, y el alma se engrandece. Pero reinar en una corte como la de León… Las cosas que se pueden hacer en beneficio del reino… Aprovechadlo mientras dure —añadió, cogiéndoles la mano, al uno y a la otra—. Que la vida es breve… Disfrutad los bienes que Dios os da.

2

Esa mañana de julio, dos días después de la coronación de su hijo, Berenguela todavía despertó en el alcázar con la sensación de estar viviendo un sueño. La jornada del domingo la dejó exhausta. Su gesto en la plaza del mercado, al ceder la corona, había regocijado los corazones de la multitud que los acompañó cantando el *Te Deum laudamus* hasta las puertas de la colegiata de Santa María. Y desde luego tranquilizó a muchos en todas las localidades

castellanas a las que seguía llegando la noticia. Tras tanto desorden e incertidumbre, parecía que salía de nuevo el sol y que Castilla resurgía de sus cenizas.

El lunes mismo escribió a su hermana Urraca: «Ya está hecho. Finalmente seguí el parecer de mi curia y tras comprobar cuán justas eran sus observaciones sobre los deseos de mis súbditos, que me rogaban cediera la corona a Fernando, lo hice. No te negaré que con una punzada de pesar, aunque de sobra sé que en los reinos cristianos, tan acostumbrados al predominio de los varones, no se concibe que una mujer ejerza en solitario la gobernanza. Pero ver cómo los congregados en Valladolid vitoreaban y besaban la mano a mi hijo compensa todo. Fernando ha jurado respetar los derechos de los concejos, ha asegurado a los nobles que conservarán las tenencias concedidas, y se ha comprometido ante mí a no tomar ninguna decisión importante sin consultarme. Los dos sabemos que, aunque haya cedido la corona, nunca renunciaré a los derechos propietarios del reino que recibí de nuestro padre…».

Berenguela había regresado al alcázar en compañía de su hijo, que empezaba a reinar con apenas dieciséis años. Siguió un largo día de reuniones con miembros de la curia regia y la cancillería. Habían trascurrido escasamente cuatro semanas desde la muerte de Enrique, ¡pero qué intensidad estaban teniendo!

En cuatro semanas se había pasado de la regencia despótica de los Lara al caos y la contienda civil, y ahora, gracias a ella, a un nuevo orden con su hijo al frente. Huelga decir que todo eran halagos por parte de quienes, pese a haberla visto desempeñarse en tantas situaciones diferentes durante la regencia, todavía consideraban que una mujer necesitaba un hombre a su lado, ya fuera hijo, marido o hermano, para gobernar… Sumida en este tipo de cavilaciones, mientras rezaba en la capilla real, escuchó una voz grave a su espalda.

—Buenos días, madre.

—Buenos días, señor —dijo, volviendo la cabeza.

Quien apareció a su lado ya no era un infante, sino el rey legítimo de Castilla. Tras varias conversaciones, había quedado claro que él llevaría la corona, sí, pero Berenguela seguiría ejerciendo el poder a su vera. Fernando había aceptado la propuesta de su madre y la fórmula con la que en adelante firmaría todos los

decretos, a sabiendas de que se lo debía todo a ella y que, además, dada su falta de experiencia, necesitaría su consejo. Pero la situación no dejaba de ser inédita, extraña.

Ahora quedaba acabar con la resistencia de quienes aún seguían a los Lara, que se habían pasado al partido del rey de León.

En eso, el obispo Tello llegó en su busca.

—Señor, señora… Traigo noticias urgentes.

3

Prácticamente al mismo tiempo, ese día a Valladolid llegaban noticias de que a una legua y cuarto río abajo empezaban a aparecer las vanguardias del poderoso ejército leonés.

—Es un gran ejército, con el rey de León a la cabeza y los Lara, que ahora son sus aliados, junto a él, rumiando su derrota —dijo don Tello—. Vuestro esposo seguramente estaba a la espera de ver cómo se desarrollaba la confrontación armada en Autillo. Pero vos os adelantasteis a los Lara al abandonar el lugar. Y este domingo os habéis adelantado también a él, enfrentándole con hechos consumados al conseguir el apoyo de los concejos para proclamar rey a don Fernando.

—Pues todo se ha hecho, ¿qué pretende mi padre al presentarse aquí con su ejército? —preguntó Fernando.

Los tres cruzaron la plaza en dirección a San Miguel, en cuyo atrio esperaba el mayordomo real. Los acompañaba su guardia prácticamente al completo. Por el camino vieron que los preparativos para los festejos de la proclamación se habían interrumpido, y de los mismos se pasaba a los preparativos para defenderse de un ataque inminente.

—Arrebataros la corona, señor. Los Lara se han apresurado a visitarlo en Toro para ofrecerle su apoyo e instarle a realizar el sueño que acaricia desde siempre: sumar a León el trono castellano. Hace días que los letrados pregonan *urbi et orbi* las cláusulas del Tratado de Sahagún, que dice que si un rey de Castilla o de León muere sin «*filius*», el otro heredará el trono vacante. La cuestión es si «*filius*» ha de entenderse referido únicamente a un varón, o vale

también para una hembra. Y se dice que está valorando declararos ilegítimo, señor, tal como dictaminó en su momento el papa —murmuró don Tello, que se tapaba la nariz y la boca con el embozo de su capa para protegerse del polvo que levantaban las gentes de los concejos. Los rumores se extendían por la ciudad, donde todos, nobles y plebeyos, se organizaban en previsión de un más que probable asedio—. En todo caso, su carta principal es la militar, y más ahora que los Lara le refuerzan… Vuestro esposo, señora, confía en sus armas, cual César, acaba de cruzar el Rubicón al adentrarse en territorio castellano. Dicen que desde donde acampa piensa seguir hasta Laguna del Duero. De allí lanzará el ataque sobre Valladolid.

4

En Valladolid se detuvieron los festejos y las milicias concejiles se reunieron en la colegiata de Santa María para organizar la defensa de la ciudad. Por su parte, después de escuchar a la curia regia, Berenguela decidió enviar a don Tello y al obispo de Burgos a Laguna del Duero para procurar convencer al rey de León de que desistiera de sus pretensiones invocando los daños inútiles que podía provocar una guerra.

Así fue como salieron esa misma tarde por la puerta más meridional de las murallas aquellos dos honestos prelados, junto con un pequeño séquito armado. Los obispos cabalgaron por el sendero que seguía el curso del río y llegaron adonde acampaban los leoneses. La mucha impedimenta, los numerosos carros, acémilas y bueyes indicaban que estaban aquí para una campaña. Interceptados por los vigías, fueron conducidos a la tienda de Alfonso IX, situada en un lugar preeminente en el centro del campamento. Atardecía. Por todas partes se olía el olor a puchero y el humo de las hogueras empañaba la luz del crepúsculo. Los hombres hablaban en pequeños grupos. Muchos se volvían para mirarlos con curiosidad.

—Pasad —dijo, parando delante de la tienda. Los monteros de Babia a la entrada se echaron a un lado—. El rey está dentro

5

En el interior de la tienda, los tres condes de Lara ocupaban sillas de tijera a un lado de donde aguardaba Alfonso IX. La del rey era una silla de madera con respaldo alto. El suelo estaba cubierto por alfombras turcas, recuerdo de los tiempos en que batallaba contra Castilla al lado de los almohades. Álvaro de Lara miró a los recién llegados con su único ojo y una contención poco habitual. Que había perdido la guerra con Berenguela era una evidencia humillante: ahora quería la revancha. Pero, aunque venciera Alfonso IX, ya su éxito nunca sería completo, pues nunca podría recuperar el poder perdido. «Está demacrado. Es otra persona», pensó don Tello, ojeándolo de refilón. Pese a todo, tenía mala conciencia, pues había formado parte de su corte, y apartó la vista cuando los condes lo miraron.

Don Álvaro era consciente de que su momento había pasado. A su lado, Fernando, el primogénito, y Gonzalo se mantenían en silencio. Ambos observaron a los prelados que ya entraban en la tienda y dirigían un saludo respetuoso a Alfonso. Junto a la entrada de la tienda estaba desplegada la insignia real, con el león heráldico leonés; y a un lado, sobre una mesa, un pequeño Cristo de marfil entre dos velas. Al fondo, separado por una cortina, se entreveía el lecho de campaña del rey.

—Decidme, señores —dijo don Alfonso IX, que, bien acomodado en su silla, vestía una simple túnica: se acercaba la hora del reposo. Los visitantes cogieron las sillas de tijera que les tendía un soldado y se sentaron frente al rey. Los Lara seguían callados. En la tienda se había hecho un silencio tenso. Don Álvaro ni siquiera respondió al saludo de cortesía de los embajadores. «Si de él dependiera, no saldríamos vivos del campamento», pensó don Tello. Y no se equivocaba.

—Sabéis a lo que venimos, señor —dijo el obispo Tello—. Hay gran preocupación en la ciudad de Valladolid, y en todo el reino, al ver que invadís estas tierras con vuestros ejércitos y amenazáis a nuestro rey Fernando, vuestro hijo y heredero, sin causa legítima para ello.

—¿Me decís, excelencias, que invado las tierras de Castilla sin causa legítima? ¿No encontráis que hay causa cuando los enviados

de mi esposa, hombres en cuya honorabilidad confié, llegaron para llevarse, con engañifas y podría decirse que a traición, a mi hijo mientras estaba conmigo en Toro? —exclamó el leonés, con voz bronca—. ¿Por qué se me ocultó que Enrique había muerto en Palencia, en vuestro palacio episcopal, bajo vuestro mismo techo, cuando muerto él yo también tenía mi palabra que decir en cuanto a su sucesión? Sabéis perfectamente que, según lo acordado en Sahagún, el trono vacante de Castilla corresponde a León. La corona de este reino, señores, me pertenece… Y vengo a reclamarla con mi ejército, pues ha sido usurpada con engaño.

Alfonso IX observó a los dos hombres que tenía delante. El rey de León tenía el convencimiento de cuanto decía. En su comportamiento con Berenguela, siempre se mostró generoso. Había atendido a sus razones y a las de su padre, y hecho cuantas concesiones le habían pedido… Y su generosidad había sido correspondida con el engaño. Llegaba el momento de reclamar lo que le correspondía por derecho.

6

—Entendemos vuestras razones —dijo don Tello—. Pero no hay que olvidar que las circunstancias en que se firmó el Tratado de Sahagún eran unas, y las de hoy otras totalmente diferentes. Cuando esto sucede han de volver a pensarse las cosas, actualizarse los acuerdos. No valen las leyes de nuestros abuelos para el presente… —Y viendo que Alfonso IX fruncía el ceño, procuró hilar más fino, apelar a las emociones—. No sabéis cuánto lamenta doña Berenguela no haber sido del todo clara cuando os pidió por boca del señor de Vizcaya que le enviaseis a vuestro hijo, pero en lo esencial no mintió. Su presencia resultaba importantísima. Todos estábamos convencidos de que, dada vuestra relación con don Álvaro, estando Fernando con ella no se hubieran atrevido a atacarla. Pensad que ella misma no sabía a ciencia cierta si Enrique había muerto o no. Yo mismo no lo supe hasta días después. Y eso que, como bien decís, aquello sucedió, para desgracia mía, bajo mi techo… Si os hubiesen comunicado el accidente, os habrían

alarmado innecesariamente, pues la cirugía que se le aplicó pareció tener éxito…

—No sigáis, Tello Téllez. No nací ayer. Sé cómo funciona la política. Y mi esposa me ha traicionado. Ha sido una maniobra hábil, no diré lo contrario… —dijo Alfonso IX. Y como don Álvaro volvía su ojo bueno hacia él, añadió—: Pero no perdamos tiempo con recriminaciones ociosas. Ahora debemos decidir qué hacer, dado que ni yo ni estos tres condes aquí conmigo reconocemos la absurda proclamación que acaba de hacerse. Mi hijo Fernando no puede ser rey de Castilla estando yo en vida. Muerto el último varón descendiente de Alfonso VIII, soy yo el heredero de la Corona de Castilla. Por tanto, el único que puede transmitirla, y no la madre. Al Tratado de Sahagún me remito. Mis jurisconsultos os han enviado ya una copia, por si en Castilla se hubiera perdido. Así que, cuando la hayáis leído, discutiremos sus términos. Estimo que sabéis perfectamente que el derecho está de mi parte.

—Es posible. Pero olvidáis que todos en Valladolid, nobles, prelados y representantes de los consejos, han considerado los tratados que existen al respecto de la sucesión y han reconocido a Berenguela como reina propietaria de Castilla. Y habiendo cedido ella la corona a don Fernando, lo han proclamado rey… El alzamiento al trono de vuestro hijo es un hecho.

—Un hecho ilegítimo. El Tratado de Sahagún es el único aplicable. Y se pactó precisamente para un caso como este.

Los condes de Lara asintieron con la cabeza. «Son títeres sin hilos, tramoya vaciada», pensó don Tello. ¡Qué mal les sentaba la derrota!

—Señor, sabéis que hay una ambigüedad en ese tratado en el que se habla de un *filius*, término que bien pudiera referirse a una hembra, como es el caso de Berenguela…

—Ese argumento ya lo enarboló mi primo, cuando se empeñó en hacer jurar a su hija como heredera, antes de que hubieran nacido sus hijos varones, ante los que Berenguela fue postergada… Él mismo sabía que era falso, filigranas de juristas bizantinos.

—Señor, no quiero entrar en descalificaciones ni tampoco en debates jurídicos, puesto que desafortunadamente son inútiles ante los hechos consumados. Me temo que llegáis tarde a la discusión: los castellanos se han pronunciado, no van a volver sobre su

decisión. Y permitidme que os diga que sería horrible ver a las gentes y ciudades de Castilla divididas, unos tomando las armas a favor del hijo, y otros del padre. Eso por no hablar del malestar que causará en la cristiandad ver a un padre queriendo arrebatar a su hijo una corona recibida con toda la fuerza y claridad del derecho —dijo el obispo de Burgos, don Mauricio, interviniendo en ese momento.

7

Al oír aquellas palabras Alfonso IX, que se removía en su silla, no contuvo su irritación. Dio un sorbo a una copa de vino que tenía sobre una mesita baja cercana. Todavía le escocía recordar cómo le había envuelto en sus razones el señor de Vizcaya, en Toro, para que autorizase el viaje a Autillo de Fernando…, supuestamente para proteger a Berenguela. En su fuero interno sabía que su esposa había leído bien el momento. Anticipando cómo reaccionaría él al saber de la muerte de Enrique, se le había adelantado. Y comprendía que ya no había manera de regresar al punto de partida. Berenguela le había ganado por la mano. Eso le escocía. Pero también creía que la legalidad y la justicia estaban de su lado. Y esta vez no iba a dejar que le quitasen lo que era suyo. Demasiadas veces lo habían hecho los castellanos.

—No quiero saber nada más —murmuró malhumorado—. Ya abusasteis de mi confianza en Toro, y no me dejaré enredar en razones falsas dos veces… Lo acordado en Sahagún habrá de respetarse. Los argumentos que me traéis, señores, no me interesan en absoluto.

—¿Es esa vuestra última palabra? ¿No buscaréis un punto de compromiso? ¿No haréis siquiera un intento de concordia? Mirad que nuestro Señor Jesucristo, que todo lo ve, está observándonos ahora mismo —dijo don Tello, indicando la pequeña talla del crucificado.

—Esta cuestión no tiene que ver con Dios. Pero haré una última propuesta, y es esta: que nos juntemos de nuevo la reina y yo, y que juntos gobernemos los dos reinos como esposos todos nuestros días.

Y que luego los reciba nuestro hijo a su debido momento, como lo quieren la tradición y el derecho de estas tierras.

—¡Pero eso es imposible! —exclamó el obispo de Burgos—. Vos sabéis que el papa Inocencio declaró vuestro matrimonio incestuoso y contrario a la ley de Dios. Lo sabéis mejor que nadie.

—Inocencio murió hace un año. Hay nuevo papa, y el Concilio de Trento ha relajado el tratamiento de la consanguinidad. Lo que os propuse será posible si Berenguela lo quiere. Es mi oferta… Transmitídsela a vuestra señora.

—¿Eso significa que, si no se acepta, os preparáis para la guerra contra vuestra esposa y vuestro hijo?

Alfonso IX miró con el ceño cada vez más fruncido a don Tello.

—Eso significa que no acepto ninguna propuesta de paz torticera que atropelle mis legítimos derechos. Los tratados se firman para ser cumplidos. Podéis decir esto de mi parte. Volver a juntar lo que nunca debió separarse y gobernar Berenguela y yo los dos reinos, mientras preparamos a Fernando, es mi única propuesta. Y estimo que es generosa, en las circunstancias actuales. Eso o la guerra. Y ya partid cuanto antes.

8

La comitiva de los obispos llegó a medianoche de vuelta a Valladolid, acompañada por infantes con teas en una triste procesión. Enseguida se presentaron ante Berenguela en sus aposentos. Cuando ella escuchó de labios de don Tello la propuesta que le hacía su esposo, a punto estuvo de escapársele una carcajada.

—¿Volver a vivir juntos como si fuésemos una familia cristiana y nada hubiese pasado desde nuestra separación? ¿Como si él no hubiera tenido al menos cuatro concubinas, y varios hijos de cada una? ¿Cómo voy a ponerme yo misma y el futuro de Fernando, que es ya rey de Castilla, en manos del mismo hombre que ha querido postergarlo en beneficio de otros en ocasiones anteriores? El reino, ya lo he demostrado, no lo quiero para mí, sino para mi hijo, que es quien ya lo tiene por la gracia de Dios.

Al día siguiente, don Tello y el obispo de Burgos llevaron la

respuesta al campamento leonés. Allí vieron que los soldados se preparaban para la lucha. Esta vez la entrevista fue breve. Y sucedió que esa misma tarde, cuando ya todos en Valladolid se preparaban para el asedio, llegó la sorprendente noticia de que el rey de León y los suyos levantaban el campamento y marchaban hacia el norte, dejando a un lado la plaza vallisoletana.

Y solo Berenguela entendió el movimiento de su marido. La reina reunió a sus consejeros más próximos esa madrugada en el alcázar, cuando las campanas llamaban a maitines, en torno al joven Fernando. Ahora que el peligro se alejaba de Valladolid, decidieron que el rey y la corte, junto a todos los hombres armados que pudieran acompañarlos, saldrían de inmediato en dirección a Palencia. Y eso hicieron con la mayor premura en el amanecer de un nuevo y caluroso día de aquel verano convulso.

—Tu padre sabe que Burgos es la villa castellana más importante. Pretende entrar en ella con la esperanza de que lo reciban, si no como rey, al menos como árbitro de la situación… Además habrá enviado a los Lara para movilizar a sus vasallos en las sierras y la Extremadura y recuerden sus compromisos a los mandatarios de los territorios donde tienen más partidarios. Es seguro que cuenta con que don Álvaro vaya a su encuentro con tropas castellanas en apoyo de su ejército… —le dijo Berenguela a su hijo mientras cabalgaban al frente de la comitiva. Esta avanzaba a marchas forzadas por la antigua calzada romana. El ruido de los pasos de los infantes, el golpeteo de los cascos de las monturas y las voces de los oficiales se mezclaban con la polvareda que los envolvía, obligándola a hablar más fuerte de lo que acostumbraba. El día estaba cada vez más caluroso, pero el ánimo de todos era muy alto.

—Vuestro padre quiere tomar Burgos, que es la ciudad que más fiel fue siempre a vuestra familia. Sabe que perder Burgos sería para nosotros un golpe moral durísimo —dijo el mayordomo Ruiz Girón, juntándose con la reina y el rey de Castilla al frente del contingente —. No está mal pensado.

Y efectivamente, a medio camino, les llegó noticia de que el rey de León había pasado con su ejército muy cerca de Palencia. Desde allí se encaminaba hacia Burgos, siguiendo el cauce del Arlanza, y estaba acampado a dos leguas escasas de la Cabeza de Castilla.

9

Al cabo de una larga jornada, la corte se detuvo. Se levantó el campamento. A la caída de la tarde recibieron a los mensajeros que seguían la estela del ejército leonés y regresaban con noticias de sus movimientos. A su paso, Alfonso IX no dejaba de requisar ganado e incendiaba los campos de los señoríos leales a Berenguela, ofreciendo prebendas a quienes siguieran sus banderas. Mientras esto se hablaba, los hombres se afanaron cortando leña, rellenando los odres de agua en el río cercano.

—Si Alfonso espera que los burgaleses lo acojan con los brazos abiertos, no puede estar más equivocado —dijo Berenguela—. Burgos siempre fue leal a mi familia. Allí estuvo siempre nuestra residencia principal. Allí levantaron mis padres el monasterio y el hospital de peregrinos. Allí crecimos mis hermanas y yo, y también mis hijos. Si los leoneses atacan Burgos, encontrarán una resistencia encarnizada. Tomarla costará mucha sangre. Además, el señor de Vizcaya habrá salido hacia allí desde Palencia y, si ha llegado, levantará a sus defensores en nuestro favor. Si ese es el plan de mi esposo, no le saldrá bien…

La reina se despidió de sus fieles y se retiró a su tienda.

El mayordomo Ruiz Girón la vio alejarse mientras extendía hacia la hoguera unas manos de dedos largos y finos, manos de cortesano de varias generaciones. Tres meses llevaban inmersos en esta guerra y Ruiz Girón no dejaba de admirar la tenacidad e inteligencia de la hija de Alfonso VIII. No conocía a ninguna otra mujer con tanto carácter. Berenguela se anticipaba a los movimientos de sus adversarios y reaccionaba con maestría ante los giros inesperados de la guerra. Ruiz Girón pensaba a veces que los castellanos se habían equivocado al apartarla del trono, y esperaba que no llegara el día que lo lamentasen. Por suerte, la devoción y el respeto de Fernando hacia ella le permitirían, seguramente, pilotar la nave hasta que el joven adquiriese la pericia necesaria.

—Vuestra madre es una mujer extraordinaria —dijo, según se acercaba el joven rey al fuego donde estaba el mayordomo—. No dejéis de escuchar siempre sus consejos, señor.

—Lo sé. Soy muy consciente de su valía y de cuánto le debo. Y es lo que hemos pactado… He hecho un juramento, como bien

sabéis.

Pero había algo en el interior de Fernando que empezaba a rebelarse contra la situación. Era un atisbo de protesta que por el momento no eran sino los rescoldos del orgullo dolido…, pero que ya anunciaba futuros conflictos.

10

Ya metida en su tienda, una vez que sus damas la acostaron mientras le llegaban de fuera las voces de los soldados murmurando junto a las brasas de las hogueras, a Berenguela le asaltaron recuerdos. A ratos sentía nostalgia de los años en los que había recorrido el reino leonés con aquel hombre joven y aguerrido con quien hablaba de las cosas de la gobernación. Un hombre que la respetaba y que mientras duró su matrimonio no buscó otra mujer ni había yacido con ninguna, solo con ella… De eso estaba segura, porque siempre tuvo espías de confianza.

Todavía al cabo de los años no le costaba, cuando lo quería, recordar en su piel el calor de sus abrazos, el roce de sus labios. En los primeros tiempos de la separación hubo momentos en los que la congoja le apretó el corazón. Y eso que su primera reacción cuando supo del matrimonio que le preparaban sus padres había sido de repugnancia. Naturalmente, ella ya sabía del sexo, no en vano había oído a sus amas y a las criadas de palacio susurrar y reírse entre sí cuando hablaban de cosas prohibidas. Había visto aparearse a los animales en las épocas que pasaba fuera de Las Huelgas, en las propiedades rurales de algunos oficiales principales. Había oído a sus camareras y a Leonor hablar del leonés como de un tipo mujeriego, brutal. Pero el hombre que ella conoció no era el que poblaba las habladurías de las castellanas. Con ella había sido tierno, paciente. Enseguida llegaron los hijos, y todo transcurrió por los cauces normales, con momentos altos y bajos, como era de esperar.

Cuando Inocencio anuló el matrimonio, Alfonso IX había ignorado a Roma, como hizo antes con Teresa, con la complicidad de los obispos. Hasta que, frustrado por la desobediencia y decidido

a imponer su autoridad, el papa dirigió sus amenazas contra Castilla en aquellas cartas terribles en las que escribió a Alfonso VIII que arrancaría su alma con sus propias manos y la arrojaría a los fuegos del infierno, amenazándolo con liberar a sus vasallos de su obligación de obediencia si no acogía a Berenguela de vuelta en su corte.

Desvanecida la esperanza de la dispensa, su matrimonio llegó a su fin, y Berenguela volvió con sus hijos a Las Huelgas. Y todo cambió. Los años que siguieron se había consagrado en cuerpo y alma a la educación de Fernando, con la convicción absoluta de que un día sería rey. Era su heredero. Desde ese momento ni tan siquiera consideró la posibilidad de entregarse a otro hombre y cumplió con su deber de madre como antes con el de esposa… sin olvidarse nunca de los intereses de Castilla, pues la habían educado para ser una mujer de Estado.

Mientras tanto, Alfonso, tras dos matrimonios anulados por la intransigencia de Roma, había cohabitado con una sucesión de mujeres, con algunas de las cuales tuvo hasta hijos a los que seguía reconociendo y para los que seguía proveyendo. Pero a ninguna la había hecho reina. Y gracias a eso, Berenguela seguía siendo la única reina de León y de Galicia.

¿Quería decir eso algo? Es posible. Pero el amor, en Berenguela, era un sentimiento menor comparado con el sentido del deber. Además, el gusto por la independencia adquirida desde que estaba separada era algo a lo que no estaba dispuesta a renunciar. Ya había cumplido con Castilla y León dándoles un heredero y un remplazo. En adelante, si la soledad era el precio a pagar, estaba dispuesta… Y más ahora que su hijo se sentaba en el trono.

11

Huelga decir que Berenguela no era la única que reflexionaba en esos momentos sobre las complicaciones de la situación actual, solo que en el caso del rey de León la variante sentimental era aún menos presente.

Acampado con su ejército a orillas del Ausín, al sur de Burgos,

Alfonso IX, tras la marcha militar por el Arlanza, había constatado algo que ya sabía desde hacía tiempo: que los castellanos no le amaban. Contadas eran las villas que le abrían sus puertas, y en muchas su presencia fue rechazada como la de un invasor. Por otra parte, las noticias que recibía no eran las esperadas. En Ávila, las milicias concejiles habían derrotado a su alférez, su medio hermano Sancho Fernández. Y los Lara, con Enrique muerto, no contaban con apoyos suficientes salvo en aquellas tierras que dominaba desde siempre su familia, y habían sido incapaces de levantar los contingentes necesarios para reforzarle.

Durante su marcha le llegaban noticias de que su hijo Fernando con la madre, Berenguela, estaban de regreso en Palencia, la primera ciudad en reconocerlos como señores legítimos. Y ahora el canónigo Lucas, que había abandonado los oficios de San Isidoro para acompañarlo como capellán en la expedición, según andaban por la orilla del río, con el anochecer cayendo sobre el campamento, le comunicó la llegada de mensajeros de su medio hermano para avisar de que de Ávila y Segovia salían dos mesnadas concejiles que llegarían en breve a Palencia a luchar por el nuevo rey.

—¿Y me decís que mi hermano no las ha interceptado? —exclamó encolerizado Alfonso IX, deteniéndose en el sendero. Los monteros de Babia que los rodeaban también se detuvieron. En su interior ya había tomado la decisión de destituir a Sancho como alférez real.

—No pudo ser, señor. Don Sancho ya había iniciado la retirada y las milicias lo esquivaron saliendo por caminos diferentes —dijo Lucas—. En todo caso, nada en esta campaña avanza como se había previsto. Vuestros hombres tienen mal ánimo. No le acaban de ver un rumbo claro a la guerra. La promesa de los Lara de conseguir el apoyo de los concejos y entregaros Castilla ha resultado falsa. Y aquí no tenemos aliados. ¿No pensáis que quizá sea más prudente regresar antes de que llegue el mal tiempo o de que los ejércitos castellanos se coordinen mejor y nos envuelvan?

Alfonso IX se quedó con la mirada puesta en la orilla del río, donde una pareja de patos, aún despiertos por el barullo del campamento, se enzarzaba en una pelea, batiendo el agua con grandes aletazos. Cuando los patos se alejaron, el rey de León

reanudó su camino sin pronunciar una palabra más.

Al día siguiente, dio la orden de levantar el campamento. Y ya retirándose por el camino real pudo ver a lo lejos el castillo de San Miguel en lo alto de su cerro, coronado por el pendón con el castillo de tres torres almenadas, las armas que para sí había adoptado Alfonso VIII durante su reinado.

—Malditos castellanos y maldita mujer… —masculló—. En buena hora me casé con ella.

12

Con el campo libre, Berenguela y Fernando no tardaron en presentarse en Las Huelgas, donde finalmente pudieron dar sepultura en el panteón familiar a Enrique. Los obispos de Burgos y Palencia se acercaron a Tariego a recoger su cadáver, que se les entregó, según había dispuesto don Álvaro. Allí estaba, dentro de un sencillo ataúd, con la cabeza cubierta por una cofia de seda estampada con las calderas heráldicas de los Lara ocultando la terrible herida del cráneo que causó su muerte. Berenguela ni siquiera se preocupó de que se le sustituyera la cofia por una corona o algún tocado más significativo.

Muy pronto, la comitiva fúnebre se unía a la bien armada fuerza castrense que escoltaba a Fernando y a su madre. A Berenguela el viaje le despertó recuerdos negros, el eco de otras veces, demasiadas, en que acompañó otros féretros. Pero el viaje también tenía un objetivo suplementario: desalojar del camino entre Palencia y Tierra de Campos y la capital burgalesa a los partidarios de los Lara que todavía quedaban.

Así entraron en Palenzuela con toda solemnidad y, llegados ante un castillo donde quedaban fuerzas de los Lara, como la plaza no se rendía, la comitiva se dividió y Fernando se quedó para rendirla en tanto que Berenguela siguió con el féretro de Enrique, entre clérigos y magnates, hasta el monasterio de Santa María la Real.

En la nave de Santa Catalina se enterró el cadáver del rey Chico cerca de los sepulcros de Alfonso y Leonor, y de otros hermanos y hermanas. Las lápidas indicaban donde estaban el niño Sancho, sus

hermanas Sancha y Mafalda, su hermano Fernando, y ahora Enrique. Berenguela anduvo por la nave junto con la abadesa y observó aquellas tumbas junto a las que, pensó, pronto habría que instalar alguna más. «Yo tampoco tardaré en reunirme con vosotros», se dijo.

—Es asombroso lo que ha acontecido desde que murieron vuestro padre y vuestra madre, señora —observó la abadesa—. Os habéis enfrentado a temibles guerreros y al mismísimo rey de León, y habéis prevalecido. Hoy regresáis como reina y algunos os empiezan a llamar la Grande. Y en verdad creo que lo sois. Habéis sido tocada por la gracia de Dios, señora.

Berenguela no contestó. Pero, en aquel monasterio testigo de su infancia, sintió que la inundaba una paz que parecía perdida tras el año vivido entre el ruido de las armas y las voces de los soldados, amenazada por una multitud de peligros. Se detuvo ante la lápida de Leonor, donde se veían los tres leopardos de los Plantagenet, y, cerrando los ojos, rezó para sus adentros un avemaría.

13

—¿Qué pensáis, don Lope?

El día amanecía fresco. Fernando y el señor de Vizcaya se envolvían en sus capas en lo alto de las almenas del castillo levantado sobre el cerro de San Miguel.

—Que fue una suerte que yo llegase primero. Y como no ha podido entrar en Burgos, y en la frustración de su retirada, el rey de León ha decidido castigar a las villas con las que vuestra madre tiene vínculos. Ahora su idea es llegar hasta Castrojeriz, de la que es tenente Fernando de Lara. Y veréis que pronto nos llegan noticias de que incendia las pertenencias de los Téllez que encuentre en su camino. La guerra es un juego complicado, señor, pero responde a reglas muy sencillas.

—Y, nosotros, ¿qué debemos hacer? —preguntó Fernando, quien aprendía, y muy rápido, día tras día.

—Dejarlos partir. Y a continuación limpiar de enemigos el territorio. No puede quedar el Alto Arlanza y el condado de Lara en

manos rebeldes. Y tampoco Lerma, otro bastión larista importante. Pero una vez tomadas esas plazas y despejado el camino hacia Burgos, haréis vuestra entrada en la Cabeza de Castilla como rey legítimo y vencedor de vuestros enemigos. Los burgaleses os dispensarán un gran recibimiento. Ellos han sido desde el principio valedores de vuestra causa.

Fernando se quedó pensativo y no dijo lo que sentía. Él había avanzado desde Palenzuela con una pequeña comitiva para encontrarse con el señor de Vizcaya. Ahora los dos se asomaban a las almenas del castillo de San Miguel, donde se hallaban acantonadas las gentes de su alférez. Desde allí podía verse hacia el oeste el humo de los incendios que iba dejando el rey de León, su padre, en su retirada hacia sus territorios. «Qué hermosa es esta tierra que Dios me ha otorgado», pensó mirando las vastas explanadas, agostadas en aquel mes, que se extendían hacia el sur.

14

20 de septiembre de 1217

De Berenguela, por la gracia de Dios, reina de León, a su querida y amadísima hermana Blanca, esposa de Luis, primogénito del señor rey de los francos, con amor fraterno.

Hermana querida,

Acabamos de abandonar Burgos, donde a sus regidores y hombres buenos, con el obispo y el cabildo de la catedral, cofradías y gremios, se unieron los comarcanos que llenaban la orilla del Arlanzón para ver pasar al rey por la puerta de Santa María y seguir nuestro cortejo hasta su entrada en el templo, cantando todos un solemne tedeum.

A mí no han dejado de darme vítores, y sentir el amor que se me tiene compensa de muchos sinsabores. Las solemnidades han sido intensas, pero breves, pues, aconsejado por el señor de Vizcaya, Fernando salió al frente de una expedición para limpiar la parte nororiental del reino. Y así, nuestro ejército marchó por el Camino de Santiago hasta Belorado y Nájera. En todas partes se nos acoge con

entusiasmo.

Después de tanto desorden, la corte empieza a funcionar de nuevo bajo el mando de nuestro mayordomo y de García de Campos, que ha retomado sus funciones como canciller, si bien, debido a su edad, cada vez más asistido por el clérigo Juan de Osma, un protegido del arzobispo.

Hubo un momento de alarma, mientras reorganizábamos la Casa del Rey, cuando el ejército de don Álvaro rozó los términos de Burgos. Pero sus intenciones no eran atacarnos, sino dar un escarmiento a la villa de Belorado, por el recibimiento que nos había hecho. Siguiendo la vía Aquitana en dirección a Astorga, su ejército cruzó el río Úrbel y llegó al castillo de Oca, en manos de su hermano Gonzalo, desde donde al día siguiente asaltaron e incendiaron brutalmente Belorado. Hecho lo cual abandonaron el lugar para instalarse en el entorno de Castrojeriz, muy cerca de León.

En algún momento, Fernando y yo decidimos que la corte se trasladara a Palencia, para lo cual necesitábamos pasar por las últimas comarcas controladas por los Lara. Y en el camino sucedió algo extraordinario. Sabiendo que los rebeldes se hallaban en Castrojeriz, los nuestros, temiendo una emboscada, tomaron las lógicas cautelas. Resultó que don Álvaro había puesto hombres a espiar nuestro paso y fue descubierto mientras se apostaba entre unos viñedos. El señor de Vizcaya, que iba a la cabecera de nuestra tropa y que como buen sabueso venteaba al enemigo, de repente se irguió sobre su caballo y los distinguió. Gritó: «¡Ahí está el conde Álvaro! ¡Vayamos, señores, contra él!».

Varias decenas de jinetes salieron al galope. Cuando don Álvaro vio la riada de lanzas de fresno que se le venía encima ordenó a los suyos retirarse al castillo. Él guardaba las espaldas con quince soldados. Pero Dios quiso que cayese de su caballo. Aunque procuró resistir en tierra, espada en mano, de nada le sirvió. Finalmente le hicieron prisionero y unos momentos después me lo presentaban cubierto de barro. «¡Arrodillaos ante vuestro rey y vuestra reina!», exclamó don Lope, tirando de la soga con que le maniataban.

A nuestro alrededor habíamos congregado a nuestros hombres. Ninguno se movía. Empezó a llover suavemente. El de Lara tenía la cara embarrada, el tabardo desgarrado. Ni siquiera traía loriga, no

esperando combatir, y en su único ojo se leía una enorme humillación. En cuanto a mí, viendo postrado a aquel que tantos males me ha causado, no pude sino dar gracias al Altísimo. Lo miré fijamente durante unos instantes sin decir palabra. Luego reemprendí la marcha y pasé de largo oyendo cómo él decía a mis espaldas:

—Tú también caerás algún día, perra.

No me digné contestar. ¿Para qué? Bastante castigo es para el héroe de Las Navas verse encadenado ante la primera mujer del reino. Horas de sobra tendrá para reflexionar sobre la Providencia y para reconciliarse con Dios y con Castilla. Así ha terminado la rebelión de don Álvaro. Dios está con nosotros, hermana.

Berenguela

Capítulo trece

La paz y el futuro

> «Antes de que falleciera el culpable máximo de todas las alteraciones que hemos referido, se firmó otro tratado de paz entre los reyes de Castilla y León. Fue en Toro, el día 26 de agosto… Este diploma tan simple y breve tuvo la virtud de acabar con las tensiones existentes».
>
> FRAY VALENTÍN DE LA CRUZ

1

Ahora tocaba la paz.

—Cuando os mandé decir, el otoño pasado, que habría tregua, os di mi palabra. Sabéis que soy un hombre práctico. No me gusta perder el tiempo ni hacer gasto inútil. Entonces andaba disgustado con la situación en Castilla, con las falsas promesas de los Lara. Posiblemente me precipité al irrumpir con mis hombres en vuestro reino. Pero entendedlo. Sigo creyendo que el derecho estaba de mi parte… No digáis nada. Ya está todo hablado por nuestros embajadores; no quiero volver sobre ello… Además, he reflexionado que Castilla queda, no en manos de cualquiera, sino en las de mi hijo…

—Y el rey Fernando y yo os lo agradecemos, señor. La tregua con León permitió que venciéramos a don Álvaro, que ya no tenía ninguna legitimidad y era un mero rebelde. Igual que sus hermanos.

Padre, madre e hijo preferían no abundar en el asunto de los Lara, que tan mal fin estaban teniendo. Tras incontables servicios a la Corona, Álvaro Núñez de Lara, el que fuera alférez del rey en Las Navas de Tolosa, el héroe de Castilla, había acabado cediendo a Berenguela y a su hijo todos sus castillos a cambio de su libertad, y refugiándose junto con sus hermanos en la corte de Alfonso IX. Luego había enfermado gravemente, se hablaba incluso de envenenamiento, y se rumoreaba que acababa de fallecer en Toro. Y

Fernando de Lara, privado del amparo de Alfonso IX en virtud de la tregua con su hijo, iba camino de refugiarse entre los almohades de Marrakech, al otro lado del Estrecho. En cuanto a Gonzalo de Lara, que también había sido huésped de Alfonso en este mismo alcázar, se reconciliaría durante algún tiempo con el joven rey Fernando, pero aquello no duraría mucho, y acabaría igualmente refugiándose en Al-Ándalus, al servicio del rey de Baeza. Los tres habían perdido todas sus posesiones en tierras castellanas.

—El momento de los Lara pasó —dijo el rey de León. Su gesto con la mano, como espantando una mosca, fue expresivo—. Ahora tenemos que pasar a cosas más importantes, y mirar hacia el futuro.

Berenguela y Fernando asintieron. El acuerdo se firmaba en la sala principal del alcázar, en presencia de los dignatarios de ambas cortes. Con los Lara derrotados, Alfonso IX entendía necesario restablecer las buenas relaciones con Castilla. En ello estaba. Tras una tregua inicial de cinco meses, hoy sellaba la paz con un acuerdo que muchos esperaban definitivo. En él reconocía a Fernando como rey legítimo de Castilla, y a Berenguela como reina.

También Roma aprobaba el acuerdo. Y lo más importante: en su carta, el nuevo papa, pues Inocencio había muerto, declaraba hijo legítimo a Fernando III de Castilla y ratificaba los tratados en que Alfonso IX le declaraba legítimo sucesor en el trono leonés. Eso hizo dirigiéndose a Berenguela en unos términos afectuosísimos, muy lejos de los que utilizara Inocencio cuando exigía su separación de Alfonso IX. Ya no era «aquella mujer», sino «queridísima hija en Cristo», «ilustre reina de Castilla».

Las tornas, para Berenguela, habían cambiado.

2

—Bien sé —continuó Alfonso— que durante este tiempo se han seguido produciendo rebeldías de los partidarios de los Lara en Castilla, que habéis tenido que sofocar, aunque he de decir que esas insurrecciones no fueron instigadas en modo alguno por León.

Alfonso IX obviaba que, pocos meses atrás, a instancias de los condes de Lara refugiados todavía en su corte, había atacado con su

ejército al sur del Duero hasta llegar a Medina del Campo. Fernando el Castellano, que llegaba a defender a sus vasallos con gran número de caballeros, envió por delante a su alférez el señor de Vizcaya con un grupo de nobles. Como estos se vieron cercados en un castillo por tropas de don Álvaro, que ejercía a esas alturas como alférez leonés, el joven rey de Castilla, nada más separarse de su madre, hubo de enfrentarse con un dilema, pues rescatar a sus hombres significaba luchar contra su padre, algo que había jurado a Berenguela no hacer nunca. Berenguela intervino, conociendo al padre como le conocía, aconsejó a su hijo hacer lo único que podía.

—Decid al rey Fernando que envíe al campamento de los leoneses una delegación con una carta escrita de su mano para su padre don Alfonso. Que le abra su alma y que al rey de León se le caiga la cara de vergüenza. Comunicádselo tal cual —le dijo, con suma dureza, al mensajero que le enviaba su hijo.

Y así, estando en el campamento cerca de Medina del Campo, atendiendo las indicaciones de su madre, había escrito Fernando la carta más importante de su vida. Decía así:

> *Señor padre don Alfonso, rey de León, ¿qué saña es esta que me tenéis para hacerme guerra sin merecerlo? Parece como si os pesara mi buena andanza, cuando os debería alegrar tener un hijo que es rey de Castilla, que será siempre a honra vuestra, y que no habrá rey cristiano ni moro que sospechando de mi fidelidad se levante contra vos. ¿De dónde os viene esta saña? De Castilla no os vendrá guerra en los días de mi vida; de donde os solía venir mucho daño y deshonra y donde erais guerreado y maltratado sois ahora protegido y respetado. Debéis entender que os hacéis mal a vos haciéndome mal a mí, porque debería prevalecer la mesura, que yo me opondría duramente a un rey de León, pero no puedo hacerlo con vos, porque sois mi padre…*

A aquella carta, recibida mientras cazaba con su halconero por los alrededores del castillo asediado, el rey leonés contestó muy rápidamente con otra donde decía que si hacía la guerra a Castilla era porque Castilla había incumplido lo pactado en la tregua anterior y no había pagado en sus plazos los once mil maravedíes que se debía a León desde los días del rey Enrique, una deuda contraída por los Lara en tiempos de su tutela.

Fernando se comprometió solemnemente a pagar la deuda en

cuestión y, con esa promesa, Alfonso cesó la guerra y regresó a su territorio. Pero al rey de León, la carta de su hijo le había hecho reflexionar y el fruto era aquel encuentro con Fernando y Berenguela que tenía lugar en el alcázar de Toro para firmar la paz definitiva.

3

La actitud con que los había recibido Alfonso IX fue afectuosa desde el momento mismo en el que la comitiva castellana entró en Toro. Tras brindarles un recibimiento cordial en aquella plaza fuerte tan leonesa, con vivas y festejos, mientras repicaban las campanas de la cercana colegiata, llegaba el momento de la firma.

Berenguela miró a su marido y luego al documento que habían redactado de consuno ambas cancillerías. En la preparación del mismo había trabajado el canciller Juan de Soria, quien sustituyera recientemente al anciano García de Campos, ya retirado. Se trataba de un pergamino con letras góticas, escrito en romance, que ahora estaba sobre la mesa.

Con la firma del tratado quedaban establecidos los fundamentos de una paz largamente esperada. El rey de León reconocía formalmente a su hijo como rey de Castilla, y a Berenguela como legítima transmisora de los derechos regios.

Sus únicas reivindicaciones se limitaban finalmente al pago de la famosa deuda de once mil maravedíes, fijando como término para ello la Navidad del mismo año. No se reclamaban ya los castillos que habían estado en litigio durante tanto tiempo, los que fueron la causa de la ausencia de Alfonso IX en la batalla de Las Navas. Y, eso sí, se comprometía a no molestar nunca más a su hijo y a no amparar ni recibir en su reino a los condes de Lara ni a ningún otro enemigo de Castilla.

Alfonso IX se encaró con Berenguela, que a su vez se puso en pie. Durante algunos momentos quedaron frente a frente. «¡Qué alta es!», pensó admirativo. La estatura de ella la convertía en una presencia dominante entre los hombres reunidos en la sala. Sus miradas se cruzaron. Él creyó ver en los ojos de ella un reproche

mudo y se acordó de las palabras que Fernando escribió en su carta: «¿*Qué saña es esta que me tenéis para hacerme la guerra sin merecerlo*?». Pero no apartó la vista.

—¿Tenemos vuestra palabra, señor?

—Sabéis que, diga lo que diga el documento, hasta que no vuelvan a León todos los castillos que me robó Castilla, no cesaré de reclamarlos. Pero en cuanto al reconocimiento de vuestra legitimidad, tenéis mi palabra. Ahora, dame un abrazo, hijo.

—Entonces, hay acuerdo —dijo Berenguela—. Podéis abrazar a vuestro padre, Fernando.

Berenguela dejó espacio a su hijo, que se adelantó hacia Alfonso IX. Los dos se dieron un abrazo delante de todos. El buen ánimo se contagió a los miembros de ambas cortes, que aplaudieron el acuerdo antes de dirigirse juntos a la cercana iglesia de Santa María.

4

Había otra cuestión en los intereses cruzados de Alfonso y Berenguela respecto de su hijo.

Ya Alfonso hizo alguna reflexión sobre el asunto mientras compartían mesa, después de la misa. Pero Berenguela no respondió, dando a entender que a ella sola le correspondía ocuparse de buscar esposa al rey de Castilla. Berenguela no olvidaba las pasadas veleidades del leonés, que ponían en cuestión los derechos sucesorios de su hijo. Y tampoco que, pese a los acuerdos de Cabreros y Valladolid, Alfonso IX había osado favorecer la presencia en documentos públicos del otro Fernando, el hijo de Teresa, o más recientemente, cuando negoció con Álvaro de Lara el matrimonio de su hija Sancha con Enrique: negociaciones que se frustraron solo por la muerte de Enrique y que de haber fructificado hubieran significado el apartamiento de Fernando de la sucesión leonesa.

A la mañana siguiente, llegado el momento de despedirse, Alfonso todavía dijo a su exesposa en las caballerizas, mientras los ayudaban a ambos a montar a caballo:

—Eso de lo que hemos hablado podría ser motivo para un nuevo encuentro. Pensadlo, señora. La decisión que se tome sobre su matrimonio será crucial para afianzar la alianza entre nuestros reinos… Sería un broche bonito que pudiésemos consensuar esa boda y que conviniera por igual a los dos reinos.

5

Tordesillas era la localidad castellana más cercana a la frontera y la comitiva bajó por la calzada que descendía desde Toro hasta el Duero en silencio. Los cascos de los caballos y las pisadas de los infantes eran el único sonido. Avanzaban al amparo del frescor de la madrugada, cuando la reina aproximó su montura a la de su hijo para hablarle.

—Ya habrás oído a tu padre, Fernando. Por una vez no anda desatinado. Ahora que se ha pacificado la frontera con León, toca hablar de tu matrimonio.

—¿De verdad pensáis que es necesario hablar de eso ahora, madre? —dijo Fernando. A él las victorias conseguidas frente a los Lara lo confirmaban como un guerrero competente y un estratega prometedor. Poco a poco iba afirmándose como rey, si bien el peso de su madre en la corte seguía siendo muy grande.

—Por supuesto. Urge asegurar tu descendencia y la sucesión de Castilla. Si mueres, Dios no lo quiera, sin un hijo varón, volvería la inestabilidad al reino, y la paz que ahora hemos firmado podría quedar en papel mojado… Además, eres un hombre. El matrimonio cristiano es el único cauce para ciertas pasiones que de otra forma te arrastrarán a iniquidades y situaciones indignas de un príncipe cristiano.

—Madre…

—Hemos de buscarte esposa. El matrimonio de un rey es una cuestión delicada, hay muchos aspectos a tener en cuenta.

—Supongo que el rey que, como decís, es ya un hombre, tendrá algo que decir en el asunto. En cualquier caso, tengo entendido que el matrimonio de un monarca es algo que corresponde debatir a la curia del reino.

A pesar del enorme respeto que sentía por su madre, a Fernando se le notaba resentido con su autoridad. Aunque era el rey, y Berenguela tenía buen cuidado de que todo se hiciera con su conocimiento y beneplácito, lo cierto era que el poder lo tenía en sus manos Berenguela. Aquello se había hecho especialmente patente en Toro: el peso de la negociación lo tuvo siempre ella, aconsejada por sus hombres de confianza. Fernando fue únicamente un testigo de los acuerdos, que luego se incorporaron a un documento donde quedaron registradas su firma y sello.

—Todo a su debido tiempo —dijo Berenguela—. Pero, para empezar, no quiero que se repita lo sucedido con mi matrimonio. Por eso es mejor descartar a las infantas de los cinco reinos, donde el riesgo de consanguinidad es elevado.

6

—También conviene descartar a las princesas francesas o inglesas —continuó Berenguela—, puesto que la mayoría, a través de mi madre, están emparentadas de una u otra manera con la Casa de Castilla.

—Poco margen me dejáis.

Cerca de ellos dos y el obispo de Palencia, que habían participado en la negociación del tratado que acababa de firmarse, escuchaban lo que decían la madre y el hijo. El sol se levantaba hacia el este y teñía con tonalidades rosas el horizonte. Pronto lo tendrían de cara.

—Es mejor evitar problemas y escoger una esposa con la que no haya posibilidad de parentesco —insistió Berenguela—. Y después de consultarlo con hombres ilustres, que conocen bien las cortes ultramontanas, he pensado que una princesa alemana cumpliría todas las condiciones…

Hasta ahora mismo, nadie había hablado a Fernando de su matrimonio. Cuando volvió la cabeza para mirar a los consejeros que tenía más próximos, notó que algunos se sentían incomodados.

—Hemos pensado en Beatriz de Suabia —dijo Berenguela—. Es hija de Felipe de Suabia, que fue a su vez hijo del emperador

Federico Barbarroja y, en su día, rey de los alemanes. La madre es hija del emperador de Bizancio. Es nieta de los dos más grandes emperadores del mundo cristiano. Al morir su padre, quedó bajo la tutela de su primo Federico de Alemania, quien probablemente se convertirá en el próximo emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Su linaje es inatacable. Además, he visto su retrato. Es hermosa, y los informes que tengo de su carácter son muy positivos. Es solo tres años mayor que tú. No puedo pensar en mejor candidata para ti y para Castilla. Después de oír a la curia, y si consientes en ello, enviaré este otoño una delegación a Alemania para negociar los esponsales. Si todo va bien, de aquí a un año podría celebrarse la boda.

—¿Y si no consiento, madre? ¿Tengo realmente otra alternativa?

Berenguela sonrió a su pesar. La reina de Castilla entendía aquel conato de rebeldía en su hijo. Pero ella se había ganado a pulso su afecto, y con él, el respeto a su criterio y la obediencia. Lo normal en los reinos hispanos era que, mientras la corte se desplazaba, un infante fuera criado, primero por nodrizas, luego por ayos o amas, y pasara largas temporadas en casa de familias de confianza. Así había sido con Alfonso IX, con su padre, con ella misma y sus hermanos y sus restantes hijos. Pero cuando el rey de León le envió a su hijo mayor a Burgos, siendo Fernando tan pequeño y delicado de salud… eso la llevó a ocuparse de él personalmente. Y según iba creciendo ella había supervisado muy de cerca su educación y elegido para él los mejores maestros.

Berenguela nunca dudó de que su hijo sería rey. Lo educó para serlo siguiendo el modelo de su abuelo Alfonso VIII, el rey Noble. Era su idea fija. Y lo hecho estaba bien hecho, pensó mirando al gallardo joven de diecisiete años que cabalgaba a su lado.

Fernando era ya un hombre completo y Berenguela tuvo en aquel momento, con un leve punzón en el pecho, la impresión de que su tiempo había pasado y que tocaba ceder el relevo.

7

Hacía frío aquella mañana de noviembre, tan brumosa, recordó,

cuando sus damas la rodearon en sus aposentos en el alcázar real de Valladolid. Bajo las órdenes de su camarera mayor, le retiraron la cofia y la camisa de noche y la lavaron de arriba abajo. Entre unas y otras, le fueron poniendo la ropa interior, la camisa y encima el brial, sujeto por unos cordones que llegaban hasta el suelo.

—Estás muy hermosa —murmuró Leonor, apareciendo a sus espaldas. La esposa de Alfonso VIII vestía una túnica de mangas ajustadas, y sobre ella un pellote con escotaduras, cubierto con un manto liso, de color azul. Los braseros estaban encendidos en los cuatro rincones de la antecámara—. Y yo no te robaré protagonismo en un día como hoy. No haré como mi madre hizo conmigo.

Mientras intercambiaban impresiones, las rodearon las camareras, que no paraban. Berenguela se miró al espejo. Pensó que la persona que veía delante, ya vestida, con la cofia y el barboquejo puesto, era ella, pero parecía otra. Su madre, con unas tocas elegantes, permanecía a su lado, las dos con una estatura semejante, las dos con un peinado similar, aunque el de Leonor estuviera prácticamente desaparecido debajo de las tocas. «En veinte años seré así», pensó Berenguela.

—También es cierto que yo era muy joven. No me daba demasiada cuenta de lo que pasaba… Apenas era una niña. Tú, en cambio —al tiempo que hablaba, Leonor la cogió un poco por encima la cintura, justo debajo de los senos—, ya eres una mujer.

—Pero a vos no os casaron con el enemigo de vuestra familia. El hombre que se alió con los almohades contra Castilla… —murmuró Berenguela, mirando a su madre en el espejo.

—Cierto. Pero gracias a tu matrimonio, desde hoy, el rey de León no será nuestro enemigo. Esa es tu misión. Darle un heredero que reúna la sangre de los dos linajes y a través del cual retornen al reino de León, siendo también de Castilla, los castillos que hoy te damos como dote y que tu pretendiente viene reclamando desde que subió al trono. Ese leonés tiene cualidades importantes. Es un gran guerrero, buen gobernante. Además, habrás oído decir que del amor al odio solo hay un paso, ¿verdad? Pues lo contrario también es cierto. Y hay que reconocer que no es precisamente feo. El pelo endrino y esa barba le dan un aspecto bizarro y muy varonil… Ahora, recuérdalo: mantén la compostura durante la ceremonia, no le mires demasiado, no sonrías. Todo pasará más rápido de lo que

esperas. Y después… Lo de después vendrá solo, Berenguela. Sigue tu instinto y verás cómo, naturalmente, sabrás lidiar con tu esposo. Los hombres son fáciles de manejar. Sé paciente. Si llega uno de esos estallidos de cólera que dicen que tiene, ignóralo. Espera a que pase. Pero nunca, nunca, permitas que te falte al respeto. Y ahora, ¿venís, señora?

—¿Vos me tratáis de señora, madre?

—Así debe ser. A partir de hoy serás reina de León. Has de acostumbrarte… Un día tendrás una hija a la que casarás. Entonces le darás los mismos consejos que hoy te doy yo… Una puede casarse más de una vez, pero la primera vez es siempre la primera vez. Y ya toca salir a recibir a los leoneses. ¿Vamos?

8

Los fogones de las cocinas en el palacio de Las Huelgas, como en cualquier edificio principal, estaban elevados sobre el pavimento para que el cocinero pudiese trabajar con comodidad. A su vez, la campana de la chimenea, muy baja, cubría todo el fogón con vistas a que la estancia no se llenase de humo. Alrededor se agitaban los marmitones, mozos y mozas, ocupados en sus tareas. En una mesa a un lado, mozos cortadores troceaban a grandes cuchilladas pollos y conejos, y también verduras.

¡Chas! ¡Chas! ¡Chas!

Golpes y órdenes se multiplicaban. Había allí una treintena de personas afanándose. Entre gritos y voces destempladas preparaban las ollas y platos que saldrían en algún momento camino de las mesas instaladas en la sala del banquete. Cada día había que dar de comer a los nobles más reputados de los cinco reinos y de la cristiandad entera.

—¡Vamos, vamos!, no puede fallar nada —exclamó el cocinero, un hombre orondo y con bigotes estrafalarios que había llegado de Borgoña en tiempos de la reina Leonor y que desde entonces permanecía al frente de los fogones de palacio. Hoy era el encargado de preparar el ágape de la boda de Fernando. Desde el amanecer no paraba y hacía tres días que prácticamente no dormía.

El hombre conseguía organizar las seis mesas corridas de la cocina y a los pinches y marmitones que trabajaban a sus órdenes con el mando de un general.

Ahora mismo se encontraba junto a uno de los pucheros, comprobando la cocción de un caldo de gallina, tripas y garrones de carnero con tocino, que se serviría con los entrantes. Muy de mañana los pinches habían preparado las mollejas de gallina y los corazones de conejo, cortándolos en dados, y las cebollas y otras verduras en tiras, todo en grandes cantidades, pues los comensales eran muchos. Todo se puso a sofreír en grasa de tocino a fuego lento, que la grasa hirviese poco y de continuo, mientras los marmitones iban removiéndolo. Luego se añadían más garrones. Y se seguía removiendo todo, apartando a menudo los pucheros del fuego para que la grasa no se quemase.

—¿Y ahora, señor?

—Ahora saca la grasa de la olla. Coge buen vinagre y pónselo. Luego añade miel, clavo, canela. Mézclalo bien todo, viértelo a la olla. Ponlo a hervir. Echa también la grasa desprendida de los pollos y gallinas. Pero que no flote encima. Y las alas de las gallinas bien majadas. Ahora hay que dejarlo cocer a fuego lento hasta que las garras estén tiernas y el caldo quede bien espeso —dijo el cocinero, que ya se volvía hacia otros mozos—. Y vosotros preparad los faisanes y los capones. Sangradlos por la boca, que no quede nada de sangre. Y desplumadlos, menos el cuello, cola y las alas.

Más allá dos mozas ponían algunos capones en el espetón, y luego el espetón sobre las brasas. El cocinero se limpió las manos con el mandil mientras otro de sus ayudantes tomaba lonjas de tocino y las ensartaba en varillas, entre dados de naranja. Y ya el franco vio con satisfacción que dos marmitones sujetaban al extremo de un palo los paños de lino que luego sumergían en agua fría. Con ese paño se envolvía el pavo, para que no se chamuscase. Una vez cocido tocaría desenvolverlo y despiezarlo a la manera de una oca. Pero sus mozos y mozas lo habían hecho muchas veces. Estaban más que entrenados.

—Lo negáis, pero creo que seguís sintiendo amor por la castellana. Solo así puedo entender vuestra actitud.

Quien hablaba era doña Teresa de Portugal, mientras paseaba esa mañana otoñal y nublada junto al rey de León y su escolta por los soportales de la plaza delante de la iglesia de Santa María en Toro. Teresa había recuperado su influencia sobre Alfonso IX. Hacía bastantes años que sus hijas Sancha y Dulce estaban de regreso en la corte y ella misma alternaba Toro y su monasterio, al que regresaba cada poco. Pese a no figurar en documentos oficiales, Teresa se consideraba a sí misma la consorte legítima y compañera ante Dios del rey de León, y, cuando se encontraban, él le comentaba asuntos de la corte y escuchaba sus consejos. La relación entre ambos era de cariño y amistad, anudada por el interés en asegurar el bienestar de sus hijas. Alguna vez Alfonso sugirió otra cosa, pero Teresa, muy beata, lo había cortado rápido.

—¿Amor? Eso es cosa de trovadores, no de reyes… No sé de qué habláis —murmuró él.

—Hablo de que con la última tregua habéis renunciado a vuestros derechos al trono de Castilla a cambio del pago de once mil miserables maravedíes. Y que, a lo largo de los años, cada vez que habéis negociado con Berenguela, habéis cedido a todas y cada una de sus pretensiones. ¿En qué ha cedido ella? Los castillos de sus arras, aquellos que le entregasteis cuando vuestro matrimonio, siguen en sus manos. Su hijo ha crecido cosido a sus faldas, alejado del reino de León, y lo ha educado como a un infante de Castilla.

»Él es ahora, gracias a las maquinaciones de su madre, rey de Castilla, y ella pretende que en su día sea también rey de León. Pero pensad que, si eso llega a suceder, Castilla habrá vencido. Alfonso el Noble y Berenguela habrán vencido. Vuestro reino desaparecerá de la historia. Y a cambio, ¿qué habéis conseguido? ¿No os dais cuenta de que ni siquiera os invitan a la boda de Fernando? ¿Qué mayor desprecio cabe? ¿Y qué consideráis que piensa todo el mundo cuando vuestro hijo se casa sin que ni siquiera se os haya pedido parecer ni vayáis a participar en modo alguno en una ceremonia a la que han asistido representantes de las principales casas ultramontanas? ¿Es ese vuestro sucesor? ¿El que heredará vuestro reino sin siquiera conocerlo y desposeyendo a vuestras hijas de sus derechos?

Hacía fresco en lo alto de Toro. Se levantaba un airecillo. Las nubes que cubrían el horizonte hacía un buen rato que anunciaban lluvia. Por fin empezó a chispear. El rey y su primera esposa se detuvieron bajo un soportal, se arrebujaron en sus capas. Teresa vestía, como de costumbre, la toca y el hábito cistercienses. Alfonso IX callaba, pero en su cabeza pasaba revista a los momentos de su relación con Berenguela a lo largo de los años. Y pensó que Teresa tenía razón. Cada vez que había negociado con Alfonso VIII la disolución de su matrimonio, la situación de los castillos que el castellano le había arrebatado, los castillos de la dote y las arras de Berenguela, él siempre había cedido. Había acabado aceptando lo que se le proponía en favor de Berenguela. En cambio, la posición de Alfonso VIII y de su hija fue siempre inamovible.

Si no había participado en Las Navas, quedando apartado de la gloria de la victoria, fue porque el castellano no aceptó siquiera discutir la devolución de los castillos ocupados desde el año de su coronación —¡cuánto tiempo hacía de aquello!— por sus fieles. La única concesión de Alfonso VIII en todos los años de litigio fue tras Las Navas, cuando le cedió las pocas plazas que él mismo había ocupado por la fuerza mientras Castilla luchaba contra los moros en Despeñaperros. ¡Un mero formalismo!, porque ya estaban en su poder. Por no citar el engaño tremendo, cuando le ocultaron la inesperada y para él cada vez más sospechosa muerte de Enrique, impidiéndole entrar en Castilla como rey al lado de su hijo, el nieto de Alfonso VIII. De no ser por las artimañas de Berenguela, él sería ahora rey de Castilla. Y al recordar todo, sintió que le inundaba la amargura. Se daba cuenta de que Berenguela había ganado por la mano en cada encuentro. Pero todavía no la última batalla, y esa era la sucesión del reino de León.

Alfonso se volvió hacia Teresa cada vez más malhumorado.

—Puede ser… Pero todavía me queda decir mi última palabra —murmuró.

10

En el palacio de Las Huelgas se vivían días de máxima ebullición

entre las ceremonias y festejos del matrimonio. Tres días atrás, como era tradición en Castilla, y previo a la boda, el rey Fernando se había investido a sí mismo las armas de caballero ante la estatua articulada de Santiago apóstol, como en adelante harían los sucesivos reyes castellanos. Pero, en contra de lo habitual en la ceremonia, que excluía la intervención de mujer alguna, Berenguela había participado en el acto al desceñirle ella misma a su hijo el tahalí con la espada envainada. Y ahora por fin llegaba el momento álgido: la comitiva real se preparaba para dirigirse a la catedral de Burgos, donde se celebrarían las nupcias.

En cuanto a la novia, de estirpe Hohenstaufen, esta había llegado desde tierras germanas acompañada por los embajadores castellanos que negociaron las capitulaciones matrimoniales y un fuerte contingente armado. La comitiva fue recibida en París con todos los honores por el rey de Francia, que en muchos momentos estuvo acompañado por Blanca de Castilla, y que dispuso una guardia de honor para escoltarlos por su tierra. Ya en territorio castellano, llegando a Vitoria salió a su encuentro una comisión de bienvenida presidida por Berenguela.

La reina madre apareció con un cortejo de mujeres de distinta condición, abadesas, dueñas de órdenes religiosas, ricashembras e infanzonas, siguiendo el espíritu que animó a Leonor Plantagenet al fundar su monasterio conforme al modelo de Fontevrault. De allí regresaron juntas a Burgos, donde esperaba el prometido. En el palacio de Las Huelgas, la princesa alemana comenzó su aprendizaje del idioma y costumbres de la corte hispana bajo la tutela de los preceptores enviados por Berenguela, con el protegido del arzobispo, Juan de Soria, a la cabeza, y sus propios consejos y comentarios impartidos durante los paseos que daban juntas por las claustrillas. Mientras tanto, los plenipotenciarios castellanos y alemanes remataron algunas cuestiones pendientes de las capitulaciones.

Así había llegado aquel día de San Andrés, en que Fernando de Castilla esposó a Beatriz de Suabia. Ofició la ceremonia el obispo de Burgos asistido por numerosos obispos y abades mitrados, en presencia de los magnates y nobles de Castilla y otros reinos, y entre las aclamaciones del pueblo y las gentes venidas de otras tierras que llenaban las calles al paso de la comitiva regia. Las

celebraciones y festejos habían de durar varios días, y en nada estaba previsto que participara el rey de León.

Para la ocasión, Berenguela estrenó un ciclatón de seda bermejo sobre el que llevaba una capa bordada con los blasones de Castilla y León alternados, pues reina de León lo era también, aunque solo por su matrimonio. Y, por supuesto, estuvo ante el altar, al frente de todos los invitados, aguardando junto con su hijo, cuando la sonriente novia avanzó por entre los bancos, con el pelo bien recogido debajo de su alto gorro de color tan dorado como su cabello sujeto con un barboquejo, bajo las atentas miradas de los presentes. Allí, en primera fila, la reina Berenguela, radiante y satisfecha, asistió a la ceremonia sin perder el más mínimo detalle hasta que esta concluyó con el gesto más simbólico.

—*Ego* os bendigo —dijo el obispo de Burgos, don Mauricio, poniendo el velo sobre los hombros del rey y de su flamante esposa.

La cándida y mofletuda Beatriz se volvió hacia Fernando y este se giró a su vez hacia Berenguela. Y solo tras asentir su madre se encaró el joven rey con su mujer para cogerle las dos blanquísimas manos.

11

10 de noviembre de 1221

De Berenguela, por la gracia de Dios reina de Castilla y de Toledo, a su querida y siempre amada hermana Blanca, esposa de Luis, primogénito del señor rey de los francos.

Hermana querida,

Hace poco hizo un año de la muerte de nuestra Urraca, y la he recordado. Por lo que he ido sabiendo, y que ella no se atrevía a contar en sus cartas, no creo que fuera feliz en su matrimonio, aunque quiero pensar que finalmente pudo cumplir su destino y reinar como deseaba.

Sabes que Urraca nunca superó que nuestra abuela te escogiera para desposar al Delfín. Pese a que algunos dicen que fue porque su nombre

sonaba bárbaro y era difícil de pronunciar, ella siempre lo sintió como un menosprecio de su carácter. Eso la marcó profundamente. Toda su vida procuró demostrar que estaba a tu altura, y también a la mía, dado que ambas hemos llevado las riendas de nuestra vida, tú como futura reina de Francia, yo como heredera y hoy reina de Castilla. Que Dios la acoja en su seno y alcance por fin la paz.

Y ahora debo darte una buena noticia que llena de alegría a toda Castilla: mi nuera Beatriz de Suabia, a quien conociste a su paso por París, acaba de traer al mundo a un hijo al que hemos llamado también Alfonso. Fernando tiene ya descendencia, hermana, y es varón. Nadie puede hoy cuestionar sus derechos. El heredero será educado en la corte, a mi cargo, y yo me aseguraré de que tenga los mejores maestros y esté a la altura de su responsabilidad. Eso significa que nuestra familia seguirá ocupando por largo tiempo el trono de Castilla, lo cual es una gran victoria. Fernando sabe lo que ha costado que se siente donde se sienta y está cumpliendo como corresponde conmigo, con Castilla y con Dios Nuestro Señor, a quien todo cuanto tenemos es debido. Nuestra relación es hoy más fluida que nunca pese a las tensiones naturales que pueden darse entre madre e hijo cuando se gobierna conjuntamente.

En cuanto a nuestras expectativas respecto de León, te diré que no pasan por su mejor momento. Aunque Alfonso no rompe formalmente los muchos acuerdos firmados en los que reconoce a Fernando como su heredero, la situación me preocupa. Si a raíz de la paz de Toro pareció que por un momento hubo un acercamiento entre padre e hijo, después las cosas han vuelto a enfriarse, en particular tras la boda de Fernando.

Es cierto que Alfonso no fue invitado, y eso puede parecer extraño siendo Fernando su hijo y sucesor. Pero tras tantas guerras en la frontera, su presencia hubiera parecido a muchos una provocación. Y a partir de ese día, me dicen mis informantes en León que las hijas de Teresa figuran cada vez con más frecuencia en documentos oficiales. Quizá por haberlo educado tan cerca de mí, Alfonso ve a su hijo como un extraño y siente que, con Fernando, el reino de León pasará a ser presa de Castilla: eso puede estar inclinando la balanza del lado de sus hijas portuguesas. Es algo que, repito, me preocupa, pero, con la ayuda de Dios, espero poder encontrar la forma de hacer que prevalezcan los derechos de mi hijo. Tú que también eres madre de un futuro rey, puedes entender por lo que paso.

Berenguela

Capítulo catorce

La muerte de Alfonso IX

> «Y en aquel lugar, en la ciudad de León, fue el rey don Fernando de Castilla alzado por rey de León por el obispo de esa ciudad, y por todos los ciudadanos, caballeros y ruanos y el resto del pueblo a la alteza del reino de León y puesto en la silla real, la clarecía cantando alta y honradamente con él: Te Deum laudamus… y desde entonces, de allí en adelante, fue este rey don Fernando llamado al mismo tiempo y a la paridad, rey de Castilla y de León, los dos reinos que él heredó limpiamente de padre y de madre».
>
> ALFONSO X, *Primera Crónica General*

1

Las facciones de Alfonso IX se veían relajadas, con el sosiego de la muerte.

Su luenga barba, a sus cincuenta y nueve años, negra como fue, estaba gris, y en algunos tramos totalmente blanca. Su tez morena había adquirido, con la muerte, una tonalidad cerúlea. Por encima de la saya de mangas cosedizas le habían puesto una sobrevesta con el emblema del reino. La barba se la habían recortado. El pelo encrespado, pero bien arreglado, caía por los lados del rostro que parecía rejuvenecido con la quietud. «No anticipaste esto», pensó Teresa mientras se acercaba al féretro la cabeza y los hombros cubiertos por un velo negro. Detrás iban sus hijas.

Al rey de León lo habían expuesto en el interior de la basílica de Santiago, allí donde estaban enterrados su padre Fernando II y el hijo tenido con Teresa, en un féretro hermosamente labrado, colocado sobre dos caballetes ante el altar, entre cirios encendidos. El templo estaba cerrado. Hoy no había allí peregrinos, solo quienes acudían para despedir al rey. Las dos infantas, Sancha y Dulce, cubiertas ellas también, como la madre, por velos negros, besaron la frente del difunto.

—Padre querido… —murmuró Sancha—. Que Nuestro Señor Jesucristo se apiade de vos y os juzgue con benevolencia el día del juicio final.

Teresa permanecía tranquila. Ella había sido la primera en tener noticia de la muerte. Todo sucedió muy súbitamente, mientras el rey de León regresaba de una campaña contra los almohades, y se dirigía hacia Santiago de Compostela a agradecer al patrono sus victorias. Su salud no había dado, hasta aquí, motivos de alarma. Pero aquella noche empezó a sentirse mal. Tres días después, entró en agonía y abandonó el mundo. Un solemne cortejo fúnebre, presidido por el arzobispo del reino, llevó su cuerpo a Santiago, como él deseaba, y desde entonces el paso de gentes que venían a la basílica a darle el último adiós no cesaba.

El arzobispo de Santiago se aproximó a doña Teresa para presentarle sus condolencias. Era un hombre en la sesentena, casi completamente calvo, de piel pálida y ojos grises, a ratos apagados pero que, de pronto, si algo le interesaba, se animaban con el brillo de una viva inteligencia. Aún llevaba la mitra, pues había presidido los solemnes funerales.

Teresa esbozó una sonrisa mínima. Aceptó el pésame, igual que había aceptado antes el de los magnates y prelados que participaban en las ceremonias fúnebres. Detrás del arzobispo se veía todavía una fila de gente silenciosa, con gesto grave, que seguían acercándose al féretro, persignándose ante él y dirigiendo un gesto de condolencia a la digna portuguesa, que ocupaba su lugar como si fuera la reina viuda.

Teresa asintió un par de veces.

—¿Qué pensáis hacer ahora, señora? —preguntó el arzobispo, clavando en ella sus ojos penetrantes.

Era la pregunta que se hacían todos.

Teresa no contestó, pero su mirada se escapó hacia las dos hijas, que lloraban a los pies del féretro, con la vista puesta en el rostro del padre. Ellas, para muchos leoneses, eran las verdaderas herederas.

Por supuesto que si había alguien en desacuerdo con lo que podía pensar Teresa, esa era Berenguela, reina de Castilla y, como desde su separación hacía ya lustros Alfonso nunca se había vuelto a casar, reina también de León, aunque a título honorífico.

Y sucedió que en aquel septiembre estaba con su nuera, ya en su sexto embarazo, y el mayor de sus nietos en el alcázar de Toledo, cuando llegó la noticia.

Aunque a esas alturas la relación con Alfonso IX era prácticamente inexistente, Berenguela estaba siempre atenta a las noticias que llegaban de León, pendiente de cualquier acontecimiento que pudiera suponer un riesgo para los derechos de su hijo. Eran cinco los nietos que Berenguela tenía ya de Fernando: eran los que importaban. Su segundo hijo también le había dado nietos, pero los herederos eran los herederos, y más para alguien como Berenguela. El niño Alfonso, que llegaría a ser el décimo de ese nombre y ya era heredero, jugaba al ajedrez con su tutor García, que a la vez era mayordomo de la reina.

Berenguela, a sus cincuenta y un años, ya usaba la toca para cubrir su pelo, que raleaba. Su cuerpo era el de una mujer madura. Desde que se declaró nuevamente la guerra a los musulmanes, era quien aseguraba el funcionamiento y la gestión de los asuntos de Castilla mientras que Fernando guerreaba por tierras sureñas, y su tiempo lo distribuía entre la administración y preparación de las campañas militares con que se pretendía arrebatar los últimos bastiones a los almohades. Era Berenguela quien se ocupaba de la logística de las campañas y de hacer llegar a su hijo cuanto necesitaba para su hueste; y luego también de mediar en la distribución del botín. Solo en ese momento sacaba la reina a relucir la fuerza de su carácter. Pero, fuera de ello, era proverbial su serenidad y la paciencia y meticulosidad con que repasaba las cuentas que le presentaba su mayordomo, o escribía a su hijo para ponerle al tanto de cuanto ocurría en su ausencia.

—He ganado. Mate —dijo el niño Alfonso, levantando la cabeza tras el último movimiento con una torre. Enfrente, su tutor resoplaba fingiendo desesperación por la derrota—. Juguemos una partida, señora, que don García no puede conmigo… Y ya quiere ocuparse.

Berenguela se volvió con satisfacción hacia el futuro Alfonso X,

quien ya daba a su corta edad pruebas de una aguda inteligencia. E iba a responder a la demanda cuando apareció en la puerta una camarera anunciando la llegada de un mensajero con noticias de León. El hombre decía que era urgente. La esperaba en la cámara de los guardas. Eso hizo que se pusiera en pie de inmediato y saliera siguiendo a la mujer. Beatriz se volvió a mirarla, dejando de lado su bordado y comprendió que algo importante acontecía.

—Hija mía —dijo Berenguela, volviendo al poco. Su expresión era seria, pero compuesta—. Son nuevas de Santiago. Alfonso de León, padre de vuestro esposo, ha muerto… Hay que enviar un mensaje a Fernando cuanto antes.

El niño Alfonso y su tutor callaron. Beatriz, que ya hablaba un castellano correctísimo, aunque con fuerte acento germánico, se puso en pie. Se acarició el vientre. Sabía de los intricados conflictos sucesorios con León, y de la inquietud de Berenguela y de toda la corte castellana ante los gestos recurrentes que tenía Alfonso IX hacia las hijas de Teresa. Todos lamentaban que se olvidase una y otra vez del heredero castellano.

—No hay tiempo que perder —murmuró Berenguela, dejándose ganar por la urgencia de la situación. Arrancaba el último acto del drama.

El tutor recogía las piezas de ajedrez e hizo llamar a los ayos, mientras el infante miraba intrigado a su abuela.

3

La noticia alcanzó a Fernando viniendo de regreso del sitio de Jaén junto con el señor de Vizcaya, su alférez, el mayordomo Ruiz Girón, el obispo de Palencia don Tello y el propio Rodrigo Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo y futuro cronista del periodo.

Más de un decenio después de su controvertida proclamación, aquellos sempiternos hombres seguían siendo sus más fieles colaboradores y consejeros en las campañas que Fernando lidiaba ya en el sur, retomando una guerra postergada durante una década a causa de la situación deprimida de Castilla tras Las Navas, los conflictos de la regencia con los Lara, y la necesidad de asentar su

autoridad sobre diversos nobles levantiscos. Durante un tiempo las treguas se renovaron porque tanto a los almohades como a los castellanos les interesaba ganar tiempo para apaciguar sus respectivos territorios.

Pero si Castilla se había rehecho, los almohades nunca se llegaron a reponer de las consecuencias de la derrota en las faldas del paso que ahora todo el mundo conocía como Despeñaperros. Su mal momento interno lo confirmaban los mercenarios castellanos que militaban en sus ejércitos o los mercaderes que cruzaban las líneas, o los espías o cautivos liberados o los frailes de las órdenes mendicantes que cruzaban el estrecho para asistir a cautivos. Y la circunstancia había animado a Fernando a declarar la guerra.

Castilla estaba otra vez preparada para reiniciar la cruzada. Así, desde hacía unos años, las fuerzas reunidas por el hijo de Berenguela volvían a cruzar Despeñaperros y a bajar cada nueva primavera, nada más llegar el buen tiempo, desde el mítico Muradal, a guerrear contra las diferentes taifas.

Hacía varios estíos que Fernando asediaba Jaén sin conseguir rendirla, y saqueaba poblaciones vecinas e incluso obligó a la orgullosa Granada, en lo alto de la Sierra Nevada, a comprar la paz a cambio de la liberación de mil trescientos cautivos cristianos. Aquellos éxitos llenaban de satisfacción al hijo de Berenguela, quien sentía que había encontrado la misión de su vida.

Pero ni siquiera con las máquinas de guerra para batir muros que se traían los cristianos desde Toledo se había podido acabar con la resistencia de Jaén.

Y así, ese otoño, el hijo de Berenguela, que ya tenía una barba tan poblada como la de su padre —poco quedaba del frágil muchacho de antaño—, ordenó recoger un año más tiendas, máquinas y pertrechos. Y ya camino de Toledo, al cabo de la quinta jornada, fue cuando apareció un veredero con el mensaje de Berenguela. Atardecía sobre las llanuras manchegas.

—Ha sucedido —dijo Fernando, tras leer la misiva que le extendía aquel caballero de Alcántara que había cabalgado desde Toledo sin descanso. Y se volvió a sus acompañantes—. Mi padre ha muerto de camino a Compostela… Hemos de acelerar la marcha.

Los demás se santiguaron, y Jiménez de Rada murmuró una oración por el alma del difunto.

4

Durante unos instantes Fernando sintió congoja. Parpadeó con fuerza para evitar las lágrimas: a pesar de la distancia entre ambos, el muerto era su padre.

De pronto lo recordaba cazando juntos por los alrededores de Toro durante aquellos meses en que lo acompañó como su heredero, cuando los dos habían sido verdaderamente padre e hijo, y en su último encuentro en el alcázar de la plaza leonesa, cuando finalmente Alfonso IX le reconoció como rey de Castilla durante la firma de la tregua definitiva. Entonces su triunfo tuvo un punto agridulce, pues fue a costa de la derrota de aquel hombre que era, repitámoslo, su padre.

Fernando respiró con fuerza y apartó los últimos pensamientos antes de dar orden de acelerar el paso.

—Estamos ya cerca. Los animales de carga están agotados. Necesitamos hacer una parada para abrevarlos —dijo el señor de Vizcaya, que se aproximó alertado por el alboroto en la cabecera. Su barba se había agrisado.

A sus espaldas, por detrás de jinetes e infantes se podían ver las máquinas de guerra tiradas por bueyes y muchas acémilas cargando con la impedimenta. Tras desperdigar la vista por la larga fila de hombres armados, Fernando decidió que el grueso de la tropa quedara al mando de su alférez, en tanto que él, acompañado de un destacamento de caballeros, se avanzaría junto con don Rodrigo, quien, como primado de Roma, tendría una función importante al entrar en territorio leonés: llamar al orden a las diócesis y parroquias rebeldes del reino de León, que le debían obediencia.

—Es imprescindible llegar mañana mismo a Toledo. La reina Berenguela espera. Sancha y Dulce, mis hermanas portuguesas, han estado presentes en el entierro de mi padre con los principales magnates y prelados del reino. Aparecen en el testamento. Una vez acabados los funerales, se han puesto en marcha acompañadas por gente armada de Portugal y se dirigen a León para que las reconozcan como reinas. Si lo consiguen, será difícil deshacer el proceso.

—Ni una palabra más. La urgencia es clara. Reencontrémonos en Toledo. Con Dios, Fernando.

La vanguardia de jinetes partió de inmediato y el señor de Vizcaya se quedó mirando la polvareda que levantaba la pequeña comitiva.

—Quiera Dios que lleguen a tiempo y no tengamos que lamentar otra guerra —dijo dirigiéndose a don Tello.

El obispo de Palencia también había envejecido. Una nieve venerable cubría sus escasos cabellos.

5

Todo empezaba a agitarse en León.

Tal como explicaba Berenguela en su carta, tras asistir al entierro en Santiago, las hijas de Alfonso IX se habían presentado, con un ejército pagado por su tío el rey de Portugal, frente a las murallas de Astorga, primera villa importante en su camino desde Galicia. Como no se les permitió entrar cuando exigieron que se las reconociera como herederas, continuaron por la vía Aquitania, en dirección a León.

Ante la ciudad regia se presentaron, ya con el frío del otoño de la meseta norte encima. Al saber que llegaban con tanto hombre armado y además con el emblema de Portugal en sus pendones —cinco escudetes azules simbolizando los cinco reyes musulmanes derrotados en la batalla de Ourique—, los leoneses se refugiaron detrás de los muros. En la plaza del mercado, que de ordinario se llenaba de gente, a los pies de San Martín, no hubo, cuando llegaron las hijas del rey muerto, nadie. Ni ganado ni los habituales tenderetes con verduras y hortalizas, ni utensilios de ninguna clase.

Toda la zona se había vaciado.

En medio de la explanada polvorienta se fue colocando la mesnada portuguesa sin bajar de sus caballos y sin dejar de mirar con gesto amenazador hacia las almenas de la muralla. Las dos hijas de Alfonso IX, ya mujeres maduras, se destacaron al frente de sus hombres armados. Se acercaron a las murallas por el lado del palacio real. Se detuvieron delante del arco del Rey, con sus puertas cerradas, en medio del ruido que hacían las tropas y los muchos caballos al removerse, inquietos, en sus sitios. Ambas se quitaron las

capuchas forradas de pieles con que se protegían del frío. Querían que se vieran sus caras. Eran rostros muy conocidos para quienes las contemplaban desde las murallas, pues una y otra habían pasado largas temporadas en la corte de su padre.

Eran rostros hermosos de mujeres hechas: Dulce había cumplido los treinta y seis, Sancha treinta y ocho. La expresión de las dos hermanas estaba llena de determinación. Las hijas de Teresa sabían de las dudas e inquietudes de su padre respecto a su sucesión. De una parte, los compromisos asumidos con Alfonso VIII desde el acuerdo de Cabreros. De otra, el resentimiento, que nunca había desaparecido, con Berenguela y su hijo, que ocupaban un trono que el leonés sentía como propio; y en paralelo, el acercamiento emocional a sus hijas, a las que en los últimos tiempos hacía figurar cada vez con mayor frecuencia en documentos oficiales dejando ver por dónde iban sus deseos, sin atreverse, sin embargo, a romper los acuerdos firmados con Castilla y ratificados por Roma. Y en última instancia las hizo figurar como herederas en su testamento sin hacer mención alguna de Fernando ni de los tratados. En esa tesitura, aprovechando que Fernando el castellano estaba lejos, las infantas se pusieron en marcha para conseguir que la nobleza y el clero las aceptaran como herederas, y poder así recibir con hechos consumados al rey de Castilla.

Por lo alto de las murallas, entre las almenas, se asomaron algunas personas principales de la ciudad. Las infantas reconocieron al obispo de León, al merino mayor, con su larga barba, y al tonsurado don Lucas, canónigo de San Isidoro, que se abrigaba en su manto.

—¡Señores! —voceó con gran poderío el alférez de la fuerza que acompañaba a las infantas. Era un hombre joven, de larga cabellera castaña—. ¡Las infantas doña Sancha y doña Dulce de León, herederas del trono por designación de su padre el difunto Alfonso, a quien Dios tenga en su gloria, piden que se les abran las puertas de la ciudad regia como legítimas herederas del reino de León!

Por el camino de ronda de la muralla siguió viéndose cada vez más movimiento. Reinaba una calma extraña en el ambiente, provocada en parte por la presencia de los portugueses armados que esperaban en la explanada las órdenes de sus dueñas y que, quedó claro, llegaban dispuestos a luchar. Un sol frío y otoñal se ponía por

encima de los muros. Al cabo, un caballero que dijo hablar en nombre del concejo, con el obispo de León a su lado, se asomó por entre las almenas para encararse con las hijas de Alfonso IX.

—¡Señoras infantas de León! Nadie niega la justicia de vuestro propósito. Estamos dispuestos a daros entrada en la ciudad y a rendiros pleitesía como personas de real linaje que sois. Pero muerto el rey Alfonso, de acuerdo con los fueros de León, la sucesión del reino corresponde al varón, que existe y es don Fernando. ¡Es por ello que no os recibiremos como herederas ni permitiremos la entrada de la gente armada que traéis!

Las dos hermanas se miraron. Su alférez, a su lado, se mesó con los dedos el cabello y se volvió hacia ellas esperando instrucciones.

—Contestad que si nos niegan la entrada habrá consecuencias — dijo Sancha, que de las dos era la personalidad dominante. Dulce, haciendo honor a su nombre, era otra cosa.

El alférez voceó la respuesta. Volvió a reclamar que se les abrieran las puertas.

6

La vieja catedral visigótica estaba en obras. Era algo común en las grandes urbes en la cristiandad. Aquello lo arrancó París, con la construcción de Nuestra Señora, ya muy adelantada, y las demás ciudades, animadas por el espíritu de emulación y enamoradas de la nueva arquitectura, construían también sus propios poemas en piedra. En Burgos, donde se derrumbó parte de la antigua catedral, ya crecía día a día otra mucho más grandiosa y esbelta impulsada por Fernando y Berenguela, que supervisaban las obras cuando podían. Lo mismo Toledo, donde el primado concluyó que la primera sede episcopal de los cinco reinos debía tener un templo a su altura.

Era en el interior de la vieja catedral donde estaba teniendo lugar la asamblea a la que se convocó a los magnates y prelados de la corte, y en particular los que habían participado con Fernando en el asedio de Jaén, su alférez Lope de Haro, su mayordomo Ruiz Girón, el mayordomo de la reina García Fernández, además del

arzobispo y otros nobles señores. Rodrigo Jiménez de Rada se había situado junto con Berenguela y Fernando en la cabecera de la nave central, en los escalones del presbiterio.

Berenguela fue la primera en hablar. Resumió la situación. Explicó que el rey de León iba a Santiago a rendir al apóstol sus agradecimientos por las victorias en su campaña contra los almohades, cuando enfermó gravemente. Nadie previó el trance, por la buena salud que siempre había mostrado Alfonso IX, y eso pese a la exigencia de las itinerancias y los rigores de la guerra. De sus últimos momentos, insistió, se sabía poco. Había quien decía que antes de morir había pronunciado el nombre de su hijo Fernando, otros que expiró con los nombres de las infantas portuguesas en los labios. Sea como fuere, lo cierto era que ellas estaban siendo las primeras en reclamar el trono y que se desplazaban de ciudad en ciudad declarándose herederas del reino de León.

—Ya oís a doña Berenguela —siguió Jiménez de Rada—. Sabemos por el clero que las hijas de Alfonso y Teresa de Portugal, Sancha y Dulce, se han presentado a las puertas de la ciudad acompañadas de una mesnada y han pedido ser recibidas como herederas del reino. Los procuradores del concejo, de acuerdo con el obispo de la diócesis, se niegan a recibirlas invocando la tradición leonesa y ellas han preferido poner rumbo a Zamora. Pero la situación es confusa. Empieza a haber confrontaciones por todo el reino, principalmente en Asturias y Galicia y en algunas zonas de la frontera con Portugal, donde las dos infantas tienen muchos partidarios.

»Todos sabéis que los derechos de don Fernando al trono leonés quedaron claramente establecidos en el Tratado de Cabreros, y fueron reiterados dos años más tarde en el acuerdo de Valladolid, ambos ratificados por Roma. Pero algunos juristas partidarios de las portuguesas argumentan que, cuando el matrimonio de Berenguela con Alfonso fue anulado, Inocencio declaró ilegítimos a sus hijos y prohibió que heredaran bien alguno de su padre. Sobre esa base defienden que el Tratado de Cabreros es nulo y que no puede servir de fundamento para reclamar la sucesión.

Hubo algunos murmullos indignados entre los nobles y prelados de la asamblea. En el interior del templo hacía frío. Se oía el ruido

de los carpinteros que trabajaban en una capilla adyacente a una nave lateral del templo.

—Desde luego, los nuestros argumentan que el leonés nunca hizo un movimiento explícito contra lo acordado en Cabreros. Es cierto, no obstante, que, desde hace tiempo, y sobre todo a partir de la proclamación de Fernando, venía demostrando una clara preferencia por sus hijas, y hay indicios de que llevaba un tiempo considerando nombrarlas herederas, como finalmente ha hecho en un testamento que contraviene los tratados firmados una y otra vez. Por eso, y aunque no hay ninguna duda de que Fernando tiene el mejor derecho, se suceden alborotos y revueltas entre nuestros partidarios y los de las infantas, que no quieren que León caiga en manos de Castilla. Y aunque Astorga, León y Benavente se niegan a abrirles las puertas, llegan noticias de que sí lo hace Zamora, donde sus habitantes las han aclamado como herederas legítimas.

El arzobispo miró a todos los presentes.

—Siendo esa la situación, señores, mi consejo es que partamos cuanto antes, como pide la reina Berenguela, a reclamar el trono leonés para aquel a quien le fue prometido por su padre don Alfonso. El rey Fernando ha convocado esta asamblea para conocer vuestro parecer, dado que lo que se decida aquí puede llevar a una guerra dinástica con León, en la que muy probablemente intervendrá Portugal, que apoya decididamente a las dos infantas.

Fernando, junto a Berenguela, constató que el sentimiento era unánime entre los convocados: debía reclamar el trono de León. La reunificación de los dos reinos, divididos a la muerte de Alfonso VII el Emperador, con la prevalencia de Castilla, era una aspiración irrenunciable para los presentes, algo que estaba latente en las guerras que los habían enfrentado con sus vecinos leoneses desde hacía más de un siglo, y que todos querían ver realizado.

7

En la mente de aquella asamblea extraordinaria estaba el que mucho dependía de la rapidez de sus movimientos. Así, con su apoyo y mientras llegaban noticias de la buena acogida de las

portuguesas en Zamora, una comitiva formada por los señores principales de Castilla, con un acompañamiento militar no mayor del habitual en los movimientos de la corte, tras una misa solemne en Toledo, tomó el camino hacia el norte y no paró hasta dejar atrás Tordesillas y cruzar la raya con el territorio leonés.

Ya en tierras de León, Fernando y Berenguela, con su cortejo, se detuvieron en el castillo de Valderas, luego en el de San Cebrián, y en los dos, Fernando fue recibido como rey y señor. Desde allí se dirigieron a Toro, primera plaza leonesa de importancia, donde, tras unas horas acampados al pie de las murallas mientras el concejo y los notables deliberaban, se les abrieron las puertas. Esa misma tarde, en el patio de armas del alcázar real, Fernando fue aclamado como rey legítimo. Todos, nobles, prelados y ruanos, le rindieron homenaje.

—Es una primera victoria —dijo Berenguela, ya según se retiraban a los aposentos reales del alcázar.

Era aquel edificio regio donde ella y su hijo habían firmado la paz definitiva con Alfonso IX, y en el cual —pensó Berenguela mirando el lecho que ocupaba la cámara de su difunto esposo— se habían detenido, hacía casi veinte años, tras su boda, camino de Zamora, durante algunas jornadas. Y recordándolo, sintió una punzada al pensar en que poco a poco iban desapareciendo figuras cuyas vidas se habían entretejido con la suya dibujando un paisaje que se quedaba cada vez más vacío. E hizo un esfuerzo para apartar de su mente aquellos pensamientos.

Debía concentrarse en lo que quedaba por hacer. No podía fracasar. Se lo debía a su padre, a su hijo, a Castilla. Pensando en ello y ayudada por sus camareras se metió en el lecho, mientras en su cabeza revoloteaban multitud de recuerdos, como murciélagos en una cueva oscura.

De repente, rememoró la noche en Autillo, cuando Fernando llegó con el señor de Vizcaya y Ruiz Girón, tras conocerse la muerte de Enrique. Entonces le había hecho jurar solemnemente fidelidad y obediencia. Una semana después, en Valladolid, en la víspera de su proclamación, le habló de nuevo: «Desde mañana, y pues el reino quiere un varón, es posible que tú lleves la corona. Pero, al menos hasta que cumplas veinte años, yo gobernaré contigo. Todas tus decisiones las consultarás. Y todas las importantes las decidiremos

juntos. —Y añadió, mirándole—: Necesito que esto quede claro entre nosotros. ¿Lo entiendes, Fernando?».

8

El cortejo castellano marchó sobre León apoyándose en los castillos de la discordia, los de la dote de Berenguela.

Eran los castillos que había invadido por primera vez Fernando II, padre de Alfonso IX, en tiempos de la minoría de edad de Alfonso VIII. Y luego también Alfonso VIII a la muerte de Fernando II, aprovechando la situación sucesoria. Los que tanto habían envenenado las relaciones entre vecinos. Y se entendía por qué: eran una cuña dentro del territorio leonés. Solo por la situación tan precaria que siguió a la batalla de Las Navas había renunciado Alfonso VIII a recuperar las plazas fuertes que entretanto ocupó el rey de León. No así el resto, que Castilla retuvo por el incumplimiento leonés de los siguientes tratados de paz.

En la cabecera de la comitiva, Berenguela iba en silencio, acosada por el frío al igual que todos, haciendo cábalas sobre el futuro.

Por doquier que pasaban reinaba un ambiente de incertidumbre y temor. El reino entero tenía los ojos vueltos hacia León, la ciudad regia, que era por ello el objetivo principal de los castellanos. La comitiva siguió su camino por los castillos de la reina. A los tres días de dejar Toro llegó a Villalpando, luego a Mayorga, y después de pasar por Mansilla, a León. Conforme avanzaban, se les unían gentes que se les ofrecían como vasallos y reconocían a Fernando como rey.

—Mejor un varón, y buen guerrero, que pueda defender el reino de sus enemigos, aunque venga de Castilla, que una mujer, o peor, dos, sin marido ni hijos, que no se sabe cómo reinarán, si compartiendo o dividiéndose el territorio…

Los prelados del reino también tomaban su partido.

Fernando tenía el respaldo inequívoco de Roma, fruto entre otras cosas de la paciente diplomacia que Berenguela llevaba años pergeñando con la Santa Sede. En tanto que la alternativa de las dos

hermanas estaba pagando la enemistad de Alfonso IX con Letrán, originada en la anulación de sus dos matrimonios, y sobre todo en su pasada alianza con los almohades contra Castilla. Eran muchos los que se les unían en su marcha sobre León que venían estimulados por las prédicas de clérigos que no olvidaban que a causa de los pecados de Alfonso IX el reino había sido puesto en entredicho. Con estos apoyos, cuando avistaron sus murallas, León parecía una fruta madura a punto de caer en sus manos.

—Ha llegado tu momento, hijo mío —dijo Berenguela.

La calzada se había hecho más ancha. A derecha e izquierda se extendía una llanura parduzca, agostada por los fríos, y de frente, la silueta oscura de los montes. A izquierda y derecha se sucedían casas de adobe cubiertas de ramaje.

Berenguela recordó la primera vez que había visto aquellas llanuras, años atrás, cuando llegó como reina de León, lo nuevo que le parecía todo. La añoranza que sintió siete años después, cuando hubo de cruzarlo de nuevo, de regreso a Las Huelgas, dejando atrás su vida como reina de León, al hombre que había sido su marido. ¿Y ahora? Esta vez la reina Berenguela miraba a su alrededor con los ojos de un conquistador que ha planeado fríamente su campaña.

—Esta tierra es tuya por derecho, Fernando. Y vamos a reclamarla —dijo.

9

7 de noviembre de 1230

De Fernando de Castilla a mi amantísima Beatriz, duquesa de Suabia, reina de Castilla y de Toledo y esposa mía.

Señora, sabed que os escribo desde esta ciudad regia donde el pueblo, con el cortejo y el obispo a la cabeza, nos ha recibido con los brazos abiertos para escoltarnos hasta la catedral y proclamarme rey con toda solemnidad. Juntos, leoneses y castellanos, clero y pueblo, hemos entonado Te Deum laudamus *en esta catedral que me ha parecido la más hermosa del mundo.*

Lógicamente todavía hay mucha confusión e intranquilidad. El obispo cuenta que, días atrás, un caballero noble partidario de las portuguesas entró con sus hombres en el palacio de San Isidoro y lo ocupó. A su vez el merino mayor del reino, favorable a mis hermanas, se encastilló en las torres de la muralla en tanto que nuestros partidarios se adueñaban las iglesias y, con el obispo al frente, convertían la catedral en baluarte armado.

Y entonces ocurrió algo extraordinario: la Providencia quiso que el ocupante de San Isidoro contrajese una enfermedad, cosa que todos consideraron un castigo divino por violar el lugar. El propio hombre retiró a los suyos del templo, pidió disculpas y se fue jurando servir al santo de por vida. Ya veis que hasta San Isidoro está con Castilla.

Desde nuestra llegada concedemos mercedes a quienes permiten que la ciudad sea nuestra y recibimos muchas comisiones de nobles y concejos que llegan a rendirme homenaje. Pero todavía hemos de tomar las torres que siguen en manos del merino, y conseguir la adhesión de quienes recelan de la unión de los dos reinos.

El principal foco rebelde ahora es Zamora. Allí siguen las infantas con muchos de sus partidarios. Y de Zamora acaba de llegar una carta de Teresa, madre de Sancha y Dulce, pidiendo a la mía que se digne llegar a Valencia de Campos para reunirse ambas. ¡Cuán alborotada está la corte con eso! Os diré que, aunque en un principio algún consejero me impulsó a rechazar la propuesta, mi madre no la ha visto con malos ojos y se dispone a acudir al castillo de Valencia, a una jornada. Tú te quedarás, Fernando —me ha dicho—. Es importante que permanezcas aquí durante los próximos meses para acallar a los disconformes y para que los leoneses se acostumbren a ti. Yo iré al encuentro de Teresa. Veré cuáles son sus intenciones.

Hacía mucho frío ese día y me pareció que lo hacía aún más cuando mi madre desapareció en dirección al Besnega. Allende los últimos arrabales solo había árboles pelados y una bruma la engulló por completo. Ahora espero su regreso. Pronto os daré noticias, señora, ojalá que venturosas.

Fernando

Capítulo quince

El pacto de las dos madres

> «Como nuestro rey retrasara su estancia en esta ciudad, dice Juan de Osma, no queriendo salir de allí sin tener las torres, la reina Teresa llegó con sus hijas y partidarios y dio a entender, mediante ruegos, a la reina doña Berenguela que se dignara llegar a Valencia de Campos, donde se reunirían: lo que se hizo».
>
> FRAY VALENTÍN DE LA CRUZ

1

Hacía frío… igual que aquel día en Burgos, recordó.

Los árboles estaban pelados, y el campo, cubierto por una fina capa de escarcha. Se notaba, al respirar, la humedad del cercano Arlanzón. El cielo parecía un grosero cendal sobre su cabeza. Por la mañana, como tantas veces, Alfonso VIII salía de su palacio de Las Huelgas a cazar, solo que esta vez no la dejó atrás, sino que la llevó hasta las caballerizas. Ya había dicho a sus amas que la vistieran con prendas holgadas. Muy pronto Berenguela estuvo subida al caballo, junto al rey y el montero mayor.

—¿Dónde vamos?

—Ahora verás.

Habían lindado la ribera del río, y al cabo se adentraron en un encinar. Berenguela se sintió vagamente inquieta. No muy lejos, se oía a los monteros reales dando voces por detrás de la jauría de lebreles y alanos. El montero mayor seguía de cerca a su padre con un par de jabalinas. Según se acercaban al linde del encinar, se oyeron cuernos de caza.

—¿Por qué suenan los cuernos, padre?

—Eso es que se acercan. ¡Vamos!

Alfonso VIII hizo un gesto a los caballerizos que los seguían para que los ayudaran a desmontar. Berenguela se dejó hacer. Entonces vio cómo un guarda se acercaba con una ballesta y que, cuando se

la ofrecía al rey, este la rechazaba. A una seña del monarca, el ballestero le tendió a ella el arma. Estaba preparada, con el dardo listo en su canal.

—Cógela, hija. Está cargada.

Berenguela miró el arma y dudó. El ballestero hizo un gesto con la mano de que la cogiera. Más allá, los cuernos sonaban cada vez más cercanos. Se oyeron los ladridos de los alanos, el ruido de los animales corriendo entre los matorrales. A Berenguela, su padre le había enseñado cómo sujetar la ballesta contra el hombro, cómo apuntar el tiro. Pero siempre disparando a objetos que ponía a distancias cada vez mayores. Nunca había disparado a un blanco en movimiento.

—No tardes, hija, porque está cerca… Pronto saldrá de entre la maleza.

Nerviosa, Berenguela cogió el arma. El ballestero permaneció cerca con su propia ballesta cargada. Su padre miró hacia el linde del encinar. Se hallaban en un tramo desbrozado donde los campesinos de la zona almacenaban troncos de encina cortados. Había muchos apilados a un lado, mucho tocón, y árboles con ramas cortadas de mala manera.

—¡Por ahí, Berenguela! Has practicado conmigo. Pon la cureña de la ballesta contra tu hombro.

Por entre los troncos apareció el jabalí. A Berenguela le pareció enorme. Corría hacia ella enloquecido. Lo perseguía la jauría. Los monteros venían por detrás, siguiendo a los perros. Todos empujaban al animal hacia el claro. Los guardas se retiraron con los caballos. En el claro quedaron Berenguela, su padre, que se mantenía a su lado, y el montero un poco más atrás, con su ballesta preparada. El jabalí, con la jauría pisándole los talones, cargó con toda la furia de la desesperación. Alfonso VIII se retiró unos pasos. Por detrás del jabalí aparecieron algunos lebreles que se habían adelantado a los alanos en pos del animal. Cegado por el miedo, el bicho resoplaba ruidosamente y bajó la cabeza para embestir.

—Puedes hacerlo, Berenguela. Has practicado conmigo. Pon la cureña de la ballesta contra tu hombro. ¡Apunta!

Berenguela temblaba. Con mal pulso levantó la ballesta. Era pesada. No conseguía mantenerla quieta. El corazón le latió con fuerza. Fijó la vista en el animal que cargaba contra ella.

—Solo tienes una oportunidad. Apunta a la cabeza. Respira. ¡Suelta el disparo!

Berenguela respiró hondo. El jabalí, con ojos enrojecidos, cargó hacia donde estaba la infanta. Berenguela miró al animal. Por unos momentos fue como si no hubiera nadie más en el mundo. Apuntó a la cabeza. Luego apretó el gatillo… El dardo silbó con fuerza. El golpe de la cureña contra el hombro casi la hizo perder el equilibrio.

—¡Lo has hecho! —exclamó Alfonso VIII.

El dardo se había clavado en la frente misma del animal. Antes de que pudiera hacer nadie nada, los alanos y lebreles ya estaban encima y los monteros reales tiraron de ellos para que no destrozaran el jabalí a dentelladas. Su padre estaba exultante.

—¡Esta es mi hija! ¡La heredera del reino! ¡Alta y valiente como un varón! ¡Si algún día reinas, te llamarán la Grande, hija mía! ¡Berenguela la Grande! ¡Ese será tu nombre, no lo olvides!

—Valor y puntería no le faltan, no —murmuró el montero mayor.

Don Alfonso reclamó sus monturas a los caballerizos. Según subió a su caballo, Berenguela todavía temblaba. Mientras regresaban a palacio, su padre, sonriendo, le dijo que si reinaba un día tendría que ser capaz de hacer cosas así y más, «porque la vida de un rey está llena de peligros imprevistos y continuos».

2

Una jornada entera duró el viaje hasta el castillo de Valencia de Campos, localidad que más tarde se llamaría Valencia de Don Juan.

Durante ese tiempo la reina Berenguela, acompañada por algunas damas y rodeada por su guardia, iba pensativa a lomos de su caballo, envuelta en gruesas pieles de lobo. La calzada no era mala. El paisaje leonés se mostraba cada vez más brumoso. Durante el camino la reina no había despegado apenas los labios, ni siquiera para hablar a las dos mujeres que cabalgaban con ella al paso y flanqueándola. Una era su camarera mayor, que la acompañaba desde que era reina de León y conocía toda su vida personal desde

entonces.
—Os noto molesta. ¿En qué pensáis, señora?
—Pienso en todo lo que he pasado hasta llegar aquí… Toda mi vida la he dedicado a cumplir con mi deber, bien lo sabes. Con lo que mi padre esperaba de mí, de su heredera… Pero él tuvo siempre a su lado a su esposa para superar los momentos difíciles. Y yo viví apenas seis años en León, cumpliendo mi destino de reina. Y luego he tenido que continuar sola… Ahora acompaño a mi hijo. Pero él tiene una vida propia con la reina Beatriz. Al verlos juntos me pregunto si no he malgastado mi vida…
—Sois la reina de Castilla, señora. Todos os reconocen como tal. No es poco triunfo. Y pudo haberse malogrado.
—Lo pudo, sí.
Berenguela calló. Lo mismo hizo la camarera real. Por su parte, don Tello, el leal consejero, que una vez más la acompañaba en su encomienda, las seguía a caballo. Un poco rezagado en el camino, espoleó su montura y se adelantó como si quisiera decirles algo, pero viendo que Berenguela se ensimismaba desistió de ello.

3

La comitiva que subió desde Zamora era también reducida. Teresa y sus hijas llegaban escoltadas por un grupo de caballeros armados, en su mayoría portugueses. A ella la llevaban en andas varios portadores. El emblema que aparecía en sus pendones eran los cinco escudetes azules de Portugal. Pero a Teresa no le hacían falta los blasones: tenía una autoridad natural.
A un lado y otro de las andas iban las infantas a caballo. Las seguían en procesión un grupo de frailes y religiosas entonando cánticos, y también monteros de Babia que habían servido a Alfonso IX, muchos de los cuales se estaban pasando a su partido. Ellos las acompañaban desde Santiago. Y detrás, un par de carros con su exigua impedimenta.
El efecto que causaba a su paso la comitiva, con los religiosos entonando sus salmos, era grande. Cuando se corría la voz de quién era la señora principal que llegaba por la calzada, los buenos

campesinos leoneses salían de las aldeas y se descubrían a su paso. Algunos gritaban:

—¡Viva don Alfonso! ¡Viva la reina Teresa! ¡Vivan las infantas de León!

—¡Las reinas Sancha y Dulce! —les corrigió Sancha.

La mujer que portaban en andas, protegida de la vista de todos por cortinas que colgaban del dosel sobre su cabeza, no respondía a los vítores, y cuando descorría las cortinas, era para intercambiar brevemente algunas palabras con sus hijas, que cabalgaban cerca. Teresa iba absorta pensando en la inminente entrevista. «No hay otro camino», pensó.

A Alfonso IX siempre le preocupó el futuro de sus hijas. Las dos habían llegado a la madurez sin que se les encontrasen esposos adecuados, y tampoco mostraban inclinación por la vida religiosa. Teresa recordó que durante la regencia de los Lara hubo el proyecto de casar a Sancha con Enrique de Castilla. ¡Cuán distinto hubiera sido todo en ese caso! Pero Enrique murió. Y cuatro años más tarde Berenguela se había adelantado a un nuevo proyecto matrimonial leonés con el único candidato posible en los cinco reinos: casó a su hermana, Leonor de Castilla, que por entonces tenía treinta años, con Jaime, heredero de la corona de Aragón, de trece. Matrimonio que Roma anuló por consanguinidad, desde luego. Pero el mal estaba hecho. Y Berenguela frustró de nuevo las expectativas de casar a Sancha cuando el rey de Jerusalén, Juan de Brienne, que había iniciado un viaje de peregrinación a Santiago y a quien se le propuso Sancha como esposa prometiéndole el reino de León, se detuvo en Castilla. Durante los pocos días de su estancia en Toledo, Berenguela se las arregló para que cambiara de idea y se casara con su propia hija, de su mismo nombre.

Año tras año, la reina de Castilla impidió que cuajara cualquier proyecto matrimonial que pudiera amenazar el futuro de su hijo. Y ahora, muerto Alfonso, había llegado hasta la ciudad de León con el rey Fernando apoyándose en aquellos castillos que Alfonso IX siempre quiso recuperar sin conseguirlo nunca. Y en la ciudad regia había logrado que reconocieran a Fernando como rey con el apoyo de los obispos y buena parte de la nobleza…

Teresa comprendía que Berenguela arrancaba bien la partida. Era muy consciente de lo que valía su enemiga. Y sabía también de

los males que acarrea la guerra. Siendo una mujer inteligente, había convencido a sus hijas de la necesidad de intentar, aunque fuera en balde, negociar una salida al conflicto dinástico. Ella y Berenguela eran madres, las dos piadosas, las dos con relaciones privilegiadas con Roma, las dos mujeres de alcurnia. Si ellas no se entendían, nadie podría hacerlo… Pero le preocupaba profundamente la relación desigual de fuerzas. La guerra, si la había, no estaba claro que se inclinara a su favor… Dicho esto, lo mejor que estaban haciendo era moverse con premura. Le llevaban un par de cuerpos de distancia a su enemiga. «Y quién sabe si no será suficiente», pensó.

La comitiva avanzaba lentamente con el golpeteo habitual de los cascos de los caballos sobre el pavimento, y el ruido de las conteras de las lanzas acompasando el paso de los infantes. El cielo se encapotaba sobre un paisaje cada vez más helado según se acercaban al Esla. Los soldados portugueses cantaban un himno de guerra en su hermoso idioma portugués:

Escudos levantados,
lanças em pe.
Enfrontem meus homems
esta batalha con fe!

Coraçoes valentes,
alma em sua régua.
Enfrontem meus homems
esta batalha con fe!

Irmáns de armas,
Erga-se o voço esprito.
Enfronten meus homems
esta batalha con fe…!

4

La ciudad de Valencia de Campos, o Coyanza, como también se la llamó en tiempos, se alzaba en un cerro en la ribera derecha del río

Esla. El emplazamiento, que fue arrasado en su día por Almanzor y cuyas murallas se reconstruyeron en torno a un orgulloso castillo, estaba regido por un castellano, pues era uno de los que Berenguela había recibido en arras del rey de León. Al acercarse al puente de piedra, se podía tener una vista despejada sobre la fortaleza, al otro lado del río.

La comitiva llegó por el oeste, después de apartarse de la calzada que bajaba de León. El lugar estaba a una jornada apenas del palacio de San Isidoro, y Berenguela y los suyos llegaron con el crepúsculo. Se iba poniendo el sol. El horizonte se tiñó durante unos momentos de un tenue color rosado. Luego pasó a un azul oscuro y, poco a poco, a la negrura creciente de una noche mortecina, sin luna. Según cruzaban el puente un aire gélido subió del río.

—Ya estamos aquí —dijo Berenguela.

Al otro lado del puente esperaban los hombres del castillo envueltos en mantos forrados de pieles. Con teas en alto los acompañaron hasta el patio de armas. La conversación con el tenente fue breve, dado que Berenguela seguía absorta en sus pensamientos. Llegados a Valencia, la gente que se encontraban, ya al tanto de su llegada, no mostraba demasiado entusiasmo. Solo algunos dieron vivas a la reina y al rey Fernando.

—No importa cómo nos reciban. Lo importante es que no se unan al partido de las infantas —le dijo Berenguela a don Tello—. ¿Han llegado las zamoranas?

—Todavía no. Dicen en el castillo que están a unas pocas leguas. Han enviado a un emisario por delante. Harán noche en el camino. Llegarán a primera hora mañana.

—Mejor. Eso nos dará tiempo para prepararnos.

Don Tello otra vez quiso hablarle, pero la vio tan absorta que prefirió aguardar. El hombre sentía que su momento había pasado. Durante muchos años estuvo a la vera del padre, luego de la hija. Y con la muerte de Enrique apoyó a Berenguela en los momentos más críticos, cosa que Berenguela no olvidaba. Desde entonces nunca había dejado de ser un personaje apreciado y respetado en la corte, y, gracias a su impulso, la universidad palentina adquiría cada día más prestigio: era su gran proyecto. La reciente creación de Salamanca, en León, no dejaba de ser una emulación que, pensaba él, no tenía mayor importancia. Palencia llevaba ventaja en el

tiempo, y, además, Castilla era el reino más importante.

Los desplazamientos incesantes de la corte, sin embargo, habían hecho mella en él. Le costaba cada vez más montar a caballo y, cuando andaba, cojeaba. Se alegraba, eso sí, de haber podido acompañar todavía a Fernando en sus primeras campañas contra los moros, y esperaba poder asistir a la conquista de Jaén y, sobre todo, de Córdoba, y verle completar la mayor hazaña de su tiempo: arrebatar a los infieles el territorio por el que los cristianos llevaban siglos luchando.

Pero el tiempo no corría a su favor. «Después de la entrevista hablaré con ella», pensó mientras se retiraba, con sus criados, a sus aposentos.

5

La noche en el castillo fue fría. Fuera nevaba y los braseros distribuidos por las estancias no eran suficientes para caldear el ambiente.

Cuando despertó por la mañana, Berenguela, pese a la mala noche, se sintió bien dispuesta a la tarea. Sus camareras la ayudaron a asearse y peinaron cuidadosamente el largo cabello cada vez más pajizo, a medida que perdía el tono dorado de su juventud, recogiéndolo en una trenza alrededor de la cabeza. Sus damas ajustaron la toca.

—Conforme pasa el tiempo os vais pareciendo más a vuestra madre —murmuró la camarera mayor.

Tras almorzar frugalmente unas rebanadas de pan con queso y un vaso de vino, Berenguela bajó desde sus aposentos a la planta primera de la torre para comprobar que todo estaba listo para el encuentro. Se habían colocado dos sillas de respaldo alto a un lado y otro de la gran mesa de roble. Las paredes estaban cubiertas con tapices para proteger la estancia del frío y la humedad que emanaban de los muros, y el fuego crepitaba en el hogar de la gran chimenea que presidía la sala.

Poco más tarde, el sonido de los cuernos anunció la llegada de Teresa y sus hijas y Berenguela bajó al patio a recibirlas. Allí vio a

la primera esposa de Alfonso IX salir del baldaquino, ayudada por Sancha y Dulce, una vez que los portantes hubieron depositado las andas en el suelo. Vestía, como siempre, el hábito cisterciense. Entraron con ella en el recinto de la fortaleza los caballeros de su guarda, mientras el resto se preparaba a acampar fuera, a orillas del Esla.

—¿Habéis hecho un buen viaje, señora? —preguntó Berenguela.

Era la primera vez que las dos se encontraban frente a frente. Huelga repetir que la presencia de Teresa en la corte de Alfonso IX, acompañando a sus hijas, se había incrementado en los últimos años. Entre ella y Alfonso IX se había ido forjando, con el tiempo, una buena amistad. Se había convertido en su consejera habitual. Entre otras cosas, tenía buena parte de responsabilidad en que, durante sus últimos años, Alfonso se hubiera volcado en la lucha contra los almohades y hubiese empujado las fronteras de su reino hasta el mismísimo Guadiana. Badajoz y Mérida fueron las mayores plazas conquistadas.

Berenguela sabía que Alfonso IX había pasado de camino a Santiago, días antes de morir, por Villabuena del Bierzo, donde Teresa había fundado un monasterio de monjas cistercienses, dotado por el rey de León de un importante patrimonio. Allí se habían encontrado, y allí recibió Teresa, días después, la noticia de su muerte. Ella sabía que desde que el hijo de Berenguela recibió la corona de Castilla, Alfonso IX buscaba un heredero para su reino, pues le disgustaba profundamente que León perdiera su independencia frente a esa Castilla enemiga. Y muerto el hijo de Teresa y viendo alejarse las posibilidades de un matrimonio adecuado de las infantas, en aquel encuentro le había comunicado que había dispuesto en su testamento que sus hijas le sucedieran. Por eso, cuando Teresa conoció su muerte, se puso en marcha de inmediato para pedir ayuda a su hermano el rey de Portugal y apoyar el derecho de sus hijas. Desde entonces, no dejaba de reclamar el trono para ellas.

Por su parte, la hija de Alfonso VIII vestía un brial de seda de un color verde claro con un corpiño encordado que dejaba ver una silueta todavía esbelta, y cubría su cabeza y cuello con una toca barbada de tela finísima bajo su cofia. Teresa era de menor estatura que la castellana, pero eso no menguaba en nada la nobleza de su

porte. Sus tocas eran igual de elegantes.

—Hemos venido bien, señora. El camino desde Zamora es bueno y a estas alturas por las calzadas no hay apenas peregrinos ni tampoco bandidos… afortunadamente.

La situación no era fácil para nadie. Al mirar a las hijas de Alfonso IX, Berenguela pensó que tenían los mismos rasgos duros y algo toscos del padre. La misma nariz recta, los mismos pómulos, solo que suavizados los rasgos por las redondeces de la cara de la madre. De constitución eran menudas, como Teresa; en eso, al menos, eran diferentes de Alfonso.

6

Las cuatro mujeres oyeron misa junto con algunos de sus acompañantes y comulgaron de la mano de don Tello, que ofició brevemente. Su homilía, muy emotiva y sencilla, ensalzó las cualidades del diálogo y la resignación; sin que ninguna de las presentes se diera cuenta, tuvo aroma a despedida.

Una vez concluida la misa, los mozos del castillo acompañaron con sus velas a las infantas a los aposentos preparados para ellas, y Teresa siguió a Berenguela hasta la sala donde había de tener lugar la reunión. Allí, la servidumbre se encargó de cargar los braseros y colocarlos lo suficientemente cerca de la mesa. Se encendieron más velas. La puerta enseguida se cerró. Los mozos de cámara quedaron en el exterior. Dentro solo permanecieron las dos reinas.

—Pues aquí nos encontramos, al cabo de los años, vos y yo —dijo Berenguela.

Teresa se había sentado en uno de los extremos de la mesa, Berenguela en el otro, las dos frente a frente. Sobre la mesa había una jarra de vino aguado y dos copas que ni tocaron.

—Aquí estamos, efectivamente —dijo Teresa.

Tras acomodarse en su extremo del tablero, la castellana no perdió el tiempo con preámbulos y tomó las riendas de la conversación.

—Soy consciente, señora, del sufrimiento que debió de causaros en su día la anulación de vuestro matrimonio. Os casasteis con el

rey Alfonso, de buena fe, con el único propósito de afianzar la paz entre el reino de vuestro padre y el suyo. Le disteis tres hijos. Un varón que desgraciadamente murió en la flor de la edad. Y dos hijas que de unos años a esta parte han permanecido en la corte de León junto a su padre: su amor por ellas fue una extensión del que os tuvo a vos. Y es comprensible que, siendo hija de rey, hayáis querido ser madre de rey… Por desgracia para vos, señora, una vez anulado vuestro matrimonio, Alfonso se casó conmigo, y yo también le he dado hijos, y de ellos dos varones, que siguen uno y otro vivo.

—También vos visteis vuestro matrimonio anulado. Pero con una diferencia… Cuando Roma anuló el mío, reconoció a mis hijos como legítimos. Los vuestros fueron declarados ilegítimos e Inocencio III prohibió expresamente que pudieran heredar ningún bien de su padre —dijo la portuguesa.

—Es cierto. Pero por el momento estoy hablando de vos, señora. Y no es vuestra partida de León sino vuestro regreso lo que interesa. Desde que se os permitió regresar, tras mi retorno a la corte castellana, recuperasteis la esperanza de que vuestra progenie ocupara el trono de León. Y a lo mejor hubiera ocurrido, de no ser porque vuestro hijo murió, Dios lo tenga en su gloria, hace ya más de quince años… Y no es culpa de nadie si el Señor lo ha querido.

—Es una herida esa, señora, que no se cierra fácilmente —dijo Teresa—. Yo he llorado a un hijo muerto. No he tenido la suerte de verlo alzado al trono, como vos al vuestro en Castilla. Os felicito por ello. Habéis tenido a la Divina Providencia de vuestra parte, es innegable… Debo felicitaros también por un trabajo bien hecho, pues imagino lo mucho que habrá costado que el emperador de Alemania haya dado su consentimiento al enlace de su prima Beatriz con vuestro hijo. E igualmente por los nietos nacidos de ese matrimonio, que aseguran la continuidad de vuestro linaje… Vos habéis tenido una vida plena como mujer, mientras que yo he dedicado mis jornadas a Dios. Pero eso me da otro tipo de autoridad —recalcó. La conversación tenía la dureza del mármol—. Y gracias a ello pude conseguir que el rey de León me escuchase.

—Está claro que la Providencia nos ha reservado caminos diferentes y a ratos opuestos. Yo he tenido, como decís, una vida plena —dijo Berenguela.

Y era cierto que, desde lo alto de su medio siglo, si echaba la vista atrás podía vislumbrar un recorrido lleno de acontecimientos, muchos complicados y difíciles, en los que, sin embargo, siempre mantuvo el rumbo que la llevó a buen puerto. Entre todos ellos, un momento álgido fue la boda de Fernando con la esposa que ella misma le buscó. Berenguela no había tardado en saber que iba a ser abuela. La corte entera se alborozó con un embarazo que coincidió prácticamente con la colocación de la primera piedra de la futura catedral de Burgos, cuya construcción ella y su hijo supervisaban muy de cerca.

—Creedme, señora —continuó—, que entiendo el dolor que pudisteis sentir por la muerte de un hijo, que suponía además la frustración de las expectativas que teníais para él y para vuestro linaje. Pero recordaréis que a mi hijo le fue jurada la sucesión de León, hace mucho, en el Tratado de Cabreros. Eso no ocurrió con el vuestro. Y a su muerte, vos, en vez de resignaros, aprovechasteis vuestro ascendiente sobre Alfonso y el amor que tuvo a sus hijas para hacerles creer que podrían ser reinas, en contra de las costumbres que rigen la sucesión en estas tierras.

Teresa la miró con una mezcla de curiosidad y desconfianza.

—Yo no empujé a Alfonso a nombrarlas herederas en su testamento. Al hacerlo, él recogió el sentir de muchos que no desean que el reino de León se someta a Castilla —dijo, tras unos segundos de silencio—. Eso es así hoy para muchos leoneses, tanto nobles como plebeyos.

—Pero Alfonso nunca rompió el Tratado de Cabreros, un tratado firmado con Castilla, que además fue ratificado por dos papas, estableciendo el pleno derecho de mi hijo Fernando a suceder a su padre. Sabéis que es prácticamente imposible negar ese derecho. Es por ello, aparte del riesgo para la estabilidad del reino que supone entregar el gobierno a dos mujeres, sin saber cómo se distribuirán el poder entre ellas, por lo que la mayoría de los nobles y prácticamente todos los obispos están de nuestro lado… No podéis ignorarlo.

—No lo ignoro, señora. Pero vos tampoco podéis ignorar que la

voluntad de Alfonso fue que sus hijas heredaran León. Así ha quedado escrito en un testamento en el que no hay mención alguna de vuestro hijo. Aunque a don Fernando lo apoyen muchos, no deja de ser cierto que habéis utilizado el engaño y la violencia para imponeros, y que tenemos partidarios dispuestos a defender con su vida el derecho de mis hijas. En Portugal, el reino entero está a nuestro favor. Y hay ciudades importantes como Zamora que toman nuestro partido.

—Tenéis partidarios suficientes para hacernos la guerra, sí. Pero sabéis mejor que nadie que eso supondrá muchas muertes y un sinfín de sufrimientos…, algo que también sé yo, vuestra enemiga. Y sabéis que nuestras fuerzas son superiores. Además, sois vos quien habéis decidido hablar conmigo. Habéis querido acercaros a mí, que sí soy madre de rey. Y lo habéis hecho porque sabéis que también yo contemplo estos campos que nos rodean y prefiero la paz entre castellanos y leoneses a verlos bañados en sangre… Por eso Dios ha querido que estemos hoy aquí, cara a cara —dijo Berenguela.

Todo lo había cavilado por el camino. De hecho, llevaba varios años pensando qué hacer si una situación como esta se producía.

8

—Os puedo decir, señora, que cuando en la corte de mi hijo Fernando se supo de vuestra propuesta, algunos se opusieron de inmediato. Por suerte, el rey me ha autorizado a reunirme con vos con plenos poderes para negociar y aceptará cualesquiera decisiones que salgan de aquí hoy —continuó Berenguela con el mismo pulso firme y la misma voz neutra que había utilizado en todo momento —. Supongo que sois consciente de la responsabilidad que asumimos al reunirnos aquí hoy… De nosotras depende, y solo de nosotras, ahorrar a dos reinos mucho dolor y sufrimiento.

Teresa asintió en silencio. Ambas mujeres habían sentido un respeto mutuo desde el minuto mismo en el que se habían visto. Ahora tocaba abrir el melón de la negociación.

—Entiendo que, como madre de unas infantas que no tienen marido ni descendencia —retomó el hilo Berenguela—, os sentís en

la obligación de proteger sus intereses y sé que tenéis legitimidad de sobra para representarlas y negociar en su nombre. Pero también sé que estáis tan ansiosa como yo por resolver pacíficamente la contienda y evitar las alteraciones que los partidarios de vuestras hijas pueden provocar en detrimento de la paz y, posiblemente, de sus intereses futuros, puesto que si pierden la guerra se quedarán sin nada… Y es muy improbable que sea ya de otra manera.

—Las cosas nunca resultan como una espera —murmuró Teresa —. Las guerras se sabe cómo empiezan, nunca cómo acaban.

—Cierto, señora. Y si fuéramos hombres es seguro que habría guerra, y posiblemente ni siquiera nos habríamos sentado a esta mesa. Pero las dos sabemos que vuestras huestes, por mucho entusiasmo que demuestren, no son suficientes para ganar una guerra contra Castilla. Y sobre todo resulta que vos y yo, Teresa, las dos defendemos un no rotundo a la confrontación armada, y ello es lo que me permite hacer esta oferta…

Teresa ahora escuchaba atentamente y Berenguela sintió que había encontrado el cauce adecuado para la conversación, el único posible. No podía permitir que Teresa regresara a Zamora con el cuchillo entre los dientes.

—Además de la fuerza, los acuerdos firmados y la Santa Sede están de nuestra parte. Y también la costumbre de estas tierras. Ambas sabemos que Fernando tiene la ventaja sobre vuestras hijas de ser varón. Yo misma, recordaréis, me he visto postergada en dos ocasiones por esa misma circunstancia…, y no digo que la prevalencia varonil sea o no de justicia, pero así son las cosas —dijo Berenguela, que no podía evitar el recuerdo de aquellos momentos aciagos: cuando hubo de entregar la tutoría de Enrique a los Lara, y después, al ceder la corona a Fernando. Pero era agua pasada. Ahora le tocaba defender el derecho de un varón, su hijo, contra el de dos mujeres, las hijas de Alfonso IX, en contra de la voluntad expresada por su padre el rey de León. Las razones jurídicas e incluso políticas y de interés general estaban de parte de Fernando. Pero Berenguela sabía que esa no era toda la verdad. La verdad completa era que el objetivo de su vida desde que nació Fernando no había sido otro que asegurar para él la corona de León. Y siguió siéndolo, incluso con más fuerza, cuando recibió la de Castilla. Y desde entonces, viendo hacia donde se inclinaban los afectos de

Alfonso IX, había estado pendiente en todo momento, a través de sus informadores, de cualquier movimiento que supusiera una amenaza para los derechos de su hijo. Y había estado dispuesta a todo para oponerse. Y en eso, la justicia de los derechos de unos y de otros tenía poco que ver.

—Continuad —dijo Teresa.

—Sean cuales sean los derechos de vuestras hijas, habiendo un hijo varón del rey de León, a él le corresponde el reino, y no a las infantas, y más a ojos del pueblo, que sabe que su rey ha de ser un guerrero para poder defenderlos con las armas contra cualquier enemigo. En consecuencia, aunque insistáis en vuestra rebeldía, tendréis en contra el sentir general de la mayoría de los leoneses… Eso es así, guste o no, y con ello hemos de vivir —remachó su argumento Berenguela. La expresión de Teresa daba a entender que esperaba la propuesta—. En definitiva, la oferta que os puedo hacer es que os resignéis a aceptar esta injusticia que os plantea la vida y que me ayudéis a que la incorporación del reino de León a la corona de Castilla se haga pacíficamente…

—Necesito saber qué me ofrecéis a cambio.

—A cambio ofrezco una compensación generosa que permitirá a vuestras hijas vivir con largueza el resto de sus días.

—Detalladme vuestra propuesta, señora. No perdamos más tiempo con vaguedades…

A aquellas dos mujeres que estaban cara a cara, las dos en la cincuentena, las dos víctimas de la razón de Estado y de la intransigencia papal, las dos al frente de un reino de guerreros, obispos, labradores, mercaderes y artesanos, todo hombres, les quedaban tan solo aquella negociación y la conciencia de estar moviendo los hilos de un acuerdo único y por el que la posteridad las recordaría a ambas.

9

Por fin llegaban al meollo del asunto: las condiciones que, una vez acordadas, serían trasladadas a la cancillería del rey Fernando y a los nobles que acompañaban a las infantas Sancha y Dulce.

Berenguela hasta aquí había respetado a su rival. Había asumido su derecho y argumentos. La había tratado con el máximo cuidado para no humillarla. Ahora llegaba el momento crucial.

—Me alegra comprobar que coincidís conmigo en la necesidad de negociar la paz. La primera condición siempre será el reconocimiento expreso de la soberanía de mi hijo. Para asegurarla, las infantas harán entrega al rey Fernando de cuantos castillos y municipios les fueron donados por su padre don Alfonso. Y para impedir la tentación de volverse atrás en lo pactado, harán entrega también de todos y cada uno de los documentos, privilegios y cartas reales que hayan podido recibir de él, ya sea donación o concesión. Y muy en particular, del testamento que el rey de León dictó poco antes de su muerte en el que las declara herederas, y que les fue entregado por el arzobispo de Santiago cuando asistieron a los funerales de su padre en esa ciudad. Y, por supuesto, liberaran a sus seguidores de los juramentos de fidelidad que estos hayan podido pronunciar en favor suyo.

—Y de vuestra parte, ¿qué compensación ofrecéis a mis hijas por hacer todo lo que pedís? Pues al entregar a Fernando los castillos y municipios quedarán privadas de las rentas generadas por ellos…

—Lo he pensado. Mi hijo el rey Fernando pagará a vuestras hijas una renta de treinta mil maravedíes de oro anuales. Esa cantidad provendrá de lo recaudado en las ciudades leonesas. Si se casa una de ellas, el rey Fernando retendrá quince mil maravedíes. Y si se casan las dos, mi hijo no tendrá obligación de abonar nada. Pero si enviudan o se separan recibirán de nuevo su renta. Y como garantía del cumplimiento de este compromiso se os entregarán doce castillos. Muertas las dos infantas, los castillos de la fianza volverán a Fernando y cesará la renta… Eso en lo esencial. Creo que es una excelente oferta, señora.

Teresa asintió lentamente con la cabeza. Se le notaba la amargura del trago en la expresión, y Berenguela se dio cuenta de que su enemiga de toda la vida aceptaba la rendición. El triunfo era suyo.

—Habéis tomado una decisión sabia, señora —dijo—. Gracias a vos, Castilla y León se ahorran un baño de sangre… Y vos y vuestras hijas conservaréis la vida.

10

9 de diciembre de 1230

De Berenguela, por la gracia de Dios reina de Castilla y de Toledo y reina de León y de Galicia, a su querida y amantísima hermana Blanca, reina viuda del rey don Luis el León y reina madre de todos los francos.

Hermana, el acuerdo de paz se ha cerrado definitivamente con Teresa de Portugal y sus hijas. Al día siguiente de nuestra reunión, Fernando llegó a Valencia y confirmó lo pactado en su totalidad. Hemos evitado una guerra que hubiera perjudicado gravemente a los dos reinos por mucho tiempo.

Más arduo que a la madre ha sido convencer a las hijas: ellas tenían todavía muchos partidarios que hubieran preferido ver a cualquiera en el trono antes que al rey de Castilla. Por suerte, ambas han entendido que era grande el riesgo de quedar sin nada y perder la vida, pues si las capturamos es evidente que no cabrá la clemencia, y han preferido renunciar a su posible derecho a cambio de una renta generosa durante el resto de sus días.

Para asegurar que no haya marcha atrás, Teresa y yo destruiremos todos los documentos, privilegios y cartas que pudieran utilizarse como apoyo jurídico de su causa y, el principal, el testamento de Alfonso, que Teresa trajo consigo y que he tenido el placer de ver arder delante de mis ojos en la chimenea de este castillo.

Mañana mismo nos dirigiremos todos, Fernando y yo con nuestra corte al completo, junto con las portuguesas, a Benavente, donde ante, los principales magnates y obispos de ambos reinos, se firmará oficialmente y con toda solemnidad el tratado por el cual Castilla y León tendrán en adelante un único rey.

La unión quedará sellada definitivamente. En todas partes se sabrá que en este rincón del mundo ya no somos cinco reinos sino cuatro. En adelante Castilla y León, ahora bajo la misma corona, hablarán unidos, con una única voz.

Tengo la sensación, hermana, de haber cumplido la labor para la cual el Altísimo me hizo venir al mundo. Por fin me siento en paz conmigo misma. Era algo que debía a nuestro padre. Al cabo de los años, mis esfuerzos han dado su fruto y estoy lista ya, cuando el Señor

lo disponga, para reunirme con Él en su paz.

Berenguela de Castilla

Epílogo

La celda de Las Huelgas estaba a oscuras. La exigua apertura al fondo apenas filtraba la luz que llegaba de las claustrillas. De vez en cuando la puerta se abría y entraba el mayordomo real, o una monja, o una camarera, siempre en el mismo silencio respetuoso. A todos les golpeaba el olor procedente del lecho: era donde respiraba con dificultad la mujer encamada.

—Dejadme… Llamad a don Rodrigo… Decidle que ha llegado la hora…

Berenguela oyó cómo se cerraba la puerta y volvió a entornar los ojos. Ya hacía días que estaba postrada en cama y sentía que, poco a poco, la vida se le escapaba. ¿Era normal que doliese tanto? Posiblemente. «Pero está bien así», pensó. Había ido poco a poco perdiendo las ganas de todo… Primero de comer, luego de dormir. Ahora, por fin, al cabo de los días, casi de vivir… A ratos todavía procuraba controlar su cuerpo, su respiración… Cuando podía, rezaba. Había perdido la noción del tiempo. Las campanas tocaron a vísperas y le sorprendió saber que anochecía. A las campanadas siguieron los cantos de las monjas en la capilla cercana… Pero la reina no podía unirse a ellas. Estaba en su cama, exhausta. Sentía frío.

—Señora, me habéis llamado…

Berenguela entreabrió los ojos: una forma se dibujaba vagamente en la oscuridad. El recién llegado acercó un taburete a la cabecera de la cama y se sentó. Había ruidos de pasos al fondo, por el pasillo que corría al otro lado de la puerta, pero ella no los oía.

—Se acerca el final, arzobispo… Quiero descargar mi alma… Quiero pedir perdón a Nuestro Señor Jesucristo por cuantas veces haya podido ofenderle.

—Estoy aquí para ayudaros en este trance, señora. Abrid vuestro corazón al Señor y Él, en su infinita misericordia, os dará el perdón

de vuestros pecados.

2

—Mi vida ha estado… marcada por la dificultad… Pero he sido soberbia… —dijo Berenguela. Su respiración se agitaba. Su cabeza reposaba en una almohada de tafetán carmesí, con un medallón en el centro y una inscripción en árabe enmarcando las figuras de dos danzarinas enfrentadas a ambos lados de un árbol—. Mis padres me educaron para ser reina y yo siempre sentí ese orgullo de mi linaje… Mi objetivo fue, por encima de cualquier otro, asegurar el trono para mi familia… Y para conseguirlo no siempre guardé los mandamientos del Señor… Si me casé con el rey de León fue porque mi deber era darle un heredero, nada más…

—Señora, con vuestras acciones habéis hecho mucho bien, a vuestra familia, a vuestros súbditos, y a la Iglesia de Dios. Y habéis cumplido con creces con vuestro deber para con Castilla.

—Pero sé que tendré que rendir cuentas, arzobispo… Y no estoy segura de estar entre los justos cuando llegue el día del juicio final…

—Lo estaréis. Dios es misericordioso.

—Yo intrigué para que el papa anulara el matrimonio de mi hermano Enrique antes de que hubiera hijos que comprometieran la herencia de Fernando… Yo mentí a Alfonso para que Fernando regresara y yo pudiera presentarme en Valladolid con él a mi lado… Le arrebaté su derecho… Y cuando se acercó a sus hijas portuguesas, hice cuanto pude para entorpecer sus proyectos matrimoniales… Luché para que, cuando muriese, no hubiera otro heredero varón que mi hijo…

—Defendisteis los derechos de vuestro hijo, señora.

—Yo le engañé… Primero, cuando envió a Fernando conmigo, a Castilla, para que se recuperase de una afección, y lo retuve… No quise devolverlo. Quise que se educase como un infante de Castilla, que no jurase más que por mí… Y cuando murió Enrique, lo traje a Autillo con engaño… Si Alfonso hubiera entrado en Castilla con Fernando a su lado, él se hubiera ceñido la corona…

—Hicisteis lo que debíais, señora, para que un rey de León no reinara en Castilla.

—Yo era aún joven cuando me separé. Pude haberme casado de nuevo, pero no lo hice… No lo hice porque no quería poner en peligro mi independencia, por no someterme a nadie…

—Lo hicisteis por no poner en peligro los derechos de sucesión de Fernando.

—… Desde ese día hube de ocuparme sola… Y, no teniendo mesnada, luché con las armas de que disponía…

—Y con ellas habéis conseguido más que la mayoría de los hombres con sus ejércitos. Recordad vuestro acuerdo con Teresa de Portugal. Hicisteis que León se incorporara pacíficamente a la corona de Castilla.

—Aquello no fue difícil… Ella sabía que sus hijas no tenían nada que hacer… Solo necesité un poco de mano izquierda… Venía dispuesta a pactar…

—Y desde entonces habéis reinado con vuestro hijo. Y os habéis llamado reina de Castilla, y luego también de León. Vos sois quien se ha ocupado de la gobernación de ambos territorios, mientras vuestro hijo lideraba la guerra contra los infieles. Sin vos asegurando el orden en todo León y Castilla, Fernando no habría podido avanzar tanto en la cruzada contra los almohades. Con la confianza de que vos estabais al mando de la nave, el *soldado de Cristo*, vuestro hijo, pudo conquistar Córdoba, que estaba cautiva desde que los musulmanes derrotaron al ejército del último rey godo, sin preocuparse de otra cosa que de guerrear. Allí estabais vos, disponiendo desde Toledo que le llegasen caballeros, caballos, oro, plata, vituallas, armas y todo lo necesario para su hueste. Y el mundo conocerá los hechos gloriosos de vuestro reinado, pues todo está escrito en mi *De rebus Hispaniae*, conforme a vuestro mandato… Habéis educado al rey más importante de la historia, señora. Todos reconocen vuestra obra.

—Lo sé, y está bien hecha… Pero a veces cuesta resignarse a permanecer en la sombra… Y ahora dadme ya ese viático, mi buen amigo…

—Estad tranquila, señora, pues los buenos hechos exceden con mucho el peso de vuestros pecados.

Rodrigo Jiménez de Rada pronunció las palabras rituales de la

absolución, se inclinó sobre la moribunda y puso en su boca la sagrada forma. Estaba tan cerca que Berenguela podía sentir su aliento. Al arzobispo se le veía muy envejecido. Él también había laborado mucho, en su archidiócesis y en las muchas batallas en las que había participado, primero junto a Alfonso VIII, luego con Fernando. Había viajado a Roma en numerosas ocasiones, había visitado las cortes de Europa buscando apoyos para Castilla, y hecho viajes como primado pontificio a Portugal y allí donde surgiese un conflicto eclesiástico en cualquiera de los cinco reinos. La expresión de su rostro —un rostro cetrino y rasurado, acartonado, con cejas boscosas y pelo escaso— era de gran emoción. Sabía que era la despedida. Ambos habían compartido tanto que la separación resultaba difícil de imaginar.

—No será por largo tiempo… Nos volveremos a encontrar, Berenguela de Castilla.

Con una última mirada hacia la mujer que yacía en la cama, salió de la austera celda. En la puerta la moribunda le oyó hablar en murmullos a las monjas que esperaban fuera. Pidió que la dejaran a solas, tal como rogaba la reina.

3

De nuevo a oscuras, Berenguela volvió a cerrar los ojos y a ensimismarse. Recordó la última vez que se había encontrado con su hijo, ahora hacía dos años. Fernando había regresado a Al-Ándalus para una larga campaña con la intención de encabezar el asalto final desde Córdoba a las ciudades todavía en poder de los musulmanes.

Mientras tanto, en Las Huelgas acababa de morir su hermana Leonor, diez años más joven que ella, que se había retirado al monasterio tras su separación de Jaime de Aragón, y cuya muerte vino precedida, a intervalos de poco más de un año, de la de su hermana Constanza, abadesa del monasterio, y la de su hija, también llamada Constanza y monja igualmente en Las Huelgas.

Aquellas muertes le recordaron que su fin se acercaba, y Berenguela quiso ver a su hijo. Le envió un mensaje urgente y se

puso en marcha desde Toledo para reunirse con él en un lugar cercano a Alarcos, donde luego se levantaría la ciudad que se llamó Villa Real.

Al recibir el mensaje, Fernando, que iniciaba el sitio definitivo de Jaén, lo abandonó y se dirigió a su encuentro con toda la corte. Allí se vieron los dos. Habían hablado de la gobernación del reino cuando ella faltara. Habían compartido recuerdos. Y después de seis semanas juntos, disfrutando el uno de la compañía del otro, llegó el momento tristísimo de la separación, que sería, ella lo sabía, definitiva.

Desde Toledo, Berenguela regresó a Burgos. Allí había conocido la conquista de Jaén y los primeros preparativos para el asedio de Sevilla, y allí había permanecido hasta ahora. En su silla del coro de Las Huelgas siguió cada día el rezo litúrgico de la comunidad cisterciense, su último refugio para reconciliarse con Dios… sintiéndose cada vez más cerca de aquellos que la esperaban en la quincena de sarcófagos que su hijo había mandado hacer y que se dispusieron en la nave de Santa Catalina: sus cuerpos ya no estaban bajo tierra.

A veces, cuando rezaba o paseaba por aquella nave, con los ojos cerrados, veía a sus padres, sus hijos, sus hermanos, y hablaba con ellos mientras rozaba con los dedos los blancos sepulcros y en sus pensamientos les pedía un puesto entre ellos. Y a veces, como ahora, pensaba en su heredero…

Evocando el rostro de Fernando, murmuró con una sonrisa en los labios:

—Hijo dulcísimo, mi gloria y mi gozo…

Poco a poco se iba debilitando su cuerpo, su voz. Ya no quedaba más que pasar los dolores, esperar la agonía. Oyó al arzobispo que la bendecía de nuevo y rezaba a su lado. De sus labios salió un largo gemido. Las voces habían callado. Ahora quedaba dar el paso final.

La mortaja estaba cerca. El sepulcro también estaba preparado: había escogido un sarcófago de piedra lisa, sin decoración alguna, y había ordenado que se colocase en la nave de Santa Catalina cerca de los de sus padres. El féretro de madera de haya en el que su cuerpo quedaría expuesto hasta depositarlo en el sarcófago permanecía a un lado de la celda y sobre una silla estaban las ropas con las que había decidido que la vistieran… Con ellas se veía llegar

a las puertas del cielo junto a sus seres queridos tras el juicio final.

—Señor, estoy dispuesta…

De vez en cuando una sombra se le acercaba, pero ya le costaba distinguirla. Sus últimos instantes fueron una lucha contra los dolores cada vez mayores de la agonía. A su alrededor, los rezos continuaban. Ya en mitad de la noche, sintió que su cuerpo no podía más.

—Señor, Señor, recibe mi alma en tu gloria…

Con un último estertor, sintió que su cuerpo desfallecía y que se le relajaban los brazos, que la vida se le escapaba, mientras la oscuridad descendía sobre ella. Y al poco las monjas que la rodeaban vieron que había muerto y enviaron mensajeros a la corte comunicando la triste noticia.

4

—La reina ha muerto —dijo la abadesa santiguándose.

Iba amaneciendo. La abadesa quiso abrir la contraventana que cerraba el vano en el muro para que entrara algo de luz y se aireara la celda, que olía a muerto. Ella sería quien se lo comunicaría a la última de los hermanos que quedaba en vida, Blanca.

Se conmovió ese día Burgos, se conmovieron Castilla y León. La noticia cruzó rápidamente los puertos de Despeñaperros y en nada llegó a los alrededores de Sevilla, donde un mensajero se presentó ante la tienda del rey castellano.

Al ver el rostro del mensajero, Fernando sintió un frío interior y tuvo que apoyarse en el hombro de uno de sus guardas: pareció que la tierra se movía bajo sus pies. Más tarde, Fernando tomaría Sevilla, y eso ya no lo vería su madre. Pero ella había conocido la conquista de Córdoba. ¡La Córdoba califal! Berenguela había estado allí, en la capital de Abderramán, y había visto la cruz y el pendón de Castilla y León en el alminar más alto de la mezquita, aquel esplendoroso edificio en cuyo interior, consagrado ya al culto cristiano, acabaría decretando que se construyera una catedral…, la misma que todavía existe.

Al año siguiente, cuando ya se preparaba todo para el asedio de

Sevilla, Rodrigo Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo, con fuerzas vacilantes y ojos cansados, consignó en esa crónica que le había encargado la propia Berenguela los últimos momentos de la gran reina castellana, para que el futuro no la olvidara… Y lo hizo con la misma entrega y dedicación que Berenguela había puesto en su obra… Pero ese añadido emotivo nunca llegó a publicarse.

Así vivió y murió Berenguela la Grande, quien tras casi un siglo de guerras consiguió la unión de Castilla y León sin que se derramara una gota de sangre. Descanse en paz esa gran mujer valiente y determinada, que fue un compendio de virtudes políticas y que, en vez de resignarse a asumir el papel secundario que le reservaba su época, lidió con todos los obstáculos y consiguió reinar, aunque fuera a la sombra de su hijo.

Porque, digan lo que digan las crónicas, Berenguela reinó hasta el fin de sus días, y por sus hechos puede decirse que fue la gobernante más grande de los cinco reinos y aquella que puso las bases para que, dos siglos después, otra gran reina rematase, con la toma de Granada, el proceso de Reconquista. Pero eso, por supuesto, es otra historia.

¡Hasta la próxima!

Agradecimientos

Tengo que agradecer a mis editoras Berenice y Carmen Fernández de Blas su apoyo con esta trilogía medieval desde el principio. A Berenice en concreto su sugerencia de que en esta tercera parte me centrara en la figura de Berenguela (cuando a mí la vista se me escapaba hacia Alfonso VIII o Fernando III, netamente menos interesantes). Mis padres, como siempre, han sido unos feroces documentalistas y los primeros lectores del texto. Entre mis fuentes, las principales están citadas a modo de fragmentos en la cabecera de los capítulos, pero cabe destacar una adquisición de última hora, *La Casa del Rey de Castilla y León en la Edad Media*, de Jaime de Salazar, que me ha sido muy útil para visualizar el funcionamiento de la corte de Berenguela. Juanma Olcese y Asunción Esteban Recio han echado un ojo a los fragmentos de Valladolid; Isaac Rilova a los de Burgos. María Arias a los de Santiago. Chema e Inés me han ayudado con algunas cuestiones vestimentarias; Luis Vila y José María con las dudas eclesiásticas; Albert Gutiérrez con lo agropecuario. Por supuesto, todos los errores que pueda haber en la novela son míos, no suyos. Gracias a Carlos Risco por la composición de la canción de guerra portuguesa. Por último, gracias a Nathalie y a mis hijos por soportarme. A mis lectores, por estar ahí. Y a todos aquellos miembros del equipo editorial de La Esfera de los Libros que han ayudado a que el libro sea un objeto bien hecho y hermoso.



JOSÉ ÁNGEL MAÑAS nació en Madrid en 1971. Su carrera literaria arrancó en el año 1994, como finalista del premio Nadal con su ópera prima, *Historias del Kronen*. Aquella obra, que fue seleccionada por el periódico *El Mundo* como una de las cien novelas españolas más importantes del siglo XX, tuvo un éxito fulminante y se convirtió en un clásico instantáneo: se la considera un retrato fidedigno de la juventud española finisecular, su adaptación al cine le llevó a ganar un Goya como guionista y fue la película española más taquillera del año 1995. Desde entonces, no ha dejado de publicar y, con más de treinta títulos a sus espaldas, sigue en la brecha, alternando novelas contemporáneas con novelas históricas. Sus novelas contemporáneas más conocidas son *Historias del Kronen, Mensaka* (adaptada al cine por Salvador García en 1998, premio Goya al mejor guion adaptado), *La última juerga* (premio Ateneo de Sevilla, 2019) y *Una vida de bar en bar* (2020). Sus novelas históricas más importantes son *Conquistadores de lo imposible* (2019), *El hispano* (2020), *¡Pelayo!* (2021), *¡Fernán González!* (2022) —publicadas ambas en La Esfera—, *Guerrero* (2022) y, ahora, *Berenguela*. Tanto en un registro como en el otro, lo que procura es descifrar la realidad de su país, a veces mirando de frente al presente y a veces buceando en el pasado.

Notas

[1] «Grande fue la ruina, el dolor y la pérdida/cuando el rey de Aragón quedó muerto y ensangrentado/con muchos otros barones; grande fue también la vergüenza/para toda la cristiandad y para todas sus gentes». < <

[2] «Rey castellano, hacia vos me vuelvo y me inclino,/ pues doráis lo que otro soberano estaña/y, se os puede considerar el mejor que hay/desde el Padrón hasta Alemania,/ porque sois noble donde otro rey desfallece/y valéis más cuanto más se os pone a prueba,/ pues tenéis liberalidad abierta a todo el mundo/y, a quien más vale, más bienes se revierten». < <